THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES

NOVELA DE CARÁCTER HISTÓRICO

ESCRITA POR
DON RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ

ILUSTRADA CON LÁMINAS Y GRABADOS, POR SUS HIJOS
RAFAEL Y MARIUS

THE LIBRARY
OF CONGRESS

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA, EDITORES
1902

THE LIBRARY OF
CONGRESS
TWO COPIES RECEIVED
MAY. 8 1902
COPYRIGHT ENTRY
apr. 30-1902
CLASS a XXc. NO.
31912
COPY B.

PQ7297
Z29T3

COPYRIGHT, 1902,
BY D. APPLETON AND COMPANY.

Copyright secured in Great Britain and in all the countries subscribing to the Berne Convention.

Es propiedad garantizada en varios países, y se perseguirán las ediciones fraudulentas.

Queda hecho el depósito que ordena la ley, para la protección de esta obra, en la República Mejicana. Méjico, 1902.

Published May, 1902

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES

CAPÍTULO PRIMERO

LA TORMENTA EN LA MONTAÑA

I

EMPEZABA el mes de septiembre del año de 1860, célebre en los anales de la República Mejicana, porque en dicho año se dió punto, si no de hecho, al menos de derecho, á la ominosa guerra civil llamada de los "Tres Años," la más sangrienta de cuantas se registran en el extenso catálogo de nuestras ya pasadas discordias intestinas.

Empezaba el mes de septiembre, apacible y delicioso, como lo es generalmente en nuestro país.

Un joven y apuesto jinete, que ostentaba las insignias de teniente coronel de caballería, y á quien escoltaban quince dragones, cabalgaba distraído, siguiendo caminos extraviados, entre Lagos y León. Seducido por el paisaje, que á cada paso variaba de aspecto, como si fuese gigantesco caleidoscopio en-

cantado, movido por la mano de un titán, había soltado las riendas sobre el cuello del corcel.

No era muy prudente la conducta del joven militar, ni muy arreglada á la ordenanza; pues toda aquella comarca se encontraba infestada de fuerzas irregulares, que pertenecían á uno ú otro de los bandos contendientes, y de bandidos armados, en cuadrillas numerosas, quienes, según las circunstancias, eran *puros* ó *mochos*, y que siempre campeaban por sus respetos, sin reconocer más jefe que el capitán de la cuadrilla.

II

Pero Martín Varela, que así se llamaba el apuesto joven, era más poeta que militar, fenómeno que encontraremos con frecuencia entre los jefes del partido liberal, quienes, en su mayoría, no eran hombres de armas, y sólo por las circunstancias y en virtud de su fanatismo por los principios políticos que habían proclamado, se atrevieron á aceptar la lucha iniciada por los militares de profesión, quienes casi en su totalidad estaban afiliados en las filas reaccionarias.

El joven Tirteo, como hemos dicho ya, había abandonado las riendas sobre el cuello de su caballo, animal dócil, de paso firme y seguro, que reservaba sus bríos para cuando era requerido por la hábil mano de su jinete.

Los dragones imitaron al jefe, y seguían descuidados la senda, guardando un silencio profundo, interrum-

pido por el pisar de las cabalgaduras y el choque de las armas contra los estribos.

Sólo el dragón Medina, una especie de San Cristóbal, como lo llamaban en el regimiento, por su estatura colosal, levantaba de vez en cuando la cabeza, como el marino en alta mar, que interroga el infinito y el abismo, para arrancarle una promesa, ó para sorprender una amenaza.

III

Y nada parecía más fuera de lugar que aquella precaución del sargento, porque el sol irradiaba espléndido en un cielo de azul purísimo, como es el de Méjico; la calma era absoluta; ni una ráfaga de viento, ni una nube, ni un rumor sospechoso.

La tierra cubierta de verdura, salpicada de flores. Las abejas zumbando en coro con esos millares de insectos más ó menos vistosos y siempre molestos, que pueblan nuestros bosques y campiñas. Algunas mariposas de anchas alas con vuelo tardío, y de vez en cuando algún pájaro que atravesaba con rasante vuelo.

En verdad, era todo un idilio, ó mejor dicho, todos los idilios de la Naturaleza en su momento más apasionado y de mayor inspiración; y nada más justificado que aquella muda y profunda contemplación del poeta.

¿Y quién no lo es ante los grandes espectáculos de la Naturaleza?

El hombre de ciencia y el hombre de sentimiento;

el sabio y el ignorante, todos nos sentimos conmovidos y nos volvemos poetas en esas horas misteriosas de grandiosidad, de estentóreos ruidos, ó de apacible calma, en que encontramos más Dios en la Naturaleza.

IV

De pronto el sol tomó un tinte mortecino, como si se eclipsase, como si ligeros vapores desprendidos de la tierra interceptasen sus rayos luminosos.

—¡Ya, ya, eso es! exclamó el sargento Medina.

—¿Qué pasa, sargento? preguntó el jefe, deteniendo la cabalgadura y recordando de pronto la responsabilidad que pesaba sobre él.

El pelotón se detuvo.

—¿Qué pasa, sargento? repitió el jefe.

—Nada, mi teniente coronel.

—Algo ha de ser cuando se ha decidido usted á hablar.

—Pues, mi teniente coronel, la verdad es que tengo miedo.

Martín Varela se sonrió como quien oye un chiste estupendo por lo inverosímil.

—Que tengo miedo, mi jefe.

—¿Está cerca el enemigo? preguntó Varela poniéndose serio.

—Sí, mi jefe, pero ese enemigo no es el que usted supone.

—Vamos, hable usted sin reticencias.

—Mi jefe, yo soy hombre de campo, y oigo donde los demás están sordos, y veo donde los demás están ciegos.

—¿Y qué es lo que usted oye y ve?

—Oigo una tempestad muy gorda, y veo que dentro de poco va á pasar algo muy sonado.

—¡Bah! Tenemos una mañana magnífica.

Los hombres que formaban el piquete se miraron unos á otros, pues tenían al San Cristóbal por hombre muy práctico en aquellas materias, concediéndole sus puntos de brujería.

—Demasiado magnífica, mi jefe, y antes de media hora verá usted cambiar todo esto, como una decoración de "La Pata de Cabra."

"La Pata de Cabra" y "Los Polvos de la Madre Celestina" formaban todo el bagaje literario del sargento.

—¡Adelante! dijo Martín Varela, alzando los hombros como si nada le importasen los augurios de Medina.

Sin embargo, no tardó en notar que la atmósfera era cada vez más densa y pesada, hasta convertirse en sofocante.

El aire parecía el aliento de un volcán en erupción, y abrasaba los pulmones.

Los caballos estaban jadeantes, empapados en sudor, se detenían, levantaban la cabeza y husmeaban el aire como indagando de donde venía el peligro.

—Si las bestias hablasen, refunfuñó el sargento, cuántas cosas enseñarían á los hombres.

—¡Al trote! ordenó el jefe con voz breve.

Se empezó á oir en lontananza vago rumor, como de fiera amenaza de los cielos, á la que contestó la tierra con hondo quejido de miedo ó de dolor.

Negras nubes, aisladas primero, en recio escuadrón después, corrían impulsadas por el viento del norte, que soplaba en la parte superior de la atmósfera.

Abajo reinaba aún la calma precursora de las grandes tempestades.

Los árboles crujieron angustiados por la tortura de la electricidad, que impregnaba el ambiente, y hasta las piedras parecía que se quejaban.

Después quedó el horizonte cerrado.

Se oyó un ruido ronco, como si jadeante la tierra, antes de comenzar la lucha á que la obligaban, respirase con fatiga, para tomar aliento.

Después se rasgó el tupido cortinaje de las nubes y serpenteó el rayo.

Parecía una espada de fuego abriendo el vientre de tinieblas de un monstruo apocalíptico, por cuya espantosa herida se desbordó una catarata.

Retumbó el trueno, repercutido hasta lo infinito por los ecos de la montaña; volvió á brillar el relámpago, el rayo hirió un árbol corpulento, á pocos pasos del grupo de los jinetes, y los caballos se encabritaron y piafaron después con terror.

V

—Es una manga de agua, dijo el sargento Medina.

—¡Una tromba! Es la primera que veo, exclamó Varela gozando con aquel sublime espectáculo.

—Jefe, con permiso de usted, aquí cerca hay una especie de cueva, dijo Medina, y bueno sería que nos abrigásemos en ella, porque esto va ser muy duro.

—Á la cueva, pues, muchachos.

Y espolearon las cabalgaduras, las que se mostraban rehacias y acobardadas.

Y la Naturaleza, ebria de furor, ávida de destrucción, enardecida, delirante, ciega, se entregó á una obra de exterminio salvaje, sin encontrar valla ni dique, más soberbia mientras más destructora; más implacable mientras más victoriosa.

El cuadro era aterrador.

Figuraos un titán que con las manos desgarra las nubes, y con los pies huella y remueve la tierra; figuraos el infierno arrojando sobre un solo y mismo punto del planeta, todas sus llamas, todas sus imprecaciones, todos sus lamentos, todos sus horrores; figuraos el cataclismo precursor del desequilibrio del globo, el caos, los mayores contrastes, las tintas más sombrías rasgadas por los toques de luz más deslumbrantes; los estruendos más espantosos, y comprenderéis lo que era aquella batalla en la que la tierra, el fuego, el agua, y el aire reñían, sin punto de sosiego.

Un arroyo, vena de agua apenas apreciable, empezó

á engrosar, hasta convertirse en formidable arteria, la que, á fuerza de tanto hincharse, reventó inundando el valle.

Arroyo primero, fué luego un torrente, y por fin un océano, que en sus revueltas aguas llevaba tierra, hierbas, arbustos y animales, y que más tarde arrancó de cuajo árboles seculares, y, por último, arrebató, no solamente las chozas de míseros campesinos, sino también las casas que se levantaban más firmes en sus cimientos, como queriendo atajar el nuevo cauce que ahondaba la prepotente planta del titán.

Después cesó la lluvia poco á poco; el viento, cuyas ráfagas fueron cada vez con mayor intermitencia, y menor violencia, se calmó, enmudeció el trueno y volvió á lucir el sol, curioso por ver el campo de devastación.

Á lo lejos se perdía la tempestad como una carcajada de Satanás victorioso, sumergiéndose de nuevo en su tenebroso antro.

Más cerca, se escuchaban los mil estruendos del agua tumultuosa, embravecida, desbordada, triunfante.

Parecía percibirse la plegaria de los vencidos, de los infelices que ya no esperaban nada de los hombres, y confiaban sólo en la misericordia de Dios.

Y sobre todo eso el tañido de la campana de algún pueblecillo cercano; esa voz plañidera de la religión, que haciéndose intérprete y abogada de la humanidad, imploraba gracia de la Providencia.

VI

Martín Varela y su escolta tuvieron la fortuna de llegar á la gruta indicada por el sargento Medina, antes que se desencadenara la espantosa tormenta.

Diez minutos más tarde les habría sido imposible llegar hasta allí, pereciendo de seguro, arrebatados por el torrente que corría á lo largo del camino que conduce á León.

—¿No se inundará esta cueva? preguntó Varela alarmado por el incremento de la tempestad.

—No hay cuidado, mi jefe; para que se inundara sería preciso que rebosara primero el valle.

—¡Qué contratiempo! murmuró Varela.

—Jefe, con permiso de usted, no hay mal que por bien no venga.

—¿Por qué lo dice usted, Medina?

—Si hubiésemos salido más temprano ó andado más de prisa, quizás nos coje la manga de agua en la hondonada, y nos habríamos ahogado todos.

—Dice usted bien.

—Y entonces no habría podido usted cumplir con la comisión. Mientras que ahora. . .

—Ahora tampoco puedo, porque sin tener alas, no sé como se podrá llegar á León, y de León pasar á Silao.

—Lo principal, mi jefe, con permiso de usted, es que nos encontremos vivos, que lo demás es lo de menos.

—Lo principal, sargento, es cumplir con el deber.

—Mi jefe, estamos para pelear contra los reaccio-

narios y contra todos los que vengan; pero no contra Dios, porque ese puede más que nadie.

No faltaba razón á Varela, quien iba comisionado por el general González Ortega para procurar la concentración de todas las fuerzas de los Estados del centro, á fin de operar un movimiento decisivo y concluir con el ejército reaccionario, un tanto desmoralizado desde el fracaso que tuvo Miramón al sitiar á Veracruz.

Las instrucciones que llevaba eran perentorias, y la comisión, como se ve, de la mayor importancia. Por eso Varela maldecía, aunque un poco tarde, sus contemplaciones de poeta, que le hacían olvidar con frecuencia que era un jefe del ejército liberal, y que de su conducta dependía en gran parte el éxito de la campaña, en la que iba á jugarse el todo por el todo en dos ó tres batallas.

VII

Apenas calmó la tormenta, mandó Varela á su gente que montara á caballo.

—Mi jefe, le advirtió en voz baja Medina, es preciso esperar á que baje el agua.

—No hay tiempo que perder, sargento.

—Es que, con permiso de usted, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—¿Á qué viene eso?

—Á que oiga usted como se despeña el agua por el camino. Si salimos, nos arrebata el torrente y nos ahogamos.

—Será cumpliendo con el deber, sargento.

—Pero dejándolo sin cumplir, murmuró Medina con el buen sentido del labriego.

—¡Tiene usted razón! exclamó Varela, que había llegado hasta la boca de la cueva para inspeccionar el camino. Esperaremos.

Mas la impaciencia lo devoraba, y apenas el rumor decreciente de las aguas le indicó que ya escurrían inofensivas, dió orden de marcha, con esa voz breve é imperiosa que no admite observaciones.

Y en desordenada formación, y atendiendo cada uno á su propia seguridad, empezaron á descender el sendero.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA TORMENTA EN EL VALLE

I

Si grandes fueron los estragos causados por el destructor meteoro en la montaña, más espantosos fueron los que hizo en el valle, convertido en océano.

Cuando comenzó la tormenta, acababa de desembocar en el llano una diligencia, que conducía á una familia que desde Chihuahua iba, por Zacatecas, para la capital de la República.

La familia se componía de un caballero francés, de su esposa, mejicana, una hija, preciosa joven de veinte años, y una institutriz francesa.

Además, llevaban cinco criados, armados, á caballo, y una escolta compuesta de treinta lanceros mandados por un capitán. Aquella fuerza era reaccionaria.

La tormenta sorprendió al grupo de viajeros á una distancia bastante larga de León, y por más que cochero y mayoral estimularon con el látigo á las mulas, éstas, amedrentadas, se resistieron, cejaron, se enredaron con las guarniciones, y pronto llegó á tal grado la confusión, que fué imposible dar un paso para atrás ni para adelante.

LA DILIGENCIA EN EL AGUA.

La escolta espoleó sus caballos y, acompañada de los mozos, que temblaban como azogados, ante el peligro, ganó una eminencia, distante un tiro de fusil, y allí se guareció bajo unos árboles, dejando á la familia entregada á su propia suerte, dentro de la diligencia.

Por fortuna, el lugar en que quedó el pesado vehículo, era una especie de loma, merced á lo cual no fué arrastrado desde el primer momento por las aguas desbordadas.

Mas después que pasó la tormenta, aunque las aguas perdieron mucho de su impetuosidad, el peligro creció de pronto, porque el lago en que quedó convertida la campiña, fué aumentando lentamente su volumen, llegando á cubrir los ejes de las ruedas traseras de la diligencia.

II

La señora mejicana, esposa del caballero francés, tenía un rosario en la mano, y rezaba con fervor, como si habiendo condenado ya sin remisión el cuerpo, pensara sólo en el alma.

El caballero renegaba contra la cobardía de sus criados, y la perfidia de la escolta, y contra los elementos.

—El peligro aumenta, murmuró la institutriz al oído de la joven.

—Sí, ya lo veo, contestó ésta.

—¿No quieres que recemos, como lo hace tu madre?

—¿Para qué, Athenais? Si Dios no escucha á mi

madre, que es una santa, menos me escuchará á mí, que no lo soy. Y si la escucha, entonces nos salvará á todos juntos.

El padre de la joven, á pesar de no ser un creyente, ni mucho menos, oyó con desagrado aquel alarde de indiferencia en boca de la niña.

—Mal momento has escogido, Luisa, para semejantes chanzas, que mucho tienen de blasfemia.

—Vamos, padre, déjate de regaños y procura que salgamos del atolladero.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Ya está dicho; veamos ahora cómo se hace.

La señora seguía rezando su rosario, ajena á cuanto se blasfemaba á su rededor, pues no sabía una palabra de francés, idioma en que se sostenía la conversación.

Y el agua seguía subiendo, lentamente, pero de un modo incesante.

—Mi amo, dijo el cochero.

—¿Qué hay? interrogó el francés.

—Que si sigue subiendo el agua de esta manera, dentro de un cuarto de hora se ahogarán las mulas.

—Poco me importa, no son mías.

—Y dentro de media hora nos ahogaremos nosotros, lo que sí creo que le importará á su merced.

—¡Demonio! exclamó en castellano el francés.

—¡Ave María purísima! . . . exclamó la señora, santiguándose sin gazmoñería.

El sotacochero tuvo un conciliábulo en voz baja

con su compañero, y, después de breve rato, se echó al agua por un lado, mientras el cochero lo hacía por el otro.

Sacaron ambos sus cuchillos, cortaron las correas de las mulas de la guía, como se llaman á las que van por delante, y agarrándose al cuello de esos animales, los acosaron con gritos, y los hirieron con sus cuchillos, obligándolos á atravesar á nado la distancia que mediaba entre la diligencia y la loma en que se había refugiado la escolta.

—¡Canallas! les gritó el francés, enseñándoles el puño.

—Ya volveremos, mi amo, gritó el cochero.

—¡Que el diablo se los lleve!

—¡Amén! dijo la señora inocentemente, al concluir un padre nuestro, sin fijarse en la maldición de su marido, lo que hizo sonreir á Luisa, quien no se hacía aún cargo de la gravedad de la situación.

III

Pero de pronto lanzó la joven un grito.

—¿Qué pasa? preguntó el padre alarmado.

—Siento los pies mojados.

—¡Caramba, ya entra el agua!

—¡Nos vamos á ahogar! exclamó Athenais llena de espanto.

—Así parece, contestó el caballero. Esos canallas nos han abandonado por completo.

—No quiero morir ahogada, dijo Luisa empezando á perder la serenidad.

—¿Y quién ha de querer morir de esa manera, muchacha? Pero la cuestión está en saber cómo nos salvamos.

—¡Imposible! El agua sube y sube. . . Ya la siento llegar al tobillo.

Y Luisa se arrojó espantada en brazos de su madre, que acababa de rezar las letanías.

—¡Madre mía, tengo miedo! . . .

La señora miró con serenidad á Luisa, y la estrechó contra su pecho.

—¿Miedo de qué, hijita?

—De la muerte.

—Esa llega cuando Dios quiere.

—Madre, no hables más de Dios.

—Pues si no hablamos de Él en este momento, ¿de qué quieres que hablemos? Haz como yo tu acto de contrición, y acata humilde los designios del Todo Poderoso.

—¡No quiero morir! ¡Déjenme arrojar por la ventana!

Y la joven empezó á dar muestras de un terror pánico, que contagió en breve á la francesa.

—¡Que la voluntad de Dios sea hecha! murmuró la señora, y cerró los ojos, para que las escenas de horror que presentía no la hicieran apartar del Señor sus pensamientos.

El agua seguía subiendo lenta é implacable.

Pronto llegó hasta las rodillas de los viajeros, y entonces el pesado vehículo fué suspendido por el líquido elemento, flotó, y lo arrastró la corriente con mucha lentitud.

Luisa quiso abrir una de las portezuelas; pero la presión del agua se lo impidió. Se arrojó del lado contrario, hizo un esfuerzo desesperado, pero igualmente inútil.

Y rápida como el pensamiento, antes de que su padre pudiese detenerla, se arrojó por la ventanilla, siendo arrastrada por la corriente.

IV

Un grito de horror lanzado al mismo tiempo por el padre y por la institutriz, hizo que la señora abriese los ojos; y al notar la ausencia de su hija, preguntó azorada:

—¿Dónde está Luisa?

—¡Socorro! . . . gritó Luisa, con voz sofocada y llena de angustia, á más de diez metros de la diligencia.

El padre, desesperado, forcejeó por abrir la puerta del coche; mas sus esfuerzos fueron vanos. Quiso pasar por la ventanilla; pero también fué inútil su intento, á causa de su corpulencia.

La confusión que reinaba en la diligencia era indescriptible.

El padre gritaba, ofreciendo una fortuna á quien salvara á su hija; la institutriz lanzaba exclamaciones y

gritos de desesperación, mientras la madre hacía promesas exageradas á todos los santos del cielo, por la salvación de su hija.

Y Luisa, cada vez más lejos, pedía socorro, cuando lograba sacar la cabeza del agua.

La diligencia flotaba pesadamente, arrastrada por el agua y por las mulas, que hacían esfuerzos desesperados, guiadas por el instinto, para ganar la parte alta, donde estaba refugiada la escolta.

V

Martín Varela con su gente llegó hasta la orilla del camino, donde tenía lugar la catástrofe.

—Mi jefe, le dijo el sargento Medina, tocándole irrespetuosamente el brazo.

—¿Qué hay? preguntó el joven, sin ofenderse por aquella familiaridad, pero alarmándose, como si comprendiera que grave motivo obligaba á cometerla á hombre tan subordinado como lo era San Cristóbal.

—Fuerzas reaccionarias, respondió Medina, señalando á los jinetes que formaban la escolta del francés.

—¿Son reaccionarios?

—Sí, mi jefe.

—¿En qué lo conoce usted?

—Tienen uniforme y andan menos rotos que nosotros.

—Tiene usted razón, dijo Varela, deteniéndose.

Los soldados se agruparon en rededor del jefe.

—Son treinta lanceros, el oficial y cinco hombres más dijo Medina.

—Tal vez sean prisioneros que llevan.

—Con permiso de usted, mi jefe, creo que no son prisioneros.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque también están armados.

—Preciso es averiguar quienes son.

—Ya nos han visto, mi jefe; pero ni ellos pueden venir para acá, ni nosotros podemos ir á buscarlos.

—Cierto es.

—Están prisioneros, hasta que baje la inundación.

—¿Qué es aquello que está más lejos, allá, abajo de la isleta en que se encuentra la escolta? preguntó Varela.

—Con permiso de usted, es una diligencia que parece atascada.

—Acerquémosnos á ella, costeando por la parte alta.

Y olvidándose Varela del enemigo que tenía al frente, en doble número, á tiro de fusil, llevado por su carácter aventurero y generoso, se dirigió con sus hombres, del lado de la diligencia, corriendo mil peligros.

Cuando estaba á medio tiro de fusil, vió á Luisa que se asomaba á la portezuela, intentando abrirla, y le gritó que esperara, que iba en su auxilio.

Pero su voz no llegó hasta la joven, apagada por el estruendo del agua y por la confusión que reinaba en el coche.

VI

Cuando vió Varela que Luisa se arrojaba al agua, no vaciló, metió las espuelas al caballo, que se lanzó impetuoso al lago, en dirección á la joven.

Luisa, exhausta, arrebatada por un remolino, levantó por última vez la cabeza, quiso gritar, y el agua la cubrió por completo.

Varela se arrojó del caballo, y nadó vigorosamente hacia el punto en que había desaparecido la joven, y tras breves instantes la alcanzó, se sumergió, la asió por la ropa, y volvió á surgir.

Pero como estaba vestido de charro, su grueso traje embebido de agua, se hizo tan pesado, que entorpeció sus movimientos.

Dos veces se escapó el cuerpo de Luisa de entre sus manos, y otras tantas lo recuperó, haciendo esfuerzos prodigiosos para mantenerse á flote.

La situación se volvió desesperada cuando Luisa, en medio de las ansias de la muerte, echó los brazos al cuello de su salvador, estrechándolo convulsa, sofocándolo, condenándolo á una muerte inevitable.

Afortunadamente, allí estaba el fiel y juicioso San Cristóbal, el de la colosal estatura y de las fuerzas hercúleas, que no había abandonado á su jefe, siguiendo con interés las peripecias de la escena.

Medina comprendió que su jefe estaba perdido.

Desató la reata que llevaba á los tientos de la silla, y con serenidad indescriptible, hizo ondear el lazo en

el aire, esperando que volviesen á surgir Varela y la joven.

Cuando Varela, en un esfuerzo supremo, surgió del agua, sacando hasta el pecho, Medina, rápido como el rayo, arrojó su certero lazo, y lo templó ligeramente, en el momento que cayó, estrechando el cuerpo de su jefe y el de la joven.

Varela sintió agarrotados sus miembros sin conocer la causa, y se sumergió de nuevo.

Unos cuantos segundos después, se encontraba en tierra firme, sano y salvo, con la joven desmayada.

VII

—¿Y la diligencia? preguntó Varela, olvidando ya el peligro pasado, para ocuparse de aquéllos á quienes creía comprometidos.

—Ya está en salvo, contestó el sargento. Los muchachos trabajaron bien.

Entonces Varela comprendió que debía la vida á su sargento, y le dijo, tendiéndole la mano:

—¡Gracias, Medina!

—Usted mande, mi teniente coronel, contestó San Cristóbal con naturalidad, y como si la cosa no valiese la pena de hablar más de ella.

En esos momentos llegaron desolados los padres de Luisa.

—¿Vive, vive? preguntó ansioso el francés.

—Sí, caballero, contestó Varela, saludando á las se-

ñoras cortésmente. No sufre más que un desmayo que pronto pasará.

Los padres atendían á la joven; trajeron el caballo de Varela, se reorganizó el pelotón, montó el jefe en su corcel, volvió á saludar á los paisanos, y el francés lo detuvo, diciéndole:

—¡Señor oficial!

—Servidor de usted, contestó Varela.

—Aquí tengo un cinturón con cien onzas de oro. Sírvase usted aceptarlas.

—Gracias contestó Varela secamente. No las necesito.

El francés comprendió que había herido la suceptibilidad del joven militar, y le dijo, queriendo componerla:

—Es para que se sirva usted repartirlas entre los soldados.

—Muchachos, preguntó Varela, ¿hay alguno de ustedes que las quiera?

—¡No, mi jefe! contestaron todos á una voz.

—Pues flanco derecho, por la derecha, al paso, marchen.

Y desfiló con su gente, dejando al francés asombrado de tanta arrogancia y de tanta hidalguía.

—En esta raza hasta los mendigos son caballerescos, murmuró.

El aspecto de los jinetes que acompañaban á Varela, justificaba el epíteto de mendigos.

—¡Qué hombre tan magnífico! exclamó la institutriz, devorando con los ojos á Varela.

Al pasar frente al piquete de dragones reaccionarios, que seguía preso en la isleta, fué saludado Varela con estruendosos vivas lanzados por sus enemigos, maravillados de tanto valor.

Varela sacó la espada, saludó á sus contrarios militarmente, y se dirigió hacia la montaña, para seguir por caminos extraviados á donde lo llevaban las órdenes de su superior.

CAPÍTULO TERCERO

UN PÁRRAFO SOBRE HISTORIA

I

Permita el lector que lo traslademos á Méjico, la noble ciudad que llamó Humboldt "de los palacios," quizás para significar que en aquella época era lo mejor que se encontraba en el Nuevo Mundo, lo que no habla muy alto en pro de las demás poblaciones de América en aquellos tiempos.

Porque es preciso tener presente que entre el Méjico de hoy y la antigua metrópoli del Virreinato de Nueva España, hay una diferencia tan grande como del día á la noche; comparación que peca de vulgar, pero que es gráfica por excelencia. Dejaremos á un lado semejantes divagaciones, porque, en verdad nada tienen que hacer esto con el asunto de que nos ocupamos.

II

Nos encontramos á mediados del año de 1861. El país palpitaba aún con las conmociones de la guerra civil más desastrosa que registran nuestros anales. Las veleidades del general Comonfort, que había ocupado durante varios años la presidencia de la República, sus

marchas y contramarchas políticas, y su malhadado golpe de estado, dieron origen á la proclamación del plan de Tacubaya, el 17 de diciembre de 1857.

Comonfort se encontró muy inferior á la situación por él creada; renunció la presidencia y entregó el puesto á don Benito Juárez, quien á la sazón era presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y, por lo tanto vicepresidente de la República. Entonces dió principio la famosa guerra de Reforma, llamada también "de los tres años," que tanta sangre y tanto dinero costó á la patria, poniendo, por ende, en peligro, instituciones y hasta la nacionalidad.

Vencido el partido reaccionario en las jornadas de Silao, Guadalajara, y Calpulálpam, Miramón, su jefe, huyó de incógnito, al extranjero, y González Ortega entró triunfante en la capital, el 25 de diciembre de 1860, llegando pocos días después el presidente Juárez, con los prohombres del partido liberal, que lo habían acompañado en Veracruz.

La política enérgica, intransigente, que siguió Juárez apoyado por sus ministros, lejos de servir para calmar los ánimos, avivó el odio de los vencidos, quienes reunieron las diversas fracciones del derrotado ejército reaccionario, tomando el mando el general don Tomás Mejía, que se hallaba en Sierra Gorda, y ocupó á Río Verde, el 7 de enero, derrotando completamente al coronel don Mariano Escobedo, á quien hizo prisionero, y le perdonó la vida, rasgo de generosidad que merece ser señalado en aquella época de guerra sin cuartel.

Vicario y Zuloaga volvieron á surgir, en el Estado de Guerrero, y se hicieron fuertes en Iguala; pero abandonaron la posición el 3 de febrero, al acercarse el general Ramírez; cayeron sobre Cuernavaca, la tomaron tras reñido combate, y cuatro días más tarde fueron derrotados por el general Régules, en Cuautla, en donde se habían refugiado, esquivando al general Zaragoza.

Aquella fué una guerra de guerrillas, en los campos; de pronunciamientos y motines, en las ciudades. Todos conspiraban, los reaccionarios contra los liberales, los liberales progresistas contra el gobierno y en medio de todos esos embates, Juárez se mantenía firme, severo, incontrastable, como un faro en medio de la tormenta.

El sanguinario general reaccionario don Leonardo Márquez, que había estado oculto en Méjico, después de la rota de Calpulálpam, salió de su escondite el 13 de enero de 1861, se reunió con Mejía, y fué nombrado general en jefe, en una junta de generales.

Los jefes reaccionarios Olvera, Cobos, Vélez, Méndez, Santa Cruz, Agreda y Silva estaban ya en campaña; Negrete, Argüelles, Gutiérrez y otros que se habían mantenido á la capa, volvieron á tomar las armas, confiando en la caprichosa fortuna. Zuloaga se intituló de nuevo presidente de la República, siendo reconocido por tal en la villa del Carbón, con lo que tuvo apariencia de reorganización el partido, y dió un buen empuje á su causa, como lo veremos después.

El primero de junio fué aprehendido en la hacienda en que se encontraba retirado, el benemérito don Mel-

chor Ocampo, exministro de Juárez, uno de los hombres más prominentes de la Reforma, apóstol de la ciencia y de la libertad. Lo aprehendió el bandido reaccionario Lindoro Cagigas, y lo entregó, en Arroyo Zarco, á Zuloaga. Márquez pretendió que se fusilase en el acto á Ocampo, á lo que se negó Zuloaga. Pero Márquez obró de manera que se realizó su sanguinario intento, y el día 3 fué ejecutado el ilustre hombre de estado; mancha de sangre, que, como la que cayó cuando las ejecuciones de Tacubaya, no ha encontrado agua lustral que pueda borrarla, y ha hecho odioso para siempre el nombre del general Márquez, quien fué puesto fuera de la ley, por decreto del Congreso de la Unión, así como sus compañeros Zuloaga, Mejía, Cobos, Vicario, Cagigas y Lozada.

Desde entonces ya nadie llamó á Márquez "don Leonardo"; sino "don Leopardo." Frenesí causó en la capital aquel asesinato proditorio. El general Degollado, que estaba procesado en Méjico, se presentó á la Cámara de Diputados, pidiendo permiso para ir á combatir contra los asesinos.

Concedido el permiso, el 15 de junio se movió Degollado, de Lerma, al frente de una corta fuerza. Su intención fué proteger el paso de la tropa y del armamento que debían salir de la capital ese mismo día, á las órdenes de O'Horan. Cuando llegó al llano de Salazar, procuró ocupar las montañas de su izquierda, para seguir por ellas hasta un punto estratégico; pero fué sorprendido por el cabecilla Buitrón, quien de antemano había ocupado una posición ventajosa, y desorganizó las co-

lumnas liberales, muriendo Degollado en el encuentro. Su cadáver fué recogido por el general enemigo Gálvez, quien le hizo solemnes exequias, pronunciando la oración fúnebre don Francisco Schiafino, un liberal que tenían prisionero los reaccionarios.

La segunda columna que mandó el gobierno, á las órdenes del simpático é inteligente general Leandro Valle, quien apenas contaba veintiocho años de edad, no tuvo mejor suerte, pues el día 23 del mismo mes fué derrotada en el Monte de las Cruces, por Márquez y Gálvez, después de cuatro horas de heroico combate. Valle cayó prisionero y fué mandado fusilar.

—¿Quién me manda fusilar? preguntó al jefe del pelotón.

—El general Márquez, le contestaron.

—Hace bien, repuso Valle con naturalidad. La misma suerte le hubiera cabido á él si hubiese caído en mi poder.

Se quitó una medalla con la efigie de la Virgen de Guadalupe, que llevaba al cuello, y la entregó al jefe del pelotón, diciéndole:

—Compañero, suplico á usted que haga llegar este recuerdo á manos de mi madre. Ella me la puso cuando salí para esta campaña.

Momentos después, cayó sin vida aquel joven instruído, valiente, generoso, de honradez inmaculada, y que tenía en perspectiva un porvenir de los más envidiables.

El coronel Aquiles Collin, ayudante de Valle, y su

apasionado admirador, había logrado escaparse, después de la derrota; pero al saber que Valle estaba prisionero, retrocedió y se presentó á Márquez, diciéndole que quería correr la suerte de su jefe.

—El jefe de usted fué fusilado.

—Bueno, pues ¡fusíleme usted! contestó aquel soberbio francés personaje digno de la lira de Homero.

Márquez no supo admirar tanto heroísmo, y mandó fusilar al héroe.

III

Envalentonados por el éxito, contando con el pánico que debía producir en Méjico la noticia de tan doloroso desastre, y alentados por las promesas de operar un movimiento revolucionario en la misma capital, se acercó Márquez á la ciudad, y el 25 de junio se presentó por la Rivera de San Cosme, con 1500 hombres, acompañado de Zuloaga, Taboada, Negrete, Argüelles y otros cabecillas de nota. Pero se frustraron sus planes, pues el general Parrodi salió del convento de San Fernando, con parte de los batallones 1° y 2° de Oajaca, y dos piezas de artillería, y después de algunos disparos, hizo retroceder á los reaccionarios.

Márquez se retiró con rumbo á Pachuca, ocupó la plaza, y de allí, por Real del Monte, pasó á Tulancingo, librando varios pequeños combates.

IV

El fracaso de Méjico desanimó á los reaccionarios.

Hubo grandes disidencias entre ellos, sin que fuera posible aunar la opinión en favor de un plan.

Gutiérrez, Montaño, Taboada y otros se separaron simultáneamente, llevándose cada uno sus tropas, perseguidos por la caballería de González Ortega y de Carvajal.

González Ortega, que era el hombre más afortunado de aquella época, ya que no el de la ciencia y el de la experiencia, cualidades que siempre le faltaron, mandaba en jefe el ejército que salió en persecución de Márquez, logrando alcanzarlo en Jalaclaco, el 13 de agosto de dicho año de 1861.

Márquez estaba encerrado y no tuvo más remedio que aceptar el combate, en el que fué derrotado totalmente; debiéndose el brillante éxito de la jornada á un joven coronel oajaqueño, que con su regimiento hizo prodigios de valor.

Ese joven coronel, poco conocido hasta entonces, estaba llamado á ser árbitro de los destinos de su patria; á ser una de las figuras más gloriosas del ejército, y uno de los héroes legendarios del país.

Era Porfirio Díaz.

González Ortega hizo justicia al joven coronel, y pidió oficialmente al gobierno su ascenso inmediato, el que le fué concedido nueve días más tarde.

Márquez y Zuloaga lograron salvarse milagrosa-

mente. Desde entonces quedó la reacción vencida por segunda vez.

Ya no tuvo ni cosa que pareciese ejército, sino gavillas, que más se ensañaban contra la propiedad y la vida de los particulares, que contra el gobierno.

Muchos de los jefes conservadores abandonaron el campo, y ocultamente entraron en la capital, esperando la hora de una amnistía posible, ó de tiempos mejores para levantar de nuevo su destrozada bandera.

CAPÍTULO CUARTO

EN EL QUE VOLVEMOS Á HALLAR MUCHOS CONOCIDOS Y ALGUNOS AMIGOS

I

Las victorias alcanzadas por González Ortega, y el alejamiento de las bandas reaccionarias, devolvieron la confianza á los buenos vecinos de Méjico, excepción hecha, naturalmente, de los partidarios de la "conserva," como llamaban los "puros" á los "mochos," que todos esos nombres y otros más se propinaban mútuamente liberales y reaccionarios. Algo se veía en lontananza como un amago de guerra con Europa; pero en aquella época las comunicaciones eran tan difíciles y tardías, había tanto en qué ocuparse en el interior del país, era tan discutible el interés que pudieran tener España, Francia é Inglaterra por nuestra cosa pública, que poco caso se hizo de los barruntos de tormenta.

El Congreso "funcionaba." Las sesiones eran acaloradísimas y algunas veces de gran interés, como que aquella legislatura fué quizás la que, con la Constituyente, reunió mayor número de hombres notables en Méjico. Allí fué donde Altamirano se reveló orador inspirado, haciendo alarde de una elocuencia brillante,

ardiente, arrastradora, que participaba de la de Mirabeau y de la de Dantón. Allí fué donde Hernández y Hernández comenzó su carrera política, tan corta como útil á la patria, siendo uno de los tribunos más populares y elocuentes de nuestro parlamento. Allí surgió también la figura de don Sebastián Lerdo de Tejada, tenido por moderado, y que dió pruebas de avanzado. Allí encontramos también á Ignacio Mariscal, á Riva Palacios, á González Urbina, á Ortiz de Montellano, á León Guzmán, á José María Mata, á Juan José Baz, á Zendejas y á otros muchos que más tarde debían desempeñar papeles importantes en los asuntos patrios, y que dieron entonces tanto lustre al Segundo Congreso Constitucional.

II

Entre la falange de los jóvenes figuraba como una de las más bellas personalidades Martín Varela. Nacido en la capital, hijo único de una familia orgullosa por su abolengo y alta posición, Martín creció en medio de los mimos de sus padres, de la estimación de sus condiscípulos y de la adulación de criados y de amigos de la familia; es decir, en medio de la atmósfera más propicia al desarrollo de cuantas malas pasiones trae en germen el ser humano, al venir al mundo. Á los quince años quedó Martín huérfano de padre, acontecimiento que tuvo una influencia decisiva en el porvenir del joven, que hasta entonces había crecido en medio de la ociosidad y de la pereza, aprendiendo lo estrictamente indispensable para

no aparecer como un ignorante extraordinario; y ese corto bagaje de conocimientos, lo debía más á su naturaleza privilegiada que á los esfuerzos de padres y maestros, quienes creían que con el nombre que llevaba el joven, su buena presencia, sus relaciones sociales y un capital de más de medio millón de duros, había lo suficiente para figurar en primera línea, sin tomarse el trabajo de averiguar la distancia que media entre nuestro planeta y el sol, y si la tierra es redonda ó cuadrada, ni tantas otras zarandajas, buenas para los arrancados que andan buscando un real para completar un duro.

III

Martín echó de ver un día que era ignorante, lo que demuestra buen juicio; y se avergonzó de su ignorancia, lo que demuestra talento. Comprendió por intuición que en Méjico, como en todo el mundo moderno, se derrumbaba el gótico torreón de la sociedad antigua, y era preciso valer algo por sí mismo, para ser considerado por una sociedad iconoclasta, reñida con toda tradición, revolucionaria, y que en su sed de democracia, había de concluir por proclamar la excelsitud de la plebe, hasta que se restableciera el equilibrio, por las leyes inmutables de la Naturaleza, y cada uno fuese considerado según sus propias obras.

Fortaleció su espíritu con el estudio, fortificó su cuerpo con los ejercicios corporales, y, cuando contaba veinte años, era el primer alumno del colegio de Medi-

cina, y á las esculturales formas de un Antinoo reunió las fuerzas de un Hércules.

La familia de Varela pertenecía al partido reaccionario, rayando en frenesí la pasión política y religiosa de doña Guadalupe, la madre de Martín, parienta lejana del obispo Barajas, y á quien distinguía de una manera muy particular el Nuncio apostólico, monseñor Clementi. En cambio Martín, que en sus primeros años había participado de las creencias maternales, andando el tiempo se fué despreocupando, y al fin, en las aulas de Medicina, se metamorfoseó, concluyendo por abrazar la filosofía más positiva que se conocía entonces entre nosotros, hasta el punto que hubiese concluído en ateo, á no haber sido porque en aquel cerebro de médico positivista se encontraba una buena dosis de poeta soñador.

Aquel joven sintetizaba su país y su época. Era la mezcla de la luz y de la sombra; el encuentro de dos extremos irreconciliables, el conflicto entre todos los antagonismos convergiendo al mismo campo cerrado, para luchar. El filósofo negaba; pero el poeta afirmaba.

De allí la divergencia que se notaba entre los sentidos versos que se publicaban en "El Pensamiento," llenos de ternura, de fe y de esperanza, y que tal vez pecaban de un optimismo que formaba contraste con las composiciones que aparecían en el mismo periódico firmadas por Juan Díaz Covarrubias; y los artículos que en "El Heraldo" propagaban las doctrinas más radicales y anarquistas, que causaban grave escándolo en aquella

sociedad que apenas sospechaba la existencia de Voltaire. Martín firmaba los versos con su propio nombre; pero por respeto á su madre, subscribía sus artículos con el pseudónimo de "Martín Lutero."

IV

Juan Díaz Covarrubias, el joven poeta veracruzano, era el amigo inseparable de Martín. Algo menor era Juan, y sin embargo parecía de más edad, á causa de su carácter melancólico, de esa precoz madurez que se encuentra en los seres privilegiados que deben morir en la juventud.

Juan Díaz y Martín estudiaban el mismo año de medicina, cuando el general Degollado á la cabeza de una hueste, más osada que numerosa y experta, se dirigió contra Méjico, cometiendo la torpeza que tan cara costó en otro tiempo al benemérito cura Hidalgo: la de vacilar y detenerse, en vez de dar un golpe audaz, imprevisto y decisivo.

Degollado se detuvo en Tacubaya desde mediados de marzo de 1859, cuando Miramón ponía inútil sitio á Veracruz, y hasta el 7 de abril no se resolvieron á atacarlo las fuerzas reaccionarias, librándose formal y sangriento combate el día 11, fecha que recuerda de año en año la República entera, como la más luctuosa de las que señaló con sangre la guerra fratricida.

En los momentos en que las fuerzas de Márquez entraban triunfantes en la que desde entonces se llama

"Ciudad de los Mártires," Covarrubias y Martín Varela acababan de poner un vendaje al teniente coronel reaccionario Juan Herrán, herido en una pierna.

Un sargento *chinaco* * hombre de colosal estatura, y que era nada menos que nuestro San Cristóbal, se acercó á Varela y le dijo:

—Doctorcito, ya corrió don Santos, y viene Márquez haciendo chuza. ¡Vámonos!

Varela no quiso ponerse en salvo sin prevenir á su compañero.

—¡Bah! dijo Díaz Covarrubias. En ningún país civilizado fusilan á los médicos que están cumpliendo con su deber. Médicos y sacerdotes somos sagrados.

—Es que las chusmas no pertenecen á ningún país civilizado, repuso Martín.

—Yo me quedo; si me fusilan, que no lo creo, al menos no hago falta á nadie. Mis padres han muerto; mis hermanos no me necesitan, y no creo en el amor. Á Dios.

Y volvió Díaz Covarrubias al lado de Herrán, haciendo un afectuoso signo de despedida á su compañero.

Martín vaciló un momento, y estuvo á punto de quedarse con don Manuel Sánchez, jefe del cuerpo médico militar, y con su compañero Ildefonso Portugal, curando á los heridos, y rechazaba á la vez la hipótesis de que llevasen los vencedores su ferocidad hasta inmolar á

---

* *Chinaco.* Así llaman en Méjico al guerrillero, principalmente al que servía en el partido liberal.

quienes estaban salvando la existencia á los heridos de su propio bando; pero el sargento Medina, que había advertido á Varela el peligro que corría, y que era un *chinaco* práctico en materia de guerras civiles, aunque ignorante del derecho de gentes, lo tomó por un brazo. —Venga, doctorcito, le dijo, mire que no vamos á alcanzar ni á pedacitos. Yo conozco á estos valedores.

Y huyeron juntos, siendo perseguidos de cerca por los soldados victoriosos, que les dispararon algunos tiros, por fortuna sin resultado.

V

Pero después, un oficial de las fuerzas de Márquez agarraba por el cuello á Juan Díaz Covarrubias, diciéndole con brusquedad:

—¡Dése prisionero!

—Soy médico, respondió el joven poeta; ya ve Vd., estoy atendiendo á los heridos.

—Déjese de *retobos* y marche.

—Permita Vd. que busque mi sombrero.

—Para ser fusilado no se necesita sombrero, repuso el oficial con dureza.

—¡Fusilado! exclamó Juan poniéndose lívido y llevando la mano al corazón, como para contener sus latidos.

La soldadesca que acompañaba al oficial se rió de aquel vértigo. Un sargento empujó á Juan, otro le dió un culatazo en la espalda.

Juan miró á sus verdugos con tristeza, pero sin odio. Pasado el primer momento, contempló la muerte frente á frente y sin temor.

En el camino oyó varias descargas aisladas.

—¿Qué es eso? preguntó.

—Fusilan á los "puros" contestó un soldado.

Aceleró el paso y llegó al lugar del sacrificio, donde yacían varios cadáveres.

—Acabemos, dijo deteniéndose.

En seguida regaló su reloj al oficial, el poco dinero que llevaba lo repartió entre los soldados y les dijo que los perdonaba.

Varios desgraciados estaban allí, esperando también el momento de ser ejecutados. Juan abrazó á su compañero más próximo y exclamó: —Ya . . . ¡fuego!

Después de breve rato, el oficial repitió la voz y Juan cayó herido por una sola bala, que le traspasó el pecho.

Le dieron el tiro de gracia en la cabeza, y, como se movía aún, le despedazaron el cráneo á culatazos.

Así murieron también los médicos Manuel Sánchez, Juan Duval, José María Sánchez, Gabriel Rivera, Ildefonso Portugal y Alberto Abad, y otros muchos paisanos, entre ellos el joven Manuel Mateos.

VI

Varela siguió á don Santos Degollado en su retirada, que fué en realidad una fuga, un sálvese quien pueda, y cambió el bisturí por la espada. El médico se cambió

en soldado, profesión menos "ofensiva," según aseguraba Martín en sus ratos de buen humor, que eran cada vez más raros desde los acontecimientos de Tacubaya.

En aquella época los ascensos eran rápidos. Se improvisaban los ejércitos y se improvisaban los oficiales y los jefes. Martín, que sentó plaza de capitán de caballería el 22 de abril de 1859, ganó el grado de teniente coronel en Silao, y fué hecho coronel efectivo en el campo de batalla de Calpulálpam el 8 de diciembre de 1860, siendo de los jefes más queridos del general Zaragoza, á cuyo servicio pasó.

VII

Al entrar triunfante en Méjico, Martín se dirigió á su casa para abrazar á su madre, á quien constantemente había escrito, sin obtener respuesta alguna. Por los amigos de la familia sabía que doña Guadalupe se había vestido de riguroso luto cuando las ejecuciones de Tacubaya, al recibir la falsa noticia de la muerte de Martín; noticia que oyó con resignación suprema, como efecto de la voluntad de Dios. No hubo en aquella mujer un rapto de ira, una palabra de censura contra los autores del asesinato. Los perdonó con evangélica mansedumbre; se arrojó á los pies de un crucifijo, y oró.

Algunos días más tarde se supo que Martín se había salvado milagrosamente, y doña Guadalupe estuvo á punto de volverse loca de alegría; pero en seguida le dieron testimonio inequívoco de que su hijo servía en las

filas liberales, que era un "bebedor de sangre," un azotador de Cristo, y entonces volvió la fanática á sobreponerse á la madre.

—¡Mi hijo ha muerto; roguemos por mi hijo! exclamó la señora, y volvió á sus oraciones, y mantuvo su luto riguroso.

Todos los días se decía una misa solemne en la Profesa por el alma del finado Martín Varela; cada ocho días se celebraba un servicio fúnebre en San Fernando, con igual motivo, y se repartían limosnas á las pobres vergonzantes, para que rogaran por el joven difunto. Algunos meses más tarde doña Guadalupe repartió sus cuantiosos bienes entre las comunidades religiosas, estableciendo un servicio perpetuo en la Profesa, y reservándose una renta y el uso de la casa que habitaba.

VIII

Martín tuvo el tacto de presentarse en su casa en traje de paisano. Los criados lo recibieron como á un extraño, y sólo su vieja nodriza no pudo contenerse, y, faltando á la severa consigna, lo abrazó llorando.

Cuando comunicaron á doña Guadalupe que su hijo la esperaba en la sala, aquella mujer respondió con serenidad y firmeza:

—Yo no tengo hijos.

Y no obstante, salió al salón. Al verla Martín se acercó para abrazarla. Doña Guadalupe dió un paso atrás, y extendió la mano derecha para contenerlo.

Martín tomó aquella mano, la besó con respeto y cariño, cayendo de rodillas.

—¡Madre mía, perdón!

—Caballero, Vd. se equivoca al llamarme su madre. Yo tuve sólo un hijo, y éste murió.

—¡No, madre mía! Yo soy su hijo; míreme Vd. y perdóneme. . . .

—He oído decir que hay un sujeto que tiene el mismo nombre que mi hijo, y aseguran que se parece á él. Pero ese individuo forma parte del bando de los herejes. Ya ve Vd. que no puede ser mi hijo. Este murió antes de deshonrarse por completo. ¡Dios lo haya perdonado!

Aquella sala, donde había transcurrido la infancia de Martín; aquellos muebles que lo habían visto nacer, los retratos de familia que adornaban las paredes, todo cuanto rodeaba al joven liberal, le recordaba un pasado que estaba muy reciente, y contribuyó á que fuese desapareciendo el jefe demócrata, el enemigo de la Religión y de los Fueros, sustituyéndolo el adolescente, el hijo sumiso que oía misa todos los días, que se confesaba todos los sábados y hacía una fiesta de la comunión dominical. Aquellos efluvios de la infancia, de inocencia, de hogar; aquellos encantos de la religión, la media luz del templo, los acordes del órgano, los episodios de la historia sagrada, contados por el capellán de la familia, todo eso fué acentuándose más y más en el alma del caudillo, que llegó á sentir remordimientos por sus heroicidades de patriota y prorrumpió lloroso y acongojado:

—Perdón, perdón! . . .

—Yo no tengo de qué perdonar á Vd., caballero.

—¡Bendígame Vd. al menos, madre mía! . . añadió con voz desfallecida.

—¡Jamás! exclamó con ademán de horror doña Guadalupe, como si le hubiese propuesto un sacrilegio.

Y Martín Varela, el joven coronel que había llegado á dominar por su valor sereno á los hombres que más fama tenían entre los *chinacos*; que había alcanzado sus grados en el campo de batalla; aquel hombre que parecía indomable, aquel filósofo materialista, aquel ateo, vaciló y cayó por tierra, desmayado como una doncella, vencido por su sensibilidad de poeta, abrumado por su amor de hijo.

Doña Guadalupe llamó á los criados y les dijo:

—Vean lo que hacen con eso.

Y volvió á su camarín, donde tenía un soberbio crucifijo, y se arrojó á los pies del Mártir del Gólgota para seguir implorando concediese la gloria eterna á su hijo Martín, muerto en Tacubaya el 11 de abril de 1859.

Aquella mujer, al orar ante el crucifijo, olvidaba las sublimes palabras pronunciadas por el Sublime:

—¡Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que hacen!

CAPÍTULO QUINTO

EN EL QUE SE VE QUE ÉSTE NO ES MÁS QUE LA CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

I

La escena que acabamos de describir causó profunda impresión en el ánimo de Martín, quien durante largo tiempo no recobró su alegría. Sin embargo, el haber sido elegido diputado, los peligros que amenazaron á las instituciones con el nuevo incremento que tomó la reacción, y los esfuerzos de sus amigos, contribuyeron poderosamente á hacerle sacudir el marasmo, templaron de nuevo aquella alma de filósofo y de poeta, y Martín se sintió regenerado por completo, creyendo que no volvería á caer en semejantes desfallecimientos.

Guardó siempre un culto santo por su madre, y asistía con una exactitud completamente militar á los servicios fúnebres que se celebraban por su bienaventuranza, más que por otra cosa, por tener oportunidad de ver á su madre, á quien invariablemente ofrecía el agua bendita, cuando entraba ella en el templo, rechazándola también invariablemente la incontrastable anciana, de una manera reverenciosa, como si se tratase de un extraño.

II

Entre las concurrentes á aquellas ceremonias, la más asidua era una joven, prima en segundo grado de Martín, llamada Luisa Dardelle, hija de un rico comerciante francés y de una prima hermana de doña Guadalupe.

Luisa tenía á la sazón veinte años, una belleza atrayente, de aquellas que llaman la atención desde el primer momento, produciendo una sensación extraña que no puede decirse si es de placer ó de dolor. De cabellos castaños con un ligero tinte rojizo, ojos muy negros, muy grandes, muy variables de expresión, que pasaban rápidamente de la picaresca á la melancólica, la nariz algo remangada, sin ser desagraciada, los labios un poco gruesos, labios de gula y de lujuria, estatura mediana, busto admirablemente modelado, manos de princesa y el color blanco pálido. Nacida en Chihuahua, se había criado al aire libre, montando á caballo, recorriendo las haciendas de su madre, y haciendo siempre su voluntad, sin preocuparse de la opinión de los demás. Aprendió á leer con el cura de una parroquia, en cuyas cercanías se hallaba la principal hacienda de la familia. Después tuvo una institutriz americana, á quien *ganó huída*,* como vulgarmente se dice; y, por último, una francesa, que se hizo venir de París, expresamente para ella.

La señora Trenard y Luisa simpatizaron desde el pri-

---

* *Ganar huído.* Es una expresión familiar entre los jugadores de gallos y significa que huyó el gallo contrario.

mer momento, y contrajeron estrecha amistad. La francesa se prestaba á todos los caprichos de su educanda, y Luisa complacía á su profesora en todos sus deseos.

Así es que se veía frecuentemente á una y otra, montadas á caballo, al amanecer, desafiando el frío en invierno, y la lluvia en verano, como si fueran dos vaqueros. Pero en cambio las noches, desde las siete hasta las diez, quedaban consagradas al estudio.

La señora Trenard no sabía una sola palabra de castellano, ni Luisa una palabra de francés. Sin embargo, tales mañas se dió la chica, que á poco se hacía entender de su compañera, y á los seis meses hablaba francés casi correctamente.

La institutriz era mujer de muy vasta instrucción, de exquisitas maneras, de talento natural, todo esto unido á un cuerpo grande y que hubiese parecido feo sin los amaños de compostura en que sobresalía la francesa; y una cara de aquellas que, según las circunstancias y el gusto del observador, podía pasar por agradable, ó por vulgar.

En materia de religión, la señora Trenard era tolerante hasta los límites de la indiferencia. Otro tanto pasaba con Luisa, sin que ésta se diese cuenta de ello.

Los negocios del señor Dardelle lo obligaron á salir de Chihuahua y á establecerse en Méjico, retirado del comercio. Allí acabó de desarrollarse Luisa, que era ya una joven interesante, y que desde luego causó efecto en la sociedad de la capital, que es de lo más novelero y veleidoso que darse pueda en esta materia.

III

Luisa recibía los homenajes de la turba de aduladores con la majestad de una reina que trata á sus vasallos. No coqueteó con ninguno de sus adoradores, entre quienes se encontraba el célebre conde de . . ., Ministro Plenipotenciario, etc., etc., en Méjico, que andaba á caza de dote, según decían malas lenguas, que no por ser malas dejaban de estar bien informadas.

Cuando llegaron á Méjico, Martín estaba en campaña, de modo que los primos no tuvieron ocasión de conocerse personalmente.

La curiosidad de Luisa por tratar á Martín, fué cada día más viva. La extravagante é injusta conducta de doña Guadalupe para con su hijo, las hazañas que más ó menos abultadas se contaban del joven coronel, los versos y los artículos publicados por éste, antes de su "calaverada," influyeron en la imaginación de la prima y de la señora Trenard, quienes acabaron por enamorarse del héroe, cada una á su manera.

La señora Trenard había cobrado un cariño maternal á Luisa. Aquella solterona, aquella hipócrita, de corazón seco, amaba á Luisa, como si viese en la bella chihuahuense un rejuvenecimiento de sí misma, una prolongación de su vida; como si presumiese que estaba llamada á vengarla de las inconsecuencias sociales de que ella, la señora Trenard, había sido víctima.

Martín Varela no podía ser el esposo ni siquiera el amante de la madura solterona, pero sí el de Luisa; y

la señora Trenard se enamoró del joven, por cuenta de su educanda, y se propuso seducirlo, y unirlo legítimamente á aquélla si era posible.

Y gozaba mentalmente al considerar al altivo Antinoo estrechando entre sus hercúleos brazos á la adorable criatura, mezcla de Venus y de Diana.

Y la institutriz sentía hervir su vieja sangre, como en su pasada primavera; se tendían sus músculos, se exitaban sus nervios, palpitaban sus flacas carnes, se ponían cárdenas sus mejillas; y después, de pronto, caía desfallecida en un espasmo histérico, entornaba los párpados, echaba la cabeza hacia atrás y lanzaba una carcajada ahogada y convulsa, en la que sobresalían algunas notas metálicas.

Luisa se alarmaba, corría hacia ella y le preguntaba:

—¿Qué te pasa Athenais?

—Nada, hija mía, es que me siento renacer en ti.

Y la tomaba por la cintura, la sentaba en sus rodillas y le cubría el cuello de besos frenéticos, hasta que Luisa se deshacía de sus caricias exclamando:

—¡Déjame, me haces mal!

—¡Sí, pero en cambio tú me haces bien!

Y quedaba la institutriz sumergida en un plácido sopor, en el que veía aparecer á Martín, pero bajo otra forma, muy distinta, y á veces se preguntaba:

—¿Cuándo y dónde he visto yo á este Apolo?

IV

Luisa vió á Martín por primera vez en la iglesia, después en el Teatro Nacional, donde á la sazón cantaba una compañía de ópera italiana, en la que figuraban las hermanas Natali, entonces en todo el esplendor de la juventud; la D'Angri, Stephani, Biacchi y otros artistas.

Una noche cantaban *Martha*, que era el triunfo de las hermanas Natali. Martín ocupaba una butaca de las primeras filas.

De pronto entró en el salón una especie de gigante, después de comenzado el segundo acto, pisando con formidable energía, y esa indiferencia ó desprecio á todas las conveniencias sociales, propia de la gente mal educada.

Aquel exceso de energía pedestre, motivó el siseo del público, que fué exaltándose hasta el punto de gritar: —¡Fuera! ¡Fuera! sin que el coloso se diera por aludido.

Llegó nuestro hombre á su asiento, en la misma fila donde estaba el de Martín Varela, y en vez de estarse tranquilo, interpretando á su manera el precepto del poeta francés, creyó haber comprado en la puerta el derecho de aplaudir á su antojo, y á cada paso, sin ton ni son, en medio de una cadencia, ó de una *fioritura*, hacía chocar sus colosales manos, una con otra, y aplaudía produciendo un ruido semejante al de la mandarria cayendo sobre el yunque.

El público exasperado volvió á gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera!

El gigante se volvió con envidiable serenidad, inda-

gando quién gritaba así, ó mejor dicho, buscando alguien á quien hacer responsable singularmente de aquella injuria colectiva, y por casualidad se fijó en Martín, mirándolo con insolente insistencia, repitiendo sus atronadores aplausos.

—¡Fuera! gritó Martín Varela, incorporándose en su asiento.

—¿Fuera? repitió el gigante. ¡Oh! ¡ven y prueba á sacarme!

Martín se puso en pie, como impulsado por un resorte, se lanzó sobre el provocador, arrollando á dos ó tres individuos que ocupaban los asientos intermedios, le dió una puñada en la frente, que pareció al gigante el choque de una peña lanzada por una catapulta; con la mano izquierda lo asió por la pretina del pantalón, y arrastró al medio desmayado coloso por todo el pasillo del teatro, hasta dejarlo en el vestíbulo del edificio, en medio de los aplausos y de los vítores de la concurrencia, interrumpiéndose la representación por más de seis minutos.

—¡Qué hombre! exclamó la señora Trenard. ¡Qué corazón y qué músculos! añadió suspirando.

—Esos son los hombres que me gustan, dijo Luisa subyugada por el acto que acababa de realizar Martín, que en ese momento volvía sereno é indiferente á ocupar su puesto, solicitando respetuosamente el paso á los vecinos á quienes poco antes atropellara.

Desde entonces Luisa no tuvo más pensamiento que el de entrar en relaciones con su primo, para lo cual con-

certó veinte proyectos violentos y descabellados, que no realizó, gracias á la intervención de la señora Trenard, quien la hizo esperar, dominando su impaciencia.

V

En la primera fiesta fúnebre de las ordenadas por doña Guadalupe, Luisa se arregló de manera que entró en el templo al mismo tiempo que su tía. Martín ofreció el agua bendita á su madre, como de costumbre, y como de costumbre ésta la rechazó, y cuando el joven retiraba la mano, sintió el contacto de la de Luisa, que tomó en ella el agua, y le dijo:

—¡Gracias, primo!

Y lo envolvió en una de esas miradas capaces de deshacer el corazón de un témpano del polo.

Dado caso que los témpanos tuvieran corazón.

Martín quedó deslumbrado, y es fama que durante toda la función, se olvidó de doña Guadalupe y del servicio divino, para fijarse únicamente en su encantadora prima, que sólo dos veces lo miró como al descuido y por acaso.

—¡*Il est à nous*! ¡Ya es nuestro! le dijo al oído la señora Trenard, al salir, sin que chocara á Luisa aquella colectividad.

Martín sabía que el señor Dardelle se hallaba en Méjico con su familia; que tenía una prima que se llamaba Luisa, inmensamente rica y sumamente bella; pero jamás tuvo voluntad de ver á aquella gente, á la que

juzgaba imbuída en las mismas ideas exageradas de doña Guadalupe, y que le era antipática sin saber por qué.

Mas una vez que se fijó en Luisa, cuando la escena de la iglesia que consignada queda, sintió curiosidad á su vez por conocer á aquella joven, de quien tanto se ocupaba la sociedad de Méjico, pintándola como una bellísima estatua desprovista de corazón; como un ingenioso autómata, que carecía de alma.

VI

Una noche, en un entreacto, estando Martín conversando con el general Zaragoza, se acercó á ellos el señor Dardelle, antiguo amigo del jefe liberal.

Zaragoza presentó uno á otro, ambos caballeros.

—Me alegro de conocer á Vd. personalmente, señor don Martín, dijo el señor Dardelle, siquiera por lo mucho que he oído hablar de Vd.

—Y en sentidos tan diversos, ¿verdad?

—Todos favorables, en concepto mío. Creo que somos parientes políticos.

—Es verdad, respondió Martín. La esposa de Vd. es prima hermana de mi madre.

—Y por lo tanto tía de Vd.

—Exacto.

—Y Luisa su prima.

—Así lo entiendo.

—Pues, señor don Martín, en la calle de Cadenas número 10 tiene Vd. su casa, y espero que se servirá

honrarla cuanto antes, seguro de que con ello nos procurará mucho placer.

En esos momentos tocaban la campanilla de prevención y se despidieron ambos caballeros, del general Zaragoza, yendo cada uno á ocupar su asiento.

—¿Dónde diablos he oído yo esa voz nasal y chillona? se preguntaba Martín mientras se dirigía á su butaca.

—¿Dónde he visto yo esa mirada altiva y esa arrogante figura? se preguntaba el señor Dardelle.

CAPÍTULO SEXTO

CONOCIMIENTO Y RECONOCIMIENTO

I

Apenas llegó al palco el señor Dardelle, contó á su familia lo ocurrido con Martín Varela.

—Y ¿por qué no lo trajiste á nuestro palco, para presentárnoslo? preguntó Luisa.

—Porque no me pareció correcto.

—¡Un pariente!

—Que ha tardado bastante en acordarse de que lo somos.

—El mismo cargo podrá hacernos él.

—No, hija, á él le tocaba dar el primer paso.

—¡Bah!

—¿Qué quiere decir ese "bah?"

—¿No piensas en la situación excepcional que guarda? ¿Cómo querías que se apresurara á dar el primer paso, cuando sabe que contribuímos con nuestra presencia á lo inventado por tía Lupe?

—¡Niña! exclamó doña Dolores, la madre de Luisa, en son de reproche.

—Farsa y no otra cosa, prosiguió Luisa animándose.

¿Pues qué, no sabemos todos que mi primo no ha muerto, que allí está, fuerte, robusto, vendiendo vida y salud?

—Lo pasado pasado, dijo el señor Dardelle en tono conciliador. Le he ofrecido mi casa, y él sabrá lo que hace.

—No, señor, es preciso que lo traigas al palco, esta misma noche.

—¡Hija, no seas testaruda!

—Bueno, dejémoslo ya, que no necesito de ti para hacerlo venir.

—Luisa, ¿estás loca?

En ese momento Luisa, que tenía la vista fija en Martín, esperando que éste á su vez mirara hacia el palco, aprovechó la ocasión, en cuanto se presentó, para saludarla con un ligero movimiento de cabeza, al que correspondió el joven con un saludo profundo, que dió motivo á otro movimiento más marcado de parte de Luisa y de doña Dolores.

II

Cuando concluyó el acto, Luisa hizo señas á Martín de que subiera al palco, y como el joven la mirara, esperando la confirmación de aquella seña, la repitió de una manera que no dejaba lugar á duda.

Pocos momentos después, Martín tocaba discretamente á la puerta del palco.

—¡Aquí está! exclamó Luisa.

—¿Quién? preguntó doña Dolores, que no estaba al tanto de la telegrafía de su hija.

—Mi primo. Le he hecho señas de que suba.

El señor Dardelle había abierto entre tanto la puerta, recibía al joven afectuosamente, y tomándolo de la mano lo presentó á su mujer.

Luisa le tendió francamente la diestra, y le dijo:

—¿Cómo estás primo? ¡Gracias á Dios que te acuerdas de nosotros!

—Señorita . . . crea Vd. . . .

—¡Caballero! . . . repuso Luisa haciendo una exagerada reverencia.

—¡Luisa! dijo Martín, corrigiendo el ceremonioso "señorita."

—En hora buena, ya eso es otra cosa, prosiguió la joven. Creí que me reprochabas la confianza con que me permití tratarte. ¡Pero es que hace tanto tiempo que te conozco! . . .

—¿Es posible?

—Ya lo creo: todas las semanas, desde hace más de un año, voy á la Profesa á rogar á Dios que conserve el alma de mi primo Martín dentro de su cuerpo, donde parece que se halla bien alojada, por más que tía Lupe diga lo contrario.

—Mi madre . . . dijo Martín en tono que significaba que no admitía chanzas de ningún género respecto á la autora de sus días.

—Ya sabemos que eres buen hijo, le interrumpió Luisa, cambiando de tono. Eso es tradicional en nuestra familia.

Y así continuó la conversación durante un buen

cuarto de hora, al cabo del cual ya se trataban los dos parientes con una cordialidad sincera, y como si, en efecto, hubiesen cultivado añeja y estrecha amistad.

Doña Dolores hablaba poco, y generalmente miraba con indiferencia cuanto pasaba á su alrededor.

Pero desde el momento en que entró Martín en el palco y pronunció la primera palabra, el timbre de voz de su sobrino causó una impresión extraña en ella, y no dejó de considerarlo cuidadosamente, como evocando recuerdos dormidos en el fondo de su memoria.

De pronto, interrumpiendo á Martín que hablaba entretenido con Luisa, le dijo:

—Oiga Vd., Martín.

—Vd. mande.

—¿Dónde se encontraba Vd. en septiembre del año pasado?

—Un poco por todas partes, contestó el galán como queriendo esquivar la conversación para seguir dedicándose exclusivamente á Luisa.

—¿No estuvo Vd. en el Estado de Guanajuato?

—Creo que sí. En efecto, sí, allí pasé el mes de septiembre. Ahora lo recuerdo bien, como que me pasaron unas aventuras. . . .

—¿Entre Lagos y León?

—¡Ah! . . . ¿Quién le contó á Vd.? preguntó el joven fijándose ya en la conversación.

—¡Al fin! exclamó la señora Trenard, sin poder contenerse y en voz tan alta que hizo volver la cara á los que ocupaban los palcos vecinos.

—¿Cómo al fin? preguntó Luisa.

—Bien quería yo recordarlo, prosiguió la institutriz. Señor Dardelle, tengo la honra de presentar á Vd. al salvador de Luisa.

—Toma, y es verdad, exclamó involuntariamente Martín. Vd. es la joven de la diligencia.

—Ya, ya, prosiguió el señor Dardelle. Esa mirada no me era desconocida.

—¡Ah, Martín! prorrumpió Luisa conteniendo un movimiento involuntario para lanzarse en brazos de su primo.

Y le tomó ambas manos entre las suyas, y lo miró con una de esas miradas profundas, que parecen lo infinito, que penetran hasta el fondo del alma, que deciden en un segundo de la vida de un hombre.

Una de esas miradas que nadie estudia, que nadie aprende, que no se pueden fingir, que son de una sinceridad brutal é inocente, y que dicen lo que el lenguaje humano no acertaría á traducir.

—¡Ah, Martín! . . . repitió Luisa, ruborosa, enternecida, palpitante de amor, de orgullo, de adoración hacia ese hombre que cada vez aparecía á sus ojos con nuevo y mayor prestigio.

—¡Cómo pagar semejante servicio! murmuró el señor Dardelle contemplando al joven héroe.

—¡Gracias, estoy pagado ya! contestó Martín estrechando las delicadas manos de Luisa, y saboreando por primera vez las voluptuosidades del amor.

Porque el alma de aquel soldado trovador, estaba

virgen aún. No había sentido el amor que engrandece, que regenera, que magnifica.

El otro le había rozado con la punta de sus alas, y sólo había provocado desdén en aquel hombre excepcional y lleno de contradiciones, á veces grandiosas.

III

Martín escuchó á Luisa con inefable encanto.

Luisa hizo gala de su facundia y de su gracia.

Martín no era vanidoso; pero Luisa supo pasarle la mano tan delicadamente, que, por primera vez, se encontró el joven orgulloso de sus triunfos de poeta, de periodista, de militar y de tribuno.

Antes de separarse ofreció Martín visitarlos en breve, sin ceremonia alguna.

Luisa quedó apasionada. Martín se retiró ciego de amor.

Cuando volvió Martín á su butaca, le dijo un joven que tenía el asiento inmediato:

—Hola, Martín, cultivas la familia.

—Empiezo ahora, Julián.

—Te felicito, y felicitaré luego á Luisa.

—¿Por qué?

—Toma, se ha realizado uno de sus más fervientes deseos.

—¿Cómo así?

—Pues, el de que caigas á sus pies.

—¡Julián!

—Chico, ella misma me lo ha dicho cien veces, tanto que me ofrecí á llevarte á la casa, y ella no lo consintió, sin que me explique la razón.

—Y ¿cómo nunca me habías hablado de eso?

—Ya sabes que soy discreto como una tumba.

—¡Dónde diablos se ha ido á anidar la discreción!

—No lo dudes, nosotros los abogados. . . .

—Á propósito ¿ya te recibiste?

—Dentro de pocos días lo haré.

—Has tardado.

—Verdad, y no sin motivo. Figúrate que en cuanto pesque el título, tengo que ir á pasar un año en Huamantla, al lado de la familia de mi primo.

—¿Y qué?

—Que esa perspectiva me horripila, y por eso voy posponiendo mis exámenes de día en día.

—Pues no vayas á Huamantla.

—Es indispensable. Primero porque soy de allí.

—La razón es pobre.

—Por eso la pongo en primer lugar. La segunda, porque así lo quiere mi primo, que me ha servido de padre, y yo se lo he ofrecido.

—Ya eso es de más peso.

—La tercera, porque tengo que casarme allí con cinco haciendas, quiero decir, con una chica que tiene cinco haciendas.

—Ya eso es un argumento Aquiles.

—Y sin talón vulnerable.

—Pues no comprendo ahora la apatía con que pro-

cedes. ¿Acaso no te gustan las haciendas, digo, la chica?

—No *las* conozco. Es hermana de la mujer de mi primo.

—Bueno.

—Mi primo se casó hará unos tres años, se encuentra sin prole, dice que no tiene esperanzas de tenerla, y quiere, en su codicia de ranchero, que todo el capital de las Riaño y el nuestro, que parece que no es pequeño, venga á parar á mis manos.

—¡Te compadezco!

—¡Gracias!

—¿Y ya estás resuelto á apechugar con todo ello?

—Hasta hace media hora desechaba las cinco haciendas y todo lo que directa ó indirectamente toca á las Riaño. Pero desde hace cinco minutos estoy resuelto á dar el salto por la vida.

—¿Por qué cambio tan repentino?

—Silencio, que comienza el acto.

Y escucharon religiosamente, al parecer, el último acto de la ópera.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EN EL QUE SE SABE QUIEN ERA JULIÁN RODRÍGUEZ Y APARECEN OTROS PERSONAJES QUE IMPORTA CONOCER

I

El joven Julián, amigo de Martín Varela, que vimos poco ha, era un guapo mozo, un *dandy*, como se decía entonces. Delgado, esbelto, irreprochablemente vestido, de maneras muy finas con las damas, muy atento con los hombres de respeto, y ligeramente campechano con los mozos de su edad, á todos agradaba, tenía entrada franca en todas partes, y no se concebía en Méjico un baile, un día de campo, ninguna fiesta, en fin, si no la amenizaba Julián Rodríguez.

Tenía una voz de *tenorino*, simpática y afinada, lo que le permitía cantar con éxito baladas y romanzas italianas y algunas canciones de la tierra. Tocaba el piano lo suficiente para acompañarse y para hacer bailar á sus contertulios; montaba á caballo como Chiarini, mascaba el francés, y había estudiado jurisprudencia, lo suficiente para que un tribunal bien dispuesto pudiese otorgarle el título de abogado, sin remordimiento de conciencia.

Por lo demás, falso, hipócrita y perverso. Su lema era que en materia de amor no hay infamia que no esté justificada.

II

Huérfano desde edad temprana, había quedado á cargo de su primo hermano Cenobio, quien tenía diez años más que él.

Formaban un contraste notable ambos primos, tanto en lo físico como en lo moral. Cenobio era un fornido ranchero, de gran fuerza de voluntad, inquebrantable en sus propósitos, inteligente en materia de campo, honrado hasta la exageración; algo rudo en sus afectos, y en la manera de expresarlos; pero sincero y leal. Sabía leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, porque el tiempo no le había alcanzado para más, pues desde muy temprano tuvo que reñir la lucha por la vida.

Cenobio también había quedado huérfano de padre y madre y en la miseria cuando contaba apenas ocho años de edad, y fué recogido por el padre de Julián, su tío carnal, quien á la sazón era todavía soltero, y á ese tío debió la poca instrucción que adquirió.

Cuando murió el padre de Julián, apenas hubo con qué enterrarlo. Una larga enfermedad, que pocos meses antes mató á la esposa, consumió gran parte de los escasos haberes, que se agotaron por completo con los gastos que originó en los últimos momentos el jefe de la familia.

Cenobio no perdió el tiempo en vanas lamentaciones, ni se entregó á una desesperación inútil. Comprendió desde luego que era indispensable vivir; que tenía una

deuda de honor contraída con su difunto tío, y que debía pagarla á toda costa, no á él, quien ya no necesitaba de nada ni de nadie; sino á su hijo, á Julián, que era un niño desvalido y débil; y que para cumplir con los deberes sagrados que le imponían las circunstancias y que él aceptaba sin restricción alguna, era preciso trabajar asiduamente.

Fué pues á ver al cura del pueblo, viejo amigo de su tío, y le confió á Julián, como sirviente, á condición de que le enseñara todo lo que el sacerdote sabía. Además, Cenobio quedó comprometido á vestir y calzar al chico, y á pagar al cura lo que pudiese, á medida que fuese mejorando su posición, pues declaró que consideraba á Julián como si fuese su hijo.

Aceptado el pacto por el cura, Julián pasó á ser sucesivamente monaguillo, segundo sacristán y servidor del cura, con gran contentamiento del chico, quien pronto aprendió á rapar velas, á birlar hostias y á escurrir vinajeras.

Cenobio se fué á una hacienda cercana, y se acomodó de simple peón.

No servía para otra cosa.

III

Así pasaron varios años.

Julián crecía y aprendía, ambas cosas por obra y gracia de la Naturaleza, y no porque él pusiera nada de su

parte, puesto que era desganado en el comer, y desaplicado en el estudio.

En cambio tenía una de esas constituciones de acero que se mantienen por sí solas y á pesar de todo, y una memoria prodigiosa que se completaba con una facilidad de percepción sorprendente.

El cura se fué aficionando al muchacho, y trató de inclinarlo á la carrera eclesiástica. Pero Julián no oía de ese lado. Quería vivir libre, independiente, sin trabas, rico y considerado. Soñaba con la vida opulenta de los héroes de algunas novelas que había leído á hurtadillas de su benévolo protector, quien ya no tenía nada que enseñar á su discípulo, pues Julián estaba en aptitud de cantar misa, salvo el impedimiento de la edad.

Cenobio veía á su primo de tarde en tarde, sin que por eso lo descuidase, pues atendía al compromiso contraído, de vestirlo y calzarlo, y pagaba la pensión del muchacho, con seis duros que entregaba religiosamente al cura, cada fin de mes.

IV

Un día llegóse Cenobio á visitar á su primo, á su hijo adoptivo, y aprovechando la ausencia del preceptor, habló con él largamente y á corazón abierto.

—Vamos, Julián, le dijo, ya es tiempo de que pienses en tomar una carrera.

—Sí, Cenobio.

—El señor cura dice que sabes tanto como él, y que

de ti depende que te ordenes de subdiácono y aún de diácono y presbítero.

—Pero yo no quiero ser sacerdote.

—Es buena profesión, Julián.

—Pero no me gusta.

—Si no te gusta, no hablemos más de eso, que si para todo se ha de tener vocación, más todavía se necesita para el sacerdocio. Si no has de cumplir como Dios manda, á otra cosa, que hace más daño un cura malo que cien herejes juntos.

—Eso mismo he pensado yo, Cenobio.

—Bueno. Tú tienes letras, dicen que eres listo, puedes escoger alguna carrera que te saque de nuestra esfera humilde. No has nacido par el trabajo rudo, como yo. Mira tus manos, parecen las de una mujer rica. No tienes fuerzas para levantar un saco de trigo. Vamos, eres un *catrín*,* como yo soy un ranchero. ¿Qué quieres ser, médico, licenciado ó ingeniero?

Julián se rascó la cabeza, perplejo.

Nunca se había planteado ese problema á sí mismo. Quería ser rico, pero sin trabajar, como había querido, y en parte logrado, ser instruído sin estudiar.

—Aperreado oficio es, Cenobio, el del médico. Tiene que levantarse á deshora, ir á donde lo llaman, andar con suciedades y hacer todas las cosas que no me gustan.

—Estudia para abogado.

---

* *Catrín.* Lechuguino.

—Es oficio de gente díscola, y en él se tiene la mala fe como virtud, y además hay demasiados abogados en el país, y constituyen una verdadera plaga, según dice el señor cura.

—Pues estudia para ingeniero.

—Ya sabes que tengo horror á los números y que nunca he podido hacer una cuenta de multiplicar sin equivocarme.

—Pues mira como te las compones, porque preciso es que tengas carrera. ¿Hay alguna que te guste?

—Sí.

—¿Cuál?

—La de hacendado, contestó Julián cínicamente, retirándose por prudencia, cual si temiera una explosión de parte del sesudo ranchero.

Mas, contra lo que temía el muchacho, Cenobio sonrió bondadosamente, contempló á Julián con el cariño de un padre que se recrea ante la gracia y el ingenio de un hijo mimado, y después de larga pausa, le dijo:

—Buen oficio es ese que dices.

—¿Verdad? insistió Julián por decir algo.

—Verdad que sí, y ya me figuraba yo que había de ser de tu agrado. Y como para ser hacendado lo primero que se necesita es tener hacienda. . . .

—Ahí está el *quid*.

—¿Qué es eso del *quid*?

—Quiero decir, que ahí está el *busilis*.

—¿Y eso de *busilis*?

—Vamos, que ahí está la dificultad.

—Pues eso es, prosiguió el ranchero, ahí está la dificultad, lo que se me ocurrió en español hace mucho tiempo; y sin andarme en latines puse manos á la obra.

—¿Á qué obra? preguntó á su vez Julián que empezaba á no comprender el *latín* del ranchero.

—Á la de la hacienda.

—¿Qué hacienda?

—Á la que necesitas para ser hacendado.

—No comprendo.

—Pues hablo claro.

—Entonces háblame en turbio, á ver si te comprendo mejor.

—Quiero decir que cada uno á su oficio, y las vacas quedan bien cuidadas, como decía mi amo don Pedro Guanes, que su santa gloria haya.

Julián se santiguó por costumbre más que por devoción.

—Así es que mientras tú estudiabas para hacerte un sabio. . . .

—Un sabio es mucho decir, interrumpió Julián, con falsa modestia.

—Para hacerte un sabio, yo echaba los bofes para. . . .

—¡Para hacerte muy rico! dijo vivamente Julián.

—¡Oh! . . . eso de muy rico es mucho decir, al menos por ahora.

Los ojos de Julián brillaron de concupiscencia, y tomando á Cenobio por un brazo, le dijo febril:

—Habla, habla, cuéntamelo todo.

—Sí, quiero contártelo, porque necesito confiar á alguno mi secreto; porque tengo necesidad de hablar, después de haber callado durante tantos años.

—Vamos á ver, dijo Julián arrastrando una silla, sentándose lo más cerca posible de Cenobio, y pendiente de sus labios, como el niño que saborea de antemano un cuento de hadas prometido por su aya.

—Sabes que cuando quedaste huérfano, te dejé aquí con el señor cura y me fuí á pedir trabajo á la hacienda de San Pedrito, de don Pedro Guanes, quien me recibió como simple peón.

—¡El viejo avaro!

—No hables mal de él, que ya ha muerto, y Dios lo debe haber juzgado.

—¡Amén!

—Además, mucho le debo para no respetar su memoria, porque él me enseñó á ser hombre, á ganar un real, á guardarlo, contentándome con poco, para poder un día tener mucho, y me puso la espuela para que pudiera jinetear. Ese hombre á quien llamas avaro, y á quien en el pueblo le decían "Alejandro en puño" por lo agarrado, me cobró interés y se portó conmigo de tal manera que llegué á tenerle mucha ley.

Entré en la hacienda ganando dos reales diarios. Pero antes de medio año ya ganaba yo tres, y cuando vió don Pedro que yo era el más diestro de todos los que manejaban el arado, me pagó medio duro.

Mientras que mis compañeros se gastaban el domingo en pulque y en el juego el dinerito que *rayaban* el sá-

bado, yo se lo dejaba á mi amo, para que me lo fuese juntando.

Una vez le pedí seis duros de mi dinero:

—¡Muchacho! . . . me dijo. ¿Para qué quieres tanto dinero? ¿Vas á poner tienda, ó te vas á casar?

Entonces le dije que eran para tí, para pagar tu pensión, y le conté como te estaba educando. Fué la primera mesada que pagué al señor cura.

—Haces mal, me dijo mi amo. Cada uno en su esfera y nadie se tropieza. Vas á hacer de ese chico un petimetre, que más tarde se avergonzará de tenerte por primo.

—¡Nunca Cenobio! exclamó Julián, abrazando á su primo.

—Así dije también yo, y añadí que si eres ingrato peor para ti, y que no por eso había yo de dejar de cumplir con mi deber.

La verdad es que don Pedro me cobró más cariño desde aquel día. Para que veas Julián que el que procede bien siempre encuentra recompensa.

V

—Un domingo en la tarde estaba yo sentado en las trancas del establo, prosiguió Cenobio, esperando la hora de dar de comer á la boyada, para vigilar que no le quitaran el pienso á mi yunta, cuando me tocó el hombro don Pedro.

—¿En qué piensas, Cenobio? me preguntó.

—En que hay aquí en la hacienda mucho terreno desperdiciado.

—¿Como así?

—Pues, mi amo, todo ese que está cubierto por la laguna, y que es una especie de lodazal en tiempo de seca.

—¡Ah! ¡sí! la ciénega. Pero eso no tiene remedio; no sirve para nada. Además, Cenobio, harta tierra tenemos, sin necesidad de esa.

—¡Tenemos! . . . No, mi amo, tiene Vd., le dije.

Y en eso quedamos.

Á los tres ó cuatro días me llamó don Pedro, y me dijo:

—¿Te acuerdas de lo que hablamos de la ciénega?

—Sí, mi amo.

—Pues te voy á permitir que hagas en ella lo que quieras, como si fuera tuya.

—¿Por cuánto tiempo, mi amo?

—Por todo el que tú quieras; y desde hoy puedes hacerte cargo de ella. Me pagarás un duro de renta al año; pero el día que la dejes, vuelve á mi poder, con todas las mejoras que hayas hecho.

Convine en todo y me puso á trabajar para darle salida al agua de la laguna.

—Es decir que la *desecaste*, corrigió Julián con petulancia.

—Eso es, la *sequé*. Y cuando llegó la seca no hubo fango, y cuando volvieron las aguas, se iban por la zanja. Y entonces sembré de trigo primero, y me dió trescien-

tos por uno. Y luego sembré maíz, y me dió tres mazorcas y dos *morchetes* * cada mata.

—¡Caramba! exclamó Julián que con los ojos de la imaginación veía amontonarse las cargas de trigo, y las mazorcas de maíz, en inmensas trojes.

—Ya para el segundo año, prosiguió el ranchero, aré con bueyes míos, y unas veces sembré trigo, otras cebada, otras maíz, otras habas, y todo se daba como si estuviese bendito.

Y en eso se murió mi amo, de repente, sin dejar nada escrito, y vinieron unos sobrinos de España y otros de Durango y empezaron á pleitear, y cuando ya se habían gastado muchos pesos entre jueces y escribanos y licenciados, se arreglaron y quisieron vender la hacienda.

Y en eso estamos.

—¿Qué quiere decir que en eso estamos? preguntó Julián con los ojos brillantes como carbunclos.

—Que voy á comprarles la hacienda.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Cuánto piden?

—Nos hemos arreglado en cuarenta mil pesos.

—¡Cuarenta mil! . . .

—Justamente. Y te vengo á buscar para que vayamos á casa de don Mateo.

—¿El escribano?

—Pues, para que leas lo que tengo que firmar, pues

* *Morchete.* En algunas partes de Méjico llaman así á las mazorcas de maíz menos desarrolladas.

siempre tú entiendes de eso más que yo; como que tienes letras.

Julián no esperó á que le repitiera Cenobio su deseo. En dos saltos llegó á donde estaba colgado su sombrero, tomó al paso su zarape, y echándoselo al hombro, dijo:

—Estoy listo.

—Bueno. Ya ves que te doy gusto, pues te hago hacendado, porque esa hacienda será para ti, como todo lo que yo gane. Ahora quiero que tú también me dés gusto.

—¿De qué manera?

—Eligiendo una carrera. Abogado, médico ó ingeniero.

Julián se detuvo reflexivo.

—¿Cualquiera de las tres?

—La que más te guste.

—Entonces . . . ¡seré abogado!

—Venga la mano, exclamó Cenobio. ¡Y mal haya quien se *raje*!

—Mal haya, repitió Julián dejando caer su derecha delicada en la ancha mano de Cenobio.

Y fueron juntos á otorgar la escritura, y Cenobio pagó en buenas onzas de oro los cuarenta mil pesos que importaba la hacienda de San Pedrito, cuando el futuro Papiniano le aseguró, con su petulancia habitual, que todo estaba en regla.

CAPÍTULO OCTAVO

EN EL QUE CONTINÚA LA HISTORIA DE JULIÁN

I

Julián salió á los pocos días para Méjico, acompañado de Cenobio y del cura, quienes lo instalaron convenientemente, matriculándolo en el Colegio de San Ildefonso, donde á la sazón se encontraba lo mejor de la juventud aristocrática del país, como en Letrán la más avanzada en ideas.

Julián llevaba sus costumbres de pueblo, era un payo, y sirvió de hazmerreir á sus compañeros, de cuyas chanzas y maldades fué paciente víctima, sin quejarse, sin murmurar, hasta que llegó á dominarlos con su mansedumbre, concluyendo por ser el jefe reconocido de todos sus condiscípulos, que se rindieron ante su ingenio manifiesto y su bondad fingida.

Julián observó á sus condiscípulos, se fijó en aquellos que pertenecían á familias más encumbradas, y con éstos se ligó de preferencia, imitando sus modales, estudiándolos con tan minucioso esmero y tanta tenacidad, que llegaba á apropiárselos, pareciendo naturales en él. Así modificó su acento bronco, sus maneras bruscas, su andar pesado, y concluyó por ser citado como modelo entre aquéllos á quienes había copiado eclécticamente.

En las vacaciones logró visitar las casas de sus compañeros más encumbrados, relacionándose con las mejores familias y preparándose el terreno para lo porvenir.

—Estoy desecando mi pantano, se decía.

Estudiaba poco, lo estrictamente indispensable; pero con eso y su audacia le sobraba para ocupar el primer puesto á la hora de los exámenes, dejando deslumbrado al tribunal con sus citas oportunas y de una fidelidad pasmosa, llenando de orgullo y asombro á sus catedráticos.

II

Mientras tanto, Cenobio había seguido prosperando, y acabó por comprar una hacienda que lindaba con la suya, llamada Agua Sarca, y que pertenecía á una sociedad.

Con motivo de la compra de Agua Sarca, se relacionó Cenobio con la familia de don Eusebio Riaño, propietario de dos de las mejores haciendas de aquel valle magnífico, y acabó por enamorarse de Paula, la mayor de las dos hijas de don Eusebio, casándose con ella al poco tiempo.

Cuando Cenobio consultó con Julián su proyecto de matrimonio, el joven estudiante hizo un gesto significativo.

—¿Qué quieres decir con eso? le preguntó Cenobio.

—Nada, chico, me despido de mis haciendas.

—No seas tonto, Julián. Ya sabes que yo no tengo más que una palabra. Desde luego te diré que Agua Sarca está puesta en cabeza tuya.

—¡Y no me lo decías! prorrumpió Julián echándose al cuello de su primo, quien continuó impasible.

—Pero eso no es nada. Yo me caso con Paula por ti.

—¿Eh?

—¡Pues! sábelo, Paula tiene sólo una hacienda, que heredará á la muerte de su padre.

—Que será pronto, porque el viejo Riaño está tísico, según recuerdo, interrumpió el estudiante con sonrisa diabólica.

—Dios prolongue sus días, que mal cálculo es el que se hace sobre la vida del prójimo. Pues bien, Carmen, la hermana de Paula tendrá también otra hacienda, heredada del padre, y cuenta ya con cuatro que le dejó su padrino.

—¿Y qué?

—Que tú te casarás con Carmen, si es que te conviene; y con lo de ella, y con lo mío, serás el hacendado más rico que habrá desde el valle de Méjico hasta el de Chalchicomula, donde están las tierras de Carmen.

—Pero tú llegarás á tener hijos.

—Ó no los tendré, eso sólo Dios lo sabe. Por ahora tú eres mi hijo único, y no me ocupo sino de tu porvenir.

—Pues que Dios te haga bien casado, Cenobio, concluyó Julián, que rápidamente echó sus cuentas y vió que nada tenía que perder, y sí mucho que ganar.

III

Casóse Cenobio, Julián asistió á la boda, y cautivó á la inocente Carmen, ante cuyos ojos apareció como el prototipo de la elegancia, de la ciencia y de cuanto bueno y grato hay en la tierra.

Las vacaciones siguientes las pasó Julián en casa de su primo. La familia estaba de luto por la muerte del señor Riaño, lo que no impidió que Carmen y el estudiante "pelaran la pava" y que concertaran su matrimonio para cuando concluyera el luto.

Pero Cenobio no consintió en ello, recordando á Julián su solemne promesa de recibirse de abogado, para lo que le faltaban dos años.

Cuanto hicieron Carmen y Julián por ablandar á Cenobio, fué perfectamente inútil.

—Al toro se le coge por las astas y al hombre por la palabra, repetía el ranchero. Tráeme el título de abogado, y yo te llevaré á Carmen. Y hasta que no vengas despachado, no vuelves á poner un pie en mi casa.

Y así fué. Julián volvió á Méjico dispuesto á no perder un solo día; pero contaba sin la huéspeda, sin su apatía habitual, sin su indolencia ejemplar.

Volvió á frecuentar la buena sociedad, se entregó á las mil vanidades en que cifraba su ventura, y desatendió el estudio.

En esa época llegó á Méjico la familia Dardelle, y Julián se enamoró de Luisa y de su fortuna.

Pasó balance, y encontró que la hija del señor Dar-

delle tenía más dinero que la de Riaño, *ítem más*, era más guapa, de familia mejor considerada, y de una educación muy superior á la de Carmen. Se resolvió por la primera, sin quemar sus naves, pues consideró que en todo caso, como compensación y á mal componer, podía un hombre de gusto resignarse á las cinco haciendas de la huamanteca, á quien no cesó de escribir epístolas apasionadas, que enloquecían á la pobre chica, incapaz de comprender cuántas serpientes se ocultaban entre tantas flores retóricas.

Por eso cuando Julián vió á su amigo Martín Varela en el palco del señor Dardelle, y notó cómo se trataban ambos primos desde el primer momento, comprendió que todo estaba perdido, pues conocía la pasión que abrigaba Luisa por el arrogante coronel.

Y por eso, también, como hombre que no mira quien se la hace, sino quien se la paga, resolvió en el acto presentarse á examen, ganar su título por sorpresa, y marcharse en busca de sus cinco haciendas.

Pero antes de lograrlo, pasaron cosas que merecen capítulo aparte, por ser éste ya demasiado extenso.

CAPÍTULO NOVENO

AMORES Á PASO DE CARGA

I

Luisa y Martín se encontraban saboreando las delicias del primer amor compartido y no confesado aún.

Martín había reconcentrado todo su ser en aquella pasión, que rayaba en locura, y no faltaba persona que dijese que la bella chihuahuense había dado un filtro á su primo, para dominarlo.

¡Como si hubiese filtro más eficaz y poderoso que el de la belleza unida á la gracia de una mujer que tiene el don de la coquetería y que se propone cautivar á un hombre!

¡Sabe Dios cómo podemos librarnos de una pasión cuando no la vemos compartida por el ser amado!

Aunque no falta quien opine que nada estimula tanto el amor como los desdenes.

Supongo que esto consiste en el carácter de cada individuo.

El caso es que Martín adoraba á su prima, y que ésta sólo vivía para Martín.

Es seguro que si uno de los dos novios hubiese fallecido, el otro lo habría sobrevivido muy poco; Luisa se hubiese suicidado en el primer rapto de dolor.

Martín pasaba horas enteras contemplando con delectación á su divina prometida, y á veces le parecía que estaba soñando, y tomaba las manos de Luisa, las besaba, las devoraba á besos, mejor dicho, para convencerse de que era un ser corporal, y no una visión de su fantasía.

Y Luisa era alegre como un pájaro, hacía despilfarro de ingenio y de ingenuidad, contaba mil historias, forjaba mil proyectos, y derramaba el ideal, el amor, y la pasión, y enloquecía al amante con su propia locura.

II

Los padres de Luisa opusieron alguna resistencia cuando vieron surgir esos amores, sin tener en cuenta que aquella pasión había nacido como Minerva, en pleno desarrollo y armada.

Luisa se limitó á decirles el día que se trató el asunto á fondo, en consejo de familia:

—Yo lo quiero y no hablemos más de eso. Martín será mi marido, si á ustedes les parece; si no . . . será mi marido. Con que vean de arreglar las cosas de la manera más conveniente.

Doña Dolores sufrió un síncope; el señor Dardelle se caló los lentes y contempló con curiosidad á su hija, como un ejemplar raro; la señora Trenard, con ademán cómico, exclamó:

—¡*Et voi-là*!

Cuando los nervios de doña Dolores se encontraron

sometidos de nuevo al orden constitucional, merced á la intervención de la institutriz, única que fingió tomar por lo serio aquella protesta, el señor Dardelle creyó que ya había contemplado lo suficiente á su ilustre vástago, y como hombre acostumbrado á resoluciones prontas, preguntó á Luisa:

—¿Y ya se entienden ustedes?

—¿Qué quiere decir eso?

—Que si están de acuerdo Martín y tú.

—Sobre lo del matrimonio, sí; sobre lo demás, no sé, porque no se lo he propuesto. Pero me figuro que no rehusará.

—¡Qué tiempos, Dios mío! exclamó doña Dolores santiguándose.

—Ya lo creo que no rehusará, murmuró el señor Dardelle.

—¡Esto es inicuo! gritó doña Dolores. Nunca se ha visto que entre padre é hija se mantenga diálogo semejante.

—Señora, repuso el marido, déjame en paz con esas pudibundas geremiadas. El defecto de la sociedad es justamente esa falta de franqueza entre padres é hijos. De ahí que hagan á ocultas, lo que no harían de ninguna manera si los padres pudiesen advertir el peligro y aconsejar amistosamente á sus hijos. Bueno, Luisa, quedamos entendidos, y sólo falta que me digas cuando se efectuará el matrimonio.

—¿Das tu consentimiento? exclamó la joven arrojándose al cuello de su padre.

—Por supuesto, y me propongo remover todo obstáculo para que se realice la boda cuanto antes.

—Vamos á tener que reñir con Guadalupe, insinuó doña Dolores.

—Por de contado.

—Y no encontraremos sacerdote que quiera bendecir la unión de una católica con un hereje. Lo prohiben los cánones.

—¡Qué sabes tú de eso, señora!

El señor Dardelle llamaba siempre "señora" á su mujer.

—Ya lo veremos, prosiguió la madre.

—En ese caso dijo Luisa, ¡nos casamos por lo civil nada más!

—¡Jesús mil veces! exclamó santiguándose doña Dolores, y cayendo en el segundo síncope.

—¡*Et voi-là*! repitió la señora Trenard volviendo á prestar sus auxilios desinteresados á la asustadiza matrona.

III

Una tarde se preparaba Luisa para ir al paseo.

El coche esperaba á la puerta.

Martín, en traje de charro, entró en la sala para preguntarle si iban esa noche al teatro.

Conversaron breves momentos, mientras Luisa se ponía los guantes.

Luego tendió las manos á Martín para que se los abrochase.

Mientras el joven desempeñaba el encargo con afectada torpeza, para prolongar la deliciosa sensación que le producía el contacto de aquellos brazos admirables, le preguntó Luisa sin preparación alguna:

—¿Cuándo nos casamos?

Martín se detuvo, miró fijamente á su prima, interrogándola.

—Te pregunto cuándo nos casamos.

—Cuando tú quieras, contestó galantemente Martín, quien, á la verdad, no se había hecho jamás esa pregunta á sí mismo.

—Bueno, entonces será dentro de doce días, el 5 de agosto.

—Me parece bien. ¿Pero por qué el 5 de agosto?

—Porque es el día de mi cumpleaños. Cumplo veintidós, y siempre tuve el propósito de casarme ese día. Ni antes, ni después. Ya lo sabes.

—¿Crees que en tan corto tiempo se pueda arreglar todo lo relativo al matrimonio?

—No sé, Martín; mas en queriendo todo se puede.

—Si querer es poder, Luisa, cuenta con que nos casamos el 5 de agosto. Empezaré por pedir tu mano hoy mismo.

—Es inútil, ya está concedida. Yo misma hice la solicitud á mi padre.

—¿Y consiente?

—Ahí lo tienes que va á confirmarte lo dicho por mí.

Y Martín se dirigió al señor Dardelle, que entraba

á la sazón, y le pidió ceremoniosamente la mano de su hija.

—Sí, sí, contestó el francés. Ya Luisa me había hablado de eso. Por mi parte no hay inconveniente. Lo que ella quiere, eso quiero yo.

—¿Y doña Dolores es de la misma opinión? preguntó Martín.

—La señora no tiene opinión, contestó el señor Dardelle con tono algo brusco.

Un lacayo vino á anunciar que el coche estaba listo, y Martín se despidió.

Á la puerta lo esperaba un ordenanza que tenía por la brida el fogoso caballo del coronel, que piafó al ver llegar á su amo.

IV

La cosa no era tan fácil de arreglar como presumía Luisa.

La primera dificultad consistió en doña Guadalupe, su tía, que se negó redondamente á recibir á Martín, que iba á solicitar su beneplácito. La familia Dardelle quiso entrar en arreglos con la inquebrantable beata. Ésta recibió y trató con mucho cariño á sus parientes, pero á la primera palabra que se pronunció sobre el proyectado enlace, atajó al señor Dardelle, diciéndole:

—Vd. sabe que mi hijo Martín murió. Todos ustedes lo reconocen así, puesto que asisten á los servicios fúnebres que por el descanso de su alma he ordenado. ¿Cómo vienen á hablarme de ese matrimonio? Se casa

Luisa, y lo siento, porque entiendo que lo hace con un hereje que lleva el nombre de mi hijo, y que aun dicen que se le parece. Esta es una obra del demonio para tentarme. Ha tomado las facciones y el nombre de Martín para hacerme flaquear y transigir con la impiedad y el crimen. ¡Nunca, nunca, y nunca!

La anciana se puso en pie al pronunciar esos "nunca," cada uno con entonación distinta, desde la voz natural á la tonante. Y prosiguió:

—Ustedes han caído en el lazo. Dios los perdone. Y sepan que desde el momento en que se realice ese matrimonio, quedan desatados todos los vínculos que nos unen. No seremos parientes, ni amigos, ni prójimos.

—¡Caridad evangélica! exclamó con sorna el señor Dardelle.

—Sí, señor, caridad evangélica, que manda sacrificarlo todo por mantener pura el alma. Caridad evangélica que establece lugares tan distintos para los justos y para los réprobos, que no pueden jamás estar en contacto.

Doña Dolores tenía los ojos anegados en lágrimas, y ahogaba los sollozos para no interrumpir la peroración de su inspirada prima, que aparecía ante ella en ese momento como la Pitonisa de Endor.

—Tienes razón, Lupe, exclamó cuando concluyó su prima. Esa boda se hace contra mi voluntad, pero yo no puedo impedirla.

—Porque no has hecho lo que Santa Mónica, no has sabido convertir á tu marido.

—¡Perdóname! prorrumpió doña Dolores arrojándose á los pies de su prima, en la actitud de una Magdalena arrepentida.

En medio de la solemnidad de aquella escena que el señor Dardelle estudiaba á través de sus lentes con apasionada curiosidad, resonó una carcajada dibólica, que apagó en los labios de doña Guadalupe la respuesta bíblica que iba á lanzar; que hizo poner en pié á doña Dolores, y dar un salto en la silla al señor Dardelle, á quien se le cayeron los lentes.

Era Luisa quien de tal manera reía.

Aquella carcajada argentina, burlona, parecía inextinguible. La muchacha se agitaba convulsa, y mientras mayores esfuerzos hacía para contenerse, más aumentaba la risa.

—Digna hija de tales padres, digna esposa del hereje que la pretende. ¡Malditos seáis vosotros, y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos hasta la séptima generación!

Así dijo doña Guadalupe con voz grave y lenta, y se retiró majestuosa hacia su recámara, para seguir orando al pie del crucifijo.

Y la carcajada de Luisa cesó como por encanto.

Y doña Dolores quedó anonadada y sin poder explicarse lo que pasaba á su alrededor, como si con la maldición se hubiese agotado el último átomo de su atrofiada inteligencia.

Y el señor Dardelle murmuró mordiéndose el bigote:

—Esto es demasiado solemne, ó demasiado ridículo.

Y tomando á su esposa y á su hija por el brazo, las sacó fuera de aquella casa.

La maldición de una madre, por injusta que sea, tiene siempre algo que impone, que sobrecoge de espanto.

V

El clero puso todo género de dificultades. Exigía que Martín se retractara públicamente de las opiniones que había sustentado, y tenía otras pretensiones, que encontraron inquebrantable al joven diputado y que rechazó con energía Luisa, que era la que había emprendido la campaña para conseguir sus fines.

Sin embargo, tanto hizo la muchacha, tales influencias se pusieron en juego, que al fin le concedieron un matrimonio eclesiástico de madrugada, sin velación, lo que también rechazó, pues ella quería todo ó nada.

Desde el momento en que el clero había entrado en el terreno de las concesiones, Luisa comprendió que se saldría con la suya.

Y así fué: hubo limosnas cuantiosas; alhajas para la iglesia y muy principalmente entró en el ánimo del clero la consideración atinadísima de que Luisa dominaría á Martín, y poco á poco lo iría atrayendo al redil, para que abjurase de sus errores, espontáneamente. Se citaron multitud de casos históricos que comprobaban la doctrina, y ante conveniencia tan grande y razones de tanto peso se concedió la licencia necesaria, dado el vínculo de parentesco que unía á los contrayentes.

Lo único que se exigió de Martín fué que se confesase. Allí no hubo empeño ni nada capaz de hacer cejar al clero, y no tuvo más remedio el descreído liberal que caer á los pies del confesor y decirle lo que mejor le pareció.

Y lo que mejor pareció á Martín fué hacer una confesión en toda regla, que llenó de asombro al sacerdote, quien no se esperaba tanta sinceridad, ni un sentimiento religioso tan profundo, de parte de aquel penitente, que lo habían presentado como un mónstruo de iniquidad.

Y el sacerdote absolvió al demagogo.

Aquellos dos enemigos en ideas, vieron al fin que practicaban la misma religión y que adoraban á un mismo Dios, aunque bajo diferente denominación, y bajo fórmulas distintas.

CAPÍTULO DÉCIMO

CON LAS QUE REPICAN DOBLAN

I

El aristocrático templo de "La Profesa" irradiaba.

Pocos veces se había desplegado tal lujo de ornamentación, ni se había acumulado tantas y tantas flores en los altares, en el piso, en la sacristía y en el atrio.

La concurrencia era numerosa y escogida.

Allí estaba lo más granado del partido reaccionario, que orgulloso asistía á la fiesta como en su propia casa.

Allí estaba también lo más notable del partido liberal, queriendo honrar al joven caudillo, al elocuente tribuno, al defensor de los derechos del pueblo, y de todo eso que pretendían ser los que combatían los fueros y la religión.

El general Zaragoza, cuyo nombre en breve debía pasar á la inmortalidad, era uno de los padrinos, designado por Varela, y el señor de * * * era otro, designado por la familia de Luisa. El Ministro francés hizo de tripas corazón, á mal dar puso buena cara, y renunció galantemente á "la mano de doña Leonor," prestándose á apadrinar aquella boda, de la que tal vez podía

surgir la suya, por carambola, con alguna de las ricas herederas que concurrieran á la fiesta.

Y cuántas cosas se hubieran evitado entonces. Si el conde de * * * hubiese realizado su deseo, quizás nos hubiésemos visto libres de la sangrienta y prolongada guerra que nos declaró tan injustamente Napoleón III y que tan caro debía de costarle.

Porque Sedán no fué mas que el epílogo de Puebla.

II

Luisa estaba ataviada con una sencillez adorable, que la hacía aparecer más joven de lo que era. Representaba quince ó diez y seis años.

Sonriente, sincera, no procuraba ocultar su gozo al unirse con el hombre que libremente había escogido, y que conquistara casi á viva fuerza.

Martín, por lo contrario, estaba dominado por una melancolía que llegaba á la tristeza, y que en vano procuraba disimular.

Esperaba incesantemente que doña Guadalupe, al ver que las cosas no tenían ya remedio, aplacase su rigor, y llegase á conceder la bendición maternal á los desposados.

Ilusión de poeta que se vió defraudada, como sucede con casi todas las ilusiones. Doña Guadalupe fingió ignorar, ó ignoró realmente, la fecha en que debía celebrarse aquella unión maldita por ella de antemano, así como el fruto que de ella resultara.

Martín no supo lo de la maldición de la madre, y es posible que si le hubieran referido la terrible escena, hubiese vacilado y aun recogido la palabra empeñada.

Y á pesar de las luces, de las flores, de los ornamentos riquísimos y de la elegante concurrencia, aquella boda no revestía el carácter de alegría que es natural en tales actos.

—Doctor, dijo Julián Rodríguez al doctor Martínez tomándolo amistosamente por el brazo.

—¿Qué hay, Julián?

—¿No cree Vd. que en esta boda hay algo de entierro?

—¿Por qué dice Vd. eso?

—No sé, tengo frío, á pesar de que estamos en la canícula. Vea Vd. hay aquí dos bandos, que se miran, se miden, se amenazan con los ojos y parecen dispuestos á venir á las manos.

—Es verdad.

—Vea Vd. con que afectación llevan algunas señoras adornos verdes, y otras adornos rojos, símbolos de los dos partidos antagónicos, tomando el templo de Dios de palenque para sus luchas.

—También es verdad.

—Y mire Vd. como Luisa considera con desenfado á sus amigas, saboreando el triunfo que ha obtenido. Porque ha de saber Vd. que Martín estaba cotizado muy alto en el mercado matrimonial.

—¿Es posible? ¿Y por qué tan alto precio?

—Toma, á su edad es coronel, diputado, padre del pueblo, es buen mozo y tiene una fortuna respetable.

—No tiene nada. Su madre ha distribuído todos los bienes entre conventos é iglesias.

—Será los de ella, no los de la legítima paterna de Martín.

—Unos y otros.

—Pero eso es nulo *Ipso facto et ipso jure.*

—É *ipso* cuanto Vd. quiera; pero es un hecho.

—Que Martín anulará.

—Lo dudo.

—¿Cree Vd. que se deje despojar tranquilamente, sin protestar siquiera?

—Ya ve Vd. que hasta ahora no ha chistado.

—Porque sabe que le bastará la menor insinuación para que los tribunales y el gobierno, en caso necesario, obliguen á los detentadores á devolverle lo que ilegalmente poseen.

—Martín respetará siempre la voluntad de su madre.

—Verdad que con lo que aporta al matrimonio Luisa, hay para los dos, y sobra. . . .

—No creo, interrumpió el doctor, que Martín haya entrado en semejantes cálculos.

—No, el cálculo es mío.

—Se conoce.

—¡Bravo, doctor! Ya me dió Vd. una estocada en pleno pecho. Pido el desquite.

—¿Cuándo se casa Vd. con las cinco haciendas?

—¡Horror! Ya esgrime Vd. sin botón. ¡Instinto de médico!

—No está mal contestado; pero se olvida Vd. que está prohibido responder sin parar. Es de pésima escuela.

—Es la de los temerarios.

—Pero no la de los prudentes.

—Mire Vd. doctor: la vela de Martín chorrea antes que la de Luisa.

—¿Y qué?

—Se dice que morirá primero aquel de los contrayentes á quien tal suceda.

—¡Vulgaridades!

—Ya sabe Vd. doctor, aquello de

Si el *tecolote** canta
el indio muere.
Esto no será cierto,
pero sucede.

—Hay otro cantar que dice

Que no hay más señas de agua
que cuando llueve.

¡Qué hermosa está Luisa! Verdadero bocado de cardenal.

—Diga Vd., Julián, se asegura que es Vd. uno de los desahuciados.

—¿Por quién? ¿Por qué?

—Por Luisa.

---

* *Tecolote.* Especie de lechuza; pájaro de mal agüero.

—Entendámonos. Yo estuve enamorado de la chica, como todo el mundo, como Vd. por ejemplo.

—¡Hombre, yo soy casado! Además, recuerde Vd. que estamos en el templo.

—Figúrese Vd. que nos confesamos, y en la confesión no se habla sino de pecados.

—Adelante, con tal que no sea yo el penitente.

—Pues bien: me acuso, padre, de haber estado enamorado de Luisa, como no creía que pudiese enamorarme de nadie.

—¡Oh Narciso!

—Ella me miró con buenos ojos, concediéndome el primer lugar en la segunda fila.

—¿Quienes estaban en la primera?

—Nadie, es decir un ideal, algo vago, inmaterial que de pronto encarnó en el magnífico Martín Varela. En cuanto vi que éste entraba en escena, tomé mi resolución.

—¿Qué piensa Vd. del enlace?

—Siempre esos matrimonios consanguíneos. . . .

—Amigo don Julián, no hable Vd. de lo que no entiende.

—Esas son afirmaciones de la ciencia.

—Vaya Vd. á paseo con su ciencia fósil, antediluviana.

—¡Hombre!

—Esos matrimonios fisiológicos no son lo que Vd. cree. Cuando las familias vienen enlazándose entre sí, estableciendo uniones entre un círculo reducido, como

sucede en la nobleza, generalmente, se van trasmitiendo por herencia, los defectos orgánicos y psíquicos, si se me permite la expresión, desarrollándose más y más tales germenes, de generación en generación. Cuando dentro de un círculo, al cabo de muchos años de semejantes matrimonios, se casan dos primos hermanos, ó un tío con una sobrina, se encuentran dos naturalezas afectadas de los mismos defectos, con iguales tendencias hacia la degeneración, el terreno es propicio, el medio ambiente también, y entonces la prole nace estigmatizada. Es una selección á la inversa.

—Pero en este caso, en que Luisa es hija de un francés y de una mejicana, y Martín hijo de un español y de una mejicana, ¿qué identidad quiere Vd. que exista entre ambos? Ya ve Vd. cuánto difieren física y moralmente.

III

En esos momentos el sacerdote daba la bendición y concluía la ceremonia en medio de la confusión y del ruido de las felicitaciones, de las gentes que salían, y de los acordes del órgano, que dejaba oir la "Marcha Nupcial de Mendelssohn," y de las campanas echadas á vuelo.

Julián se separó del doctor y fué uno de los primeros en felicitar á los recién casados, espetándoles un pequeño madrigal en prosa, que fué tiro al aire, porque nadie estaba allí para madrigales.

Después salieron los novios, y los padrinos y los convidados.

El sacristan apagó las velas, los monacillos quitaron los adornos, se cubrió el templo de negro, se puso en el centro un catafalco; las campanas cesaron de repicar y tocaron á muerto.

Y entró en el templo una señora enlutada; y sola, sin que hubiese ningún fiel que la acompañara, oyó la misa que se decía por el descanso de su hijo Martín Varela, fusilado en Tacubaya el 11 de abril de 1859.

CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

UNA VISITA INESPERADA

I

Y Julián se resolvió.

No le quedaba más remedio que cumplir la promesa hecha á su hermano Cenobio, y recibirse de abogado.

Pero estas cosas, en aquellos tiempos, eran más fáciles de decir que de hacer, y más aún tratándose del Colegio de San Ildefonso.

En efecto, ser abogado *alonsiaco*, era tener un título doble.

Como si dijéramos que de allí salía la nobleza de la toga.

Y el colegio tenía un respeto profundo á su tradición, y la conservaba con un celo sin ejemplo, lo que contribuía al favor de que gozaba entre la gente de dinero, que es la que constituye la aristocracia en toda la América.

Julián hizo un exámen de conciencia, y se acusó de no haber estudiado con la asiduidad debida, lamentando el tiempo malgastado en frívolas aventuras, y en construir castillos en el aire.

Y con esa facilidad pasmosa con que pasaba de una idea á otra, y variaba los propósitos más firmes, se dijo:

L. of C.

—¿Pero qué necesidad tengo yo de recibirme de abogado? ¿Acaso voy á ejercer la profesión?

"Mi primo ha comprado una hacienda para mí; con eso tengo bastante para ir haciendo buena figura, mientras obtenga cosa mejor.

"Pero ahora caigo. . . . No he visto las escrituras de esa hacienda, y por lo tanto no sé hasta qué punto sea mía. . . .

"No es que dude de la palabra de Cenobio, que es el hombre más honrado de la tierra. . . .

"¡Y luego hablan de Huamantla, y de la moralidad de aquel pueblo! . . . Como si no estuviéramos Cenobio y yo para volver por su honra y encumbrarla más alto que la cima de la Malinche. . . .

"¡La Malinche! . . . Ahí tienen ustedes la causa del desprestigio nuestro, y de que se diga que en mi tierra todos, hasta el alcalde, somos partidarios de lo ajeno.

"¿Pues, qué, todos los bandidos de la Malinche son de Huamantla? Si acaso hay cinco entre ciento es mucho.

"Mi pueblo es trabajador, pueblo de agricultores.

"Pero á todas éstas ¿á mí qué se me da que digan ó dejen de decir de Huamantla y de sus moradores?"

II

Y dando Julián nuevo rumbo á sus ideas, prosiguió en su monólogo:

—"La verdad es que Carmen vale la pena de ser tomada en consideración.

"No vale tanto como Paula. . . . Ese bribón de Cenobio me hizo el obsequio de preferir la bella, dejándome la rica.

"Me creyó hombre de más ambición que buen gusto.

"Además, Paula reúne á su belleza, el talento y la gracia. . . .

"La gracia y el talento. . . . Justamente dos cosas que no sabe apreciar, ni puede apreciar tampoco aunque quiera, mi buen primo Cenobio, á quien amo como á mi verdadero y único padre.

"¡Toma que si lo amo! . . . ¡Si no fuese por ese cariño y por la gratitud que le debo! . . .

"¡Pero, hombre, es extraño cómo me gusta Luisa Dardelle desde que está casada con Martín Varela!

"¿Qué es lo que tiene ahora? ¿En qué ha ganado?

Y quedó sumergido Julián en profunda meditación, como si le importase más dilucidar ese punto que todo lo concerniente á su exámen.

Al cabo de largo rato, se pegó una palmada en la frente y exclamó en voz alta:

"—¡Ah! ¡Bah! Ya caigo. Lo que tiene Luisa que aumenta su atractivo, es aquéllo de ser la mujer del prójimo."

Y volvió á quedar pensativo otro largo rato, después del cual se hizo la siguiente reflexión, mentalmente:

" —Sí, pero Paula no es la mujer del prójimo.

" Paula es casi mi madre."

Y se frotó la frente con la mano, como queriendo borrar un pensamiento del que se avergonzaba.

Y muy repugnante debía ser ese pensamiento, cuando el joven cínico lo rechazaba con tanto horror.

Todo este monólogo lo sostenía Julián mientras se vestía, al salir de la cama.

III

Hacía una semana poco más ó menos que se había celebrado el matrimonio de Martín y Luisa, y en todo ese tiempo no logró el futuro abogado resolverse á pasar el Rubicón, aunque cada día, al despertar, se proponía el problema del examen, y de una cosa en otra, iba cambiando de argumento, concluyendo siempre en algo que nada tenía que ver ni con su profesión ni con su matrimonio.

Sin embargo, ejercía su práctica en el bufete de un abogado notable, que no lo tomó en serio, considerándolo sólo como un muchacho listo y calavera de buen tono.

Y escribía regularmente á su prometida Carmen, epístolas llenas de lugares comunes, que parecían deliciosas y originales á la pobre joven, que se encontraba en su primer amor.

Julián contaba sin la huéspeda.

Es decir, sin su primo Cenobio, que era, como todo ranchero, hombre práctico, y no dejaba prolongar indefinidamente esas situaciones.

Una hermosa mañana, cuando más engolfado estaba Julián tejiendo sus telarañas, y revolviendo en un costal amores, deseos, estudios, porvenir y lamentos por el pasado, estalló el trueno gordo.

Es decir, llegó el ranchero sin hacerse anunciar previamente; pilló á Julián en la cama y le dijo:

—Buenos días, Julián. ¿Estás enfermo?

Julián, pasado el primer momento de asombro, recobró su sangre fría insolente, se arrojó al cuello de Cenobio, y hubo abrazos con conato de estrangulación.

—¿Estás enfermo? repitió el ranchero cuando hubo pasado la avalancha de efusiones fraternales.

—Jamás me he encontrado tan bien de salud.

—Como estás saliendo de la cama, y van á dar las doce. . . .

—Poco entiendes de la vida urbana de la gran capital, Cenobio.

—Si dices que no entiendo nada, dirás verdad, hermano, y la verdad no ofende.

—Pues bien, sábete que aquí nadie se levanta antes del mediodía.

—¡Toma! ¿Y esas gentes que he visto ahora mismo por la calle?

—Son gentes de fuera, que han venido aquí para negocios.

—¿Y con quienes los hacen, si los de la ciudad están

en la cama? preguntó el ranchero con aquella lógica inflexible de la gente de su especie.

—Te digo que no entiendes de eso, Cenobio.

—Por eso te pregunto, á ti, que eres tan instruído, Julián. Pero no hablemos más de ello, si es cosa que no te agrada, que poco he de aprovechar de cuanto me digas sobre el particular.

—No, no es eso, Cenobio.

—Á mí me basta con saber que en la capital las gentes comienzan su trabajo á la hora en que los del campo concluímos el nuestro.

—Es que aquí vivimos de noche. El teatro, los bailes, las tertulias. . . .

—¿Y ésa es la vida?

—Pues. . . .

—Prefiero siempre mi cama, Julián.

—Y á todas éstas, ¿á qué debo tu visita, tan agradable como imprevista?

—Pues ahí verás, Julián.

—Ve diciendo, Cenobio.

El ranchero se rascó la cabeza, como hombre que ha madurado un plan y en el momento de llevarlo á cabo se encuentra con un obstáculo imprevisto.

Ó como el enamorado novel, que, tras larga vigilia, ha concertado una declaración, y al encontrarse en el instante preciso siente que se embrollan las palabras y huyen los conceptos.

Aquella actitud alarmó á Julián, que se sabía de memoria á su primo.

—Esto es grave, pensó el muchacho sin atreverse á dar punto á aquella indecisión de Cenobio.

—Pues ya verás, Julián, empezó á decir el ranchero repitiendo la última frase que había pronunciado.

Y después á quema ropa:

—¿Cuándo te recibes de abogado?

Julián dió un salto. Cenobio lo miraba con atención.

—Que ¿cuándo me recibo de abogado? preguntó Julián para ganar tiempo.

—Eso es, contestó Cenobio.

—Pues, mira, cuando entraste me estaba yo haciendo la misma pregunta. . . .

—¿Y qué te contestaste, Julián?

—Pues no me contesté nada, Cenobio, porque no me dejaste tiempo para ello. Pero es seguro que la próxima vez que nos veamos, te podré contestar categóricamente.

—¿Y cuándo será esa vez? preguntó el ranchero sin desconcertarse ante la audacia y los subterfugios del estudiante.

—Cuando tú quieras. En Navidad, por ejemplo, que iré á pasar la fiesta con ustedes.

—¿Á dónde irás á pasar las fiestas?

—Con ustedes he dicho, á San Pedrito.

—Ya sabes, hermano, que la puerta de la casa te está cerrada.

Julián dió un paso atrás. Sus facciones se desencajaron, se le erizó el cabello, se puso sumamente pálido, reflejando todos los signos exteriores del terror.

—¡Cenobio! . . . balbuceó castañeteando los dientes, como si tiritara de frío.

—Ya te lo dije la última vez, prosiguió el ranchero que no se pudo fijar en el pánico de Julián, por estar éste de espaldas á la única ventana por donde entraba la luz, que bañaba de lleno la faz de Cenobio.

—¡Ah! ¡sí! suspiró el estudiante, como si se viese libre de un gran peso, ó como si el alma le volviese al cuerpo, según gráfica frase vulgar.

—No volverás á entrar en mi casa, Julián, sino cuando toques la puerta con el canuto de hoja de lata en que lleves tu título de abogado.

—Así será. Cuenta con que el 24 de diciembre recibirás entre tus brazos al licenciado don Julián Rodríguez, con su canuto de hoja de lata en la mano.

—Y el título dentro del canuto, añadió Cenobio, queriendo dejar el punto perfectamente fijado.

—¡Se entiende! exclamó noblemente el estudiante, dando por concluído el incidente.

CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

EN EL QUE SABRÁ EL LECTOR EL VERDADERO OBJETO DEL VIAJE DE CENOBIO

I

—Y ahora nos iremos á almorzar, dijo Julián preparándose á salir.

Pero Cenobio no se movió de su asiento, y volvió á rascarse la cabeza.

—¡Diablo! murmuró el estudiante. Esto tiene segunda parte, y ya Cervantes dijo que nunca segundas partes fueron buenas.

Y luego añadió para sus adentros:

—Creía pasada la tormenta, pero, por lo que veo, ahora es cuando va á comenzar la verdadera. Estemos sobre aviso.

Cenobio tosió como si quisiera expectorar su discurso, en vez de pronunciarlo.

Y era que se le había perdido el principio, al revés de lo que pasa á multitud de oradores, que suelen no encontrar el fin de sus peroratas.

—¿Ó acaso has almorzado ya? preguntó Julián.

—No, lo que es almorzar, no he almorzado.

—Entonces. . . .

—Pues quisiera decirte antes de almorzar alguna cosa.

—El tono con que pronunció estas palabras Cenobio, volvió á erizar los cabellos al estudiante.

—¿Dios te ha concedido sucesión? preguntó con cierto terror el estudiante.

—¡No! suspiró con honda pena Cenobio. No es eso. Ya te dije, antes de casarme, que era casi seguro que yo no tendría hijos; que tú serías siempre mi único heredero. . . . Y he cumplido mi palabra.

—Entonces, no comprendo. . . .

—¿Qué sucede con Carmen? preguntó Cenobio.

—¿Con Carmen?

—¡Pues!

—Nada que yo sepa. ¿Le ha pasado algo? ¿Está enferma?

—Algo palidota y desganada. Creo que ha enflaquecido.

—¿Qué enfermedad tiene?

—No lo sé de cierto, pero entiendo que es lo que se llama mal de amores.

Julián lanzó una fuerte carcajada.

—Y como para ese mal no hay remedio en la botica, y solo se halla en la vicaría, me parece, cristianamente pensando, que allí debe buscarse y cuanto antes mejor.

—¡Ya, ya! exclamó siempre riendo el estudiante, dando dos palmadas amistosas en el hombro al ranchero.

—¿Por qué dices, "ya, ya?"

—Porque tomo buena nota de la indirecta, y te prometo que antes de un año estaremos casados Carmen y yo.

—¿Cuándo es antes de un año? Bien sabes que no entiendo de esos plazos de goma elástica, que dicen que son los plazos del diablo.

—Cenobio, " dentro de un año " no es un plazo elástico. Al contrario, es un círculo de hierro, cuya circunferencia está perfecta y fatalmente circunscrita.

—No me hables en latín.

—Eso no es latín.

—Ya sé que las palabras están en español; pero las ideas están en otro idioma.

—Pues bien, " dentro de un año " quiere decir desde hoy hasta dentro de trescientos sesenta y cinco días. Ó lo que es lo mismo, que no pasará de los doce meses, contados día por día.

—¡Bueno! exclamó el ranchero.

Julián creyó terminado el nuevo incidente.

II

Pero notó con sorpresa que Cenobio volvió á rascarse la cabeza.

Y después de una pausa, prosiguió el ranchero reanudando el hilo de la conversación:

—¿Y crees que ella aguardará los doce meses, contados día por día?

—¿Quién es ella? preguntó con extrañeza Julián,

cuya imaginación se encontraba ya á cien leguas de distancia.

—Carmen.

—¡Ah! Carmen. . . . Ya lo creo que aguardará.

—Y ¿por qué lo crees?

—Toma, ella me lo ha dicho, me lo repite dos veces por semana.

—¡Hum!

—No hay ¡hum! que valga. Además, Cenobio, tú comprenderás mejor que nadie que la muchacha me adora, que se arrojaría al fuego por mí! . . .

—¡Hum, hum!

—Vamos, me encocoras con esas interjecciones de duda y de mal gusto. El matrimonio ese, es cosa hecha.

—Mira, Julián, nosotros no llamamos cosa hecha la que está en el campo, sino la que está en la troj.

Mi amo, don Pedro Guanes, que su santa gloria haya, me repetía siempre un dicho de su tierra que dice "No lo llames trigo, mientras no esté en el saco."

—Pues ese trigo está en el saco; esa cosecha en la troj.

—Mira Julián, que de la mano á la boca á muchos se les cae la sopa.

—Te digo y te repito. . . .

—Mira que las promesas de novios son la fe de los tontos. . . .

—Me estás alarmando con tanta insistencia.

—Que hay moros en la costa. . . .

—¿Qué dices?

—Y no me parece que debemos ser como el perro del hortelano. Con que herrar ó quitar el banco.

—Explícate, Cenobio.

—Carmen lleva con qué comer y con qué cenar. Es un buen partido, tiene buen palmito, y nada más natural que le hagan la rueda los *catrines* de por allá. Ella también tiene letras, no te vayas á creer; se ilustra tomando lecciones con el señor cura, y creo que ya sabe latín.

—¿Qué me cuentas?

—Entiendo que es una sorpresa que te preparaba. Ha aprendido francés con un dependiente de la hacienda de Balconcillos. No te asustes, es un viejo, y yo respondo por él.

—¡Me dejas lelo, Cenobio!

—Ya ves que Carmen tan buena es para mujer de un ranchero, como para mujer de un licenciado, y que en todas partes llegará á figurar.

—¡Ya lo creo!

—¡Pues ya me la pidieron! soltó por fin el ranchero, de sopetón, quedando muy descansado después de aquel esfuerzo colosal, y admirando la maña con que había venido preparando á su primo para recibir la funesta noticia.

—¿Ya te la pidieron? repitió Julián que creía no haber comprendido bien.

—Sí, antier vino don Mateo López á pedírmela, para su hijo Bernabé.

—¿Y que le dijiste?

—Le dije, pues . . . lo que debía decirle.

—¿Y sobre poco más ó menos?

—Que no era yo el que debía casarme, sino ella, y que sería bueno consultarla, y que el domingo, después de misa mayor, en la puerta de la parroquia, le daría la contestación.

—Y hoy es jueves, dijo Julián.

—Por eso, sin perder tiempo, tomé la diligencia y aquí estoy, primo, para que tú resuelvas.

—¿Resuelva qué?

—Lo que he de contestar á don Mateo.

—Supongo que hablaste con Carmen.

—Sí, y me dijo que ella te quería más que á su vida, y que si no se casaba contigo, se meterá á monja.

Yo le contesté que ya no había monjas en el país, porque los "puros" habían echado de sus conventos á las madrecitas.

Y ella me dijo que se iría á Roma.

—¿Ya ves lo que te decía, Cenobio?

—Mira, Julián, yo quiero creer que Carmen sienta todo eso que dice, aunque me parece que hay algo de *echada*,* quiero creer que lo haga, si llega el caso, y por eso mismo es preciso que obremos como obran los hombres.

—Aconséjame entonces.

—Si te quieres casar con ella, hacerlo pronto. Si no, hablar con franqueza, y hacer las cosas de manera

---

* *Echada.* Baladronada.

que la muchacha le vaya tomando afición á Bernabé, y se case con él.

—Pero si Bernabé es un patán.

—Bernabé es un muchacho honrado y trabajador, y que ya tiene con que taparla si llueve; sin contar con que don Mateo tiene el riñón bien cubierto, y no hay mas que dos herederos en su casa.

—Y todo eso no quita que sea un patán.

—Vale más un patán que cumple su palabra, que un *catrín* que falta á la suya.

—¡Cenobio! exclamó Julián fingiendo indignación.

—Si no lo digo por tí, que todavía no has faltado, y por eso quiero que no llegue el caso.

—Pues bien, Cenobio, me caso con Carmen.

—¿Cuándo?

—Á principios del año que viene.

—Oye, Julián: me has ofrecido que el 24 de diciembre próximo estarás en la hacienda de San Pedrito.

—Sí, Cenobio, con mi canuto de hoja de lata en la mano. . . .

—Eso es, y tu título de licenciado dentro del canuto.

—Y ya verás como te cumplo.

—El 9 de enero te podrías casar. . . .

—¿El día de mi cumpleaños? Jamás.

—¿Por qué?

—Porque ese día celebra la iglesia á mi santo patrono, San Julián mártir, y no debe uno casarse en fiesta de mártires.

—Pues te casas la víspera.

—Menos; se celebra á los santos Teófilo y Eladio.

—¿Y qué?

—Que son dos mártires, en vez de uno.

—¡Caramba, te sabes todo el calendario de memoria! exclamó Cenobio admirando á su primo.

—¡Pshá! dijo éste con fatuidad.

—Bueno, pues te casas antes.

—Están cerradas las velaciones, objetó imperturbable el antiguo monaguillo.

—Acabemos, dijo el ranchero que empezaba á perder paciencia. ¿Te casas ó no?

—Me caso.

—¿Cuándo?

—El 25 de enero.

—¿Qué fiesta es esa?

—La conversión de San Pablo.

—¿No hay quien se *raje*?

—Como los hombres.

Y los dos primos se estrecharon la diestra.

III

Al concluir aquella conferencia, respiró libremente Julián. Sin embargo, para quitarse toda aprehensión, preguntó:

—¿No tienes más que decir?

—Nada más.

—Entonces ¿podemos irnos á almorzar?

—Sí, pero antes quiero dejarte esto.

Y se quitó Cenobio un cinturón de cuero que llevaba bajo el pantalón, pegado al cuerpo.

—¿Qué es eso? preguntó Julián.

—Cincuenta onzas. Con eso tendrás para los gastos del examen, para convidar á tus amigos y para pagar tu viaje á Huamantla.

—Gracias, primo.

—Si te falta más, me escribes. Ya sabes que dispones de lo tuyo.

—¿Y cómo te atreves á andar con dinero encima, por esos caminos, Cenobio?

—¿Qué tienen los caminos?

—Están infestados de ladrones. No hay día en que no roben dos ó tres veces la diligencia.

—Así es, Julián.

—¿Cómo no te han robado?

—Porque á nosotros, los que vivimos por aquel rumbo, rara vez nos asaltan. ¿No ves que en las haciendas se esconden cuando los acosan mucho?

—Y siendo tú tan honrado, ¿te atreves á ocultar ladrones?

—Entre ocultarlos y que ellos me roben y asesinen, estoy por lo primero, Julián. Eso que ellos hacen, lo arreglarán después con Dios, si es que no lo arreglan antes con la justicia. Y yo no soy ni justicia ni Dios, y bueno es estar bien con todo el mundo.

—Estás diciendo una atrocidad, Cenobio.

—Puede que sí.

—¡Una inmoralidad!

—No te digo que no.

—El deber de todo hombre honrado es perseguir á los pícaros.

—Cuando los hombres honrados están unidos para defenderse unos á otros, Julián; pero no cuando están aislados y los pícaros andan juntos.

Pero aquí no hay quien te ayude. El gobierno no puede dar garantías en la ciudad, y menos aún en el campo, cada uno se encierra en su casa, y si ve que apalean al vecino, procura ponerse en salvo.

—¡Qué barbaridad!

—Y como no se puede acabar con los bandidos, procuramos que ellos no acaben con nosotros.

—¿Y nunca te roban?

—Nunca. Algunas veces llegan á la hacienda y *avanzan* un caballito; pero lo piden con buen modo.

—¿Y ahora que venías, no te salieron los ladrones?

—Dos veces nada más.

—¿Y qué pasó?

—Pues que pelaron á todos los pasajeros menos á mí y á una señora que dijo era mi parienta.

Porque á todos los desnudaron; menos á ella y á mí.

—¿Y qué dijeron los pasajeros?

—Al principio creyeron que yo era un jefe de cuadrilla; después les dije lo mismo que te acabo de decir, y comprendieron la razón.

Y en estas y otras pláticas se llegaron los dos primos á la fonda del Bazar, donde comieron con buen apetito un almuerzo bastante soportable.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO

¡AUDACIA, FORTUNA Y UVAS! . . .

I

En aquella buena época un examen de abogado era un acontecimiento grave para el candidato, para su familia, para sus amigos y para el colegio.

Los profesores eran hombres muy estirados, consideraban el derecho como una especie de culto misterioso, en el que debía procederse con mucho rigor para la admisión de nuevos sacerdotes.

Y no siempre presidía la mejor buena fe; que las preguntas insidiosas no faltaban, y se proponían casos enmarañados, verdaderos rompecabezas chinos que demostraban el ingenio de su autor.

Los exámenes entonces, lo mismo que hoy, no revelaban ni ciencia, ni aptitud, y prueba de ello es que conocemos multitud de abogados de esa época que mal saben escribir su nombre con alguna ortografía, rumian un latín de cocina de lo más pedestre, y carecen hasta de sentido común.

Cuéntase de catedráticos que hacían preguntas por este estilo:

—¿Cuántas *cuartas* tiene el derecho?

Ó estas otras:

—¿Qué es *iglesia* fría?

—¿Qué es *requinto*?

—¿Cuántos *árboles* se conocen en derecho?

Verdaderas adivinanzas, nimiedades científicas.

También se cuenta un hecho curioso de un estudiante, muchacho listo, que había hecho buenos estudios, y que realmente sabía todo lo que es posible que se sepa de jurisprudencia á los veintitrés años de edad.

Sustentaba su examen profesional, y tocóle en el tribunal un abogado viejo, enemigo jurado de la juventud, especie de buho que detestaba la luz. El tal abogado le hizo seis ú ocho preguntas por el estilo de las que apuntadas quedan, que el candidato contestó con bastante lucidez, y, por último, llevó el catedrático al joven á un terreno árido y fatigoso, de procedimientos, en el que el estudiante tuvo varios tropezones.

El catedrático con voz agria exclamó:

—¡Da Vd. uno en el clavo, y diez en la herradura!

—Tenga su señoría la pata quieta y todas irán al clavo, contestó con desparpajo el candidato, sin contenerse ante la majestad del acto.

II

Todas estas anécdotas, que conocía Julián, ya por haberlas oído, ya por haber presenciado los hechos, le hacían considerar con santo temor el acto oficial del examen.

Mas era ya tarde para retroceder. Había empeñado su palabra, y, lo que es más, había comprendido que era tiempo de tomar una determinación, y concluyó por resolverse.

Fué á visitar á don Sebastián Lerdo de Tejada, antiguo rector del colegio de San Ildefonso, y que á la sazón ocupaba una curul en el Congreso de la Unión, figurando en primera línea por la entereza, el patriotismo y la ciencia que demostró combatiendo el célebre tratado Wycke-Zamacona, que rodó á los embates del célebre estadista.

Don Sebastián era de una afabilidad un tanto fría y un tanto ceremoniosa. De gran perspicacia y de mucha agudeza.

Cuando Julián le expuso el objeto de su visita, que no era otro que el de arreglar lo relativo á su examen, don Sebastián le preguntó:

—¿Y para qué se examina Vd.?

—Para abogado, contestó el joven con extrañeza.

—No es eso lo que pregunto; sino ¿con qué objeto se examina Vd.?

—Primero con el objeto de obtener mi título.

—¿Y segundo?

—Y segundo, repitió Julián, para casarme.

—¿Es indispensable el título para que se efectúe el matrimonio?

—De todo punto indispensable.

—¿Y Vd. quiere que le dé un consejo?

—Si tiene Vd. la bondad.

—Con mucho gusto, amigo mío. No se examine Vd.

—¿Por qué? interrogó Julián á su vez.

—Porque si se examina Vd. va corriendo el riesgo de atrapar el título.

—¿Cree Vd.?

—Estamos en tiempos de grandes anomalías.

—Y bien. . . .

—Si atrapa Vd. el título, corre Vd. el peligro de casarse.

—Pues eso es.

—Y no veo la necesidad de que vayan tantas calamidades juntas.

—¿Cómo lo entiende Vd., señor don Sebastián?

—Digo que no veo la necesidad de que haya un abogado más sin cliente, y un marido más. . . .

—¿Á quien le sobren clientes?

—No es eso, joven, contestó don Sebastián mirando con seriedad al atrevido mancebo.

—¿Cuál es el final de la frase? preguntó Julián sin inmutarse ante aquella mirada.

—No tiene final.

—Lo celebro, y me recibo de abogado.

—Es Vd. muy dueño, pero creo de mi deber hacer á Vd. algunas reflexiones, más para ponerme en bien con mi conciencia que para convencer á Vd., porque nunca emprendo tareas inútiles.

—Muchas gracias.

—Amigo don Julián, Vd. no ha estudiado.

—He sido aprobado en todos mis exámenes con muy buenas notas.

—Es verdad; pero eso no obsta. La feliz memoria de Vd. y su aplomo no menos feliz le han valido esos triunfos parciales.

—Me parecen de buen augurio.

—Y lo serían en efecto si hubiese conservado la memoria de Vd. lo que grabó en ella un poco á la ligera. Pero no es así: con la misma facilidad que aprendió Vd., olvidó después lo aprendido.

—No lo crea Vd., y en prueba de ello dispuesto estoy á repetir de memoria y de *cuerito á cuerito* los versos de Nebrija y las redondillas de Iriarte.

—Eso lo aprendió Vd. cuando muchacho, con un cura machacón y no se le olvidará nunca. Pero en cuanto á lo demás. . . .

—En filosofía he sido siempre de los primeros, y bien sabe Vd. que nadie como yo ha retenido todo ese vasto conjunto de cosas útiles é inútiles, expuestas sin método ni sentido común.

—Vaya un concepto el que tiene Vd. de lo que se le ha enseñado.

—¡Poco más ó menos, el mismo que tiene Vd.!

—¡Es cierto! murmuró don Sebastián sonriendo con esa sonrisa de media boca que le era peculiar. Desgraciadamente no se ha podido remover ese plan de estudios semibárbaro.

—Nadie como yo conoce los profundos misterios del ergotismo, prosiguió Julián.

—Lo voy creyendo.

—¿Qué me falta entonces? Mal latín, facilidad para el *asserit A, negat O*, etc., poca lógica, y de la mala, *quasi lucus a non lucendo*; mucha metafísica; barruntos de ética, hartazón de cánones é indigestión de leyes; larga práctica de impugnar y de defender alternativamente una misma cosa. Ya verá Vd. si no son estos méritos y servicios suficientes para que se me dé el título de profesor en las sutilezas y subterfugios de la curia.

—Mal concepto tiene Vd. formado de la carrera de la jurisprudencia, amonestó don Sebastián al joven.

—Señor, el concepto no es ni bueno ni malo, sino justo. Lo que hay es que yo me atrevo á decir en voz alta lo que casi todos murmuran por lo bajo. Menos los mentecatos que no saben tomar las cosas á beneficio de inventario.

—Es Vd. un cínico, dijo don Sebastián sin reproche.

—Es una escuela filosófica como cualquiera otra, y quizás una de las que están más en lo cierto.

—Vamos, veo que la cosa no tiene remedio, amigo mío. Vd. tiene que recibirse de abogado y tiene que casarse. Estoy seguro de que hará Vd. tan buen marido como buen abogado. Pero ¿sabe Vd. siquiera qué es jurisprudencia?

—*Divinarum at que humanarum rerum notitia, justi injustique scientia*, contestó Julián imperturbable.

—¿Lo ve Vd.? De cien definiciones, todas ellas deficientes, fué Vd. á acordarse de la más absurda, pretenciosa y vacía.

—Pero la más clásica. Además, supongo que no me harán esa pregunta.

—Y yo supongo también que le harán á Vd. otras, y que contestará igualmente, con un disparate.

—No importa. Esta mañana cuando desperté, las campanas de la catedral, echadas á vuelo, me decían: "¡Tú serás abogado!"

—Es el "Tú serás rey" de Macbeth.

—Ó el *tu sed Marcellus.*

—Celebraré que se realice la predicción.

—Es predicción que viene de lo alto.

—Y de muchas campanillas, agregó don Sebastián *coleando* el quinto cigarrillo.

—¿Cuento con el beneplácito de Vd.?

—Cuenta Vd. con algo más, mi amigo don Julián.

—¿Con qué?

—Con el nunca desmentido adagio latino que dice *audaces fortuna juvat.*

—Lo que traducido en romance quiere decir *audacia, fortuna y uvas.*

—¡Eso es! dijo don Sebastián, riendo de buena gana ante el chiste del estudiante, y haciéndole señas de que quedaba terminada la audiencia.

Julián se retiró, y don Sebastián no pudo menos que pensar:

—¡Lástima de muchacho! Con un poco menos de imaginación, sería un hombre precioso. Está desequilibrado.

Y después de breve pausa añadió.

—¡Quién sabe! En esta época y en estos países los hombres como Julián mueren pronto ó van muy lejos.

III

Sin pérdida de tiempo empezó Julián á dar los pasos necesarios para su examen, alentándolo sus compañeros.

Entre tanto aprovechó su prodigiosa memoria para almacenar cuantas definiciones pudo.

Unas cuantas semanas después pasó su *Noche Triste*, como llamaban los estudiantes de entonces á la que precedía al examen, recordando la que pretende falsa tradición que pasó Cortés al pie de un ahuehuete, llorando su derrota, en la retirada de Tenoxtitlán.

Los exámenes pasaron sin tropiezo notable, pues Julián tuvo la suerte de todos los calaveras: cayó en gracia á sus profesores, que ya le conocían y estimaban, fiándose en su brillante barniz exterior, que lo hacía aparecer tan simpático.

Lo único digno de mención que en él ocurrió, fué lo siguiente:

Uno de los miembros del tribunal propuso á Julián la resolución de un caso, enlaberintado, como todos los que se proponen en esas circunstancias.

Julián apenas pudo hacerse cargo del caso, y quedó como quien ve visiones.

—Vamos á ver ¿qué resolvería Vd. en definitiva? preguntó el catedrático.

—Señor, contestó Julián con su sangre fría habitual,

haría uso del tiempo que me concede la ley para estudiar el punto y fallar en justicia, con perfecto conocimiento de causa.

—¡Muy bien! exclamó el catedrático aplaudiendo; y si llega Vd. á ser juez alguna vez, no olvide esa respuesta que ha dado con tanta cordura.

Y Julián fué aprobado por unanimidad, con alta nota que imparcialmente le había otorgado el recto tribunal.

—¿Lo ve Vd.? dijo Julián al señor Lerdo cuando lo encontró. No hay nada como mi máxima.

—Sí, ya sé, contestó don Sebastián con su equívoca sonrisa; aquello de audacia, fortuna y uvas.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

UN BANQUETE DE CALAVERAS

I

Nada había dicho Julián á su hermano sobre su propósito de adelantar la fecha de los exámenes y nada le dijo tampoco después que con tanta facilidad concluyó su carrera.

Recibió su título y mandó fabricar un tubo de hoja de lata de buen tamaño.

Hizo disponer un banquete en el Tívoli del Elíseo, que entonces estaba de moda y era, en verdad, el sitio más ameno y donde mejor se servía, de toda la capital.

Julián hizo las cosas en grande, y el banquete fué opíparo.

Sus mejores amigos y compañeros de estudio se encontraron allí, y, como es fácil suponer, entre los primeros se contaba Martín Varela, que había hecho honrosa excepción en favor de Julián, pues desde que estaba casado no se le veía la cara más que en el Congreso, á cuyas sesiones concurría con puntualidad religiosa.

Tampoco volvió á poner los pies en la iglesia después de su matrimonio, y comenzó á encontrar ridículo

el servicio fúnebre que en su honra se celebraba con tanta seriedad y obstinación tan inquebrantable.

¡El muerto! . . . ¡Muerto cuando justamente se sentía en toda la plenitud de la vida, cuando por primera vez llevaba sus labios sedientos á la copa de la pasión, y bebía, y bebía á grandes tragos el deleite sin sentir ni la saciedad ni el cansancio!

¡Muerto, cuando sus sentidos se animaban y adquirían esa agudez sublime que permite sorprender misterios de belleza desconocidos para la generalidad, en el aire, en la luz, en el sonido, en toda la Naturaleza, sublimes melodías aisladas que se confunden en una armonía grandiosa!

Martín se embriagaba con su felicidad, y comprendía el amor definiéndolo como el egoismo á dúo, como Madame de Staël.

II

Á las dos de la tarde estaban reunidos todos los invitados de Julián.

Eran unos veinte jóvenes, y apenas contaba veintiocho años el de más edad.—La flor de la juventud, bañada por un rayo de nuestro espléndido sol de septiembre.

La comida fué alegre. Se charló de todo, y se comió sin gustar los platos.

En esa edad no se conoce aún la ciencia gastronómica.

La Providencia ha dispuesto que nadie se inicie en esos misterios sino pasados los treinta años, y que sólo á los cuarenta se pueda obtener el grado de maestro.

Y la verdad es que desagrada oir á un joven de veinte años hablar de manjares y entrar en disquisiciones gastronómicas, tratando de sentar plaza de Savarin.

Uno de los convidados que estaba más cerca de Julián, le dijo:

—Oye, chico, ¿esta comida es sólo para festejar tu ingreso en el noble gremio de los jurisconsultos?

—Y ¿te parece poco, Leonardo?

—Me parece más que suficiente, pues no discuto jamás la gravedad del motivo que da origen á una comida. Pero me parece que para la presente hay más de una razón.

—En efecto, amigos míos, dijo el anfitrión, me despido de mi vida de estudiante y me despido de la capital.

—¿Cómo se entiende?

—Me retiro á mis patrios lares.

—¿Te sumerges en el cenagoso lago de la provincia? preguntó Leonardo.

—Sospecho que no será más que un chapuzón, repuso otro de los comensales.

—¡Sábelo Dios! suspiró el anfitrión.

—No sé qué diablos vas á buscar á la Malinche, prosiguió Leonardo, y no valía la pena de quemarse las pestañas (metáfora absurda tratándose de ti, querido Papiniano) para ir á enterrarse después en aquellos salvajes sitios.

—¿Qué dirá la reina Margarita? preguntó con cínica gravedad un joven apellidado Gutiérrez.

—¿Quién es la reina Margarita? preguntaron á la vez varios jóvenes.

—¡Vaya que sois ignorantes! ¿De dónde salís? ¿En qué aulas habéis cursado historia?

—Déjate de ensartar disparates, Gutiérrez, y acaba de reventar.

—Señores, el peor castigo que podemos dar al preopinante, es no preguntarle más.

—Te felicito, Martín, por ese *preopinante*, exclamó Julián.

—Te lo regalo, contestó Martín Varela.

—¡Gracias! no sabría donde colocarlo.

—En las narices de tu suegra.

—Vocativo, *caret*.

—¡Toma! todavía sabes latín, Julián.

—Me ha sido imposible olvidarlo en ocho días. Pero juro que lo olvidaré.

—¡Siempre desaplicado! dijo Gutiérrez.

—Pero volvamos á la reina Margarita.

—Sí, apoyó Varela; no sea que vaya á morir Gutiérrez de un cuento malogrado.

—¿Qué enfermedad es esa, doctor Varela?

—Lo de la reina Margarita, ó que me devuelvan mi dinero, gritó Leonardo.

—Señores, empezó Gutiérrez con su gravedad acostumbrada y que hacía á los demás perder la suya. Señores, me siento honrado en grado heroico y eminente por las repetidas muestras de aprecio de que soy objeto.

—¡Basta de exordio!

—Y quiero corresponder dignamente á tan indebida estimación, por lo que os diré que la reina Margarita no es ni puede ser sino la complaciente consorte de Enrique IV de Francia y de Navarra.

—¡Vete al diablo!

—Ha dicho bien, gritó uno de los comensales.

—¿Y qué tiene que hacer la ilustre y alegre princesa con Julián? ¿Acaso la hermana de Francisco I . . .?

—¡Horror!

—¡Fuera el profano!

—Señores. . . .

—¡Bárbaro!

—¡Filisteo!

—¡Que le corten las orejas!

—Señores, calma; no creí haber dicho una cosa tan profunda.

—Barrabás, que haces vivir en la misma época á Enrique IV y á Francisco I.

—Pues peor es lo que ustedes hacen: convertir en contemporáneos á Enrique IV y á Julián Rodríguez.

—Pero, á todas estas, insistió Leonardo, ¿quién es esa Margarita?

—Ya te lo dijeron, la esposa de Enrique IV.

—¿Y quién es Enrique IV?

—El esposo de la reina Margarita. Toma un curso de historia en la escuela de Alejandro Dumas, y sabrás esa y otras cosas del mayor interés.

—Señores, volvió á decir Gutiérrez, Enrique IV, es el general Güelmes.

—¡Silencio! exclamó Varela con voz de trueno, que impuso á los alegres jóvenes, quienes empezaban ya á trastornarse con las repetidas libaciones que habían hecho. ¡Silencio! repitió. Es de bellacos hablar así de la honra ajena, en medio de una borrachera.

—En cualquiera parte que sea, añadió un joven.

—¿Es una lección, Martín? preguntó Gutiérrez con impertinencia.

Martín había vuelto en sí, y, cambiando de tono, contestó:

—No, no es una lección ni mucho menos, y siento haber hablado con tanta vehemencia.

—De modo, ¿que retiras lo de bellaco?

—No, Gutiérrez, no retiro nada, porque soy y seré siempre del mismo modo de pensar.

—Luego ¿insistes en que soy bellaco?

—Creo que has obrado sin reflexionar. . . .

—¡Ah! . . . bueno. Pues, señores, prosiguió imperturbable Gutiérrez, la reina Margarita es la esposa del general Güelmes; y les han dado ese apodo, porque ella es lo que se llama una real hembra, llena de caprichos; y él un galán incorregible y versátil, y ambos se toleran mutuamente sus debilidades.

—¡Mientes! interrumpió Varela, poniéndose en pie.

—Pero, hombre ¿qué furia se ha apoderado de ti? preguntó Julián.

—La que se apodera de todo hombre honrado al oir que se calumnia cobardemente á un caballero y á una

dama, que no pueden defenderse. Es una villanía hablar mal de los ausentes. . . .

—Y, sin embargo, objetó Julián, esa es la única oportunidad para decir sinceramente lo que se piensa de ellos.

—Suponiendo que sea calumnia lo que yo cuento, repuso Gutiérrez. . . .

—Calumnia y nada más que calumnia.

—Parece, Martín que te has propuesto reñir conmigo, y aunque por ahí acabaremos, quiero que sea en su tiempo y lugar. Por ahora, y para convencerte, sábete que casi todos los presentes hemos recogido el pañuelo de la sultana, y que Julián es el que lo ha conservado más tiempo.

Varela miró á todos los circunstantes, quienes se quedaron impávidos, y se fijó por último en Julián, quien dijo con hipocresía:

—¡Qué quieres, chico! . . . Por eso me apresuro á ponerme en salvo: tengo miedo de ser devorado por la insaciable Majestad.

—¡Sois unos malos caballeros!

—Martín, objetó Gutiérrez, esa injuria colectiva á nada te expone. Yo la recojo y te pediré cuenta de ella.

—Ya tardas, Gutiérrez.

—Perdona; pero si te concedo el derecho de escoger el tiempo para injuriarme, concédeme tú el derecho de fijar el mío para pedir reparación.

—¡Desde ahora hasta toda la vida! exclamó Varela con ademán digno de un paladín de los de la edad media.

—No necesito tanto.

—Señores, el general Güelmes es mi amigo y mi superior. Yo he servido á sus órdenes, y me considero con derecho á recojer la injuria que se le hace. En nombre del general y en el mío, os reto á todos, uno á uno, ó como gustéis.

—¡Aceptado! exclamaron varios al mismo tiempo.

—Paciencia, señores. Oye, Martín, alabo tu conducta, dijo Gutiérrez. Pero antes de que lleguemos á las manos, bueno es que sepas á qué atenerte. Nos has retado en nombre de tu general y en el tuyo, y hemos aceptado. ¿Te sostendrá el general?

—Respondo por él.

—Bien, concedo que se batirá con nosotros. Tiene fama de valiente, no lo niego. Pero te suplico que al comunicarle lo que ha ocurrido aquí, lo hagas sin omitir lo más mínimo.

—Lo haré, respondió Martín, saludando á sus compañeros, y retirándose de aquel círculo de malos caballeros.

—¡Pobre Martín! dijo uno.

—Sí, pobre, repitió Gutiérrez. Ha nacido tres siglos demasiado tarde.

—Ó demasiado temprano, repuso Julián.

Y prosiguió la fiesta como si nada de extraordinario hubiese pasado en ella, sirviéndose como postre la reputación de la reina Margarita.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

ENRIQUE IV Y LA REINA MARGARITA

I

Varela amaba al general Güelmes y lo admiraba.

Había combatido á su lado en Silao, en Guadalajara y en Calpulálpam, y lo había visto siempre sereno, indiferente ante el peligro, sin hacer alarde de su valor, cuidando paternalmente á sus soldados, y revelando todas las grandes dotes de un militar de mérito.

Verdad es que aquel hijo de Marte, como decían los poetas de aquel entonces era un enamorado incorregible, y tan afortunado en lides como en amores, pues no había plaza en que hubiese estado de guarnición, en que no dejase alguna Bella Gabriela.

Esa circunstancia, sus facciones que recordaban las del rey de Navarra y el haberse casado con una bella joven (llamada Aurora) le valieron el apodo de Enrique IV.

Más tarde la conducta observada por la esposa, valió á esta el sobrenombre de reina Margarita, que llevaba ella alegremente.

II

La reina Margarita era bellísima.

Pero de esa belleza un tanto descocada y un mucho provocadora.

En sus venas corría mezclada la sangre española con la africana.

Era blanca, como un lirio; esbelta, como una palma, sin que la metáfora sea exagerada.

Labios gruesos, muy encarnados; ojos negros, ora lánguidos, ora brillantes; dientes cortos, muy blancos; y formas opulentas.

Añádase á esto una inteligencia bien cultivada, mucha imaginación y un culto apasionado por el arte griego, y se tendrá una idea de esta mujer que en Atenas hubiera sido Aspasia, en Egipto Cleopatra y en Francia hubiera dejado muy atrás á la duquesa de Etampes, y á las favoritas de Luis XIV y Luis XV.

En Méjico, en aquella época, fue una mujer extravagante, una cortesana de alto coturno, á quien se fingía desdeñar, cuando estaba ausente; á quien llenaban de atenciones, cuando estaba presente; á quien envidiaban las mujeres en secreto, y codiciaban los hombres en público.

Jamás correspondió á ningún hombre. Se reservaba el derecho de escoger sus amigos, como el de escoger sus trajes.

III

El primer capricho de la reina Margarita, después de su unión con el general, fué inspirado por un joven ayudante de su esposo.

El capitán Romero, que así se llamaba, fingió no comprender las insinuaciones de la bella.

Y mientras más se acentuaban los avances de ésta, más se retraía Romero.

Por fin, cansado de esa lucha, y temiendo, nuevo José, verse obligado á dejar la capa y á huir, se resolvió á hacer lo último, salvando la prenda de abrigo, porque era en invierno y los tiempos que corrían eran los de las siete vacas flacas.

Se presentó á su general y le rogó le permitiera solicitar su pase á un cuerpo que estaba de guarnición en San Luis Potosí, pues deseaba servir en filas.

—Capitán Romero, es V. un imbécil, le contestó el general.

—¡Pero mi general! . . . repuso, el joven alarmado por aquella salida de tono.

—Que es Vd. un imbécil. Ya me lo han dicho repetidas veces, sin que yo lo creyera.

—Juro á Vd. mi general, que no he dado motivo. . . .

—Se queda Vd. arrestado ocho días en mi habitación, por haberme replicado.

Y el joven capitán saludó militarmente y dijo:

—Con permiso de Vd. mi general, paso arrestado á su alcoba.

Y se presentó arrestado en la habitación del general.

Y no volvió á pedir su pase, ni á temer por su capa.

IV

Esta anécdota y otras parecidas circulaban de boca en boca, verdaderas las unas, falsas las otras, pero todas verosímiles.

Aquel hombre que era un dechado de pundonor militar, no creyó que su reputación podía depender en lo más mínimo de la conducta que observase su esposa por más que esa conducta estuviese tácita ó explícitamente aprobada por él.

El general tenía una fortuna regular, su esposa aportó al matrimonio mayores rentas, y con eso llevaban una vida de fausto, más que de holgura.

Pero hasta en ese fausto había método. Nunca se gastó toda la renta, y menos aún se llegó á tocar el capital.

Banquetes, fiestas de campo, bailes, juego, de todos los atractivos posibles se echaba mano por los epicúreos esposos, para atraer la gente, para entretenerla y hacerla feliz.

—¡Gozad! ¡Gocemos!

Tal era la divisa de aquel matrimonio que todo lo daba, con tal de que se le permitiese estar á la recíproca.

Esto es, que también pudiese tomarlo todo, donde lo encontrase.

Y así, poco á poco, escogiendo, segregando, sufriendo algunas deserciones, echando leva y reclutando por enganche, formaron un mundo especial, en el que se gozaba de una vida alegre y sin remordimientos.

Era una buena sociedad puesta en entredicho por otra buena sociedad, la legítima, la que se atenía á las grandes tradiciones, sin llegar á los tiempos clásicos.

V

Y era difícil encontrar un matrimonio más lleno de cariño y de consideraciones, que ese.

Él trataba á su esposa con una galantería exquisita. Ella tenía verdaderos raptos de pasión por su marido, á quien amaba, realmente, más que al mundo entero.

Afortunadamente no tuvieron prole.

VI

Martín Varela se presentó en casa del general Güelmes, la mañana siguiente después de los sucesos que dejamos referidos en el capítulo anterior.

—¿Qué buenos vientos soplan hoy? exclamó el guerrero, al ver á su antiguo ayudante.

—Mi general, no son buenos vientos; sino, por lo contrario, muy malos.

—Es la época en que comienzan, dijo sonriendo el

general, aludiendo á la estación. Vamos á ver, ¿en qué puedo servir á Vd., compañero?

—Mi general, con permiso de Vd. me tomé la licencia de arrojar el guante á una turba de calaveras.

—Bueno.

—Y los reté en nombre de Vd. y en el mío.

—Bien hecho, compañero, contestó el general con perfecta sangre fría. Ya me dirá usted cuantos me tocan, y quienes, con todo lo demás que juzgue conveniente.

—Gracias, mi general, por esa nueva prueba de confianza tan sin límites.

—Y tan justificada, compañero, pues estoy seguro, segurísimo, de que al obrar como lo hizo, fué con sobrada razón; y sospecho que yo soy el que debo estar agradecido; pues que si Vd. retó en nombre mío, fué porque yo era el injuriado, y llevó su buena amistad para conmigo hasta el punto de acompañarme en el lance, compartiendo sus peligros.

—Era mi deber, como amigo y como soldado. Referiré á Vd. lo ocurrido.

—No es necesario, compañero, le atajó el general, estrechándole la mano.

—Así lo creería yo en cualquier otro caso; pero me comprometí á contar á usted lo ocurrido, y debo cumplir mi palabra.

—Ya escucho, contestó el general sentándose cómodamente en una poltrona y preparándose á oir una cosa estupenda.

—Es el caso, mi general, que no sé por donde comenzar.

—Por el principio, compañero, puesto que ya conozco el fin.

—Pues bien, ayer comí en el Tívoli del Elíseo, con varios amigos.

—¡Ah! ¿estuvo usted en la comida que dió Julián Rodríguez?

—¿Lo conoce Vd.?

—Ya lo creo; es uno de los mejores amigos de mi mujer.

—¡Es un miserable! exclamó Varela.

—Bien puede ser, y algo me sospechaba yo de eso. Se lo diré á Aurora. Prosiga Vd., compañero.

—En esa reunión dieron á la esposa de Vd. el apodo de reina Margarita.

—¡Vamos! y á mí el de Enrique IV, añadió el general riendo.

—Exacto. Entonces hubo quien pidiera la explicación de tales apodos, y Gutiérrez dijo que. . . . Vamos. . . .

—Sí, que mi mujer y yo practicamos la galantería, cada uno por nuestro lado, y en la mejor armonía.

—Eso es. . . .

—Y ¿qué más?

—Y dijo Julián Rodríguez, que se veía precisado á huir de la reina Margarita, para no ser devorado por ella.

—¿Y Vd. contestó? . . .

—Que todo era una calumnia.

—¿Lo de Rodríguez? ¡Por supuesto! exclamó el general.

—Y lo de Gutiérrez también.

—Ya eso es otra cosa, compañero.

—¿Cómo? preguntó Martín, dando un salto en la silla.

—Sí, compañero, ya esa es otra cosa y se la explicaré á Vd. cuando tengamos más tiempo. Vamos ahora á lo que importa.

—Como Vd. guste.

—Parecen designados como contrarios, desde luego, Gutiérrez, á quien no conozco, y Rodríguez, que es mi amigo. ¿Tiene Vd. amistad con Gutiérrez?

—La tuve bastante buena en un tiempo.

—¿Más que con Julián?

—¡Mucho más!

—Pues entonces todo está arreglado. Vd. se bate con Gutiérrez y yo con Rodríguez.

—Perfectamente, mi general; y, sin indiscreción ¿podría Vd. decirme la razón de su preferencia?

—Nada mas natural, compañero. Ignoro quien es Gutiérrez, y no me siento ofendido por sus palabras.

—Sin embargo, mi general. . . .

—Dejemos eso por ahora, he dicho. En cambio conozco á Julián y sus frases son una ofensa gravísima para Aurora; y, como podrá Vd. comprender fácilmente, yo tengo el derecho de perdonar las injurias que se me hacen individualmente; pero no las que van dirigidas á mi mujer. ¡Oh! ¡para esas soy implacable!

Martín contemplaba atónito aquel hombre, que le parecía ya un modelo de caballerosidad, ya un tipo de degradación repugnante.

—Está bien, dijo. Me batiré con Gutiérrez.

—Y yo mandaré dentro de media hora mis padrinos á Rodríguez.

—¿Sabe Vd. donde vive?

—No; pero mi mujer me dará las señas, dijo el general con la naturalidad mayor del mundo.

—Convendría, añadió Martín, que diésemos prisa al asunto, para evitar que se haga del dominio público.

—Creo que todo podrá arreglarse hoy, y nos batiremos mañana; y si le parece á Vd., nos citaremos todos para la hacienda de la Teja, á las once de la mañana.

—Perfectamente, mi general.

—Pues al avío.

—Me encargaré de llevar un médico.

—Como Vd. quiera.

Y Martín se separó del general, quien inmediatamente escribió una carta, mandó enganchar su coche, y se dirigió á Palacio, donde encontró á dos coroneles, amigos suyos, oficiales del Ministerio de la Guerra, á quienes encargó llevasen el cartel de desafío á Julián Rodríguez.

—Nada de dificultades, compañeros, dijo el general á sus testigos. Hay que tener presente que mi contrario es un paisano y yo soy un militar. Que él escoja las armas y ponga las condiciones. Sólo una cosa exijo: que mañana á las once nos encontremos en el terreno, en la hacienda de la Teja.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

ENRIQUE IV Y LA REINA MARGARITA
(*Continúa*)

I

Martín fué en busca de dos diputados, amigos suyos, y les confió el encargo de arreglar el duelo con Gutiérrez.

—Yo soy el ofensor, y me pongo por completo á las órdenes de Gutiérrez. Aquello que él proponga, eso acepto, sin subterfugios ni atenuaciones.

—¿Y si propone un duelo excepcional?

—Se admite sin observaciones.

—Pero nuestro deber es oponernos á ello.

—Entonces ya no me sirven ustedes.

—Estamos dispuestos á servirte.

—En ese caso, júrenme por su honor, que cumplirán al pie de la letra con mis instrucciones.

—Lo juramos.

—Pues adelante.

—Pero dinos, chico, ¿es tan profundo el odio que tienes á Gutiérrez?

—No lo odio; me da asco.

—¿Y por eso lo quieres matar?

—Por menos lo hacemos frecuentemente. Una advertencia: deseo que el duelo se verifique mañana, á las once, en la hacienda de la Teja.

—Procuraremos que así sea.

Y se separaron ahijado y padrinos.

II

Martín fué en busca del doctor Martínez.

Encontró al facultativo en el momento que despedía al último enfermo de su consulta, fatigado de tanto trabajo, y con ganas de refugiarse en su hogar.

—¡Hola! ¡tú también! dijo el ver entrar á Martín. Pero supongo que no estás enfermo.

—Al menos así lo creo, divino Esculapio.

—Pues si estás bueno tanto mejor. También supongo que tu mujer. . . .

—Está vendiendo salud. No se trata de nada de eso.

—Entonces vienes á pedirme de almorzar.

—Sabes, querido doctor, que nunca como en casa de un médico, desde que dejé de estudiar medicina.

—En efecto, creo que me lo has dicho.

—La mesa de un médico, tiene algo de disección.

—¡Vas á quitarme el apetito! dijo el doctor con un gesto cómico.

—Pues vamos al asunto.

—Tú dirás.

—Querido doctor, tengo un duelo entre manos.

—Pues ábrelas pronto, para que se escape.

—Y te necesito.

—¿No será como padrino?

—No, te solicito como cirujano, por si llega á ser necesaria tu ciencia.

—¿Temes ser herido?

—Nadie puede predecir lo que ha de suceder en estos lances. Á veces el más diestro sucumbe, víctima de la fatalidad; el más valiente muere á manos de un cobarde.

—¡Bonitos lances! Y tú, hombre á quien conceden juicio, y que legalmente lo tiene, puesto que no estás puesto en entredicho; que reconoces lo estúpido del duelo ¿cómo te atreves á batirte?

—Dejemos la moral á un lado, querido doctor. Esas reflexiones son buenas para cuando sobra el tiempo y no hay cosa mejor con qué entretenerlo. Ya conozco cuanto se ha escrito, y se ha dicho sobre la materia, y la inutilidad de la tarea que se impusieran moralistas, legisladores y teólogos. Así es que suprime tu dialéctica, y dime si cuento contigo.

—Huelga la pregunta por impertinente.

—Entiendo que eso quiere decir que sí.

—Y entiendes bien. Ahora, si te parece iremos á almorzar á la fonda.

—Te lo agradezco, pero me espera Luisa. Ayer comí fuera de casa, y ya ves, dos días seguidos, cuando estamos aún en la luna de miel.

—Tienes razón. Pero de todos modos no te suelto hasta que me digas con quién te bates y sobre todo, por qué te bates.

—Cobras tus honorarios adelantados.

—Así es. Empecemos por saber quién es ella.

—No, Martínez, no es lo que te supones.

—¡Verdad! . . . ¡Estando apenas en la luna de miel! *C'est trop tot*, como diría tu institutriz.

—Querrás decir la de Luisa.

—Lo mismo da. Vamos al grano.

—La cosa es muy sencilla. Gutiérrez y yo tuvimos una disputa.

—¿Quién es Gutiérrez? Porque, vive Dios, que decir Gutiérrez, Martínez Hernández y otros nombres por el estilo, sin singularizarlos y especificarlos, es más bien citar un género que un individuo.

—Tienes razón.

—Con que vamos á ver cual de los trescientos cincuenta y dos mil seiscientos veintisiete individuos que llevan en la república el genérico nombre de Gutiérrez es tu infortunado contrario.

—Paco Gutiérrez.

—¿El abogado?

—El mismo.

—No lo creía yo hombre de armas tomar.

—Querido doctor, en nuestro país hasta las mujeres son hombres de armas tomar, cuando llega el caso.

—No entiendo bien; pero lo mismo da. Adelante. Gutiérrez y tú tuvisteis una disputa. . . .

—Sí, ayer, en una comida con que nos obsequió Julián Rodríguez.

—¿Julián dió una comida? ¿con qué pretexto?

—Para celebrar su toma de posesión del título de licenciado en derecho.

—Al fin, coló capellanía.

—Y parece que salió airoso del paso.

—Solo tú Martín *destripaste* en los últimos momentos. . . . Mira, todavía es tiempo; vuelve al estudio y dentro de un año te recibes de médico.

—Gracias, por el consejo, amigo mío. Te aseguro que nunca he sabido tanto de medicina como desde que salí de la Escuela, y me considero capaz de sustentar hoy un examen, sin más preparación. Pero la Constitución del 57, que he jurado solemnemente, y por la que he combatido, prohibe los monopolios, y sería uno el acaparar tantas carreras.

—Veo que conservas tu buen humor.

—No hay razón para que lo pierda.

—Con que, tuvisteis una disputa tú y Gutiérrez. . . .

—Eso es, y concluyó con un reto, y mañana nos batiremos, probablemente.

—Tus reticencias, Martín, me hacen comprender que estoy siendo indiscreto. Perdóname.

—No es eso, Martínez, y voy á ser completamente franco contigo. Dime ¿conoces al general Güelmes?

—Como te conozco á ti.

—¡Brrr! . . . hizo Martín.

—¿Tienes frío?

—Tu modo de contestar me lo da. Veamos. ¿Qué opinión tienes formada del general?

—Que es un amigo impagable, un esposo adorable y. . . .

—¿Es verdad eso?

—Pero, chico, ¿de dónde sales que ignoras quienes son Enrique IV y la reina Margarita?

—¡Tú también!

—Eso te digo yo, Martín. ¿Acaso tú también aumentas la lista de las víctimas de Aurora?

—No, Martínez. Te juro que apenas la conozco,: que nunca le he hablado.

—¿Entonces? . . .

—Soy amigo del general, he servido á sus órdenes y por eso lo defendí.

—Ah . . . ya comprendo. Gutiérrez habló de la reina Margarita. . . .

—Y yo lo desmentí.

—¿Y por eso te bates?

—Por eso.

—Pues mira, Martín, no se lo confieses á nadie.

—¿Por qué?

—Porque vas á sentar plaza de *guaje*,* como dice la gente del pueblo.

—Creo cumplir con un deber de amigo.

—Pero de un modo inconveniente. Nunca sostengas lo insostenible. Todos los pistoletazos, las estocadas y los tajos que des en honor de Aurora, no podrán rehabilitarla.

---

* *Guaje.* Tonto.

—¡Martínez! . . .

—Vamos, Quijote, conmigo pierdes el tiempo. Yo soy ese burdo sentido común, que se apellida Sancho Panza, y llamo las cosas por su nombre. Donde tú ves gigantes, yo no hallo más que molinos de viento; y donde tú ves á don Pentapolín, á don Gaiferos, y á otros héroes y encantadores, follones y malandrines, yo encuentro carneros y pastores.

—¿Te burlas de mí?

—No lo creas, te llamo á la razón. Bátete con Gutiérrez, rómpele un brazo ó una pierna, si puedes; de todos modos defiende tu vida, que es preciosa para la patria y para tus amigos; pero, por Dios, Martín, no confieses la causa de tu duelo.

—Seguiré tu consejo, doctor.

—Y á todas éstas ¿cuándo es el duelo?

—Esta noche recibirás un recado mío, fijándote día y hora. Supongo que será mañana; pero no estoy seguro aún.

Y los dos amigos se despidieron.

III

Martín había despedido su coche al llegar á la casa del doctor Martínez, y se retiraba á pie, por la calle del Factor, que era donde vivía su amigo, cuando por el rumbo opuesto vió un carruaje, que de pronto se detuvo cerca de él, asomándose una dama por la portezuela.

La dama llamó á Varela por su nombre, y al volver la cara el joven, la desconocida se levantó el velo.

Martín reconoció á la esposa del general, y la saludó cortésmente.

Aurora le hizo señas de que se acercara, y Martín se llegó junto á la portezuela.

—Gracias, caballero, dijo Aurora sin más preámbulos, tomándole una mano.

—¡Señora! . . .

—Inútil cuanto Vd. diga aconsejado por la modestia. Güelmes me lo ha contado todo, y hemos convenido en que Julián es un miserable.

Martín se inclinó en señal de asentimiento.

Ella continuó.

—Vengo de su casa.

—¿De casa de quién? preguntó Martín con extrañeza.

—De Julián. Hemos tenido una escena borrascosa. Concluí por darle de latigazos con el látigo del cochero. ¡Miserable! ¿Creerá Vd. que se atrevió á defenderse, á desarmarme y á lanzar el látigo por la ventana, á la calle?

Varela estaba avergonzado, corrido, y deseaba que la tierra se abriese para que se lo tragara.

Quiso despedirse; pero Aurora le volvió á tomar la mano, diciéndole:

—Suba Vd. al coche, lo dejaré donde me diga.

—Gracias, señora, tengo una cita en esta misma calle.

—Esperaré á Vd.

—Temo tardar demasiado.

—Bueno, será otra vez. Ofrézcame Vd. ir á contarme el resultado del lance.

—Con mucho gusto, señora, si hay lugar para ello.

Y Aurora lanzó al joven una mirada capaz de enloquecer á una estatua de bronce, la que soportó Varela sin pestañear.

Varela se hizo á un lado y partió el coche al trote.

—No sé si es un Apolo ó un Antinoo, murmuró Aurora, sacando la cabeza por la portezuela para admirar de nuevo á Martín.

—Tiene razón Martínez, pensó Varela. Estoy haciendo el papel más ridículo del mundo. Pero ya es demasiado tarde para hacer semejantes reflexiones.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

FRINEA

I

Martín había tomado una bonita casa en la calle de Monte Alegre, para formar su nido.

Una sala, más bien pequeña que grande, como conviene á una pareja enamorada que se prepara á pasar su luna de miel; tres alcobas, una antesala, un gabinete de trabajo, un comedor, cocina y cuarto para el servicio. Caballeriza y cochera.

He ahí la casa.

Los muebles eran muy elegantes y no lujosos. Estilo Luis XV, que estaba en moda en aquella época. Los del comedor tenían carácter gótico, lo que puede ser bello, pero de seguro es incómodo. Los muebles del gabinete de trabajo eran flamencos, amplios, pesados, algo ostentosos, cómodos, y que invitaban á meditaciones serias. Dos panoplias, el retrato de cuerpo entero de doña Guadalupe, y un Cristo debido al pincel de un artista del Renacimiento, completaban el adorno de aquel gabinete.

La alcoba nupcial había sido arreglada por la señora Trenard, pues Martín declaró desde luego su incompetencia.

La refinada francesa, que tenía carta blanca, puso á contribución todos los almacenes de Méjico para organizar su servicio, como ella decía.

La cama era obra de ebanistas mejicanos, y no se sabía que admirar más en ella, si la riqueza, el buen gusto ó la prontitud con que la habían acabado.

Aquella alcoba era digna de una princesa, parecía dispuesta para recibir á una hada. No había refinamiento que no estuviese colocado allí.

II

La señora Trenard siguió á su educanda á la nueva casa, pasando á formar parte de la familia de Martín.

Ni Martín la llamó, ni Luisa le dijo que la siguiera, ni la señora Trenard consultó con nadie, como no consulta la sombra al cuerpo para acompañarlo.

La exinstitutriz se instaló en una alcoba apartada de la que iban á ocupar los recién casados, y desempeñó desde luego, y por voluntad propia, el papel de ama de llaves, y el de dama de compañía.

Ya había logrado formar un caudal bastante rico de palabras españolas, para hacerse comprender, con tal de que el oyente tuviese un poco de buena voluntad, porque la construcción de la frase era siempre francesa, y la pronunciación lo era más aún.

La señora Trenard hacía y deshacía á su antojo. Los criados temblaban ante ella y la obedecían al pie de la letra, tratando de adivinarle el pensamiento, como si

tuviera ella derecho de vida y muerte sobre toda la servidumbre.

Una sola persona estaba libre de la férula de la señora Trenard: el sargento Medina, aquel San Cristóbal á quien debían la vida Luisa y Martín.

Medina seguía desempeñando el cargo de ordenanza de su coronel.

Esta circunstancia, las proporciones de aquel gigante, la gratitud que le tenía la señora Trenard, su admiración por todo lo que significaba fuerza y valor, y, muy principalmente, la convicción de que su poder se estrellaría contra aquella roca, fueron causas más que suficientes para que considerase al sargento hasta el punto de tratarlo como algo más que á un extraño y algo menos que uno de la familia.

Cuando le hablaba, le decía:

—Mi sargento.

Y Medina, que por instinto tenía mala voluntad á todas las mujeres, le contestaba cuadrándose, y diciéndole:

—Vd. mande.

Jamás le dijo, madama, señora, niña, ni le aplicó otro nombre. Esperaba que ella le dirigiera la palabra, y nunca se insinuó él.

Á Luisa la miraba con ojos recelosos.

—Tengo más miedo á una mujer que á un toro puntal, decía el sargento.

Una vez que vió á Luisa recibiendo á Martín, al notar la manera con que lo besaba, se dijo:

—Lo besa como si se lo quisiera comer. No me gusta.

En el fondo había algo de celos.

Celos, porque Medina había sido hasta entonces el único compañero de Martín.

Á menudo había desempeñado al mismo tiempo los cargos de ayuda de cámara, de palafrenero, de cocinero y de confidente de su jefe.

Martín lo amaba como si fuese un hermano.

Le debía la vida, pues recordará el lector que si no hubiese sido por Medina, Martín perece en Tacubaya con Juan Díaz Covarrubias.

Además, en la inundación en que salvaron á Luisa, y en Calpulálpam había prestado el corpulento San Cristóbal igual servicio á su coronel.

Apenas llegaron á Méjico, triunfantes, cuando Martín pensó en mejorar la suerte de su ordenanza.

—Oiga Vd., sargento, le dijo.

Porque Martín jamás tuteó á sus subalternos ni á sus criados, contra la costumbre inveterada en Méjico.

—Oiga Vd., sargento, ya parece que se acabó la *bola*,* y creo que me retiro. Es preciso que piense Vd. en lo que va á hacer.

—Lo que Vd. ordene, mi coronel.

—Aquí no hay coronel ninguno, y vamos á hablar como amigos. ¿Quiere Vd. seguir en el ejército?

—Mi coronel, mientras Vd. sirva, serviré yo.

---

* *Bola.* Desorden, revuelta, revolución.

—Entonces sepa Vd. que me han ofrecido su despacho de alférez.

—¿Y qué hago yo con eso?

—¿Cómo qué hace? Lo que todos los alférez de todos los escuadrones.

—¿Tiene mi coronel alguna queja contra mí? preguntó el gigante con voz temblorosa.

—¿Queja? Vive Dios, Medina. Á nadie en el mundo debo tanto como á Vd. ni á nadie quiero tanto.

—Eso último, mi coronel, es lo que me gusta, porque entonces no es que Vd. quiera separarme de su lado.

—¿Yo?

—¡Pues! Siendo alférez no podré ser su ordenanza.

—¡Bah! hombre. Mejor para Vd. . . .

—¡No, no! . . .

—Será Vd. mi ayudante.

Medina reflexionó un momento.

—Mi coronel, yo no quiero ser alférez.

—Bueno, Medina. Ahora recuerdo que es Vd. hombre de campo. Vamos á ver como compramos un ranchito. . . .

—¿Se va á meter mi coronel á ranchero?

—No, yo no; pero Vd. . . .

—Veo que mi coronel desea deshacerse de mí, y trata de despedirme de la mejor manera.

—Y yo veo que no me sé explicar.

—Óigame Vd., mi coronel: yo, con su permiso, no

me voy de su lado. Puede Vd. despedirme cuando quiera; saldré por la puerta, y entraré por la gatera.

Martín se sonrió y esa sonrisa animó á Medina.

—Si mi coronel cree que me he portado bien á su servicio, que me premie dejándome servirlo mejor aún.

—¡Vamos, Medina! exclamó el joven enternecido.

—Cada hombre, mi coronel, tiene parecido con algún animal. Los que parecen loros son muy charlatanes; los que parecen zorros son muy ladinos. Yo parezco perro mastín y soy muy fiel, y quiero morir en casa de mi amo.

Martín se levantó, abrió los brazos y Medina se lanzó en ellos llorando como un chiquillo.

Al separarse le dijo el sargento.

—Ahora sí, mi coronel, hasta la muerte.

III

Medina miró con malos ojos el matrimonio de su coronel, y en más de una ocasión lamentaba no haber dejado ahogar á la muchacha aquella que venía á introducirse en el hogar que habían formado Martín y él, que era tan apacible y tan agradable.

Sin embargo, trató con mucho respeto á Luisa, quien amaba de todas veras á aquel coloso que tanta parte tenía en su felicidad presente, pues que sin sus auxilios ni ella ni Martín hubiesen vivido tanto tiempo.

Medina acompañaba á Martín en sus paseos á caballo, y le servía á la mesa.

Así, involuntariamente, asistía á las escenas íntimas del joven matrimonio, y se enteraba, sin querer, del estado de exaltación de aquellos ánimos apasionados.

No era que Martín y Luisa se portasen de una manera inconveniente; sino que en todas sus conversaciones, en sus miradas, en las atenciones que se prodigaban mútuamente, se revelaba siempre un apasionamiento que, lejos de mitigarse con el tiempo, adquiría mayores proporciones.

Martín era de carácter impresionable, y gustaba mucho del colorido y de lo que llaman los franceses *mise en scène.*

Como hemos dicho, Luisa era su primer amor y su primera pasión.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que hubo un desbordamiento en aquella alma virgen, una embriaguez en aquellos sentidos que despertaban de pronto á la vida del amor.

Martín era apasionado por el teatro, principalmente por los trajes y por el baile.

Luisa, que le había arrancado la confesión de esa debilidad, la explotó con maña.

En efecto, su modo de vestir tenía un sello particular, y aunque sus trajes de calle en poco ó nada diferían de los que la moda autorizaba, los que destinaba para entre casa tenían mucho de teatral.

La señora Trenard los dibujaba y una hábil modista francesa se encargaba de la confección.

La señora Trenard se ocupaba también en el peinado

de Luisa, y hacía maravillas con aquella magnífica cabellera.

Luisa tenía la costumbre de salir á recibir siempre á Martín, á cualquiera hora que llegase.

Para no faltar nunca, había dispuesto una campanilla, que comunicaba por medio de un alambre con la portería, con la que le anunciaban la entrada de su esposo.

Cada vez que volvía Martín á su casa, encontraba á Luisa con un traje diferente á aquel con que la había dejado.

—Mientras estás ausente, decía ella, no pienso más que en ti; y como tengo miedo de que llegues á cansarte de mí, procuro cambiar de continuo, para mantener tu curiosidad y tu cariño.

Esas confesiones concluían con un beso lleno de fuego y de sinceridad.

Martín se entregaba sin reparo á la seducción, sin calcular á donde podría arrastrarlo la peligrosa corriente.

La señora Trenard se eclipsaba con maña, y nunca se dió el caso de que perturbara con su presencia aquellas expansiones amorosas.

IV

Volvía Martín á pie á su casa, como hemos dicho al final del capítulo anterior.

Y en verdad que la hora era inusitada, pues apenas acababa el reloj de la catedral de dar las doce, y Martín no acostumbraba entrar sino á la una.

Por lo tanto, Luisa no estaba prevenida para aguardarlo, y según su regla invariable, á esa hora tomaba un baño perfumado, dispuesto por la hábil francesa.

No bien había salido Luisa de la bañadera y la envolvía la señora Trenard en un peinador sahumado, cuando la campanilla de la portería le anunció, con cierto sobresalto, que entraba Martín.

—Dios mío, Martín, y yo no estoy dispuesta!

—¿Qué hacemos? preguntó la señora Trenard, azorada como un autor dramático que ve va á fracasar su obra, porque no entra á tiempo uno de los personajes más importantes.

Y la campanilla volvió á repicar, como si en la portería hubiesen creído necesaria la doble advertencia, en vista de lo inusitado del caso.

La señora Trenard calzó apresuradamente unas pantuflas á su discípula, le recogió el cabello, retorcióselo atrás y lo prendió con gracia, imitando un peinado griego; después arrojó una especie de *peplum* en los hombros de Luisa, la arropó, la arrastró hasta el salón, en momentos en que entraba Martín, extrañando no haber encontrado á su esposa junto á la escalera.

—¡Hola! ¡Hola! exclamó el joven. ¡Te acuso de falta de puntualidad! Ya hoy no fuíste á recibirme.

Y Luisa, recordando á Frinea, le contestó:

—Mírame, y acúsame de impiedad, si te atreves.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

LA VÍSPERA DEL DUELO

I

Los testigos de Martín se llegaron á casa de éste á las siete de la noche.

—Todo está arreglado, dijo uno de ellos; aunque no á nuestra satisfacción.

—Desde luego apruebo lo hecho por ustedes contestó Martín.

—Así lo creemos, y pasamos á darte cuenta de nuestra comisión.

—Como gusten.

—Cuando llegamos á casa de Gutiérrez, nos encontramos con sus testigos, á quienes daba sus instrucciones.

Allí mismo conferenciamos un rato, nos dimos á conocer, presentando nuestras credenciales y nos citamos para esta tarde, á las cinco en mi casa.

Los contrarios empezaron por alegar derechos de ofendidos, y los dejamos hablar cuanto quisieron.

Cuando concluyeron, les dijimos que por cortesía no los habíamos atajado en el uso de la palabra; pero que era innecesario el alegato que habían presentado, toda

vez que teníamos instrucciones terminantes de ponernos incondicionalmente á sus órdenes.

Esta declaración pareció sorprenderlos y los desconcertó.

Tal vez no esperaban eso de ti.

—Pero me conocen, dijo Martín sin fatuidad.

—Entonces propusieron ellos que el duelo se verificase mañana, por la mañana, á pistola.

—Bueno, contestó Martín.

—Aguarda. Las condiciones que impusieron nos parecen fuera de lugar.

—¿Pero quedaron admitidas?

—Sí, quedaron. Oye: deben colocarse los combatientes á veinte pasos de distancia.

—Mucho es.

—Aguarda, te digo. Cada uno tendrá la pistola cargada. Pistola de tiro, se entiende. Á la señal convenida, cada uno puede avanzar á voluntad, y disparar á su antojo.

—Á quema ropa? preguntó Martín.

—Á quema ropa, "la pistola contra la sien del contrario," según las palabras textuales de los testigos de Gutiérrez.

—Me parece bien contestó Martín con naturalidad.

—Lo único que exigimos fué que se rifaran las armas. Ellos propusieron entonces que se tomasen pistolas desconocidas para ambos, y tuvieron la galantería de encargarnos de la comisión.

—Que ustedes no aceptaron, por supuesto.

—Al contrario, aceptamos desde luego, teniendo en cuenta que á la misma hora, y en el mismo lugar se batirán el general Güelmes y Julián Rodríguez, y podremos hacer uso de las armas que ellos lleven.

—Es verdad.

—Ya ves, Martín, como hemos cumplido tus órdenes; y bien sabe Dios que lo hicimos contra nuestra voluntad y nuestra conciencia; porque no hay motivo para un duelo á muerte, y porque no es partido parejo.

—Al contrario, creo que no puede ser más justo y equitativo.

—No me entiendes. El partido no es parejo desde el momento en que tú eres un hombre útil á lo sociedad y tal vez necesario á la patria; mientras que Gutiérrez no pasa de ser un calavera sin juicio, especie de zángano en la colmena social. Tu vida vale cien veces más que la de ese hombre.

—Amigos míos, todas esas son reflexiones para después de haber perdido. Yo injurié á Gutiérrez, ese es el hecho; me pide satisfacción, ese es su derecho. Negarme, sería cobardía; regatearle ese derecho, sería una indignidad de parte de quien ha abrazado la carrera de las armas.

Y cambiando de tono preguntó:

—¿Se citaron para la hacienda de la Teja, á las once de la mañana?

—Justamente.

En ese momento tocaron discretamente á la puerta del gabinete de trabajo en que se celebraba la confe-

rencia, y entró un criado llevando una carta en una bandeja de plata.

En la esquina izquierda del sobre se leía en grandes caracteres la palabra " Urgente."

—Con permiso de ustedes dijo Martín, rasgando el sobre.

Era una carta del general Güelmes participándole que todo estaba arreglado satisfactoriamente para la hacienda de la Teja, á la hora convenida.

Y se separaron los amigos, dándose cita junto á la estatua de Cárlos IV conocida vulgarmente por el " Caballito de Troya."

II

Cuando Martín quedó solo, llamó á Medina.

—Sargento, le dijo, necesito que á las nueve de la mañana esté enganchado el cupé.

—Sí, mi coronel.

—Saldremos juntos.

—¿Aviso al cochero?

—No, Vd. guiará. Vamos solos.

—Con permiso de Vd. mi coronel.

Y se retiró el sargento.

Escribió Martín á la carrera una esquela al doctor Martínez diciéndole que á las nueve y cuarto pasaría á recogerlo.

Y después quedó solo, y por primera vez en su vida vió aparecer el espectro de la muerte.

Luisa en el salón, ignorante de lo que ocurría, cantaba la cavatina del Barbero de Sevilla *Una voce poco fá* entregándose á un inusitado despilfarro de *fiorituras*, que hacían sonreir á la señora Trenard, con orgullo.

—¡La vida es bella! murmuró Martín.

Y al cabo de un rato, como confirmando la sentencia, añadió:

—Y es bueno vivir.

É involuntariamente recordó todos los pormenores del lance con Gutiérrez, y se reprochó su modo de proceder.

—He aquí, se dijo, que Gutiérrez decía verdad, y yo lo desmentí. Que el general Güelmes es un hombre . . . un hombre . . . pues, un hombre incalificable; y su mujer es su digna compañera . . . en indignidades. . . . ¡Qué par! Y por esas gentes he roto una amistad, he injuriado á antiguos compañeros míos, me bato mañana, en un duelo excepcional, en el que ó mato á un hombre á quien no odio, ni tengo derecho para odiar, ó me mata él á mí.

Verdad que, como dije á mis testigos, esas son reflexiones para después de haber perdido. . . .

Pero bueno es que me aproveche para lo sucesivo. . . .

Si es que hay sucesivo para mí.

Y empezó á pasearse por el gabinete, deteniéndose de vez en cuando á escuchar la agradable voz de medio soprano de Luisa.

—¡Pobre Luisa! se dijo. Tan joven, tan bella, tan

llena de ilusiones, tan inteligente. . . . ¡Es una mujer perfecta!

No, no es una mujer; sino " la mujer." El conjunto de las maravillas que están distribuídas entre todas.

¡La verdad es que yo no sospechaba que amase tanto á Luisa! Ha sido necesario este duelo, el peligro de perder la vida, para que comprendiese yo todo el alcance del amor que me ha inspirado.

¿Pero qué estoy diciendo? ¡Cómo se reirían mis camaradas de mí, si viesen al coronel Martín Varela filosofando sobre la vida y la muerte, porque mañana se bate con un títere!

Vamos, coronel, eso me huele á miedo. . . .

¡Miedo! gritó Martín irritado, como si realmente le hubiese hecho el cargo una persona extraña, y lo rechazase indignado.

Aquel grito lo hizo volver en sí.

En la sala se oyó la exclamación y Luisa acudió solícita al gabinete de Martín.

—¿Qué te pasa? preguntó alarmada.

—Nada, contestó el joven, olvidando todo ante la belleza irradiante de aquella mujer que lo enloquecía.

Abrazó á Luisa, le hizo recostar su linda cabeza sobre su ancho hombro y la besó apasionado.

Un criado tocó á la puerta.

Luisa dió un salto, sorprendida, y Martín preguntó frunciendo el ceño:

—¿Qué hay?

La comida está servida.

III

Y comió Martín como de costumbre, olvidando á Gutiérrez, el duelo, la muerte y todo lo que no era Luisa y el placer de vivir para consagrarle exclusivamente la existencia.

Luisa estaba de muy buen humor y bromeó largamente con la señora Trenard, que tenía mucha chispa, y el don de la repuesta rápida y picante.

Martín reía de buena gana, celebrando imparcialmente á cada una.

Parecían dos hábiles maestras de armas, que esgrimían galana y lujosamente ante una selecta reunión de inteligentes.

La conversación era en francés, de modo que la institutriz tenía todas las ventajas de su parte.

Pero lejos de abusar de ellas, las utilizaba en favor de su discípula.

Así pasaron alegremente la velada, interrumpiéndola cuando el reloj dió las once.

—Es tiempo de acostarse, dijo la señora Trenard, que detestaba la costumbre de desvelarse.

—Buenas noches, Athenais, murmuró Luisa ofreciéndole la frente para que la besara.

La francesa le tomó el rostro entre ambas manos, la contempló con admiración y la besó en los ojos.

—¿No quieres que te acueste yo, como de costumbre? preguntó.

—No, me desvestiré yo misma esta noche.

Y se despidieron.

Mientras Luisa se metía en la cama, Martín volvió á su gabinete de trabajo y escribió dos cartas.

Una para Luisa.

La última para su madre.

En seguida se dirigió cautelosamente á su alcoba, creyendo que ya Luisa estaría durmiendo.

—Estoy despierta, le dijo ésta al verlo llegar con tantas precauciones.

Martín se metió en la cama.

Luisa murmuró.

—Te quiero dar una noticia.

—¿Cual, hija mía?

—Pero no sé si será de tu agrado. . . .

—Si es del tuyo. . . .

Y atrayéndolo ella, juntó su boca al oído de Martín y le dijo quedo, muy quedo, unas palabras.

—¡De veras! exclamó Martín incorporándose y estrechando á Luisa entre sus brazos.

—¡Sí! le contestó ella, con cierto pudor, como queriendo ocultarse dentro del pecho de su marido, quien la besó con santo respeto.

—Bendito sea Dios, dijo Martín. Todas mis aspiraciones se van á ver realizadas.

IV

Martín había conservado la costumbre de levantarse con el alba.

Todas las mañanas oía el toque de diana de los cuarteles más próximos, y se levantaba en seguida.

Montaba á caballo, se daba un baño en la alberca Pane, lo mismo en invierno que en verano, y volvía á lo casa, departiendo amigablemente con Medina.

Al volver, ya estaba Luisa en pie, esperándolo, para tomar juntos el desayuno.

Pero ese día las cosas iban á pasar de otra manera.

Martín se levantó con pereza.

Nunca le había parecido tan tibio y delicioso su lecho.

Al ir á levantarse, Luisa, entre sueños, pronunció su nombre y le echó un brazo al cuello, según acostumbraba.

Martín se deshizo suavemente de aquel lazo delicioso, y, de pie, contempló emocionado á su linda compañera.

Luisa se acurrucó, arropándose entre los abrigos, como si la ausencia del esposo hubiera enfriado el lecho.

Los movimientos de aquella mujer graciosa y provocadora sólo despertaron en Martín sentimientos de adoración y respeto.

Luisa aparecía á sus ojos bajo un nuevo aspecto.

El aspecto santo de la madre.

Y sonreía Varela con orgullo al considerar que en

las entrañas de aquella mujer, en quien él había vinculado su porvenir, su vida entera, palpitaba otro ser, que era hijo de su amor, que pronto vendría al mundo, pidiendo amparo y protección.

—¡Mi hijo! exclamó mentalmente, con vanidoso placer.

—¡Mi hijo! murmuró después con extraña amargura.

Es que volvió la idea del duelo próximo, y se presentó de nuevo la imagen de la muerte.

—Viviré, prosiguió Martín, hablando consigo mismo. Sí, viviré porque necesito vivir para ustedes dos. . . . ¡Y guay del que se atraviese en mi camino!

Se vistió y en seguida pasó á su despacho.

Leyó las cartas que había escrito la víspera, y las halló frías.

Además, la confidencia que le hiciera Luisa la víspera le obligaba á cambiar sus disposiciones.

Escribió á doña Guadalupe recomendándole al hijo que estaba por venir.

Escribió á Luisa, suplicándole que procurase reanudar las relaciones con doña Guadalupe, y que hiciera que la abuela bendijera al nieto.

Después escribió en una hoja de papel su modesto testamento.

Selló las cartas, y con el testamento las encerró en un sobre mayor, y escribió encima:

"Para abrirse después de la muerte de Martín Varela."

Volvió á su cuarto para buscar un pañuelo.

Por entre las cortinas se deslizaba un rayo de sol, que bañaba primero un cuadro de Alberto Durero que representaba una virgen con un niño en brazos, y que caía, por fin, sobre la cabellera de Luisa, formando una aureola.

Martín admiró la imagen y contempló á su esposa.

Suspiró hondamente, diciendo para sí:

—La única religión digna de un poeta y de un caballero es aquella que está simbolizada por una mujer y un niño.

Y después, considerando emocionado á Luisa, dijo á media voz:

—¡Ave, María!

Tomó el pañuelo que buscaba, volvió á contemplar la imagen y á su esposa; corrió la cortina, para borrar el sublime cuadro, y salió de la alcoba.

Al llegar á su despacho se encontró á Medina.

—Mi coronel, está enganchado el cupé.

—¿Ya son las nueve? preguntó Martín que había perdido la noción del tiempo.

—Están al caer, mi coronel.

En ese instante dieron las nueve en el reloj de la Catedral, y repitieron la hora pausadamente los de la casa.

—Vamos, pues, dijo Martín tomando el sombrero y el bastón que le ofreció Medina.

Lanzó una mirada á su alrededor, como si pasase revista, para que nada se le olvidase.

Ó como si quisiera grabar en el alma el recuerdo de

aquella habitación donde tan dulces horas había pasado pensando en Luisa ó trabajando al lado de ella.

Subió al coche. Medina ocupó el pescante, el portero abrió la puerta de par en par, y Medina chasqueó el látigo.

Los caballos piafaron, uno de ellos se encabritó, fué preciso que el cochero lo tomase de la rienda y ayudara á sacar el coche.

—Si yo fuera romano, dijo Martín sonriendo, buscaría un pretexto honroso para diferir el lance. El día comienza mal.

Y contrayendo el entrecejo, como lo hacía en ciertas circunstancias, añadió:

—Empieza mal. . . . Ahora sólo falta saber para quien.

CAPÍTULO DÉCIMONOVENO

EL DUELO

I

Medina había comprendido que se trataba de una expedición secreta, y salió de la casa sin pedir órdenes á su jefe. Dió vuelta por la primera bocacalle, y detuvo el carruaje.

—Factor, 4, le dijo Martín, comprendiendo los movimientos de Medina.

Y el coche siguió su camino, deteniéndose á los pocos minutos ante la puerta del doctor Martínez.

Bajó Martín del carruaje, y apenas llegaba al pie de la escalera de la casa, cuando vió venir á su amigo, envuelto en ancha capa que, más bien que para abrigo, le servía para disimular un bulto que llevaba bajo el brazo.

—Te agradezco la puntualidad, dijo Martín al doctor.

—No tienes por qué. Ya sabes que miro los asuntos tuyos como propios.

—Te veo pálido y fatigado, doctor.

—No he cerrado los ojos en toda la noche. Estuve atendiendo un parto laborioso.

—¿Saliste con bien?

—No sé que decirte. . . . Sacrificamos la criatura para salvar la vida de la madre.

—¡Terrible situación!

Y mientras el coche rodaba hacia el Caballito de Troya, como impropia y bárbaramente lo llama el vulgo, Martínez refirió á Varela todas las peripecias de la operación, que este escuchó y discutió como un maestro.

Al llegar al lugar de la cita, vió Martín un coche parado junto á la estatua é hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué pasa? preguntó el doctor.

—Que no son más que las nueve y veinte minutos, es decir, que faltan aún cuarenta minutos para la hora de la cita, y no somos los primeros en llegar.

Pero pronto se serenó, al ver que los que ocupaban el coche eran sus padrinos.

—¡Qué agradable sorpresa! les dijo Martín sin disimular su alegría.

—Chico, dijo uno de ellos, tú eres militar, y nosotros somos paisanos.

—¿Y qué?

—Que hemos querido observar la ordenanza en obsequio tuyo, llegando horas antes y no minutos después. Aquí la toga ha cedido á las armas.

II

El sargento Medina se tenía firme en su pescante, impenetrable como una esfinge, indiferente en apariencia; pero algo turbado en el fondo.

—¡Hum! decía para sus adentros; esto me huele á enredos de desafío. ¿Quiénes se baten? . . . No ha de ser mi coronel, porque eso sería una cadetada. . . . En fin, si él es, sabrá por qué lo hace.

En ese momento llegó otro carruaje conduciendo al general Güelmes con sus testigos.

—¡Hola! pensó Medina, parece que la cosa es con el general. . . . ¡Malo! . . . Ó abuso de autoridad, por una parte, ó falta de subordinación, por la otra.

Pero pronto comprendió su error al ver la cordialidad con que se saludaron todos los presentes.

—¡Vamos, que no lo entiendo! Tal vez me haya equivocado, y se trate de otra cosa.

Mas volvió á su primer juicio cuando oyó que el general preguntaba indiscretamente al doctor Martínez si llevaba su caja de cirujía.

—Sí, mi general, traigo todo lo necesario; aunque tengo la esperanza de que no habrá necesidad de utilizarlo.

—Fallida saldrá, contestó el veterano, que nunca he tomado parte en duelo como testigo ó como combatiente, sin haber visto correr la sangre.

—¿Ha sido Vd. herido?

—Tres veces en estos lances, ninguna en las batallas.

—Mala suerte tiene Vd. entonces en los desafíos.

—Peor la han tenido, por lo común, mis contrarios.

—Sería bueno que nos pusiésemos en marcha, dijo uno de los testigos del general.

—Bueno sería; pero no todos juntos, sino por sec-

ciones. Tomo la cabeza de la columna, Vd., compañero Varela, tome el centro, y sus padrinos la retaguardia.

—Perfectamente.

Y así lo hicieron, saliendo un coche después de otro, con cinco minutos de intervalo.

III

No bien llegaba el último coche á la hacienda de la Teja, situada en los alrededores de la ciudad de Méjico, como es sabido, cuando llegaban juntos otros dos conduciendo á Gutiérrez y á Rodríguez, con sus padrinos respectivos.

—Mil perdones, dijo Gutiérrez al bajar del coche, dirigiéndose á sus contrarios. Mil perdones si he hecho esperar.

—Faltan veinticinco minutos para la hora de la cita, dijo uno de los padrinos del general, y por lo tanto exceso de galantería es dar excusas.

—¿Esperamos la hora, ó procedemos desde luego? preguntó uno de los testigos.

—Bien podemos, contestó otro, proceder desde luego al arreglo de los preliminares, como es recordar las condiciones, escoger el terreno y disponer las armas.

—Á propósito de armas, repuso uno de los testigos de Gutiérrez, dirigiéndose á los de Varela, ¿trajeron ustedes las pistolas?

—No, porque contábamos con que estos otros caballeros trajeran las suyas, y pudiesen prestarnos un par de

pistolas. Así hay la perfecta seguridad de que son las armas desconocidas á ambos combatientes.

—Nos bastaba como garantía la palabra de cualquiera de ustedes.

—Gracias; pero así es más correcto.

Los combatientes se separaron de los padrinos, formando dos grupos.

En uno estaban Gutiérrez y Rodríguez y en el otro el general y Martín.

Los dos médicos, Martínez y otro que llevó Rodríguez, también quedaron aparte comentando el lance y haciendo votos porque no se llegase al extremo.

Los coches quedaron á la entrada de la hacienda.

IV

Los ocho padrinos se internaron por la huerta, buscando un lugar á propósito.

—Pongámonos de acuerdo, dijo uno, sobre todos los puntos. Se van á verificar dos duelos, y, aunque el uno es independiente del otro, y bien pudieran llevarse á cabo á la vez, en distintos lugares, hay no obstante cierta relación entre ellos, que parece imponer lo contrario.

—Así es, contestó otro. Si les parece á ustedes se batirán primero unos, y luego otros.

—Convenido, contestaron todos.

—Rifaremos el derecho, de prioridad, dijo un testigo de Gutiérrez, sacando un duro del bolsillo. ¿Águila ó sol?

—Escogemos águila, contestó uno de los representantes del general.

Lanzaron el peso al aire.

—¡Águila! hemos ganado y por lo tanto nos batimos primero.

—Perfectamente. Escojamos el terreno.

—Quince pasos, dijo uno.

—Quince pasos.

Y un testigo por cada parte, escogieron juntos el terreno, y lo midieron.

Se llamó á los combatientes y se les exhortó á dar por concluída la querella, entrando en explicaciones francas y caballerescas.

Ambos se negaron con sencillez y con firmeza.

El general estaba sereno, como si no fuese actor en aquella tragedia.

Julián, que al principio estaba un poco pálido y algo turbado, había recobrado su sangre fría y su insolencia características.

—Creo que ya nos hemos explicado bastante, contestó.

—Entonces, caballeros, adelante, puesto que ustedes así lo quieren. Las condiciones pactadas son las siguientes: el duelo ha de ser á pistola, á quince pasos, al mando, disparando los dos á la vez, hasta que haya resultado. Se rifarán las armas, los lugares y el derecho de dar las voces de mando.

—¿En que forma son las voces? preguntó el general.

—Á la primera, en guardia; á la segunda, se apunta, á la tercera se hará fuego. Será felón quien dispare antes ó después de la tercera.

—Enterado, dijo Julián.

Se rifó el lugar, y ganó el general, así como el derecho de dar las voces.

El general se colocó en su sitio.

—Mi general, le objetó uno de sus padrinos, este es el peor lugar, tiene Vd. el sol casi de frente.

—Por eso lo he escogido. Es preciso conceder á ese muchacho todas las ventajas posibles.

—Cuidado con el muchacho, que es un tirador de primera fuerza.

—Ya, ya conozco á esos héroes de las salas de tiro. Pero no es lo mismo. . . .

Julián fué llevado á su lugar. Los padrinos cargaron las armas, entregaron á cada uno de los combatientes la suya, y uno de los testigos del general preguntó:

—¿Estáis listos?

—Sí, contestaron ambos, midiéndose con la vista.

—¡Una . . . dos . . . tres! . . .

Gritó el testigo, y á la tercera voz se oyó una doble detonación.

Los testigos acudieron á sus respectivos ahijados.

—Sin novedad, dijo el general enseñando un agujero en la solapa de la levita. Creo que muerto, contestó Julián, dejando caer la pistola y haciendo inútiles esfuerzos para mantenerse en pie, con su aire insolente.

Vaciló y cayó en brazos de los testigos.

Los médicos se llegaron presurosos, rasgaron la ropa y examinaron la herida.

Julián tenía atravesada de parte á parte la región abdominal.

La sangre corría abundante.

Había perdido el conocimiento.

—¿Es cosa grave? preguntó uno de los testigos.

—El pronóstico es reservado, contestó el doctor Martínez; pero es posible que no lo levantemos de aquí con vida.

V

La dolorosa impresión que causó en todos los circunstantes aquel desenlace funesto, los predispuso á reconciliar á Martín con Gutiérrez, éste contestó con desdén.

En consecuencia, no hubo más remedio que proceder al segundo duelo, procurando que se verificase en lugar algo distante del primero.

Se rifaron las armas del general y las de Julián, y salieron éstas indicadas por la suerte.

—Armas de mal agüero, dijo uno de los padrinos.

Colocaron á los combatientes en sus lugares respectivos, con todas las ceremonias de costumbre.

Entregaron á cada combatiente su arma, cuidadosamente cargada.

Un padrino de Martín cargó la de éste, en presencia de un padrino del contrario.

É igualmente hicieron los otros.

Las voces debían ser:

—¡Listos . . . adelante!

Y después cada combatiente avanzaría ó no, á su antojo, y haría fuego cuando le pluguiese, dentro de los sesenta segundos siguientes á la última voz.

Expirado el minuto, se daba por terminado el duelo, entendiéndose que el que no había disparado, renunciaba á ese derecho.

VI

Reinaba un silencio profundo y solemne.

La mañana estaba espléndida, el sol irradiaba; el aire tibio y embalsamado.

Todo hablaba de vida, todo exhortaba á vivir.

Y allí cerca un hombre acababa de herir mortalmente á un joven arrogante.

Y allí estaban frente á frente, otros dos jóvenes, igualmente llenos de vida y de arrogancia, dispuestos á matarse, sin causa ni razón suficientes, suponiendo que alguna vez pudiera haberla, para arrancar la existencia á un semejante.

En medio de aquel silencio que sobrecogía el ánimo, uno de los testigos de Martín preguntó á sus compañeros:

—¿Tenéis listo el reloj?

—Sí, cuando gustéis contestaron en voz baja, como si estuvieran en un templo.

Ó en un cementerio.

Dos testigos, uno de cada lado, tenían la mirada fija en el mismo reloj, para contar los segundos.

El que había hablado primero, hizo un esfuerzo para asegurar la voz.

Esfuerzo inútil, que la emoción traicionó cuando dijo:

—¡Caballeros . . . listos! . . .

Luego, con voz más fuerte, pero más emocionada, exclamó:

—¡Adelante! . . .

Martín midió á su contrario con la vista, y desde su lugar, apuntando ligeramente, hizo fuego en el acto.

Gutiérrez hizo un movimiento de vacilación al oir el disparo de su contrario.

Pero se repuso en breve y avanzó hacia Martín Varela, siempre en guardia, dando un paso por segundo.

Martín dejó caer el brazo que mantenía la pistola y clavó la vista en su contrario, que seguía avanzando.

—Me precipité demasiado, murmuró Martín reflexionando sobre su disparo, como si estuviese en una sala de armas.

—¡Dispara, Gutiérrez! gritó uno de los padrinos de éste, presa de la mayor angustia.

Los testigos de Martín contemplaban con creciente espanto aquella escena terrible.

Iban á presenciar, no un duelo, sino un asesinato á sangre fría.

—¡Dispara, Gutiérrez! lo demás es una felonía, le gritaron sus testigos.

Pero Gutiérrez siguió avanzando paso á paso, llegó junto á Martín, lo miró fría y fijamente, levantó la pis-

tola, le apuntó entre los dos ojos, á ocho ó diez pulgadas de distancia.

—Cuarenta y cinco . . . cuarenta y seis . . . contaba febril uno de los padrinos de Martín, siguiendo la manecilla del reloj, que parecía correr cada vez con mayor lentitud. . . .

—¡Fuego! gritó uno.

Pero Gutiérrez implacable, dijo con voz firme á Martín:

—Retira las palabras que dijiste antes de ayer, ó te vuelo la tapa de los sesos.

—Si no haces fuego, le contestó Martín con voz serena; si no haces fuego, diré que eres un cobarde, á más de ser un bellaco.

—Cincuenta y cuatro . . . cincuenta y cinco, siguió contando el del reloj.

—Retira por lo menos estas últimas frases.

Martín se irguió, hizo la cabeza á un lado, y escupió á Gutiérrez en el rostro.

—¡Miserable! gritó Gutiérrez, tirando del gatillo cuando el del reloj contaba cincuenta y nueve.

Y se oyó la detonación del fulminante.

La pistola no dió fuego.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

DESPUÉS DEL DUELO

I

Lo que pasó en ese momento es indescriptible.

Martín, siempre altivo, menospreciando á su contrario.

Gutiérrez con el rostro contraído por la cólera impotente, no podía explicarse que hubiese fallado el arma.

Los circunstantes, satisfechos por el desenlace, puesto que ya habían dado por muerto á Martín, se encontraban contrariados al considerar que no quedaría terminado allí el lance.

En efecto, Gutiérrez se volvió á sus padrinos diciéndoles:

—Queda anulada la partida, y debemos comenzar de nuevo.

—No es esa mi opinión, contestó uno de sus testigos.

—Es que ha habido nueva injuria, mucho más grave que la anterior.

—Cuestión entonces de nuevo lance, en que entenderán nuevos padrinos para calificar el hecho.

—Es que yo " quiero " que sea ahora mismo.

—Perdone Vd., señor Gutiérrez, creo que nos estamos equivocando. Nosotros vinimos aquí con el carácter de caballeros que acompañan á otro de igual clase á un lance de honor, y no con el de lacayos que están á la disposición de Vd.

—Perdónenme si me he excedido: pero estoy loco, y necesito matar á ese hombre, para recobrar la razón, ó que él me mate, para quedar tranquilo.

El general, que se había acercado al grupo y examinado de cerca á Gutiérrez, le dijo señalándole á la cintura:

—En caso de que vuelva á comenzar el lance, bueno sería que se vaciasen los bolsillos del chaleco de este joven.

Todos miraron hacia el punto que indicaba el general.

En efecto, estaba el paño de la levita agujereado, molido, como si un proyectil hubiese chocado allí, encontrando detrás un cuerpo resistente.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó ingenuamente Gutiérrez.

—Que la bala del señor Varela tocó en buen punto; pero que la precaución de Vd. impidió que. . . .

—¡General! . . . gritó Gutiérrez lívido de cólera.

—Señores, intervinieron los testigos del joven abogado, la culpa, en caso de haberla, recae sobre nosotros que debimos ser más cautos. Por nuestra parte pedimos mil perdones al señor don Martín Varela.

—No vale la pena, contestó Martín y lo único que

pido es que se tome cuanto antes una determinación, porque deseo concluir.

—Ha terminado el lance, dijeron los testigos de Martín.

—¡Quedamos pendientes! vociferó Gutiérrez encarándose con Martín.

—Entiendo, caballero, contestó Varela con firmeza, que todo ha concluído entre nosotros, y no hay ya duelo posible.

—¡Yo lo provocaré!

—Pero quedo siempre dispuesto á matarlo como se mata á un perro.

Y Martín saludó retirándose con el general Güelmes, quien al separarse se acercó á Gutiérrez y le dijo:

—Y conste que Enrique IV se bate en duelo, y sin coraza.

Gutiérrez lanzó un rugido de rabia.

II

El doctor Martínez, que había acudido al oir que se disponía el duelo de Martín, cuando se cercioró de que ninguno de los combatientes había recibido daño, volvió presuroso al lado de Julián.

El pobre muchacho seguía desmayado. La pérdida de sangre era abundante, y todavía no se había reconocido la herida.

El doctor Martínez fué de parecer que se procediera en el acto al reconocimiento y después de una breve

discusión con su compañero, que era de opinión contraria, resolvieron transportarlo á la casa de la hacienda, y así lo hicieron, entre testigos y médicos.

El dueño ó el administrador de la hacienda se prestó bondadosamente á socorrer á aquel desgraciado, dándole pieza amplia, bien ventilada y con buen sol, y ofreciendo lienzo para vendas, y cuanto pudiera necesitarse.

Una vez instalado Julián cómodamente, se procedió al reconocimiento de la herida.

Con sorpresa de los facultativos se encontró que la bala, que había atravesado de parte á parte la región abdominal, parecía no haber interesado los intestinos, ni ninguna otra entraña.

El caso parecía milagroso.

Antes de pronunciar un fallo, resolvieron aguardar, á fin de que los fenómenos subsecuentes confirmaran ó rectificaran el juicio.

Y procedieron á la curación.

El diagnóstico resultó exacto. Sólo era de temerse que se presentase una peritonitis á complicar el estado del herido.

Apareció la fiebre, con la fiebre el delirio, y la situación pareció comprometida.

Los médicos resolvieron no abandonar un momento al desgraciado joven, y al efecto arreglaron un servicio de guardias, entre los dos, mientras podían conducir á Julián á Méjico.

En eso estaban cuando se presentó Martín, acompañado de doce hombres fornidos.

—¿Cómo sigue Julián? preguntó.

—Muy grave.

—¿Están perforados los intestinos?

—Desde luego puedo afirmar que no.

—¿Hay alguna entraña interesada?

—Creemos que tampoco. La fiebre es intensa, su postración grande, está muy débil y tememos la peritonitis.

—¿Creen ustedes que haya peligro en transportarlo á Méjico?

—Peligro no, pero sí algún riesgo. El movimiento le hará daño.

—Traigo una camilla sumamente cómoda y doce hombres fuertes y experimentados, como que son camilleros de la ambulancia. Me encargo de la operación.

—¿Y á dónde piensas llevarlo? preguntó el doctor Martínez.

—Á mi casa, pardiez. Allí estará mejor cuidado que en ninguna otra parte.

—Es verdad.

—Pues manos á la obra.

Y con el cuidado exquisito, con el esmero delicado que hubiese empleado la hermana de la caridad más cariñosa y experta, tomó Martín á Julián en sus brazos, como se toma á un niño, y lo colocó en la camilla que había traído.

III

La conducción fué más pesada de lo que creyó Martín al principio, pues á medio camino padeció Julián un síncope del que difícilmente volvió, y gracias á la eficacia y prontitud con que fué atendido por el doctor Martínez, quien quedó hecho cargo del joven, mientras su colega volvía á la ciudad.

Cuando llegaron á la casa de Martín, era bien entrada la noche, pues emplearon siete horas en recorrer la corta distancia que media entre la hacienda y la población.

Cuando quedó instalado Julián, el doctor recetó, y Martín se constituyó en su enfermero, acompañándolo Luisa y la señora Trenard.

—¿Cuál es el pronóstico? preguntó Martín al despedir á su amigo.

—Que Julián tiene la suerte de todos los pícaros. De cien personas honradas que hubiesen recibido ese balazo, noventa y nueve morirían. Éste se salvará, no tengas cuidado, que no morirá en tu casa.

—Me alegro de oirte hablar con tanta seguridad.

—¿Quieres de veras á Julián?

—Hasta ahora no lo había echado de ver. Quizás su situación desgraciada, el desamparo en que se encuentra, es lo que me mueve, y confundo el cariño con la compasión.

—Entiendo que Julián tiene un primo rico, que es quien lo mantiene.

—En efecto, recuerdo haberle oído hablar de él, y aún me sospecho que me lo ha presentado. Es un ranchero.

—Di más bien un hacendado.

—Será preciso avisarle.

—¿Sabes cómo se llama, donde vive?

—No; mas ya lo averiguaremos.

IV

Apenas había salido de la casa el doctor Martínez cuando entró el otro médico.

—¿Qué tal sigue Julián?

—Parece que bien.

—No he podido venir antes, porque tuve que acudir al llamamiento de Gutiérrez.

—¿Qué Gutiérrez? preguntó ingenuamente Martín.

—El contrario de Vd., vamos.

—¿Y qué le pasa?

—Tiene una terrible inflamación en el hígado. No fué la contusión tan inofensiva como se creyó al principio.

—¡Lo siento! exclamó con sinceridad Martín.

—De todos modos, vale más así.

Martín notó que Luisa se estaba enterando de la conversación, é hizo señas al doctor para que cambiasen de tema.

Cuando el doctor hubo salido, al volver Martín de

acompañarlo hasta la puerta, Luisa se arrojó en sus brazos llorosa.

—¡Martín, me has engañado!

—¿Qué dices, Luisa?

—¡Te batiste!

—¿Y qué?

—¿Por qué me lo has ocultado?

—Por no hacerte sufrir.

—Mal hecho. Cuenta con que soy tu compañera, una parte de tí mismo, y que así como me tocan tus alegrías, reclamo también tus sufrimientos.

—¡Alma mía! contestó Martín besándola en la frente.

—Quiero ser la primera en saber cuanto te atañe. No tengas miedo de hacerme tu confidente. Ya verás como soy valiente y discreta.

—¿Y quién lo duda?

—Tú, que has tenido un duelo, y me lo has ocultado hasta este momento.

—No volverá á suceder.

—¿Qué pasó?

—Me batí con Paco Gutiérrez, y ya oíste cual fué el resultado.

—¿También por la reina Margarita?

Martín sintió que la sangre se le agolpaba á la cara.

—Indirectamente. Yo apenas la conocía, oí que se la injuriaba; sólo pensé en que es una mujer, en que no había un deudo suyo presente para volver por ella, y tomé su defensa.

—¡Bien hecho! contestó con orgullo Luisa.

—¿Me perdonas?

—Necesito perdonarte la falta cometida para conmigo, para galardonarte del mérito contraído para con ella.

—¡No digas eso!

—Sí, quiero premiarte yo, para que no lo haga ella.

El coloquio fué interrumpido por la señora Trenard que llegó azorada diciendo que Julián se moría.

Era un nuevo síncope, que pasó como los anteriores.

Martín se consagró á mantener las fuerzas del herido con cucharaditas de cognac mezclado con éter, administradas á intervalos regulares.

La fiebre era cada vez más alta, y el delirio persistía, perjudicando gravemente á Julián por los esfuerzos que hacía al hablar.

CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO

EL SUEÑO DE CARMEN

I

La hacienda de San Pedrito (no hay que buscarla en ningún mapa) era la más afamada en los alrededores de Huamantla, sobre todo después que había pasado á ser propiedad de Cenobio Rodríguez, por el esmero con que la cultivaba, y los productos que obtenía.

Las tierras no eran muy extensas, pero eran buenas, y el ojo del amo las podía vigilar fácilmente, lo que no es pequeña ventaja.

La casa era de mampostería, de dos pisos, y bastante amplia.

Parecía un castillo feudal, con su muralla exterior, aspillerada, su azotea con troneras, y dos torreones que la flanqueaban.

Las habitaciones amplias, pintadas de cal, con fuerte viguería de cedro, y piso de ladrillos.

La sala estaba amueblada con mal gusto y las recámaras con riqueza algo ostentosa y carecían de elegancia.

Por todas partes se veían santos y santas.

En la sala, sobre una consola, estaba una virgen del

Rosario, escultura bastante notable. En frente un gran cuadro representaba á la virgen de Guadalupe.

Esas dos imágenes simbolizaban las dos razas que habían poseído la hacienda. La del Rosario representaba á la española; la de Guadalupe, era el símbolo de la nacional.

La primera la había comprado el antecesor de Guanes, un montañés. La segunda la había adquirido Cenobio Rodríguez.

En las otras piezas, el comedor inclusive, había también imágenes, aunque de mérito más escaso, algunas eran simples estampitas litografiadas, atroces como trabajos artísticos.

Delante de la casa se extendía un jardín en el que abundaban las rosas; detrás una huerta, con árboles frutales, bastante grande y bien cuidada.

II

Y á pesar de la falta de comodidades, ó mejor dicho, de refinamiento, Cenobio y su familia vivían felices en San Pedrito, que consideraban como un paraíso.

Cuando se hablaba del proyectado matrimonio entre Carmen y Julián, y se sacaba á cuento las aficiones urbanas de éste y su poco amor al campo, Carmen se entristecía pensando en que tendría que hacer el sacrificio de abandonar la hacienda, para ir á vivir á la capital.

Nada era para ella más duro que pasar veinticuatro horas allí, donde las casas están unas sobre otras, y las

gentes amontonadas; y falta el aire, y la luz, y sobran los malos olores, y el calor, amén de las molestias del traje y de las comidas.

—¡Ya haré que le guste el campo! pensaba la joven, que no podía comprender que se difiriese en gustos, tratándose de la salud y del bienestar.

III

Una tarde Carmen estaba asomada al balcón, entretenida con el espectáculo de los pastores que empezaban á reunir sus ganados para volver al redil.

Paula tejía una ancha bufanda de estambre, roja y negra, que dedicaba á Cenobio.

De pronto dijo Paula, cesando su labor:

—¿Qué día es hoy, Carmen?

—Es viernes, Paula.

—¡Ni esperanza de carta! Y ya van tres correos que pasan sin que tengamos noticias de Julián.

—¡Tres correos! . . . Es la primera vez que esto sucede, y por eso estoy alarmada.

—Tal vez esté demasiado ocupado, preparando sus exámenes.

—No ha de ser eso, pues nunca lo estaría tanto que no tuviese dos minutos para ponernos cuatro palabras, diciéndonos que estaba bueno.

Y Carmen se retiró del balcón, y fué á sentarse junto á su hermana.

—¿Estará enfermo? dijo Paula.

—No te lo puedo decir, pero hace días que estoy fuera de mí.

—Lo he notado.

—Y anoche tuve un sueño, que me trae preocupada.

—No hagas caso de sueños.

—¡Tantas veces me han salido verdad!

—Cuéntame entonces lo que soñaste.

—Soñé contigo, con Julián, con Cenobio . . . mira . . . vale más que no te cuente nada.

—¡Tonta! añadió Paula, cuya curiosidad empezaba á despertarse.

—¿No te has de incomodar?

—¿Por un sueño? ¡Qué chistosa eres!

—Pues bien, primero soñé que iba sola, por el campo, por una especie de *mal país*, y que me cogió la noche.

—¿Y tuviste miedo?

—No, contestó Carmen con entereza. ¿Á dónde iba yo, y por qué me encontraba en aquel lugar? No te lo podré decir. De pronto oí aullar un coyote, y luego otro, y luego muchos, que se iban contestando unos á otros, y se iban acercando á donde yo estaba.

—¿Y no tuviste miedo? volvió á preguntar Paula, que era tímida y supersticiosa.

—Ya te he dicho que yo nunca tuve miedo, y menos á los coyotes.

Los vi que pasaban corriendo por mi lado, mirándome con ojos que brillaban como lumbre.

Pero no me amenazaban, ni se detenían siquiera.

Sentí curiosidad por saber á donde acudían tan apresurados aquellos animales, y los seguí, corriendo con tanta rapidez como ellos.

Era maravillosa mi ligereza.

En eso oí unos gritos desesperados, que salían de un monte cercano, hacia el cual corrían todos los coyotes.

Cuando estuve más cerca, me pareció que la voz era de Julián, y que repetía mi nombre, llamándome con angustia.

Volé al lugar de donde salían esas voces.

Había más de mil coyotes, formando rueda, y en el centro estaba Julián, desarmado, por tierra, sobre el cadáver de un coyote, luchando contra otro de esos animales muy corpulento y muy feroz, que debía ser el rey de todos ellos.

Las llamas que salían por los ojos de los coyotes, alumbraban la escena, con una luz roja, como la que sale por la boca del horno de la panadería.

Julián luchaba á brazo partido, llamándome cada vez con más fuerza, y en vano trataba yo de darle auxilio, pues por más que hacía, no me era posible romper la barrera que formaban los animales.

Ya iba Julián á ser vencido por el rey, cuando maquinalmente tomé una piedra, bastante grande y pesada, y con fuerza sobrehumana la lancé contra el coyote.

Parece que lo lastimé en una pata, pues lanzó un aullido de dolor, muy agudo, y echó á correr, cojeando.

Los demás coyotes aullaron también y corrieron mirándome espantados.

Entonces me llegué á Julián, quien estaba exánime. Lo levanté. Parecía muerto.

Miré al coyote que estaba muerto junto á él, y me horroricé.

La fiera aquella tenía cuerpo de coyote y cara humana.

Y esa cara era la tuya, Paula.

IV

Paula lanzó un grito, sobrecogida de espanto, y como si estuviese oyendo una historia verídica, y no la relación de una pesadilla.

Y Carmen prosiguió:

—Después, sin saber cómo ni cuándo, me encontré de nuevo aquí, en casa, en este mismo balcón, y era de día, así como ahora.

Y te ví tejiendo esa misma bufanda. Estabas muy pálida y tenías grandes ojeras.

Te miraba con mucha atención y noté que al tejer escondías las manos, para que yo no las viese.

Pero, en un descuido que tuviste, noté que no eran manos las tuyas, sino garras de coyote é iba á preguntarte cómo era eso, cuando vi llegar á Cenobio.

Traía un brazo en cabestrillo, como si estuviese lastimado.

Al entrar no me saludó como de costumbre; sino que me lanzó una mirada de soslayo; mirada de cólera y de traición.

No se lo vayas á decir.

—No, no tengas cuidado repuso Paula, que se sentía inundada de un sudor frío.

Y prosiguió Carmen:

—Me acerqué á él, preguntándole qué tenía en el brazo y me contestó con un gruñido, enseñándome los colmillos.

Los colmillos eran grandes y puntiagudos, como los de los coyotes.

Te confieso que por primera vez en mi vida sentí un poco de miedo, al considerar que tú tenías garras, que Cenobio tenía dientes de coyote, y relacioné esa novedad con lo que había visto en la noche anterior, cuando defendí á Julián.

Y seguí soñando que llegaba la noche, que tú y Cenobio no se hablaban, sino que se miraban de lejos, enseñándose los dientes, como perros que refunfuñan.

Á la hora de cenar, ninguno de los dos se acercó á la mesa, y tuve que cenar sola.

Después me fuí á acostar, cerrando cuidadosamente la puerta, contra mi costumbre.

Cuando soñé que despertaba, daba la media noche en el reloj del comedor.

La luna alumbraba de lleno mi cuarto, como si fuese de día, entrando la luz á través de los cristales de la ventana que da al huerto.

Me levanté para correr las cortinas, cuando vi asomar por la misma ventana á Cenobio, con cabeza de coyote.

Con la mano que conservaba buena dió una puñada á

los cristales que saltaron en pedazos, y por allí entró en mi aposento.

—Mira, me dijo con algo parecido á ladridos. Mira, ayer me heriste en un brazo, sin razón ni motivo, impidiéndome hacer justicia.

Yo te he servido casi de padre, y por lo tanto eres casi una parricida.

¡Maldita seas!

—¡Vete de aquí! le dije.

—Ya me voy; pero tú no te olvidarás nunca de mí.

Me tendrás siempre presente.

Te he echado mi maldición, y no sabes hasta donde alcanza.

Yo soy un coyote, y tú te volverás coyote, como yo; y aullarás, como yo aullo; y correrás por los campos día y noche, como corro yo; y morirás con muerte ignominiosa como he de morir yo, y todos los nuestros.

Dió un aullido espantoso; todo su cuerpo tomó las formas de coyote; saltó por la ventana, y se fué cojeando de la mano derecha.

Me asomé á la ventana y lo vi desaparecer entre las montañas.

Iba á retirarme, cuando dirigí la vista á un lado, y vi en un árbol, suspendidos de una cuerda, tu cuerpo y el de Julián.

Me estremecí de terror; quise lanzar un grito, y lancé un aullido espantoso, como los de Cenobio.

Me horrorizó el eco de mi voz.

Todos los perros de la hacienda empezaron á ladrar,

como si olfatearan á los coyotes y previnieran á los pastores.

Hice otro esfuerzo poderoso para hablar, y volví á lanzar otro aullido.

Entonces, queriendo disipar la duda terrible que se había apoderado de mí, me acerqué á un espejo.

¡Horror! En lugar de mi persona, vi á una mujer con cabeza de coyote.

Y aquella cabeza conservaba ciertos rasgos de mi fisonomía, que me permitieron reconocerme.

V

Carmen hizo una pausa, sofocada por la precipitación con que había hablado y por la emoción que la dominaba.

—Sigue, sigue, dijo Paula que miraba con los ojos de la imaginación aquellos cuadros fantásticos.

Y continuó Carmen:

—Al fin me transformé por completo en coyote, y salté á mi vez por la ventana, y salí al campo, siguiendo el rastro de Cenobio, buscándolo para pelear con él.

Lo encontré; pero apenas me vió, dió á correr á campo traviesa, sin que yo lo perdiese de vista un solo momento.

Y así atravesamos montes, y llanos, y cañadas, y pantanos, y ríos, sin descansar en toda la noche.

Hasta que cantó un gallo anunciando la madrugada.

Y volví á mi cuarto, y desperté entonces por completo.

—¡Qué pesadilla tan larga y tan espantosa, Carmen!

VI

El sol acababa de ponerse, y reinaba esa luz indecisa que constituye el cortísimo crepúsculo de los trópicos.

Á medida que Carmen había ido avanzando en su relación, Paula se había acercado á ella, de modo que, al concluirla, las dos estaban juntas y con las manos enlazadas, como para sostenerse y darse valor.

De pronto oyeron abrir la puerta de la sala y apareció Cenobio.

Cenobio que llevaba el brazo en cabestrillo.

Las dos muchachas lanzaron un grito de espanto y huyeron despavoridas.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

I

Cenobio quedó azorado, y gran trabajo le costó dar con su esposa y su cuñada y hacerlas entrar en razón.

—¿Qué demonios les pasa? preguntó algo amostazado el bondadoso ranchero.

—Nada, Cenobio, contestó Carmen; estábamos contando un cuento de aparecidos, y en eso llegaste sin que te sintiéramos.

—Mala costumbre es esa de hablar de los muertos, dijo Cenobio que era supersticioso, como casi toda la gente del campo.

—¿Qué es lo que tienes en ese brazo? preguntó Paula, completamente repuesta de su espanto.

—No es cosa que merezca la pena. Eché una *manzana* á una potranca, no amarré pronto á la cabeza de la silla, aguanté el tirón en el brazo y me lo zafó un poco.

—¡Es posible! . . . Será preciso ver al médico.

—Te digo que no vale la pena. Ya vi á don Matías, el *compadrón*, que me lo puso en su lugar. No hay más que untar un poco de sebo esta noche, y mañana ni quien se acuerde.

Carmen y Paula, que se habían acercado con el in-

terés natural, al excelente ranchero, contemplaban el brazo lastimado, con conmiseración.

La estancia estaba alumbrada por un velón, que ardía en la mesa.

Las dos jóvenes levantaron al mismo tiempo los ojos, para ver el rostro de Cenobio, y retrocedieron á la vez, lanzando un grito simultáneo.

El efecto de la luz y de las sombras, los colmillos algo largos, en verdad, del ranchero, y la disposición de ánimo en que se encontraban las jóvenes, les hizo ver la cabeza de un coyote en aquella fisonomía bondadosa y leal.

—¿Qué es lo que tienen ustedes esta noche? preguntó Cenobio alarmado.

—Los cuentos de aparecidos, ya sabes.

—¡Hum! refunfuñó el ranchero, dando lugar á que se estremecieran otra vez las dos mujeres.

II

—Tengo que darles una noticia.

—¿Buena ó mala? preguntó Paula.

—¿Se trata de Julián? preguntó Carmen.

—Se trata de Julián.

—Habla, habla.

—¿Cuánto tiempo hace que no escribe?

—Como diez días.

—¿Está enfermo?

—¿Qué le ha pasado?

—Si todos hablamos á la vez, no habrá modo de entendernos.

—Di, pues.

—Julián goza de cabal salud, como yo para mí deseo.

—¡Gracias á Dios; que eso es lo principal! exclamó Carmen.

—Entonces; ¿por qué silencio tan largo?

—En eso consiste la noticia. Vamos á ver, adivinen ustedes.

—¿Qué me das si acierto? preguntó Carmen.

—Te regalo la yegua alazana.

—Convenido.

—Y á mí ¿qué me das? preguntó Paula con zalamería.

—Lo que quieras.

—Pues no ha escrito porque ha tenido mucho que hacer.

—Por ahí va.

—Porque ha estado preparando su examen, dijo Paula prontamente.

—¡Que te quemas!

—Porque se recibió de abogado, dijo Carmen con precipitación.

—Acertaste.

—Es mía la yegua.

—Tuya es.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Has recibido carta?

—¿Quién te lo dijo?

—¡Pero habla hombre!

—¡Nos estás haciendo desesperar!

—¡Caramba! gritó Cenobio dominando con su voz de barítono aquel dúo de tiples. Vaya una granizada de preguntas. Un poco de paciencia, que cada cosa vendrá á su tiempo.

—Ya ves que estamos calladas.

—Acaba, por Dios, Cenobio.

—Pues lo que es escribirme, la verdad es que Julián no me ha escrito.

—¿Pero te escribiría algún amigo de Méjico?

—¿Escribirían á alguna persona de Huamantla?

—¿Ó Julián escribiría al señor cura?

—Hijitas, déjense de adivinanzas. Si quieren saber las cosas, aprendan á escuchar tranquilas, y á estarse calladas cinco minutos.

—Empieza á correr el tiempo. Son las siete y treinta y cinco, dijo Carmen mirando al reloj.

—Pues, como iba diciendo, fuí á Huamantla para arreglar un negocio.

Y como llegué demasiado temprano, me dije que ya que tenía tiempo, y estaban llamando á misa, podía irme á la iglesia, oir la misa, que nunca está de más, y después echar un párrafo con el señor cura.

Y dicho y hecho; oí la misa, y en seguida nos fuimos á desayunar juntos, el señor cura y yo.

—Ya sé á que debo tu visita, me dijo. Vienes á buscar los parabienes, y te los doy muy cumplidos y de todo corazón.

Yo estaba como tonto en vísperas.

—Parabienes; por qué, señor cura?

—Vamos, no te hagas de nuevas. Aunque no se ha portado muy correctamente que digamos, Julián, pues debió haberme dado previamente parte, como á su antiguo y primer preceptor, se lo perdono en gracia de lo bien que lo ha hecho.

—Señor cura, aseguro á Vd. que no entiendo una sola palabra de cuanto está diciendo.

—¿De veras?

—Como suena.

—¿Pues qué, no sabes que Julián hizo su exámen?

—¿Qué me dice Vd.?

—¿Y que quedó admirablemente?

—¡Vamos señor cura!

—Espera, hombre, aquí debo tener "El Siglo XIX" que llegó ayer y que me prestó don Félix, el tendero de enfrente. ¿Dónde lo habré dejado?

Y al cabo de largo rato, que á mí me pareció una eternidad, encontró el señor cura el periódico.

—¿Dónde está ese periódico? preguntó Carmen.

—¿Por qué no lo trajiste? dijo Paula.

—Es preciso mandar por él inmediatamente.

—¡Ramón! gritó una.

—¡Felipe de Jesús! llamó la otra.

—Que vayan á mata caballo.

—Que no pierdan un minuto.

Y por más esfuerzos que hacía Cenobio, le era imposible hacerse oir de aquel par de muchachas, que parecían dos locas rematadas.

Por último se encaramó Cenobio sobre una silla que

gimió dolorosamente bajo su peso, á guisa de protesta, y con la mano que tenía libre sacó del bolsillo de la chaqueta un periódico que sacudió en el aire, y después de desplegado tremoló como bandera, gritando:

—¡Que todo el mundo se esté quieto! Aquí está el periódico.

Las dos jóvenes se lanzaron sobre el periódico, ávidas de leer cuanto antes la ansiada noticia.

Y de seguro hubieran hecho pedazos el precioso y único ejemplar, si Cenobio, aprovechándose del puesto culminante que ocupaba, no hubiese levantado el brazo á una altura inaccesible para las chicas.

—Están ustedes locas de atar esta noche, y parece que tienen azogue en las venas.

—Dame el periódico, Cenobio, y te devuelvo tu yegua alazana, que acabo de ganarte.

—¡Espera!

—Dámelo á mí, Cenobio, que soy tu mujercita que te adora.

—Quietas, digo. Á ninguna de las dos lo daré, para que nadie se enfade.

—Así nos enfadaremos las dos.

—¡Silencio! voy á leer el párrafo.

—¡No, no! gritó Carmen tapándose los oídos. *Cancaneas* mucho.

—Gracias por el favor.

Paula se acercó á parlamentar con Cenobio, y aprovechando Carmen un momento de distracción de su cuñado, dió un salto, y le arrancó el periódico.

—¡Ah pícara! dijo Cenobio, bajando de la silla, que á ese esfuerzo crujió, se ladeó, y se aplastó, lanzando su último suspiro.

—Vamos, lee pronto, dijo Paula.

Carmen se acercó al velón que había encendido una criada, recorrió el periódico con la vista, y estuvo buscando largo rato, sin encontrar nada, como persona poco práctica en la materia.

—¡Jesús, que pachorra! exclamó Paula arrebatándole á su vez el periódico.

—Es que no lo encuentro.

—¡Es que ya no sabes leer!

Y á su vez empezó á recorrer el título del diario, con el mismo resultado contraproducente.

—Ya lo ves, dijo Carmen impacientada, no encuentras nada.

—Si me hubiesen ustedes dejado, repuso Cenobio, ya habrían encontrado lo que buscan.

—¿Dónde está?

—Á ver el periódico. Miren aquí, en la tercera página, segunda columna, donde está señalado con lápiz rojo.

—Es verdad, dijo Carmen, apoderándose de nuevo del diario y leyendo:

"Brillante examen."

—Eso es.

—¡Brillante! dice.

—Ya verás lo que sigue.

Y leyó Carmen en voz alta uno de esos párrafos

laudatorios, debido á la pluma de un amigo complaciente ó de un compañero entusiasta.

Uno de esos párrafos que la gente del oficio sabe lo que vale, que nada cuestan y que llevan la felicidad á un hogar, y á veces á toda una población.

III

El párrafo contenía doce líneas.

Fué preciso leerlo cuatro ó cinco veces, para que Carmen quedase satisfecha.

En seguida Paula lo leyó dos ó tres veces más haciendo comentarios á cada frase, y analizando palabra por palabra.

—¡En fin, ya es abogado!

—Y antes de la fecha fijada por él.

—Eso demuestra, objetó socarronamente Cenobio, que quiere venir á visitarme antes de Navidad.

—¡Qué gusto! exclamó Paula.

—Y no ha de ser, de seguro, para ver á como vale el maíz, siguió diciendo Cenobio. Vamos muchacha, no te pongas colorada, que quererse como ustedes se quieren, Dios lo manda y lo premia.

Carmen estaba pensativa.

—¿Cuándo se recibió de abogado? preguntó.

—El día 12.

—Hoy estamos á veinte, y todavía no nos escribe, ni viene, ni nada.

—Es muy natural, quiere darnos la sorpresa por completo.

—No veo como.

—Primero, esas cosas no se arreglan tan pronto como ustedes se lo figuran. Ya yo me enteré con el señor cura, y sé que tiene que dar muchos pasos todavía para que le expidan el título, para que se lo registren y ¡qué sé yo!

—Es verdad. Pero bien pudo dejar eso para más tarde, y venir desde luego.

—Eso sí que no, dijo seriamente Cenobio. Yo le tenía dicho que si no tocaba la puerta con el canuto de hoja de lata, dentro del cual debía traer su título de abogado, no entraba en mi casa, así se estuviera muriendo de hambre y de frío.

—¡Jesús, hermano! ni que fueras indio para ser tan *material.*

—Peor que un indio. Lo que digo lo cumplo, aunque me cueste la vida. Así pues, como él me conoce, no ha querido exponerse á hacer el camino de balde.

—Y tiene razón, dijo Paula.

—Además, ya verán ustedes como en el momento menos pensado lo tenemos aquí, como caído de las nubes, y sin decir agua va.

Al oir esto dió un salto Carmen, diciendo:

—¿Qué apostamos á que Julián está en Huamantla, ó que está en la hacienda?

—¡Julián, Julián! llamó Paula saliendo al corredor.

—¡No sean locas!

—Acaba de decirnos cuanto sabes, y no te hagas más el gracioso.

—Ya te he dicho cuanto sabía.

—Entonces ¿por qué aseguras que en el momento menos pensado lo tendremos aquí, como si cayera de las nubes?

—Yo no aseguro nada. Lo sospecho y nada más.

En ese momento entró un mozo cansado como si hubiese andado muy de prisa.

—¿Qué hay Ramón? preguntó Cenobio al verlo.

—Á la puerta está un propio que viene de Huamantla.

—¿Un propio? preguntaron todos á una voz.

—¡Es Julián! dijo Carmen.

—No, niña, contestó Ramón, no es el niño Julián. Es un propio, que dice lo manda el señor cura.

—Hazlo entrar.

Ramón salió corriendo, y en su impaciencia salieron tras él Cenobio y las muchachas.

Entró el propio, que había ido á mata caballo, y entregó una carta.

Corrió Cenobio en busca de la luz seguido siempre de las dos muchachas, llenas de curiosidad.

—Son noticias de Julián, decían.

—¿Ya está en camino?

—De seguro se encuentra en Huamantla.

Cenobio, desgarró el sobre con mano pronta, y á la luz vacilante de una candileja que encontró al paso, leyó estas palabras, en voz baja:

"Amigo Cenobio:

Alma grande, resignación. Julián ha sido herido, en un duelo. Está muy grave.

Tu amigo y capellán, Ortola."

—¡Maldición! exclamó.

—¿Qué pasa? preguntaron las muchachas azoradas.

—¡Han matado á mi hijo!

—¿Qué dices?

Y abalanzándose al papel, lo tomó Paula, leyéndolo en voz alta.

—¡Ramón! gritó Carmen.

—¡Niña!

—Ensille Vd. en el acto la yegua alazana para mí, el caballo retinto para el amo, y otro de los mejores para Vd.

—¿Qué piensas hacer? preguntó Paula.

—Julián no está muerto, sino herido, y necesita más de nuestros cuidados que de nuestras lágrimas.

Cenobio volvió en sí al oir aquellas palabras. Se llegó á Carmen, la abrazó y la besó en la frente, diciéndole:

—¡Bendita seas!

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO

UN VIAJE RÁPIDO

I

Mientras ensillaban los caballos, Carmen se puso un traje conveniente para el camino, arregló una maleta, y en menos de diez minutos estuvo lista para emprender camino.

—Vas á tener frío, le dijo Cenobio.

—No pienses en eso, hermano. Lo que debemos es procurar ponernos en camino cuanto antes, para que alcancemos la diligencia que ha de salir de Puebla á la madrugada.

—Difícil lo veo, Carmen.

—Hombre de poca fe.

—Mira que el camino de aquí á Puebla es, en su tercera parte, malo y peligroso.

—Unas cuantas leguas; no vale la pena. No perdamos tiempo.

—¿Y yo? preguntó Paula.

—Te quedas, contestó con brevedad Carmen. Cuida de la casa. Allí no harás falta, con nosotros bastará.

—¡Ofrézcanme escribirme con frecuencia!

—Por todos los correos, dijo Carmen, y en cuanto pueda ponerse Julián en camino, lo tendrás aquí.

—¡Si es que vive! murmuró acongojado Cenobio.

—¡Pues no ha de vivir! Quisiera yo ver que se muriera así nada más. ¡Ea, á caballo!

Se despidieron de Paula, montaron en sus fuertes caballos y se pusieron en marcha, rumbo á Nopalucan seguidos de cerca por Ramón.

II

Afortunadamente era noche de luna, y tanto Ramón como Cenobio conocían palmo á palmo el terreno que tenían que recorrer, lo que les permitió acortar camino, echando por atajos.

Galopaban cuando el terreno lo permitía, y tras un galope, hacían tomar á las monturas el paso largo, que éstas conservaban, sin necesidad de que se las estimulara con el látigo ni la espuela.

Así llegaron á Nopalucan cerca de la media noche, y en momentos de detenerse ante la puerta de un amigo y compadre de Cenobio, cayó el caballo retinto que éste llevaba, echando sangre por la boca y las narices.

El caballo de Ramón resoplaba jadeante. La yegua alazana de Carmen relinchó y se sacudió, como si volviese de un paseo.

—Valiente animal, dijo Carmen, bajándose de un salto, sin ayuda extraña, y acariciando el cuello de la noble bestia.

Entre tanto Cenobio había hecho levantar á su com-

padre, y le explicaba lo que ocurría, pidiéndole le diese caballos de refresco.

—Si quiere Vd. compadre, le daré un cochecito que compré hace cuatro días, y le pondré el tronco de mulas bayas.

—Bueno compadre, vamos á enganchar, si es que las mulas son buenas.

—Lo mejor que hay en cien leguas á la redonda, compadre. Ayer me ofrecían por el tronco trescientos duros, y no lo quise dar.

—¿Cuánto quiere Vd. por las mulas, compadre?

—Pues á la verdad, ningún dinero.

—Es que necesito llegar á Puebla antes de la madrugada, para tomar la diligencia.

—Y llegará Vd. cómodamente, compadre.

—¿Y si se asolean las mulas?

—En tal día hará un año compadre, y bendita la hora en que he podido yo prestar á Vd. un servicio á cuenta de tantos como me ha prestado Vd. ya.

—No hablemos de eso, compadre.

—¡Que Dios los guíe!

Ramón se quedó en Nopalucan, para que fuese menos el peso del carruaje. Carmen ocupó el interior del coche, Cenobio subió al pescante, tomó las riendas é hizo crujir el látigo.

Las mulas salieron al galope, sacando chispas con las herraduras.

III

El camino es en parte muy pesado, y con motivo de la guerra había estado completamente descuidado.

Así es que largos trechos tenían que recorrerse al paso, so pena de volcar ó de hacer pedazos el frágil vehículo.

Pero en cuanto el terreno lo permitía, lanzaba Cenobio las mulas á escape, guiando con la maestría de un cochero consumado, á pesar del accidente del brazo.

Más por rápida que fuese la carrera, parecía que el tiempo corría con mayor rapidez, y que, por lo tanto, llegarían á Puebla después que hubiese salido la diligencia.

Entonces quedaba el remedio de pedir una diligencia extraordinaria.

Pero esto no era tan fácil de conseguir, y, además del tiempo que forzosamente se perdía mientras se andaba en tales pasos, había que contar con el que se perdería también en las postas, que no estaban preparadas para semejante servicio.

Al llegar á Amozoc una de las mulas empezó á cojear.

Imposible seguir con ella adelante.

Cenobio se llegó á la posta y derramando el oro consiguió que le dieran otro tronco de mulas, para llegar á Puebla.

Faltaban cuarenta minutos para las cuatro cuando volvió á ponerse en camino.

Corrió, como alma que lleva el diablo, según la gráfica expresión popular, y llegó á la casa de diligencias en momentos en que abrían la puerta cochera para dar salida al vehículo.

Atravesó su carruaje delante de la puerta, obstruyendo el paso.

—Hágase á un lado, gritaron los mozos, corriendo hacia él.

Cenobio se apeó.

Uno de los mozos tomó á las mulas por las bridas para quitar el coche del paso.

Cenobio sacó una pistola y dijo:

—Al que toque el coche le levanto la tapa de los sesos.

Los términos claros y perentorios de semejante discurso, convencieron á los impacientes.

Bajó Carmen, llevando la maleta.

—¿Hay asientos en la diligencia? preguntó Cenobio.

—Uno en el pescante, contestó el cochero.

—Lo tomo; necesito otro en el interior.

—Pues no hay.

—Preciso es que lo haya.

—Pues no sé cómo.

—Caballeros, dijo llegándose á la portezuela; necesito llegar á Méjico hoy mismo para atender á un primo herido, que puede morir de un momento á otro. ¿Hay alguna alma cristiana que quiera cederme su asiento para mi hermana, que me acompaña, recibiendo en cambio quince onzas de oro?

Un sacerdote que estaba cerca de la puerta, sacó la cabeza y preguntó:

—¿Es verdad lo que Vd. dice?

—Lo juro por Dios vivo, padre.

—Pues suba Vd. hermano en mi lugar y que Dios lo ayude.

Cenobio hizo subir á Carmen, y en seguida ofreció las quince onzas prometidas al sacerdote.

—No trafico con la angustia del prójimo, dijo el sacerdote; ni soy bastante rico para deshacerme del precio del pasaje. Pero vaya Vd. tranquilo, que como aquí queda el coche que Vd. ha traído, ese responderá por el precio del pasaje, hasta que Vd. vuelva y lo pague.

—El administrador me conoce, dijo Cenobio.

—Perfectamente, don Cenobio, no hay cuidado, y quiera Dios que no sea nada lo del primo, contestó el administrador, que como de costumbre, estaba presente para despachar la diligencia.

Y por fin quedó el paso libre, Carmen colocada en su asiento interior, Cenobio en el pescante, y las mulas salieron desempedrando las calles.

—¡Gracias á Dios! exclamó el ranchero.

Y corrieron las lágrimas por su rostro.

Las lágrimas que había contenido hasta entonces, como si antes hubieran sido extemporáneas y perjudiciales.

Ya en aquel momento, cuando había hecho de su parte cuanto era humanamente posible, para llegar á

Méjico cuanto antes, se entregó á su dolor sin reserva alguna.

Dentro, Carmen, reclinó la cabeza contra el hombro de su vecino sin ceremonia alguna, y se durmió profundamente.

IV

Á las seis de la tarde llegaba la diligencia á Méjico sin novedad.

Cenobio tomó la maleta, y se la echó al hombro, y llevando de la mano á Carmen, se dirigió al antiguo alojamiento de Julián.

Con asombro y pesar encontró la casita cerrada, sin un vecino que le pudiera dar razón de su hermano.

Siguiendo la práctica de los pueblos, se dirigió á una barbería que había enfrente, considerando, no sin razón, que en la capital, como en las pequeñas poblaciones, los fígaros están enterados de cuanto pasa y aun de lo que está por pasar.

No podía haber llegado á mejor centro de información el angustiado ranchero, pues el "Barbero, Flebotomiano y Dentista," se esmeró en hacerle ver que estaba perfectamente al tanto de las idas y venidas del joven, y para ello empezó dando á Cenobio noticias detalladas sobre la familia de Julián.

—Oiga, amigo, le atajó el ranchero. Soy primo de Julián y lo único que le ruego es que me diga dónde se encuentra.

—Pues á eso vamos, hombre de Dios, ya llegaremos.

Siéntese Vd. y que se siente la niña, que parece estar fatigada.

Y volvió á dar rienda suelta á su charla.

Cenobio agarró por un brazo al aprendiz del barbero, muchacho de unos quince años, despierto y socarrón, y arrastrándolo fuera de la barbería, le dijo, presentándole un duro:

—¿Dónde está mi primo Julián? ¡pronto!

—Calle de Monte Alegre, número seis, en casa del coronel Martín Varela.

—Toma el duro y gracias.

El barbero, que había seguido desde la puerta aquella rápida escena, al ver á Cenobio llamar un coche que á la sazón pasaba, le gritó:

—¡Por una peseta lo hubiera dicho yo, patroncito!

Cenobio dió las señas y el simón se puso en marcha con una rapidez relativa.

V

Cuando llegaron á la casa, el ranchero preguntó en la portería por el coronel, y lo hicieron subir.

Una vez arriba lo recibió un criado á quien declaró ser el primo de Julián.

Inmediatamente recibió Martín á los viajeros, llamó á Luisa para que se hiciera cargo de Carmen, y llevó á sus huéspedes al lado de Julián.

El herido estaba muy débil. La fiebre lo consumía; se había declarado la peritonitis, y se luchaba, con muy pocas esperanzas.

—Julián, soy yo, Cenobio. Mira, aquí está Carmen, dijo el ranchero á media voz.

Julián entreabrió los ojos un momento, cerró de nuevo los pesados párpados, y no dió más señales de vida, que la respiración entrecortada.

—Necesita mucha quietud, dijo Martín.

—No tenga Vd. cuidado, coronel, que la tendrá. No somos nosotros quienes lo inquietaremos.

—¿La señora es la esposa de Vd.? preguntó Luisa.

—No, es mi cuñada.

—Lo preguntaba para hacer que les dispongan las habitaciones.

—¡Muchas gracias! contestó con profundo reconocimiento Cenobio, que no había pensado en el hospedaje.

—Aceptamos con toda el alma, respondió Carmen, encantada ante la perspectiva de no separarse de su novio, y de quedar en una casa donde había otra mujer.

—Entonces, añadió Cenobio, ya que son ustedes tan bondadosos, hagan disponer una cama para Carmen.

—¿Y para Vd.?

—¡Oh! para mí nada. Yo no me moveré de esta silla ni de día ni de noche, hasta que Julián salga para la hacienda ó para el cementerio.

—Pero está Vd. fatigado del viaje.

—Lo estaba; ya estoy bien. Muchas gracias.

Y tomó Cenobio una silla y se sentó á la cabecera de Julián.

Martín hizo señas á Luisa de que no insistiese, pues la primera condición de la hospitalidad y más difícil de

llenar, es dejar al favorecido en una libertad tan absoluta como sea posible.

Luisa tomó á Carmen de la mano y le dijo:

—Venga Vd. conmigo, nosotras somos mujeres y nos comprenderemos mejor.

CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

I

Y como lo dijo Cenobio, así lo hizo.

Se instaló junto á la cama de Julián y durante ocho días no se despegó de allí, sino en breves instantes.

Inútiles fueron cuantas advertencias le hicieron los facultativos, para que comprendiera el peligro en que ponía su salud, inútiles las súplicas de la familia para que tomara un rato de descanso.

Ni de día ni de noche durmió. Algunas veces, cuando Julián estaba completamente tranquilo y Carmen lo acompañaba, cerraba Cenobio los ojos y dormitaba en su silla, pero tan ligeramente que bastaba un movimiento, el más leve para hacer que se incorporase.

Ocho días más tarde, los médicos declararon que respondían de la vida de Julián, pues había pasado todo peligro.

Cenobio los miró con la desconfianza ingénita en las gentes de campo, y que más se despierta cuando tratan con personas de la ciudad, á las que consideran como predispuestas á la burla y las bromas.

Pero los facultativos le dieron tales seguridades, que Cenobio concluyó por creer cuanto le afirmaron.

La juventud de Julián, su fuerza, su buena salud anterior, fueron elementos poderosos para ayudar á la ciencia á contrarrestar los efectos de la herida.

Cuando Cenobio se acostó por primera vez en una cama, quitándose la ropa y el calzado, cayó en un sueño profundo que se prolongó por treinta y seis horas, causando gran alarma en la familia de Martín, que temió fuera víctima de una fiebre el abnegado ranchero.

Cenobio se había captado las simpatías de todos los de la casa y de los amigos de Julián que venían á visitarlo.

Su aire franco y leal, el cariño, mejor dicho, el amor sin límites que profesaba á Julián y de que tan patentes muestras estaba dando, su fuerza de voluntad, su resistencia y su bondad se hicieron proverbiales.

Carmen, por su parte, obtuvo también un éxito envidiable. La joven campesina puso especial cuidado en sus movimientos y en sus palabras; no se descuidó un solo momento; estudió á Luisa, que le pareció, y no sin razón, un modelo digno de ser imitado, y pronto adquirió fama de mujer discreta y de talento.

Para Luisa era un pasatiempo de los más agradables la conversación con Carmen, que tan varonil y resuelta se mostraba en todo.

—Esta muchacha ha nacido mujer por equivocación, decía la señora Trenard.

—En efecto, respondía Luisa, tiene alma de hombre.

—Consiste en la educación que me dió mi padre, contestó Carmen, pues él deseaba á todo trance tener un

hijo varón, y Dios se lo negó. Yo fuí la segunda, mi madre murió dejándome en la cuna, y mi padre me puso traje de hombre, que llevé hasta los once años.

Y así había sido en verdad, llevando el señor Riaño su propósito hasta el punto de prohibir que le agujereasen las orejas á Carmen para ponerle aretes.

Y aunque mucho agradaban á la joven los pendientes, en obsequio á la memoria de su padre, jamás los usó.

La belleza y la gracia de la joven campesina cautivaron á cuantos la trataron, y con la ayuda de la señora Trenard, que se admiró al ver que Carmen hablaba francés, aumentaron sus hechizos, desapareciendo por completo cuanto pudiese revelar la procedencia lugareña de la joven.

No por esto vaya á figurarse el lector que Carmen se dedicaba sólo á aprender formas cortesanas y el uso de afeites engañadores.

Nada de eso; muy al contrario; acompañaba casi constantemente á Cenobio en el cuidado y asistencia de Julián, siendo una enfermera admirable por su delicadeza y por su paciencia.

Nunca creyó Carmen que Julián estuviese en peligro de muerte.

—¡Qué saben los médicos! decía. Julián vivirá por más que hagan todos ellos juntos.

Carmen era escéptica en materia de medicina. Como buena hija del campo, sólo tenía por eficaces los remedios caseros, los amuletos y la intervención de los santos, en forma de milagros, mediante promesas.

La promesa fué lo primero que hizo ella, antes de salir de la hacienda, mientras ensillaban los caballos.

—Señor mío San Francisco, dijo dirigiéndose á una imágen de San Francisco de Paula, que tenía á la cabecera de su cama y que era el de toda su devoción. Señor mío San Francisco, sabes que soy vanidosa, pecado de que me arrepiento siempre, sin poder librarme de él. Sabes también que mi vanidad se funda más que nada en mi cabellera tan larga y tan bonita; porque es bonita. Pues yo te ofrezco, Padre mío, cortármela con mi propia mano el día en que vuelva á entrar en esta casa, acompañada de Julián, sano y salvo.

La chica miró al santo que lleva el lema " caritas bonitas," según traduce el pueblo el *Charitas, Bonitas.*

Y le pareció que el santo le sonreía, lo que le hizo creer firmemente que el pacto quedaba irrevocablemente concluído.

Y más fe tuvo en el buen resultado porque, como ella decía, San Francisco aprieta, pero no ahorca.

Por eso llamó repetidas veces á Cenobio hombre de poca fe; y por eso conservó su sangre fría é impasibilidad cuando el ranchero se desesperaba.

II

Julián iba restableciéndose rápidamente.

Por todos los correos escribían á Paula dándole nuevas de la salud del abogado.

Ya estaba Julián de tan buen humor, que olvidaba

sus dolencias pasadas, el peligro en que se había encontrado, y bromeaba con todo el mundo.

La primera vez que Carmen le llamó chanceando:

—Señor licenciado. . . .

—¡Calla! le contestó Julián, no me hables de esa malhadada profesión en la que he entrado con tan mal pie.

—¿Cómo así?

—¿No estás viendo que el primer pleito que defendí, por poco me cuesta la vida?

—Pues en tiempo estás para dar fin y remate á lo que tan mal comienza, insinuó la joven, queriendo aprovechar el estado de ánimo de su novio para arrancarlo definitivamente de la capital.

—Ya he pensado en eso, Carmen, y una vez que estamos solos, te diré, que si me he recibido fué por complacer á Cenobio, y llenar la bárbara condición que me impuso.

—Ya lo sé, interrumpió la joven conmovida por aquella manifestación de cariño.

—Imposible que lo volviera á ver si no llevaba el título de abogado.

—Pero ya lo tienes.

—Y como no he pactado ejercer la profesión, me encuentro en perfecta libertad para hacer lo que me plazca.

—¿Y qué es lo que te place hacer?

—Primero, casarme . . . ¡si encuentro con quién!

—Veremos, eso depende. . . .

—Segundo, como sospecho que encontraré con quién,

y que esa *quién* es persona que gusta más del campo que de la ciudad. . . .

—¡Sí, sí, mil veces más!

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso tienes noticias de quién será la que se apiade de mí?

—Me parece que sí.

—Pues bien, pasaremos en el campo el verano, y el otoño. . . .

—Y el invierno y la primavera agregó la joven.

—Eso es, confirmó Julián. La vida entera.

En ese momento entró Cenobio diciendo:

—Ya me lo sospechaba yo. En cuanto se quedan ustedes solos se ponen á charlar como dos cotorras, sin recordar que el médico ha recomendado mucho silencio.

—¡Qué sabe el médico! contestó Carmen con su eterno estribillo. Un rato de conversación como la que tenemos valo más que todos los mejunjes que le dan.

—De veras que sí, corroboró Julián. Me parece cuando hablo contigo que tomo Paraíso á cucharadas.

Martín que entraba con Luisa, le dijo:

—Sólo por estar enfermo te perdono una metáfora tan detestable.

—No haga Vd. caso de Martín, añadió Luisa dirigiéndose á Carmen. Como lleva cerca de dos meses de casado, olvidó ya el lenguaje de los novios, en el que lo disparatado es lo único que tiene sentido común.

III

Buen vino de Burdeos, buenas chuletas y mucho cariño, pusieron pronto en pie al amigo don Julián, que hizo esta observación profunda:

—Nunca se desenfrena tanto la gula, como en la convalecencia de una herida.

Se le olvidó añadir: cuando se tiene veinticinco años y buena constitución y una novia bella y joven al lado.

Cenobio quiso llevarse á su hermano en una litera, para ganar tiempo.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos, y tuvo que esperar, obedeciendo á los médicos, y atendiendo á las súplicas de Martín y de Luisa.

Al fin Julián se puso en pie, salió de la habitación, y por último prolongó el ejercicio fuera de la casa, hasta la Alameda, á donde lo llevaban en coche, apeándose al llegar, para dar un paseo cada vez más largo, acompañado por Martín y por Carmen.

Una mañana no pudo salir Carmen con él, ó mejor dicho, salió con Luisa para hacer varias compras, preparando su viaje.

Martín y Julián fueron solos á la Alameda.

Al volver una de las avenidas, se encontraron con el general Güelmes, de manos á boca.

El general se detuvo y saludó cortésmente á Julián.

—Celebro ver á Vd. tan repuesto.

—Gracias, mi general.

—Diariamente pasé á tomar noticias de Vd., mientras estuvo en peligro.

—Lo sé, mi general, y lo agradezco.

—Cumplía con un deber, como lo cumplo ahora, ofreciendo á Vd. el desquite.

—Mil gracias, mi general; pero sé por experiencia que hay algo peor que el juego.

—¿Y es?

—El desquite.

El general celebró el chiste y se retiraron dándose un cordial apretón de manos.

IV

Otra vez, en la misma Alameda, yendo Carmen de brazo con Julián, se encontraron con la esposa del general Güelmes, que desde lejos reconoció á Julián.

La avenida era estrecha, y no había modo de evitar el encuentro.

Aurora no vaciló; siguió su camino impávida.

Julián se estremeció al conocerla, y buscó el medio de evitarla.

El movimiento que hizo, llamó la atención de Carmen, que miró á su novio y sorprendió la mirada de odio que lanzó Julián á la bella.

Se fijó en la desconocida, la examinó con esa rapidez que sólo poseen las mujeres para hacer el inventario y pasar balance á una rival.

Aurora hizo otro tanto.

—¡Qué linda muchacha! pensó Aurora.

—¡Ya es vieja y se pinta! observó Carmen.

Y cuando hubo pasado, preguntó á Julián:

—¿Quién es esa mujer?

—¡La reina Margarita!

—¡Ah, sí!

—No, estás confundiéndola con Margarita de Borgoña, respondió Julián ingenuamente.

—¿Pues no fué ésta la causa de tu duelo?

—¡Ah! . . . Ya sabes?

—Por supuesto.

—Quien te dijo. . . .

—Primero un barbero que vive frente á tu casa.

—Barbero había de ser.

—Luego tú en tu delirio, que sólo hablabas de esa mujer y de mi hermana Paula.

—¿Paula? preguntó alarmado Julián.

—Sí. De mí no hablaste nunca.

—¿Qué decía yo?

—¿De quién?

—De Paula.

—¡Qué sé yo! Creo que la confundías conmigo.

—Eso debía ser. En el delirio se cambian los nombres, las figuras, los lugares. Se ve la cara de un individuo en el cuerpo de otro. Es como cuando se tiene una pesadilla. ¿No has tenido nunca pesadillas, Carmen?

—Sí, y espantosas. Por cierto que en una te vi con cuerpo de coyote.

—¿Lo ves? Eso te explica mi delirio.

Y la conversación no pasó de allí, sin que Carmen diese importancia alguna ni al delirio, ni á las explicaciones especiosas de su novio.

Pero Julián quedó preocupado.

Sabía que Cenobio no se había separado un solo instante de su cabecera, y, con razón, comprendía que todo lo había escuchado.

¿Qué pensaría Cenobio? ¿Cómo explicarle aquel delirio en que con tanta insistencia se repetía el nombre de Paula?

¿Qué había dicho Julián en esas horas de dislocación intelectual?

Fácil era averiguarlo, preguntando con maña á Carmen; pero ese medio no estaba libre de peligro, pues podía llamar la atención de la joven tanta insistencia, y despertar su suspicacia, hasta entonces dormida.

—Bien pensado, dijo por fin Julián, hablando consigo mismo; bien pensado no debo haber dicho ninguna barbaridad, puesto que Cenobio nada me ha dicho, ni Carmen tampoco me reconviene.

Ese razonamiento le pareció convincente, y se calmaron sus temores.

Aquel fué el último día que pasaron en la capital.

Ya estaba Julián bastante fuerte para soportar la diligencia; ya estaban hechas todas las compras de regalos para el matrimonio proyectado, del que debían ser padrinos Martín y Luisa.

La fecha no estaba fijada aún, sino provisionalmente,

pues querían que Paula asistiera á la conferencia en que debía resolverse ese punto, puesto que era la hermana mayor, y reemplazaba á la madre.

De todos modos, á mediados de enero tendría lugar la boda, en Huamantla, á donde irían los padrinos y las personas que éstos invitasen, por que las cosas iban á efectuarse con todo fausto.

Segunda edición de las bodas de Camacho, como son las fiestas nupciales de los rancheros ricos de Méjico.

CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO

UN VIAJE DE ENTONCES

I

No empezaron el viaje con buen pie, y para aquéllos que no tengan idea de cómo se viajaba en esos buenos tiempos, que tan lejanos parecen hoy, si no por los años trascurridos, sí por los progresos realizados; para esos, conviene pintar á grandes rasgos ese viaje, siquiera hasta Puebla, para que puedan hacerse comparaciones.

La víspera del viaje fueron los pasajeros á dormir al Hotel de Diligencias, pues debiendo partir el monstruoso vehículo á las cuatro de la mañana, preciso era estar listos á las tres. Tuvieron malas camas, peor vecindario, y pasaron una de aquellas noches que se llaman "toledanas," aunque transcurran lejos de Toledo. Noche de mesón, de fonda ó parada de Méjico, en aquella época.

Á las tres de la mañana, y cuando los desventurados viajeros sentían los primeros conatos de conciliación del sueño, el criado de guardia tocó á la puerta, inexorable y estruendoso, como el ángel del Juicio Final. Todo el mundo se puso prontamente en pie para dirigirse al comedor, donde esperaba otro desengaño con motivo del desayuno.

Algo que se llamaba chocolate, por mal nombre, con garantía de no conocer lo que era cacao, sino alguno de sus succedáneos, como decía un médico, y panecillos que se dejaban comer, componían aquel desayuno en el que se empleaba siempre media hora, merced á la actividad negativa de los fámulos encargados del servicio.

Aquella media hora pareció eterna á los impacientes viajeros, que apenas despacharon su pitanza salieron al patio, bien embozados en sus abrigos, pues en Méjico las mañanas son frías en toda época, y catarros y pulmonías se tropiezan con los madrugadores, aprovechando la menor abertura para colarse y dar al traste con el malaventurado.

Otra media hora transcurrió antes de que el reloj de la catedral diera las cuatro, pesada y lentamente, como si entre campanada y campanada echase un largo bostezo.

Y empezaron á salir las diligencias, una para Guadalajara, con parada en Querétaro, Guanajuato y Lagos; otra para Cuernavaca y otra para Veracruz vía Puebla, Perote y Jalapa.

Esta última tomaron los viajeros, acomodándose como pudieron, pues iba el vehículo completo, es decir, llevaba nueve pasajeros, que iban como sardinas en lata.

Las diligencias son unos coches extraordinariamente sólidos, construídos de manera que soporten impunemente las consecuencias de los caminos nacionales, que eran en su mayor parte verdaderos precipicios.

Los cocheros eran notabilidades, y difícilmente hay en el mundo quien pueda mejorarlos. Aquellos hombres

guiaban nueve mulas ó nueve caballos, á veces salvajes aún, y los llevaban á escape por lugares peligrosos, y los hacían evolucionar con una precisión y maestría como si fuesen animales de circo, acostumbrados á tales manejos.

¡Y á veces hacían jornadas de más de cuarenta leguas!

II

La diligencia se puso en marcha con la vertiginosa rapidez de costumbre, produciendo el ruido infernal que caracteriza á esos vehículos.

El viajero que aprovechándose de la luz de la luna, se hubiese asomado á la ventanilla, hubiese visto desfilar rápidamente las casas de la ciudad dormida, hasta que el decrecimiento del ruido le revelaba la ausencia de empedrado, advirtiéndole que se encontraba ya en el barrio de San Lázaro, por donde no debió pasar Humboldt en su viaje á Méjico.

Aquel barrio, como todos los de la capital entonces, y hasta mucho después, se componía de calles sucias, sin aceras ni empedrado, sucesión de pocilgas y de muladares, madrigueras de ladrones y gente perdida, región donde el lépero nacía y crecía espontáneamente, verdaderas Cortes de los Milagros, que poco ó nada tenían que envidiar á los centros mal afamados de Londres y de París.

Por fortuna para nuestros viajeros, aquel día no salieron los ladrones en San Lázaro, como sucedía con

frecuencia, pues bueno es saber que, por regla general, el primer asalto á la diligencia lo daban antes de salir de la garita. ¡Y hay todavía quien lamente la ausencia de esos buenos viejos tiempos!

Abrieron las puertas de la garita, con la pesadez y lentitud de costumbre, admirándose el guarda de ver que no habían sido molestados los viajeros todavía, y continuó la diligencia por la amplia calzada del Peñón Viejo, á cuya posta llegaron cuando comenzaba á rayar el día.

La luz del sol vino á dar animación al espléndido paisaje.

En efecto, pocos espectáculos hay en el mundo que puedan compararse con el del valle de Méjico cuando lo alumbra el crepúsculo. Magníficas montañas, entre las que sobresalen las erguidas cumbres del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl, cubiertas de nieves eternas; preciosos lagos, bellas campiñas, y multitud de pueblos que por do quiera surgen al rededor de la gran ciudad, que parece una sultana recostada muellemente en magníficos almohadones, aunque la figura peque de cursi por lo manoseada.

Con la luz nació la animación entre los viajeros, calmóse un poco el toser, se dió punto al bostezar, fueron cayendo los embozos y desatándose las lenguas, ya para maldecir la diligencia, ya para admirar el paisaje, ya buscando cualquier otro de esos medios banales de entrar en conversación, tan usados en viajes, y más en aquellos en que las distancias de persona á persona quedan supri-

LOS LADRONES DE RIOFRÍO.

midas gracias á la estrechez del coche y continuo roce de los miembros.

Cuando llegaron á la posta de Ayotla ya eran todos conocidos viejos.

Desde la venta de Córdoba se empezaba á subir por una calzada ancha á través de un bosque espeso de pinos y de encinas, medio destruído por el hacha de leñadores y carboneros, y condenado á desaparecer, como todos los que están cerca de grandes centros.

Á la subida de Riofrío, fué preciso echar pie á tierra, primero porque así lo suplicaron con las maneras más correctas y los términos más perentorios, los bandidos que salieron al paso, perfectamente armados, mejor montados, y ostentosamente vestidos; y segundo, porque aunque la diligencia había quedado aligerada de todo peso inútil, para mayor comodidad de las mulas, y como pretexto á reflexiones filosóficas, los viajeros del sexo fuerte hicieron un rato de ejercicio, lo que contribuyó grandemente á abrirles el apetito.

Á las doce llegaron á Riofrío donde esperaba humeante la sopa, y refocilaron el estómago con un almuerzo menos malo que el que era de temerse en semejantes andurriales, y que no costó más de un peso por estómago.

Volvieron los viajeros á abrigarse con los sarapes que la generosidad de los Cacos les permitió conservar, entraron de nuevo en la diligencia, y peregrinaron su camino, en medio de una neblina espesa, que se enredaba en los árboles, y que calaba hasta los huesos.

Antes de llegar á San Martín, volvieron á salir los ladrones. Éstos no estaban tan bien montados como los de Riofrío, no llevaban armas de lujo, ni cosa que lo valiera. En cambio usaron de modales más persuasivos, apaleando á un joven francés que se mostró rehacio en soltar el sarape en que estaba envuelto.

Los primeros bandidos no respetaron á Cenobio; los segundos parecieron conocerlo y le preguntaron:

—Patroncito. ¿Trae alguna cosa?

—Nada, viejos, sino lo encapillado. Les advierto que estos dos son mis hermanos.

—Buen viaje, patrón, y que Dios los libre de un mal encuentro, le respondieron.

Y se fueron tan campantes.

III

De allí en adelante los viajeros no tuvieron humor para contemplar el paisaje, ni para hablar de otra cosa que de aventuras de ladrones en que habían figurado como víctimas.

—Yo, decía un anciano, he atravesado casi todos los caminos de la República, y declaro que nunca he llegado vestido al fin de la jornada.

—Debíamos habernos provisto de escolta.

—¿Quién quiere Vd. que dé escolta en estos tiempos? Por donde quiera se encuentran las partidas reaccionarias, que no tardarían en apoderarse de esas escoltas.

—Además, dijo el anciano, tengo otra dolorosa experiencia.

—¿Cuál?

—No hay medio más seguro de ser robado que el de llevar escolta.

—¿Cómo así?

—Cuando no roban los ladrones roban las escoltas.

—Es verdad, dijo el francés, y ahora caigo en la cuenta. Siempre que hemos llevado escolta, ésta se aparta de la diligencia en lugares señalados, so pretexto de tomar un atajo, ó se queda atrás, por no poder seguir al coche, y justamente en esos momentos salen los ladrones.

No bien acababa el joven francés de pronunciar estas palabras, cuando se paró de pronto la diligencia que rodaba rápidamente por un terreno plano.

—¿Qué pasa? preguntó el francés.

—Nada, contestó el anciano, son los ladrones.

—¿Otra vez?

—Aquí los tiene Vd.

Y salieron unos indios armados con garrotes, que hicieron bajar á todos con el sacramental: ¡*Azorríllense*! que es tanto como "boca abajo todo el mundo." Administraron otra paliza al francesito, para castigarlo de su manía de declamar, y quitaron cuanto llevaban á todos los pasajeros, sin perdonar á Cenobio y á sus hermanos, dejándolos en paños menores.

Volvieron los viajeros á la diligencia.

Y no paró en esto.

En las cercanías de Puebla, á donde llegaron al obscurecer, salió una nueva partida de ladrones.

—¡Sólo nos queda el pellejo! les gritó el francés incorregible.

—Pues *déquelo* (delo acá) patroncito, le respondió imperturbable el capitán de la cuadrilla.

Y casi era verdad, que nos les quedaba más que el pellejo.

—¿Pues qué, los han robado en el camino? preguntó el jefe con cierta candidez.

—Cinco ó seis veces, contestó uno.

—¡Mire Vd. no más! ¡Y cuánta gente mañosa se encuentra uno en el mundo! Pues vaya, le tiraremos al resto, y nos contentaremos con lo que Dios da buenamente.

Y se aprestaron los bandidos á acabar de despojar de sus ropas á los viajeros.

Entonces Cenobio, se acercó al capitán, y llevándolo aparte le dijo:

—Capitán, yo pagaré por toda esa gente, pero no acabe de desnudarnos.

—¡Don Cenobio! dijo el capitán reconociendo al ranchero.

—Me alegro de que me conozca Vd.

—Ya lo creo. No tenga Vd. cuidado. Vuelva á la diligencia y márchense cuanto antes.

Cenobio comunicó la buena nueva á sus compañeros, que dieron muestras de un gozo tan grande como si les hubieran perdonado la vida.

Y entraron por los barrios de Puebla, que eran tan obscuros, sucios y desamparados como los de la capital, pululando en ellos los mismos *léperos*, desarrapados y desalmados.

¡Ese era un viaje á Puebla hace treinta y cinco años!

Si el lector no es tan viejo, creerá que se habla de cosas ocurridas en la edad media y en países muy remotos.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEXTO

EL PRIMER PASO HACIA EL ABISMO

I

Sin ningún otro accidente digno de mencionarse, llegaron los viajeros á Huamantla, al medio día siguiente y acto continuo tomaron caballos que los llevaron en breves minutos á San Pedrito, donde eran esperados con impaciencia por Paula, quien no salió á recibirlos á Huamantla por no saber á punto fijo cuando llegarían.

La llegada á la Hacienda fué un verdadero acontecimiento para todos sus pacíficos habitantes, que profesaban verdadero cariño á sus patrones, y por ende al *niño* Julián, á quien miraban como un ser aparte, digno de veneración particular.

Paula abrazó con verdadera pasión á Julián, llorando abundantes lágrimas que le arrancaba el placer.

Carmen se bajó del caballo, apenas saludó á su hermana, y se dirigió rápidamente á su habitación, arrojándose de rodillas ante la imagen de San Francisco, para dirigirle una de aquellas oraciones *sui generis* que acostumbraba ella dedicar al santo de su devoción, y que en verdad valían más que todos aquellos rezos que maquinal é instintivamente hacen muchos fieles, y en que ninguna parte toma el corazón.

Juntos estaban en la sala los miembros de la familia, cuando Paula echó de menos á su hermana.

—¿Dónde está Carmen? preguntó.

—Es verdad, contestó Cenobio. Apenas se apeó del caballo cuando desapareció.

—Tal vez esté en su cuarto.

—¡Carmen, Carmen! llamó Paula.

Y entró Carmen en el salón.

Al verla lanzaron un grito, en coro. Grito de asombro y de espanto.

—¿Qué te has hecho?

—¿Qué tienes?

—¿Qué te ha pasado?

Y las preguntas se multiplicaban.

—¡Qué horror! exclamó Julián.

—¡Te has cortado el cabello! gritó Paula.

Así era: la joven, cumpliendo el voto hecho á San Francisco, al salir de la hacienda para Méjico, se había cortado el cabello, por su propia mano, sin atender á que quedara más ó menos parejo.

Y había colocado sus dos magníficas trenzas alrededor del cuadro de la imagen, mientras podía ir á Tlaxcala, para ponerlas ante la imagen milagrosa llamada de la "Defensa," en la que aparece un San Francisco de Asís de rodillas, soportando tres globos azules.

En el primero está el santo de rodillas recibiendo un estandarte con la cruz, de manos de Jesucristo.

En el segundo está Santa Clara recibiendo el estandarte de San Francisco.

En el tercero está San Fernando Rey recibiendo de San Francisco y Santo Domingo el estandarte.

Lo que alude, según dicen, á las tres órdenes de la regla de San Francisco.

Encima de los globos está la imagen de Nuestra Señora del Rosario.

II

—Es una barrabasada lo que has hecho, profirió malhumorado Julián.

—Por tí lo hice, contestó la joven con mansedumbre cristiana.

—Pues debías habérmelo consultado primero.

—En fin, lo hecho, hecho. Bueno sería ahora llamar al barbero de Huamantla para que acabe de tusarte.

—¡Tusarte! repitió Carmen á quien chocó aquel término en boca de su novio.

—Y no tendrá más remedio que cortarte el pelo como lo usan los hombres, añadió Paula, pasando la mano por la cabeza de Carmen.

—¡Y tú que tienes algo de hombruna sin necesidad de eso! prosiguió Julián.

Carmen lanzó á su novio una mirada profunda que trastornó á Julián, quien se apresuró á decir:

—Lo que tal vez añade un nuevo incentivo á tu picante belleza.

—¿De veras? preguntó Carmen en son de burla. Vamos, veo que prefieres á mi belleza picante la dulzura de la reina Margarita.

Julián perdió su serenidad.

—Sólo que la diferencia es grande entre ambas: yo estoy dispuesta á sacrificarme por mi novio, y ella. . . .

—¿Qué historia es esa? preguntó Paula que ignoraba aún la causa y los detalles del duelo de Julián.

—Cosas de Carmen, contestó éste que parecía temer más á Paula que á su novia.

—Bueno sería que nos sirviesen la cena, dijo Cenobio, queriendo cortar por lo sano aquella conversación que se presentaba tan alarmante.

—Todo está dispuesto, contestó Paula. Vamos al comedor.

—Pues andando.

Y pasaron al comedor, donde cenaron casi en silencio, entregado cada uno á sus propias impresiones, y sin preocuparse de las del vecino.

Poco después de cenar y tras corta sobremesa, cada uno tomó su vela y se fué á la cama.

Carmen volvió á tener la pesadilla de los coyotes, en términos iguales ó parecidos á los ya narrados.

III

Desde el día siguiente empezó Julián á hacer la corte á Carmen, y de tal manera se portó, que la joven, recelosa al principio, concluyó por aceptar como buenas tales manifestaciones, olvidó pesadillas y aprehensiones, y se entregó sin reserva á gozar de las delicias de la conversación apasionada de su novio.

Juntos paseaban por el huerto los dos jóvenes, haciéndose las protestas más fervientes, cuando los sorprendió Cenobio que los seguía, sin hacer ruido al pisar.

—¡Hola! les dijo, parece que ya no estamos "de chivo."

—Si nunca lo estuvimos, contestó ingenuamente Carmen.

—Me alegro, porque eso debe quedarse para los tontos que no tienen qué hacer ni en qué pensar.

—Me parece, dijo Julián, que justamente nos encontramos en ese caso, pues no tenemos ni qué hacer ni en qué pensar.

—Se equivocan ustedes, contestó Cenobio con gravedad. El tiempo urge y no hay más que el necesario para hacer las cosas, si es que han de quedar como Dios manda.

—¿Qué cosas?

—Mañana vendrá á comer con nosotros el señor cura.

—¡Qué me alegro que venga mi antiguo preceptor! Has hecho bien en convidarlo.

Es que no sólo viene para verte y comer con nosotros, sino que trae objeto más importante.

—¿Viene á consultarme como abogado?

—No; viene á tomar los dichos á Carmen, y arreglar todo lo relativo al matrimonio.

—¿Al matrimonio? preguntó con extrañeza Julián.

—Sí; es necesario casarse en seguida, Julián; pues lo que se ha de empeñar que se venda.

—Tienes razón, Cenobio.

—Lo dices, objetó Carmen, en un tono que tal parece que lo que piensas es al mal paso darle prisa.

—Traduces mal mi impaciencia, Carmen.

—Dios haga que me equivoque.

IV

Al día siguiente llegó el cura, como lo tenía anunciado, y llegaron también muchos amigos dispuestos á felicitar al nuevo abogado, y hubo fiesta y jarana y comilona, todo con esplendidez y fausto.

Tomaron los dichos á Carmen, previa presentación hecha por Julián, y quedaron para casarse á los dos días, á pesar de la oposición de Julián á que hubiese dispensa de amonestaciones, so pretexto de que eso era de mal agüero y propio de gente que se avergüenza de contraer matrimonio, institución de la que él tenía el más elevado concepto.

—"Institución" no, sino "sacramento," le objetó suavemente el cura, que veía con pena que el abogado se había soprepuesto al canonista, y principalmente al cristiano.

—Me refería á la parte humana del matrimonio, padre.

—Que es inseparable de la divina, Julián, como en todo sacramento.

Julián hubiera querido reargüir, tanto por seguir la costumbre contraída en las aulas, cuanto por lucir su erudición.

Pero comprendió desde luego que el terreno era resbaladizo, y que iba á causar grave escándalo, por lo que con su habilidad acostumbrada, hizo un cuarto de conversión.

—Vd. es siempre mi maestro, padre, dijo levantándose y besando la mano al viejo sacerdote.

—¡Líbreme Dios de semejante presunción!

—Pero ahora que pienso en ello, dijo de pronto Julián; para que pueda celebrarse pasado mañana el matrimonio, se necesita que dé el arzobispo la licencia respectiva.

—Ya ese camino está andado, dijo el cura. Cenobio y yo no somos hombres que descuidan cosas tan importantes.

—¡Sea! exclamó Julián, como si sucumbiese al peso de la fatalidad.

Pero después de un rato de silencio, dijo al cura:

—Sin embargo, hay un punto que ustedes han olvidado, de seguro.

—¿Cuál? preguntó el sacerdote con socarronería.

—Tenemos el compromiso formal, solemne, ineludible, de que Martín Varela y su señora apadrinen nuestra boda.

—¡Ya! dijo el cura.

En ese momento apareció Cenobio.

—Julián, dijo desde la puerta; sal á recibir á tus

padrinos de matrimonio. ¿Mis padrinos? . . balbuceó.

—Sí, hombre, don Martín y doña Luisa. Pero apúrate hombre.

—¡Sea! volvió á exclamar Julián, dando por definitivamente perdido el punto.

V

En efecto, entre Cenobio y el cura habían arreglado todo lo concerniente al matrimonio de Julián, sin decir nada á nadie, obrando con el mayor sigilo y prontitud.

Martín Varela y Luisa recibieron la invitación, para venir á apadrinar el acto, y se les encargó el secreto, diciéndoles se trataba de dar una sorpresa á Julián.

Los esposos Varela compraron los regalos de boda, ricos y elegantes presentes, y para evitar algún accidente, dado el estado en que se hallaba Luisa, hicieron el viaje en un carruaje particular, en vez de la diligencia, y llegaron á San Pedrito en el momento oportuno, con esa puntualidad militar que caracterizaba á Varela.

Julián llegó á tiempo para dar la mano á Luisa, ayudándola á bajar del coche, y abrazó con gran efusión á Martín, después de lo cual vino la presentación á Carmen, la toma de posesión de la casa y el alojamiento de los huéspedes en la mejor habitación.

VI

Cenobio fué á recibir á los demás convidados; el cura se sentó á una ventana á leer el breviario, Carmen y Luisa quedaron juntas, mientras Julián enseñaba la hacienda á Varela, y Paula, como buena ama de casa, se ocupaba en la preparación de la comida.

Á pesar de que el tiempo estaba magnífico, no comieron en la huerta, según el deseo de Julián, sino en el vasto comedor de la casa, donde se colocaron con alguna apretura los muchos convidados.

Pero no bien hubo acabado la suculenta y profusa comida, que recordaba la de las Bodas de Camacho, tan primorosamente descritas por Cervantes, cuando Julián propuso con insistencia salir á la huerta, para respirar el aire libre y dar expansión al ánimo.

—Mejor es que bailemos, si el señor cura lo permite, dijo una de las muchachas.

—Eso es, á bailar, exclamaron en coro doncellas y mancebos.

—¿Qué dice el señor cura? preguntó Cenobio.

—Que el baile es un buen ejercicio, y dichosos los que pueden entregarse á él con honestidad, respondió el sacerdote.

—Pues todo se puede conciliar, insistió Julián. Vamos á pasear á la huerta, mientras se manda por músicos de Huamantla.

—Eso es, dijo Cenobio, dictando las disposiciones necesarias para el caso.

Y salieron los alegres convidados, desparramándose por el huerto, en todas direcciones.

—Toma, dijo Cenobio ¿qué pasa con Paula?

—Pues no ha bajado, contestó Carmen.

—Voy á llamarla, dijo Julián, y echó á correr hacia la casa.

Buscó á Paula en el comedor, en la cocina y en la sala, inútilmente.

Al pasar por delante de la alcoba de su tío, le pareció oir ruido en ella, y se detuvo á la puerta.

—¡Paula! llamó con voz emocionada.

—¡Julián! contestó ella con misterio.

Julián se volvió hacia todos lados como receloso, como quien va á cometer un crimen, y se asegura de la impunidad.

Después cuando estuvo seguro de que no había miradas indiscretas, entró en la habitación rápidamente.

Paula estaba de pie en medio de la cámara.

Julián se llegó á ella en silencio.

Los dos se contemplaron mudos y temblorosos.

De pronto pareció asustarse Paula de aquel silencio, é hizo un movimiento para huir.

Para Julián, rápido como el pensamiento la retuvo por una mano.

Al contacto de aquella mano helada, lanzó Paula un grito ahogado.

Se irguió después y con voz breve é imperiosa, exclamó:

—¡Vete! . . .

CAPÍTULO VIGÉSIMOSÉPTIMO

UNA CATÁSTROFE INESPERADA

I

Al día siguiente amaneció Cenobio algo indispuesto.

Aquella naturaleza enérgica, que resistió tantos días consecutivos de vigilia, al parecer impunemente, quedó resentida, y pagaba la deuda contraída.

Cenobio se levantó al amanecer, como de costumbre, y salió para disponer las faenas del día, con ánimo de regresar cuanto antes para atender á sus convidados y tomar las últimas providencias para la boda que debía celebrarse después de la media noche, á fin de que los desposados pudieran comulgar.

Pero á poco de haber salido, sufrió un vértigo que lo hizo caer del caballo.

Los peones de una cuadrilla lo recogieron y lo llevaron sin sentido hasta la casa, habiéndose adelantado el capataz para preparar el ánimo de la familia.

Á toda prisa mandaron á Huamantla por el médico, quien corrió á la hacienda, á mata caballo; después de reconocer á Cenobio y de haber inquirido cuanto le pareció conveniente, achacó lo acontecido á algún exceso cometido el día anterior con motivo de la comilona y

recetó un purgante asegurando que la cosa no valía la pena.

Julián y Varela, que habían salido á dar una vuelta á caballo, se encontraron sorprendidos, á su regreso, por aquel acontecimiento.

Al saberlo ambos fueron al lecho del enfermo, junto al cual encontraron á Paula.

Cenobio se quejaba sólo de un dolor de cabeza, bastante intenso, por lo que se retiraron en breve Varela y Julián.

—¿Qué tendrá Cenobio? preguntó Julián.

—¡Dios lo sabe! contestó Varela.

—Pero tú que eres médico, puedes averiguarlo.

—Amigo mío, yo estudié medicina en mi juventud; después me dediqué á la carrera militar, de modo que más entiendo de cómo se mata á un hombre sano que de cómo se salva la vida á un enfermo.

—¿Pero crees que sea cosa de cuidado lo de Cenobio?

—Te diré una cosa de las pocas que recuerdo de mis estudios: no hay enfermedad, por ligera que parezca, que no sea peligrosa. En estos casos se sabe como empieza el accidente, nunca como ha de terminar.

—Estás poco tranquilizador.

—Creo que hablo con un hombre.

—Tienes razón.

II

Por la tarde volvió el médico y encontró á su paciente profundamente dormido, en un estado comatoso que le hizo mover la cabeza con aire de descontento.

La temperatura de la piel había aumentado, así como la agitación del pulso.

El doctor recetó y mandó con urgencia á Huamantla á buscar la medicina, disponiendo algunas cosas para enfermos que tenía en la ciudad, y enviando recado á su casa para que no lo esperaran aquella noche.

Los convidados habían empezado á retirarse discretamente á sus hogares.

La alarma de la familia crecía de punto.

—¿Está muy grave Cenobio? preguntó Julián al doctor.

—No lo puedo decir. Noto algo de anómalo, y siento ese terror que inspira lo desconocido.

—De modo que Vd. ignora lo que tiene Cenobio?

—Completamente.

—¿Pero esos síntomas?

—Son los de tres ó cuatro mil enfermedades diferentes.

—¿Es posible? . . . Yo creía. . . .

—Creía Vd. mal. Figúrese Vd. que yo le presentara un libro en cuya carátula leyese Vd. la palabra "Tratado" . . .; y dudase de su ciencia porque no podía Vd. decirme de qué trataba la obra.

—Voy comprendiendo.

—Lo celebro. El vulgo cree que un médico debe diagnosticar desde luego y pronosticar en seguida. Ahora bien, nada es tan difícil en nuestra ciencia como el diagnóstico. El pronóstico en la mayor parte de los casos es un poco á la buena de Dios, y salvo error ú omisión.

—Eso confirma mi opinión sobre la medicina.

—¿Cuál es esa opinión, mi amigo don Julián?

—¿No se ofenderá Vd.?

—¡Vamos! ¡He oído tantas blasfemias, en mi larga práctica! . . .

—Pues mi opinión es que esa ciencia no ha salido aún del período del charlatanismo y del empirismo.

—Hay de todo. El charlatanismo existe por desgracia aún; pero no como Vd. supone. Si los médicos obraran con entera franqueza, hablando á los pacientes como lo hago yo ahora con Vd., perjudicarían al cliente. Todo el que está enfermo, por escéptico que sea, por más que se haya burlado de médicos y de medicinas, siente un gran consuelo desde el momento en que el doctor se acerca á su cabecera.

—Es verdad, murmuró Julián.

—Si el médico se conturba, vacila y confiesa su ignorancia, pierde desde luego su gran acción moral sobre el paciente, ó lo que es lo mismo inutiliza su terapéutica.

—Puede ser. . . .

—Es tan cierto, que yo he calmado fuertes dolores reumáticos á un enfermo, administrándole cucharadas

de agua con azúcar, porque no había otra cosa, y haciéndole creer que era esa la medicina más heroica que se conocía contra el reuma.

—¿Habla Vd. seriamente?

—Palabra de honor. En cuanto al cargo de empirismo, no lo rechazo. Hay mucho de empirismo en nuestra ciencia; ciencia relativamente moderna.

—Empezó con Adán, dijo riendo Julián.

—No, señor licenciado, empezó el día en que se conoció la fisiología. Es decir ayer.

III

La discusión fué interrumpida por un grito que lanzó Paula en la alcoba de Cenobio.

Julián y el doctor corrieron hacia ella, alarmados.

—¿Qué pasa? preguntó el doctor.

—Que Cenobio ha muerto.

—¡Imposible!

—Sí, mírelo Vd. no se mueve, no respira.

El doctor se acercó al enfermo, tomándole el pulso.

—Su temperatura es buena, dijo queriendo calmar la agitación de Paula.

Y casi al mismo tiempo hizo un gesto de disgusto que sorprendió Julián.

—¡Por Dios! doctor, le dijo, ¡hable Vd. con sinceridad!

—Todavía no puedo asegurar nada, contestó el médico con desaliento.

—¿Cómo está el pulso?

—¡No lo siento ya!

—Luego ¿ha muerto?

—No lo creo. Debe ser un síncope.

Y siguió examinando á Cenobio.

No había pulso.

El corazón no latía.

Se le acercó un espejo á la boca, y no lo empañó con el aliento.

—¡Nada! murmuró el médico.

—¿Hay alguna esperanza? preguntó Paula.

—¡Sólo en Dios, que debe haber recogido su alma!

Paula lanzó un grito y cayó desmayada en los brazos de Carmen, que entraba en aquel momento.

IV

Cenobio había muerto, como se ve, casi repentinamente.

Ningún síntoma alarmante se había presentado en el curso de su breve enfermedad, nada que hiciera suponer un desenlace tan rápido y tan funesto.

El doctor hizo cuanto fué posible para reanimar aquel cadáver, tan convencido estaba de que no había habido motivo para muerte tan pronta, y Varela lo ayudó en esa faena.

Pero todo fué inútil.

El doctor consultó con Julián si convendría hacer la autopsia del cadáver, como cuestión científica, como cu-

riosidad de apasionado, ofreciendo embalsamarlo sin cobrar nada por ello.

Mas Julián, después de consultar con Paula, se opuso, recordando que su tío consideraba el embalsamamiento como una herejía, toda vez que las Escrituras dicen "Acuérdate, hombre, que eres polvo y te has de convertir en polvo."

El médico se despidió.

La noticia de la muerte repentina de Cenobio, cundió rápidamente por la población cercana y por las haciendas inmediatas, viéndose de nuevo la casa mortuoria invadida en breve por deudos y amigos.

Paula tuvo un momento de desesperación, que parecía de remordimiento.

Julián se acercó vacilante á ella, sin saber qué hacer ni qué decir; pero Paula le ahorró todo trabajo, haciéndole señas de que se alejara, dejándola entregada á su dolor.

Carmen, que amaba á Cenobio como á un padre, fué la que resistió con más rudeza aquel golpe inesperado, y fué también la que menos manifestaciones hizo.

Se arrodilló ante el cadáver de su hermano, desde que acabaron de tenderlo, y empezó á rezar con el fervor del creyente de alma pura.

Á veces interrumpía sus oraciones, se acercaba al cadáver, lo contemplaba atentamente y exclamaba:

—¡No, Cenobio, no estás muerto. Estás dormido, y pronto vas á despertar!

Y cualquiera que, sin estar prevenido, hubiese examinado el cadáver, hubiera dicho otro tanto.

Cenobio no tenía las facciones descompuestas, apenas se notaba lo que llaman los médicos *facies cadavérica.* Realmente parecía sumergido en un sueño profundo y tranquilo.

Pero las esperanzas de Carmen se frustraban, y eran inútiles sus exhortaciones.

En su apasionado cariño, la joven se dirigió á San Francisco, con la confianza que le inspiraban los favores que ya le había otorgado el milagroso santo, y le hizo la promesa de retardar dos años su matrimonio con Julián si devolvía la vida á Cenobio.

Los que oyeron el voto de la joven la compadecieron, y la exhortaron á la resignación, queriendo retirarla de la pieza mortuoria, sin conseguirlo.

—No, no, repetía ella. Sé que está dormido, va á despertar de un momento á otro, y quiero ser la primera en abrazarlo.

V

Á la media noche pidió Paula quedarse sola con el cadáver.

Parecía tranquila y resignada.

Accedieron á sus deseos. Cerró la puerta así que quedó sola, y se arrodilló ante el cadáver tomándole una de sus rígidas manos.

Así estuvo largo tiempo, en muda contemplación.

Á veces se agolpaban las lágrimas á sus ojos,

y corrían abundantes en medio de sollozos desgarradores.

Y luego se secaban, como por encanto, y volvía á quedar la desdichada viuda en su silenciosa contemplación, sin abandonar nunca la fría mano de Cenobio.

De pronto exclamó á media voz:

—¡Perdón! . . . ¡Perdón! . . .

Y después de largo rato, en que pareció aguardar una señal de parte de Cenobio significándole el otorgamiento del perdón, prosiguió:

—Lo sabes ya todo, porque todo lo saben los muertos. Lees en mi alma, y sabes lo que sufro y lo que siento. . . . ¡Perdón, Cenobio!

Esa pasión ha sido más fuerte que mi voluntad.

No sé cómo empezó. . . . Él lo ignora como yo. . . .

Nunca nos dijimos nada . . . y ocultábamos con cuidado lo que pasaba en nuestro corazón. . . . ¡No puedo más! . . .

Una tarde nos encontramos de improviso, sin premeditación.

Hizo Paula una larga pausa, y después prosiguió:

Perdónalo, Cenobio, y que pague yo por los dos, puesto que la culpa entera es mía.

—¡Perdón, para Julián!

Y lanzó Paula un grito de espanto, de horror, poniéndose rápidamente en pie.

Al pronunciar el nombre de Julián le pareció que el cadáver se había estremecido, oprimiéndole la mano.

Y creció su espanto al ver que, en efecto la diestra

de Cenobio que había ella conservado tan largo rato entre las suyas, estaba contraída.

Retiraron á Paula de la cámara, obligándola á tomar una poción y á recogerse, volviendo Carmen á ocupar su puesto.

Julián no había entrado á ver á Cenobio.

Desde que recibió la noticia de la muerte, y acompañó al doctor á hacer las últimas pruebas para convencerse del fallecimiento, no había vuelto á acercarse al cadáver.

Se entretenía afanoso en todo lo concerniente á los funerales; buscaba toda clase de pretextos para no entrar en la habitación, ni encontrarse á solas con Carmen.

Parecía temer un reproche de parte de su primo, á pesar de que aquellos labios estaban sellados por la muerte, para toda la eternidad.

Cerca de la madrugada se atrevió á buscar á Paula para preguntarle cómo seguía.

La encontró sola, arrodillada ante una imagen.

—¿Cómo estás? preguntó desde la puerta, temeroso de que volviera á rechazarlo su cómplice.

—Mejor, gracias. Ya he descargado mi conciencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que le confesé nuestro crimen.

—¿Á quién?

—Á Cenobio.

—¿Cuándo?

—Hace un rato, cuando me oíste gritar porque me apretaba la mano.

—Eso lo soñaste.

—Esa es la verdad. Sentí su mano más fría que el hielo, y que poco á poco se fué cerrando, sin quererme soltar, y su frío me llegaba al corazón.

Á pesar de su escepticismo, Julián se estremeció y sintió que se le erizaban los cabellos.

—Anda, prosiguió Paula, anda y mira como tiene abierta la mano izquierda, y cerrada la derecha, que fué la que me oprimía.

—¡Dios mío! . . . ¿Para qué hablaste?

—Necesitaba su perdón . . . al menos para ti.

—Esa falta no se perdona nunca, Paula.

—Él nos perdona, Julián. . . .

—¿Cómo lo sabes?

—Mientras he estado sola aquí, rezando, he visto á Cenobio.

—¡Deliras, Paula! murmuró Julián temblando.

—Lo vi, como te estoy viendo.

—¿Y no tuviste miedo?

—No, á pesar de ser tan cobarde.

—¿Y te habló?

—Sí, me dijo que me perdonaba, con una condición.

—¿Cuál? preguntó Julián ansioso, como el náufrago que ve cerca una tabla de salvación.

—Te lo diré después que hayan enterrado el cuerpo.

—¿Por qué no ahora?

—Porque así lo ha mandado él.

—Te juro que obedeceré lo que él ordene por tu boca, exclamó Julián, satisfecho al ver que había un modo de transigir con su conciencia.

CAPÍTULO VIGÉSIMOOCTAVO

EN EL CEMENTERIO

I

El doctor volvió á la hacienda al día siguiente, por la mañana, y de nuevo inspeccionó el cadáver, sin poder explicarse la causa de aquella muerte repentina.

No era una congestión cerebral, pues no presentaba las huellas inequívocas que deja ese fenómeno. Ni tampoco podía achacarse la muerte á una congestión pulmonar fulminante.

Debía haber una lesión orgánica; algo como un aneurisma en el corazón.

El médico repitió sus gestiones para que le permitiesen hacer la autopsia; pero todo fué inútil, por lo que se procedió al entierro.

En aquella época el clero tenía una gran intervención en todos los actos de la vida, y hasta en la muerte.

Se apoderaba del niño antes de nacer, por las rogativas y las preces para el alumbramiento, y no lo abandonaba sino cuando lo cubría la losa del sepulcro.

Hoy pasa todavía lo mismo, pero no es tan general, y, sobre todo, no es tan ostensible.

Todo el clero de Huamantla, y siempre ha sido numeroso y más aún en la época á que nos referimos;

todo el clero de Huamantla se dirigió procesionalmente á la hacienda de San Pedrito, con cruz alta y hachones y multitud de monacillos.

Cenobio era miembro de muchas cofradías y hermandades, mayordomo de algunas de las más importantes, y además gozaba de gran estimación por sus virtudes y por su generosidad.

Sin contar con que era rico y todas esas ceremonias son costosas.

Las simpatías de que gozaban Cenobio y su familia, la riqueza de ésta, y la ostentación del entierro fueron incentivos y causas bastantes para que la población entera hiciese una fiesta del acontecimiento, cerrándose los establecimientos, y dirigiéndose el gentío al camino de San Pedrito.

II

En el féretro más lujoso que pudo encontrarse, se depositó el cadáver, al medio día.

Á las tres, y aprovechando la ocasión de que el sol estaba cubierto por grandes nubes, salió el duelo de la casa, después de las ceremonias religiosas de costumbre, á las que asistieron Carmen, Paula y Julián, con toda la servidumbre de la hacienda.

Después tomaron los peones el féretro, y lo llevaron en hombros hasta la iglesia parroquial de Huamantla.

Á cada cien varas, poco más ó menos, se relevaban los cargadores.

Á medida que la comitiva se acercaba á la población,

iba aumentando, y cuando llegó á la iglesia era tan numerosa, que no podía hallar cabida en el templo.

La ceremonia fué larga, y cuando volvieron á ponerse en marcha, soplaba un viento frío y penetrante, que hacía presagiar lluvia.

El cielo estaba completamente cubierto por negras nubes.

La concurrencia empezó á menguar desde la misma iglesia, donde quedaron muchas personas rezando por el descanso del alma del finado.

Después, á medida que avanzaba hacia el cementerio, iba disminuyendo la muchedumbre, y cuando llegaron al lugar del reposo eterno, apenas quedaban los que como dolientes representaban á la familia, el anciano cura con sus acólitos, los peones y algunos amigos.

Concluídas las postreras ceremonias ante la fosa abierta, cayeron algunas gruesas gotas de agua, que acabaron de dispersar á la comitiva.

Cada uno tomó por su lado, apresuradamente, dejando encomendado el cadáver á los enterradores, que eran dos compadres.

Los enterradores se refugiaron donde pudieron, mientras pasaba el agua.

Ésta fué más bien una amenaza; no pasó de unas cuantas gotas gruesas y el viento pareció arrastrar á lo lejos la tempestad.

III

Cuando cesó el agua, volvieron los enterradores á donde yacía el cuerpo de Cenobio.

La fosa estaba concluída, y revestida con una hilera de ladrillos, para formar la bóveda.

—Compadre, dijo uno de los enterradores, me parece que entre los dos no vamos á poder echar á este cristiano al hoyo.

—Tienes razón, compadre, don Cenobio era mucho hombre.

—Tendremos que buscar quién nos dé una *manita*.

—Pero aguárdate, compadre, que vale más que estemos solos.

—¿Qué hay?

—¿Viste á don Cenobio antes que lo metieran en la caja?

—No, compadre, no estuve en la hacienda. Me quedé aquí para abrir el agujero y arreglar lo de la albañilería.

—¿No te acuerdas de haber visto una sortija que traía don Cenobio en la mano izquierda?

—¡Cómo que si me acuerdo! Con una piedrota.

—Que es un brillante y que debe valer un pico gordo.

—Y que no la llevaba todos los días, sino cuando repicaban fuerte.

—Pues bien, compadre, yo estuve en la hacienda, y vi meter al difunto en la caja.

—¿Y qué?

—Que se olvidaron de quitarle la sortija.

—¡No, compadre!

—¡Como te lo cuento! Lo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Y los dos compadres lanzaban miradas furtivas al féretro, como si con ellas quisieran atravesar la madera y cerciorarse de que no habían quitado el anillo de brillantes.

—¿Y si te has equivocado, compadre?

—Por esta luz que nos alumbra que no me equivoco. Me fijé bien, y estuve pendiente hasta que acabaron de atornillar la tapa y nos pusimos en camino, y no he perdido de vista al muerto.

—¿Y qué haremos, compadre?

—Pues eso digo, ¿qué haremos?

Y los ojos de los dos enterradores brillaban de concupiscencia.

—¡Será una lástima que se pierda!

—Ó que otro lo sepa, y nos gane por la mano.

—¿Se habrán ido todos?

—Todos se fueron. Pero para mayor seguridad vamos á hacer una cosa.

—¿Qué cosa, compadre?

—Mientras yo desatornillo la caja, tú, encaramado en la tapia, estás de centinela, y si alguien viene, me chiflas.

—Bueno, compadre. ¿No tendrás miedo de quedarte solo con el muerto?

—¡Bah, compadre! No es esta la primera vez que

duermo en el camposanto, contestó el truhán de un modo significativo y siniestro.

—Pues al avío.

—En cuanto esté desatornillada la caja, te chiflo también para que vengas.

—Y con la ayuda de Dios, compadre.

Y mientras uno de los facinerosos se puso de centinela sobre la tapia, según habían convenido, el otro sacó un cuchillo y empezó la operación de destornillar, con una habilidad que revelaba desde luego una práctica poco común.

En breve quedó terminada la operación, y lanzó el truhán un silbido prolongado.

El compadre que estaba de centinela echó una ojeada circular, para cerciorarse de que nadie los interrumpiría en la tarea, y corrió donde estaba el féretro.

—¿Está la sortija? preguntó al llegar.

—No sé, todavía no he quitado la tapa. Pesa mucho.

—Vamos á ver.

Y cada uno de ellos tomó la tapa por un extremo, la levantaron y la pusieron al lado de la huesa.

El cuerpo de Cenobio no estaba amortajado.

Uno de los enterradores se lanzó sobre la mano izquierda del cadáver, como un ave de rapiña sobre su presa.

Lanzó un grito de alegría. Efectivamente allí estaba la famosa sortija ostentando el magnífico brillante que tanto llamara la atención del bandido.

IV

—¿Cuánto valdrá eso, compadre?

—Pues á la verdad no sé; pero creo que bien valdrá un saco de pesos.

—¿Mil duros?

—Como medio.

—Es mucho dinero, compadre.

—Nunca por mucho trigo es mal año.

—¿Y qué haremos con la sortija?

—Venderla en Puebla, compadre.

—¿Y si nos preguntan de dónde la cogimos?

—Yo tengo quien compre sin meterse á catecismo.

Eso quería decir: sin preguntar tanto como lo estás haciendo tú.

—¿Y no iremos á la *chinche*?

—La cárcel no se ha hecho para mí. Si tienes miedo, déjame todo el negocio.

—No, compadre, no es para tanto. Es que como todavía soy recluta. . . .

—Pues ya te volverás veterano, y basta de lengua. Quítale la sortija.

—Compadre, . . . yo. . . .

—¿Tienes miedo? Es para que te vayas fogueando.

—La verdad, me parece que me está mirando. . . .

—Si tiene los ojos cerrados.

—Los tiene entreabiertos.

—Pero no miran.

—Vamos, que no puedo, por más que haga de tripas corazón.

—Mira, compadre, y aprende, que no siempre he de estar á tu lado para ayudarte.

Y dirigiéndose al cadáver, le dijo:

—Oiga, *vale,** *deque* la mano.

Le tomó la mano, y procuró retirar la sortija.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos.

El dedo se había hinchado, y no era posible sacar el anillo.

El recluta era supersticioso y empezó á azorarse.

—¿No la quiere soltar, amigo? preguntó con mofa el veterano.

—Oye, compadre, dijo el otro, vale más que se la dejemos.

—Primero le dejo mis orejas.

—¿Qué vas á hacer? preguntó el recluta alarmado al ver á su compañero recojer el cuchillo.

—Pues á ver quien de los dos puede más.

—Compadre, eso es pecado.

—Compadre, que el demonio cargue contigo. Mira que está obscureciendo y tenemos que acabar el entierro.

—Pues acabemos, compadre.

Y el veterano, como si no esperara más que la conformidad de su compañero, empezó á cortar el anular donde estaba el codiciado anillo.

---

* *Vale.* Apócope de valedor; amigo.

Y con gran asombro de los dos profanadores de cadáveres, vieron saltar un chorro de sangre, de la vena herida.

Ambos lanzaron un grito de sorpresa primero y luego de espanto.

El recluta se sintió sobrecogido de un terror pánico.

—¡Sangre! dijo el veterano con extrañeza.

—¡Sí, sangre!

—Es la primera vez que veo sangrar á un muerto.

La sangre seguía corriendo, cada vez más abundante.

—¿Qué hacemos? preguntó el recluta.

Y el otro, queriendo hacer alarde de un valor á lo don Juan Tenorio, contestó:

—Pues vas á verlo. Si no está bien muerto, voy á rematarlo, cortándole la cabeza.

Y recogió el cuchillo que había dejado caer en el primer momento de espanto, y se dirigió al cadáver, sin que su cómplice se atreviese á detenerlo.

Pero al llegar á consumar su bárbara profanación, se encontró con que el cadáver tenía los ojos abiertos, y se contuvo horrorizado.

Después vió parpadear al cadáver y, por último, oyó un grito ronco, estridente, incalificable é indefinible, pronunciando su nombre.

El recluta se acercó al féretro y vió moverse al cadáver.

Entonces ya no pudieron contenerse, retrocedieron espantados, andando de espaldas.

Y después, cuando vieron que Cenobio se incorporaba

penosamente y se sentaba en la caja, dieron á correr como almas que persigue el diablo; lanzando gritos de terror, y sin volver el rostro, brincaron la tapia, sin atender á buscar la puerta, que estaba abierta.

Al ir el veterano á saltar, se sintió detenido por la manga de la camisa.

Pugnó por zafarse, y perdió el sentido, rodando por el suelo.

El recluta no paró hasta la casa del cura, á quien fué á confiarle, por vía de confesión, el milagro que había presenciado.

Y provocado, hasta cierto punto.

CAPÍTULO VIGÉSIMONOVENO

LA FAMILIA DEL MUERTO

I

La escena de la despedida del cadáver había sido desgarradora. Carmen se lanzó sobre el féretro, y, abrazada á él, suplicaba que no se llevaran á su cuñado, pues no estaba muerto, y en breve despertaría.

Julián, presa del dolor y del remordimiento, estaba abatido.

—Tiene razón, decían los circunstantes. Hombres como Cenobio se ven pocos en el mundo.

—Era un padre para los suyos.

—Y padre ejemplar.

—Una providencia.

—Y Julián lo amaba como si fuese su hijo.

—¡Qué desgracia!

Esa conversación llegaba en jirones hasta Julián, quien al oir elogiar su conducta para con Cenobio, sentía crecer su remordimiento, y, por primera vez en su vida, se avergonzó de su hipocresía.

Varela, después de conferenciar con Luisa, resolvió salir inmediatamente después del entierro, para Puebla.

Habló con Julián, le explicó lo delicado del estado de Luisa, y convino en salir sin despedirse, y así lo hizo.

II

Después que salió el cadáver, Carmen se refugió en su dormitorio y se entregó á la desesperación.

Julián también se refugió en su habitación, cayó desfallecido en una butaca, se cubrió el rostro con ambas manos, sollozó largo rato, y quedó luego sumergido en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia.

Paula había quedado sola en el dormitorio conyugal, y era la que conservaba mayor serenidad.

Se habría dicho que estaba completamente consolada, ó que nada le importaba la pérdida de su marido.

Y así pasaron largas horas los tres, aislados, cada uno en su habitación.

Cuando cerró la noche, Paula tuvo miedo.

Se fué al dormitorio de Carmen, encontró cerrada la puerta y por más que tocó y suplicó, la joven no contestó, bien porque no quisiese ó porque estuviese profundamente dormida.

Paula sospechó que su hermana no estaba en la habitación, sino en la de Julián, y el demonio de los celos le desgarró el corazón.

Fuése á la alcoba de Julián, encontró la puerta entornada, empujó y entró.

Pero reinaba una obscuridad tan grande que no se veían ni las manos.

Llamó á Julián en voz baja primero, luego con más fuerza, sin obtener respuesta.

Y sintió miedo al escuchar su propia voz repetida y desfigurada por el eco.

Volvió á su habitación, amedrentada, y le pareció que una sombra le impedía el paso.

Creyó ver á Cenobio reprochándole su conducta repugnante.

Retrocedió y maquinalmente tomó la escalera, bajó al huerto y caminó al acaso.

Á poco andar distinguió entre las tinieblas una sombra que se movía y se detuvo.

Le pareció que era Julián.

Se acercó y lo reconoció.

Julián estaba tan abstraído que no notó la presencia de Paula, y dió un salto de lado al sentirse tocado en el hombro por ella.

—Soy yo, Julián.

—¡Qué susto me has dado! dijo el joven ingenuamente.

—Muchos he sufrido yo hoy, y por eso tengo miedo de encontrarme sola. Te buscaba.

—Aquí me tienes.

—¿Dónde está Carmen?

—No sé.

—Creí que estaba contigo.

—Ya ves que te equivocaste.

—Y por eso te buscaba con mayor ahinco.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que hablar. Siéntate en este banco. Aquí nadie nos puede oir, y lo que vamos á decirnos no lo debe oir nadie.

—Paula, ¿no será mejor que esperemos á mañana?

—No. Ofrecí al cadáver de Cenobio que lo haría sin pérdida de tiempo, y tengo que cumplirle mi promesa, para que nos perdone.

—Habla, dijo Julián abatido.

—Julián, espero que comprenderás que ya es imposible tu matrimonio con Carmen.

—Sí, Paula. Hace tiempo que así lo he pensado, pero no podía romper con ella, porque hubiera sido un escándalo.

—¿Escándalo? ¿Por qué?

—¿Qué hubiera pensado Cenobio? ¿Qué pretexto hubiera yo podido invocar? ¿Además, pensé que al romper con ella, no podía continuar viviendo en la misma casa que ustedes, ni lo hubiera consentido Cenobio.

—Es verdad. Pero ya han desaparecido todos esos motivos.

—¡Ay, sí! ¡Por desgracia!

—Desgracia que yo también lamento, Julián. Mas ya eso no tiene remedio, y bueno es que nos ocupemos de lo porvenir.

—Como quieras.

—Con el pretexto del duelo que tenemos, pueden suspenderse las amonestaciones, y en ese tiempo buscarás el modo de reñir con Carmen, porque repito, ese matrimonio es imposible.

—Sí, imposible, convengo en ello.

—Y después de pasado el luto, nos casaremos tú y yo.

—¿Qué dices? preguntó alarmado Julián que no esperaba semejante salida, y menos aún en ese momento y en semejante lugar.

—Digo que nos casaremos tú y yo.

—¿Y qué dirá la gente?

—Dirá lo que quiera. No es la primera vez que se ven estos matrimonios. Tú eres hombre libre, yo soy mujer libre, nada se opone á nuestra unión; unión que creo ya existe.

—No hables de eso, Paula.

—¿Por qué no? Sábelo que esa es la condición impuesta por Cenobio para perdonarnos.

—No, Paula, me da horror pensar en ello.

—¿Es decir que te inspiro horror?

—No, no es eso, por el contrario, nunca me has parecido más digna de cariño que hoy, que necesitas consuelo.

—Es que no te pido compasión.

—Ni yo te hablo de ella. Pero reflexiona, Paula, en todo lo que van á decir la envidia, la calumnia, la maledicencia el día en que se vea que dejo á tu hermana para casarme contigo.

—Por más que digan, Julián, por más que inventen, nunca podrán decir ni inventar algo peor ni más vergonzoso que la verdad.

—Tienes razón. Pero tengamos siquiera el pudor

bastante para no exhibir ante el público nuestra podredumbre.

—¡No hablabas así hace tres días! dijo Paula rompiendo á llorar.

—Vamos, no llores. No tomes mis palabras en un sentido injurioso, que bien sabe Dios que nada está tan lejos de mi ánimo como decirte algo que te desagrade.

—¡Yo me voy á matar! dijo Paula con desesperación.

—Ten calma. Haré lo que quieras, nos casaremos cuando te plazca, daremos ese escándalo; sí, Paula, porque ese será un escándalo.

—Ya verás como nadie lo toma á mal.

—Y si lo toman poco nos importa. De todos modos, nuestras vidas están encadenadas, estamos malditos y debemos hundirnos juntos.

—¡Cállate! . . . dijo Paula alarmada.

—¿Qué te pasa? preguntó en voz baja Julián.

—Me pareció oir ruido de pasos.

—Algún pájaro en las ramas.

—¡Tengo miedo! dijo ella refugiándose en los brazos de Julián.

—Desecha esos temores. ¿Quién quieras que ande en el huerto á estas horas?

—Tal vez Carmen.

Y como si el acaso se hubiese encargado de desvanecer esa conjetura, vieron los dos amantes en ese mismo momento á Carmen encender luz en su habitación,

abriendo las ventanas, como si tuviera necesidad de respirar el aire libre.

—Ya ves que no puede ser Carmen.

—¡Qué vida de zozobras vamos á arrastrar!

—Oye, Paula, ¿no te parece conveniente que nos vayamos de esta hacienda?

—Te lo quería proponer.

—Mañana mismo voy á disponer lo necesario en Agua Zarca, para que sin pérdida de tiempo nos traslademos allí.

—Mañana nos iremos, Julián; que mientras esté aquí me parecerá tener á mi lado la sombra de Cenobio, espiándonos.

—No vuelvas á mentar su nombre.

—¿Oíste ese ruido?

—No, nada he oído . . . vamos, Paula, no sea que este aire húmedo y frío te haga daño.

—Espera, todavía no. Mejor estamos aquí. Me parece que en cuanto entramos en la casa quedamos separados para siempre. Aquí estoy á tu lado, recostada en tu hombro, siento tus brazos que me estrechan, y eso me hace olvidar angustias y zozobras.

III

Hubo un momento de silencio.

Julián estrechó á Paula contra su pecho, y al contacto de aquel cuerpo, fueron desapareciendo aprehensiones y temores.

La impresionable fantasía de Julián olvidó en breve el remordimiento, no pensó más en Cenobio; y en cambio reconstituyó todas las escenas de sus amores, y sintió circular la sangre, precipitada y ardiente por las venas.

Paula, con la cabeza reclinada, sentía la influencia del estado en que se encontraba Julián.

Su aliento abrasaba.

—¡Paula! exclamó él.

—¡Julián! respondió ella.

No eran palabras articuladas.

Eran esos sonidos, esas notas vagas que no son de ningún idioma, ni pertenecen á familia animal determinada.

Esas interjecciones de la Naturaleza, que se encuentran en la palma que desgaja su penacho al soplo de la brisa cálida para dejar caer una cascada de florescencia.

Esos rumores del ciervo en el bosque, husmeando el aire; del pájaro formando el nido.

El himno de la pasión, siempre solemne, para el reptil en el lodo, para el pájaro en el aire, para los astros en el espacio.

De esa pasión más ardiente, mientras más impura; más arrebatadora, mientras más criminal.

Verdad que, afortunadamente, es la que más pronto muere.

Pero muere matando el alma que le ha dado abrigo, envenenándola con el tósigo del hastío y de la repugnancia.

—¡Paula! . . .

—¡Julián! . . .

Repitieron una, diez veces aquellos dos seres, multiplicando sus caricias y engañando al deseo.

—Júrame que jamás amarás á otra mujer.

—¡Te lo juro por mi salvación! contestó Julián con acento apasionado.

Después quiso sentar á Paula sobre sus rodillas.

Se separaron sus rostros.

Paula se detuvo, como queriendo contemplar las facciones de Julián, á pesar de la obscuridad, que sólo permitía ver los bultos, el conjunto, y no los detalles.

De pronto lanzó un grito de terror, y se deshizo de los brazos de Julián.

Julián, á su vez se puso en pie, asustado, sin saber por qué.

—¡Cenobio! dijo ella, trémula, señalando una sombra que aparecía detrás del banco en que habían estado sentados.

—¡Cenobio! exclamó Julián.

—¡Miserables! les contestó una voz ronca y cavernosa. ¡Miserables!

—¡Perdón! gritó Paula cayendo de rodillas.

La sombra avanzó pesadamente, rodeando el banco, se llegó hasta Julián que estaba frío, sin movimiento, y le dijo:

—Fuí tu primo, tu hermano mayor, tu padre. Todo lo sacrifiqué por ti, todo lo que tuve fué para ti, y lo único que me reservé fué el amor de esta mujer.

Ese fué el árbol del bien y del mal que planté en tu paraíso. ¡Pecaste, y vas á morir! ¡Maldito seas!

Y se arrojó la sombra sobre Julián, que no se defendió, y lanzando un grito desgarrador llamando á Carmen, cayó por tierra, como herido por el rayo.

Paula horrorizada se puso en pie. Galvanizada por el mismo terror que le produjo el grito de Julián, quiso correr.

Pero sintió una mano de acero que la agarró por el hombro, y la obligó á caer de nuevo de rodillas.

—¡Perdón, perdón! gritó.

—¡Maldita seas tú también! le respondió la sombra.

Y tomándola por las trenzas la obligó á echar la cabeza hacia atrás, y la degolló como si fuera una res, en medio de los gritos de espanto y de angustia de Paula, llamando también á Carmen.

IV

Á los gritos de su hermana y de Julián, se alarmó Carmen, que estaba á la ventana de su dormitorio.

Y creció su alarma al oir aullar lúgubremente á los perros de la hacienda.

Cuando se convenció de que no era obra de su fantasía, sino que realmente eran sus hermanos quienes daban tales voces de desesperación, voló hacia el huerto, llamándolos.

La voz del fantasma le sirvió de guía.

Llegaba Carmen al lugar de la catástrofe en momentos en que Paula lanzaba su último quejido, ahogado por un mar de sangre.

En aquel instante, la tempestad, que había estado amenazando, se desató terrible, espantosa.

Á la luz de los relámpagos que se sucedían casi sin interrupción, vió Carmen el pavoroso espectáculo.

Paula yacía en tierra; junto á su cuerpo se hallaba el de Julián, pugnando por levantarse, en medio de las ansias de la agonía.

Cerca de ellos, el espectro de Cenobio en pie, queriendo apagar su sed de odio y de venganza, contemplando aquella agonía espantosa.

—¡Ah! . . . gritó Carmen . . . ¡la escena de los coyotes! . . .

Y cayó desmayada.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

LA CATALEPSIA

I

Como se debe haber comprendido ya, Cenobio no había muerto.

Había sufrido un ataque de catalepsia, y su muerte había sido aparente.

El desgraciado sintió morir rápidamente su cuerpo y paralizarse todos sus movimientos, conservando la vitalidad del alma en toda su fuerza y vigor.

Persistían la memoria completa, el entendimiento claro y la voluntad firme, pero impotente.

Cenobio quería abrir los párpados que tenía entornados, pero eran vanos los esfuerzos de su voluntad para traducirse en hechos.

Veía y oía perfectamente, dándose cuenta de cuanto se hacía y se hablaba cerca de él.

—¿Qué, será esta la muerte? se preguntaba el desgraciado ranchero.

Y no le quedó duda de que estaba realmente muerto cuando lo oyó asegurar al doctor de una manera tan firme y resuelta.

—¿Quién podría saberlo mejor que el médico?

II

Mientras estuvo tendido, echó de menos la presencia de su primo.

¿Por qué no se acercaba Julián al cadáver? ¿Por qué había dejado á otros el cuidado de vestirlo?

Eso no lo hubiera él hecho jamás con Julián.

Cuando fué Paula á arrodillarse junto á él y le tomó una mano, sintió una inmensa gratitud hacia la pobre viuda.

—¡Pobrecilla! ¡Tan joven y tan buena! pensó.

Y luego añadió para consolarse.

—Pero Julián no la abandonará, y seguirán viviendo los tres unidos.

Entonces fué cuando Paula tuvo la ocurrencia de hacer su confesión al cadáver, contándole su infidelidad y su infamia.

Cenobio, que la escuchaba atentamente, sintió horror hacia aquella mujer á quien adoraba un momento antes, y comprendió por qué Julián esquivaba entrar en la sala donde estaba él tendido.

Hizo un supremo esfuerzo de voluntad para retirar la mano que conservaba entre las suyas la adúltera, y fué tal esa voluntad, y tan formidable el esfuerzo, que logró contraer los dedos, apretando la mano de Paula, quien lanzó un grito de terror.

Cuando metieron el cuerpo en el féretro, sintió un consuelo Cenobio. Ya, al menos, iba á dejar de ver á

esos dos seres en quienes había reconcentrado su existencia y que le eran tan odiados.

Sin embargo, la obscuridad en que quedó sumergido, y aquella supervivencia de sus sentidos, empezaban á alarmarlo.

La insistencia de Carmen para que no lo enterraran, porque no estaba muerto, sino dormido, aumentó esa alarma.

Recordó entonces varias anécdotas de personas á quienes habían enterrado vivas, principalmente en tiempo del cólera, y cuyos esqueletos habían sido encontrados en actitudes que revelaban una lucha desesperada en medio de una agonía espantosa.

Quiso gritar, pero todo fué inútil.

Quiso tocar con el pie la tapa del féretro, tocar con las manos, llamar la atención de alguna manera, para demostrar que no estaba muerto.

Pero todo en vano.

Y aquel hombre, que al principio cuando oyó afirmar al médico que estaba muerto, se conformó con su suerte, sintió un deseo vehementísimo de vivir á todo trance, por más que estaban destruídos todos sus ideales.

Es verdad que los había sustituído con el odio; y el odio es un resorte mucho más poderoso que el amor.

III

Cenobio tuvo miedo cuando sintió que lo sacaban de su hogar, para llevarlo al cementerio.

Y ese miedo se convirtió en terror cuando sintió que lo ponían en el suelo, y oyó alejarse á los últimos acompañantes.

Mas luego, cuando los enterradores entablaron el diálogo consignado ya, sobre la sortija de brillantes, sintió Cenobio renacer sus esperanzas.

Al menos volvería á ver la luz del sol, antes de sumergirse de nuevo en la obscuridad eterna.

Destaparon el féretro, y experimentó Cenobio una sensación profunda de bienestar, quedando entonces, por la primera vez, firmemente persuadido de que no estaba muerto.

¿Pero cómo darlo á entender á aquel par de forajidos?

Cenobio quería ofrecerles una fortuna con tal de que lo respetaran, de que no lo enterraran, y de que fueran á prevenir al médico.

Luchaba su voluntad contra la impotencia de su cuerpo.

Vió á uno de los compadres tomar el cuchillo para cortarle el dedo, y quiso gritar.

La sangre que brotó, causando espanto á los profanadores, devolvió la vida á Cenobio.

Sin esa sangría providencial, su muerte hubiera sido inevitable.

Merced á ella, cuando el veterano volvió con el cuchillo, para cortarle la cabeza, pudo abrir los ojos, moverse después, é incorporarse al fin, produciendo el pánico en los enterradores, que huyeron despavoridos.

IV

Cenobio se sentó penosamente. Miró hacia todos lados y respiró cada vez con más fuerza, como si quisiera tomar de nuevo posesión de la vida, por medio de los pulmones.

En seguida probó á levantarse. La cabeza le pesaba como si fuera de plomo, y sentía las piernas agarrotadas.

La sangre seguía brotando de la herida del dedo, lo que le produjo una sensación dolorosa.

Se quitó la corbata que llevaba al cuello, y se vendó con ella la herida.

Pasado largo rato se pudo poner en pie; pero no logró dar un paso.

Volvió á sentarse para recobrar las fuerzas perdidas.

Entonces pasó revista á todo lo que le había acontecido desde el día anterior, en que sufrió la catalepsia.

Y se sintió indignado al recordar la negra ingratitud y perfidia de su primo y de su mujer.

Como por encanto recobraron sus músculos la fuerza y la elasticidad, y cual si lo impulsase un resorte, se puso en pie.

Luego extendió el brazo en ademán de amenaza y pronunció con voz ronca la palabra:

—¡Morirán!

La primera palabra que profería al volver á la vida, era aquella terrible sentencia de muerte.

Miró hacia el suelo, y le llamó la atención el brillo del cuchillo de que el veterano se había servido.

Lo recogió y lo contempló con una sonrisa infernal.

—¡Morirán! repitió.

Y como si el eco de su voz le proporcionase una embriaguez desconocida y agradable, prosiguió hablando en voz alta:

—La Providencia así lo quiere. La prueba es que todo lo ha dispuesto de manera que yo me enterase de la traición, y castigase el crimen.

Luego contemplando el arma y blandiéndola añadió:

—¿Qué más prueba puedo apetecer?

Y se puso en marcha, cuando la noche acababa de cerrar.

Afortunadamente para él, encontró abierta la puerta del cementerio, y salió por ella, andando lenta y pausadamente al principio, haciendo frecuentes paradas para tomar aliento.

Mas á medida que pasaba el tiempo, recobraba sus fuerzas, hasta que se encontró en la plenitud de su vigor.

V

¿Qué iba á hacer? ¿Cómo realizar sus proyectos de venganza?

Pensó primero ir á casa del cura, y pasar allí la noche.

Pero también pensó, y no sin razón, que le sería imposible ocultar su propósito al sacerdote que con tanta frecuencia lo oía en confesión, y que era su Mentor en todo y para todo.

Y era seguro que el cura lo disuadiría de su propósito, obligándolo á perdonar, y tendría él que obedecer.

Después pensó acogerse en la casa de algún peón de confianza, y, por último, pensando en los culpables, sintió enardecer su ira, y enderezó los pasos hacia la hacienda, caminando con la soltura y rapidez de sus mejores días.

Evitó entrar en la población, dando un largo rodeo, y tomó el camino que conduce á San Pedrito, sin encontrar alma viviente, merced á la tempestad que estaba amenazando ó á la obscuridad que reinaba.

Llegó fatigado á la hacienda, y se sentó en una piedra, especie de guardacantón, al lado de la puerta principal.

Entonces se volvió á encontrar perplejo. ¿Qué debía hacer? ¿Por dónde entraría?

Recordó que del lado del huerto estaba la cerca destruída, ofreciendo acceso fácil, y se dirigió á aquel lado.

Valiéndose de las manos y pies, trepó por el muro, y se dejó caer á la parte de adentro.

Entonces fué cuando oyó Paula el ruido de pasos que le causó una alarma pasajera.

Cenobio oyó el rumor de las voces; se detuvo, escuchó con atención y percibió distintamente la voz de Julián y la de Paula.

¿Qué hacían en el huerto á esas horas?

Empezó á acercarse cautelosamente, y, para amortiguar sus pasos, se quitó los zapatos.

Así llegó junto á los dos culpables, en los momentos en que se hacían las protestas más fervientes.

No le quedó entonces la menor duda sobre la infamia de aquellos miserables.

Sin embargo, se contuvo aún, y presenció toda aquella escena hasta que llegó su paciencia al colmo; no pudo contenerse por más tiempo, y se interpuso entre los dos miserables, causándoles el efecto de la cabeza de Medusa.

Ya se sabe lo que ocurrió enseguida.

VI

Después de consumada su venganza, sintió horror por el crimen que había cometido.

La reacción fué más rápida que la acción.

La bondad que constituía el fondo del carácter de Cenobio, y que había sufrido también una catalepsia, despertó de repente.

Cenobio se acercó á Carmen, que había caído desmayada, y no se atrevió á tocarla con sus manos tintas en sangre de su hermana.

La tempestad que se desencadenó entonces, acabó de amedrentarlo.

Creyó que era una protesta de la Naturaleza; la voz de Dios maldiciendo al criminal; el grito de su propia conciencia acusándolo de asesino.

Y se vió perseguido por la justicia, encerrado en una cárcel, juzgado, condenado á muerte y ejecutado ante todo el pueblo, que lo execraba y maldecía.

Tuvo miedo de morir; sintió un desusado apego á la

vida, prefiriendo arrastrar la existencia de un Caín á sufrir la muerte de un arrepentido.

Verdad es que aquel hombre, creyente sincero, pensaba que el castigo del bárbaro hecho que acababa de consumar, no lo tendría en vida, sinó después de la muerte, y quería retardar lo más posible en lo temporal ese momento terrible en que debía entrar en la eternidad del sufrimiento.

Y huyó.

Huyó de los hombres, y huyó de Dios, queriendo ocultarse hasta de sí mismo.

Volvió á saltar la cerca del huerto y se dirigió al acaso, en medio de la tempestad deshecha, sin cuidarse del agua que caía, ni de los torrentes que descendían de las montañas, tropezando, cayendo, levantándose de nuevo, sin tener conciencia de sus actos.

Y así anduvo, siempre hacia adelante, hasta que cayó extenuado, sin fuerzas y sin sentido.

CAPÍTULO TRIGÉSIMOPRIMERO

EL MUERTO

I

En medio del extenso valle de Huamantla se eleva majestuosa y aislada la gran montaña conocida con el nombre de "Malintzin," y á la que los aborígenes llamaban "Matlalhuey," que equivale á tanto como á "Diosa de las diez enaguas" según dicen personas versadas en la lengua nativa; aunque tal vez su nombre es "Matlalcueyatl," que equivale á enaguas de red ó malla.

La Malinche, que es como más generalmente se conoce, se eleva á una altura de 4,107 metros, y semeja una mujer fantástica, escorzada, cubierto el cuerpo con un manto fúnebre y ceñida la cabeza por blancas tocas de deslumbrantes nieves.

Aquella magnífica montaña y la vecina de "Matlampa" y otras cercanas, han servido de madriguera constante á los bandidos, principalmente á los que se conocían con el nombre de los "Plateados," á causa de la riqueza de sus trajes y de los arneses que usaban.

Los enlaberintados senderos, ciertos lugares inaccesibles, algunos bosques impenetrables de pinos, la facilidad de vigilar todas las entradas y salidas, sus profundas

barrancas y otras causas por el estilo, hacían de la montaña un lugar inexpugnable, en el que apenas osaban aventurarse las fuerzas de policía para perseguir á los bandidos, que allí tenían sus madrigueras, á ciencia y paciencia de los gobiernos.

De allí salían cuando tenían aviso de alguna presa importante, y caían en el valle sobre las diligencias y las conductas de caudales, librando á veces combates sangrientos en que no siempre quedaba la victoria de parte de las fuerzas del gobierno.

Los Plateados formaban una especie de aristocracia entre los bandidos, y no era raro encontrar entre ellos personas que habían figurado en no despreciable puesto durante alguna revolución, y á hijos de familias acomodadas, de las poblaciones vecinas, que tenían el detestable romanticismo de abrazar la carrera de facedores de entuertos, cosa fácil de explicar en una sociedad salida de quicio, como era la mejicana en aquella época.

Cada revolución vencida, cada partido caído, suministraban al bandidaje caudillos y prosélitos de todas clases.

Y aquellos hombres robaban, incendiaban y mataban lo más concienzudamente posible, y así vivían hasta que se presentaba nueva coyuntura para cambiar de papel y hacerse jefes de partidos los que lo eran de "partidas."

Si triunfaban, quedaban en el ejército, si eran vencidos, morían en el patíbulo ó volvían á correr aventuras, viviendo sobre el país.

¡Y hay todavía quien de buena fe lamente esos buenos tiempos viejos!

II

Cuando volvió en sí Cenobio, era ya muy entrado el día.

Se encontró en medio de un sendero estrecho, entre un bosque de pinos, con el traje desgarrado, descalzo y con los pies ensangrentados.

Tenía fiebre. Una sed devoradora lo abrasaba.

Estaba empapado por la lluvia y agobiado por la fatiga.

Se incorporó pesadamente y lanzó una mirada á su alrededor.

Creía que estaba solo; pero en breve, vió cerca de él, á un hombre sentado en un tronco de pino, que lo contemplaba en silencio.

—¿Cómo se encuentra don Cenobio? preguntó el desconocido.

Cenobio se estremeció al oirse llamar por su nombre.

—¡Tengo sed! dijo al cabo de un rato, sacudiendo pesadamente la cabeza.

—Pues tome, patrón, que esto le quitará la sed y le dará el vigor que le falta.

Y acercó una calabaza á los sedientos labios de Cenobio.

—Es muy fuerte, dijo el ranchero, después que apuró tres tragos.

—Es mezcal. Fuerte, pero bueno. Otro trago.

—Gracias, tengo bastante. Quisiera ahora un poco de agua.

El desconocido se levantó, se introdujo en el monte y volvió á poco rato trayendo el sombrero lleno de agua que había cogido en uno de los arroyos formados por la lluvia.

—Gracias, amigo, dijo Cenobio después de haber apurado el líquido á grandes tragos.

—No hay de qué, patrón.

Cenobio volvió á lanzar una mirada investigadora á su alrededor.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—Pues en la Malinche.

—¿En la Malinche? repitió queriendo concertar sus recuerdos.

—Ni más ni menos.

—Y ¿qué he venido á hacer aquí?

—Vamos, patrón, no se haga *pato*.

—¿Qué he venido á hacer aquí? volvió á preguntar Cenobio con voz bronca que impuso al desconocido.

—Pues Vd. lo sabrá.

—Se me confunden las ideas.

—Ya lo creo, no es para menos.

—Vamos, dígame Vd. qué es lo que me pasa, y que parece tan bien enterado.

—¿No se acuerda Vd. de que se murió antier?

—¡Es verdad! exclamó Cenobio á cuya memoria se agolparon confusamente y en tropel los recuerdos.

—¿No se acuerda que lo iban á enterrar ayer tarde?

—¡También es verdad!

¿Y que resucitó en medio del cementerio, cuando lo iban á meter en el hoyo?

—Ya, ya, que los enterradores me quisieron cortar el dedo. . . . Aquí tengo la herida.

—Eso no lo sabía yo, dijo el desconocido.

—¿Y después?

—Tampoco sé lo que pasó después. Es decir, no lo sé punto por punto.

—Pero en junto.

—Pues en junto parece que Vd. se fué por sus pies y andando hasta San Pedrito, y allí convirtió la casa en una tocinera.

—¡Silencio! exclamó Cenobio poniéndose en pie y amenazando al desconocido.

Éste se quedó sentado en el tronco de pino, y sólo hizo un ligero movimiento para requerir un rifle que tenía al lado.

—Nada de amenazas, patrón, que tengo con qué querer, y no soy el mandria de don Julián, ni doña Paula.

—¡Julián! . . . ¡Paula! . . . repitió Cenobio.

Tras larga pausa preguntó:

—¿Qué pasó con Julián y con Paula?

—Que se murieron con los zapatos puestos.

—¿Quién los mató?

—¡Pues eso sí que me gusta!

—¿Quién los mató, con mil diablos?

—Pues mire Vd. patroncito, si no fué Vd. fué alguno que mucho se le parece. Al menos así lo dice todo el pueblo.

—¿Y cómo lo sabe el pueblo?

—Pues porque la niña Carmen lo dice. Parece que cuando ella llegó ya todo estaba concluído; y dice que vió un aparecido que tenía la cara de Vd. y el cuerpo de coyote.

—¡Estúpida!

—Luego se descubrió que Vd. no estaba muerto; los enterradores dijeron como había Vd. resucitado, y ahí tiene Vd. que lo andan buscando para aclarar todo el *volado.*

III

Quedó Cenobio sumergido en profunda meditación.

El remordimiento se acentuaba cada vez más en su ánimo, y ya estaba resuelto á ir á presentarse á la autoridad, cuando cambió el curso de sus ideas un movimiento rápido que hizo el desconocido.

Éste se puso en pie, y desapareció por entre el bosque, deslizándose como una culebra.

Parecía un hombre siempre alerta, como viven los bandidos.

No tardó en volver el desconocido, que se sentó otra vez en el mismo tronco de pino.

Á una mirada interrogadora de Cenobio, contestó.

—No es nadie. Es " El Tapatío " que viene de Huamantla.

—¿Quién es "El Tapatío?"

—¿Pues quién ha de ser? Un *vale* que nos acompaña.

En esto se oyó un silbido prolongado que terminó con una cadencia caprichosa.

El desconocido contestó con otro silbido idéntico.

Á poco rato desembocó por el mismo sendero un hombre delgado y de mediana estatura, perfectamente proporcionado, y vestido con algún desaliño.

—Este es "El Tapatío," dijo el desconocido.

—¿Qué hay Pedro de Urdimales? preguntó "El Tapatío."

—¿Conoce á este amigo? le dijo el interpelado señalando á Cenobio.

—Toma, el patrón de San Pedrito.

—En persona.

—Cuidado, patroncito, prosiguió "El Tapatío," que lo andan buscando como si fuese medio de oro.

—Ya lo sé, contestó Cenobio, y quiero evitarles el trabajo.

—¿De qué manera, patrón?

—Presentándome yo mismo.

Y se puso Cenobio en pie, resuelto á cumplir con su propósito.

—Oiga, patroncito, le dijo. "El Tapatío" deteniéndolo ¿tiene mucha *priesa*?

—¡Mucha!

—Lo siento, porque quiero *platicarle* algo.

—Diga pronto.

—¿Le es igual presentarse sólo ó que lo acompañemos yo y Pedro de Urdimales?

—¿Por qué esa compañía?

—Porque, mire Vd. patroncito, nosotros dos somos pobres, y podrá Vd. hacernos una *valedura*, que nada le cuesta, dejándonos que lo acompañemos.

—No entiendo bien. . . .

—Pues bien claro está. En el pueblo acaban de echar un bando ofreciendo mil duros á quien lo presente á Vd. muerto.

—¿Mil duros?

—Y dos mil á quien lo presente á Vd. vivo, y yo quisiera que nos ganásemos ese pico.

—¿Es verdad lo que dices? preguntó Pedro de Urdimales.

—Como que el cura dijo misa esta mañana y yo la oí de rodillas.

—¿Dos mil duros?

—Dos mil. Con que ya ve, patroncito.

—¿Y si no quiero que ustedes me acompañen?

—Lo sentiremos en el alma, como que de la mano á la boca se nos caerán mil duros.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues, si no lo llevamos vivo, sólo nos darán mil duros, en lugar de dos mil.

—Es que no me llevarán de ninguna manera.

—Sí, patroncito, lo llevaremos vivo ó muerto. No hay remedio. Ya ve Vd. que somos bastante buenos, pues que le dejamos la elección.

Pedro de Urdimales vió agacharse á Cenobio y levantarse con una gruesa rama en la mano, á guisa de garrote.

Quieto, patroncito, díjole apuntándole con su rifle.

—Hola, parece que quiere ir *tecolote* con la del aire. Vamos á ver si lo amarramos.

—Ten cuidado " Tapatío," que no hay en todos estos alrededores quién tenga la fuerza de don Cenobio.

—¿De veras?

—Como te lo digo.

—Pues descerrájale un tiro y acabemos.

—Señores, dijo Cenobio, dejémonos de estas estupideces. Yo tengo más de dos mil pesos que dar á ustedes.

—Es verdad, exclamó Pedro de Urdimales.

—Así es que más les conviene servirme, que venderme.

—También es verdad, dijo el de Urdimales.

—Eso sí no es verdad, dijo " El Tapatío." Nosotros no nos mandamos solos. Dependemos del capitán.

—" El Vizcaíno " opinará lo mismo que yo, dijo Urdimales.

—Como quieras chico, pero á la verdad no vendrían mal esos dos mil durillos; mil que fuesen, y quedábamos bien puestos con la autoridad.

—No seas burro, " Tapatío."

—Pues arréglalo como te parezca.

—¿Dónde están las platas, patroncito? preguntó Urdimales.

—En la hacienda.

—¿Y quién ha de ir por ellas?

—Yo.

—¿Sólo?

—Ó con ustedes.

—Muchas gracias.

—¿Tienen miedo?

—Allí está la justicia metida, y si es fácil entrar, no es tan fácil salir.

—Además, dijo Urdimales, ya deben haber echado mano á todos los picos.

"El Tapatío" había visto el brillante que llevaba Cenobio en el dedo, y lo había justipreciado.

Mil duros la sortija, dos mil la captura: el negocio era redondo.

—Pues venga la mano, patrón, y trato hecho. Yo lo acompaño.

Cenobio tendió la mano al bandido, que se la estrechó, haciéndole lanzar un grito de dolor, al apretar el dedo herido.

—Ahora tú, dijo "El Tapatío" á Urdimales haciéndole una señal de inteligencia.

Urdimales se puso en guardia para ayudar el plan que hubiera concebido su compañero, y tendió á su vez la mano al ranchero.

En ese momento, y con la rapidez del relámpago, "El Tapatío" dió una zancadilla al corpulento ranchero y le envolvió la cabeza en su zarape.

Cenobio, cogido de sorpresa, cayó cuan largo era, luchando por desembarazarse del zarape.

"El Tapatío" y Pedro de Urdimales se lanzaron sobre él para sujetarlo y ver de amarrarlo. Pero á pesar de sus esfuerzos combinados, no lograban dominar al atleta.

En la lucha, logró Cenobio desembarazarse á medias del zarape, sacó un brazo, y con él asió fuertemente al "Tapatío," sofocándolo.

—Sancóchalo de una puñalada, Pedro, gritó el Tapatío.

Pedro sacó el cuchillo y buscaba el lugar propicio para asestar el golpe, lo que era difícil, pues que Cenobio y "El Tapatío" estaban entrelazados como dos culebras.

—Mátalo, que me muero, dijo sofocado "El Tapatío."

—¡Quieto, voto al diablo! gritó una voz robusta é imperiosa.

Pedro de Urdimales quedó hecho una estatua, "El Tapatío" inmóvil; Cenobio soltó á su rival.

—Vamos, Pedro, ayuda á levantar á don Cenobio.

—Sí, capitán, contestó sumiso Urdimales.

—Vaya una manera que tenéis de tratar á los amigos. Don Cenobio Vd. perdone.

—No hay de qué, contestó el ranchero poniéndose en pie y aceptando con desconfianza la mano que le tendía el desconocido.

—Ea, en marcha, prosiguió éste. Don Cenobio, es Vd. mi huésped hasta que las circunstancias varíen y sepa Vd. á qué atenerse.

—¡Muchas gracias!

—No tiene Vd. qué agradecer. Yo soy "El Vizcaíno," y le debo la vida. Con que pagar es corresponder.

—¿Me debe Vd. la vida?

—Sí, pero el cuento es largo, y bueno es que nos acerquemos al almuerzo. En marcha.

Y los tres bandidos, que eso eran y no otra cosa, se internaron en el bosque por caminos extraviados, faldeando la montaña.

Cenobio los siguió pensativo.

IV

Anduvieron largo rato por entre caminos propios para pájaros.

Después llegaron á un barranco al que descendieron por un vericueto escarpado, y á la mitad de la altura, ó mejor dicho, de la profundidad, se encontraron con la entrada de una cueva.

Pedro de Urdimales se había adelantado para anunciar la llegada del capitán.

Al llegar á la cueva, entró "El Vizcaíno," tomando de la mano á Cenobio, para guiarlo en medio de la obscuridad.

Así penetraron hasta un lugar en que el camino subterráneo hacía un recodo, y se sintieron deslumbrados por la luz de los ocotes ó teas con que estaba iluminada la cueva.

EL VIZCAÍNO.

Unos veinte foragidos se pusieron en pie al ver entrar al capitán.

—Quietos amigos, dijo "El Vizcaíno."

—No hay novedad, mi capitán, dijo militarmente uno de los bandoleros adelantándose al frente de sus compañeros.

—Está bien, Pedrosa. ¿Estamos todos completos?

—Completos, mi capitán.

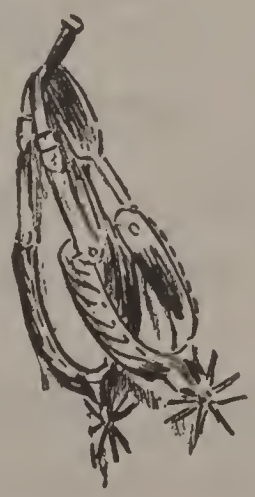
—Pues entonces, muchachos, les presento al teniente, mi segundo, "El Muerto."

Y tomando á Cenobio del brazo lo presentó á sus subordinados.

—¡Viva el segundo! gritó "El Vizcaíno."

—Viva "¡El Muerto!" contestaron los bandidos satisfechos de haber encontrado aquel juego de palabras.

—Sí, "¡El Muerto!" repitió en voz baja y ronca y con ademán terrible el que hasta entonces se había llamado Cenobio Rodríguez.



CAPÍTULO TRIGÉSIMOSEGUNDO

CARMEN RIAÑO

I

Carmen Riaño había quedado anonanada con el inesperado golpe que sufrió en la terrible noche que siguió á la aparente muerte de Cenobio, y que conocen ya nuestros lectores.

La pobre joven vió la última parte del sangriento drama, y reconoció á su cuñado á la luz deslumbradora de los relámpagos.

Y más bien con los ojos de la imaginación que con los del cuerpo, vió reproducirse, ó mejor dicho, convertirse en realidad la espantosa pesadilla en la que aparecieron Cenobio y Julián y Paula convertidos en coyotes.

Carmen creyó que deliraba, y sólo la voz moribunda de Julián pudo volverla á la realidad y convencerla de que no era un sueño espantoso, pero pasajero, el que embargaba sus sentidos.

Volvió en sí, acudió á donde estaba Julián revolcándose en su sangre, y recogió de sus labios las postreras palabras.

—Fué Cenobio . . . dijo. Perdónalo . . . perdóname.

Y espiró.

Paula nada dijo.

Su agonía fué muy larga y más penosa, pero muda.

Hubiera podido hablar, pero el pudor selló sus labios.

II

Carmen se levantó, horrorizada al ver lanzar á Paula el último suspiro.

La tempestad se había desatado, y el agua caía á torrentes, sin que la joven lo hubiese notado.

Corrió hacia la casa puso en alarma y movimiento á todo el mundo y ordenó que llamasen al cura de Huamantla, al juez y al médico.

No porque tuviera esperanza alguna de salvar á sus hermanos, ni siquiera por el deseo de que muriesen absueltos por el párroco.

Bien sabía ella que tanto Julián como Paula estaban ya muertos.

Cuando los criados quisieron levantar los cadáveres, ella lo prohibió.

Había oído decir que en casos tales debía esperarse á que la autoridad instruyese las primeras diligencias.

Y como tenía la convicción de que no quedaba un átomo de vida en aquellos cuerpos, siguió sin vacilar la prevención jurídica.

III

El juez y el médico llegaron al mismo tiempo, y cuando ya la mañana estaba bien entrada.

El médico procedió al examen de los cadáveres, acompañado del juez.

—Muertos y bien muertos, dijo el doctor.

—¿Desde qué hora, poco más ó menos?

—Son las seis, dijo el doctor mirando su reloj, y han fallecido hace unas diez horas.

—De modo ¿que Vd. cree que serían las ocho de la noche, poco más ó menos cuando sucedió?

—Poco más ó menos. No puedo hablar con más precisión á causa de la lluvia y del frío á que han estado expuestos durante tantas horas.

—¿No hay nada que hacer con ellos?

—Sí, señor juez, enterrarlos.

—Perfectamente.

El juez con su secretario levantó el acta correspondiente, consignando en ella cuanto prudente le pareció, observando y registrando las huellas que iban y venían de la tapia al lugar donde estaban tendidos los cadáveres, y haciendo que se cubrieran con una tabla para que no se borrasen.

También observó las huellas de un pie pequeño, que resultaron ser las de Carmen.

Esta era la única testigo, y se le tomó declaración.

La joven relató punto por punto cuanto había presenciado y oído.

Después que acabaron de escribir su declaración preguntó el juez:

—¿No cree Vd. padecer alguna alucinación?

—Ninguna.

—¿Está Vd. segura de haber visto á Cenobio?

—Como lo estoy de ver á Vd.

—Es que Cenobio murió antier.

—No me cabe duda.

—Y lo enterramos ayer, según consta al juzgado, porque asistimos al entierro.

—Tampoco cabe la menor duda.

—¿Entonces? . . .

—¡Vd. verá!

El juez encontraba la historia un poco fuerte, y empezó á abrigar serios temores por la razón de la joven.

—¿Cree Vd. que haya sido un fantasma?

—Yo no creo en aparecidos, señor juez.

—No, ni yo tampoco; pero como hablaba Vd. de que Cenobio tenía cabeza de coyote. . . .

—No he dicho eso.

—¿Qué dijo Vd. entonces de coyote?

—Me refería á mi pesadilla.

—¡Ah! . . . ya.

—¿Sabe Vd. si don Julián tenía algún enemigo?

—Creo que no; ¡ha vivido aquí tan poco tiempo! . . .

—¿Y doña Paula?

—Imposible. Era demasiado buena para que hubiese quien la odiase.

—Está bien, retírese Vd. á su cuarto, mientras la llamo, y le ruego se sirva no hablar con nadie.

—Así lo haré.

El juez hizo comparecer á los criados, uno á uno, sin sacar nada en limpio.

Pidió unos zapatos de Cenobio, y le trajeron unas botas.

Eran botas impermeables, muy gruesas.

No, no es eso lo que deseo. Quiero unos zapatos por el estilo de los que le pusieron cuando lo amortajaron.

Carmen facilitó el calzado.

Comparó el juez los zapatos con las huellas, y la semejanza era perfecta.

No eran aquellos zapatos los que se habían usado, pero sí otros hechos en la misma horma.

El juez estaba perplejo.

Entonces entró el párroco.

—Tarde llega Vd., señor cura, le dijo el juez.

—No lo creo.

—Hace doce horas que entregaron su alma á Dios.

—¡Que los haya cogido en buena hora!

—Así sea, señor cura.

—Pues ya que es inútil mi presencia como médico del alma, sirva al menos para ayudar á la justicia.

—Lo agradezco, señor cura, aunque me temo que tan buena voluntad no dé resultado. Este es un embrollo.

—¿Ya sabe Vd. lo que pasó?

—¿Como lo voy á saber? La única testigo me parece que delira.

—¿Qué le ha contado?

—Perdone Vd. señor cura, el sumario de una causa es tan secreto como una confesión.

IV

El cura refirió al juez la conversación que había tenido con uno de los enterradores.

Le dijo como después del entierro había sido llamado á un rancho para dar la extremaunción á un moribundo, y al volver á la madrugada se encontró con el enterrador, que lo obligó á pasar á la iglesia, para hacerle otra confesión general.

Que á pesar de su cansancio y de lo adelantado de la hora, alarmado por la insistencia de aquel hombre y temiendo premeditara un crimen que podría evitarse con sus exhortaciones, se prestó á oirlo.

Que en medio de la confesión, ó mejor dicho, al final de ella, le refirió la escena del cementerio de que ya hemos dado cuenta.

El cura temió que el enterrador hubiese perdido el juicio, ó que tratase de burlarse de él.

Mas ante las protestas de aquel hombre y los detalles que daba, le propuso que fueran ambos al cementerio, y así lo hicieron después de mucho bregar para disipar los temores supersticiosos del enterrador.

Por eso no encontraron al sacerdote en el curato cuando fueron á buscarlo de parte de Carmen, y no pudo llegar con el juez y el médico.

En el cementerio encontraron la fosa abierta y al lado de la fosa el féretro en que se había conducido á Cenobio.

La tapa estaba al lado del féretro vacío y empapado por el agua que había caído durante la noche.

Había algunas manchas de sangre cerca del féretro, sobre las piedras, que no había podido borrar la lluvia.

El cura cayó de rodillas y dió gracias á Dios por su bondad infinita, que había permitido se salvase el justo Cenobio de una muerte tan espantosa.

—Vamos, nada temas, hijo mío, dijo al enterrador. Tu acción fué ciertamente mala, porque la guiaba una intención dañada; pero el resultado fué favorable, pues merced á ella se salvó don Cenobio.

—Entonces, padre, preguntó el enterrador, ¿podrá Vd. absolverme?

—Sí, te absolveré si me has dicho toda la verdad. Pero la absolución te la daré en la iglesia, después que hayamos orado juntos ante el Cristo del Perdón.

Y volvieron los dos á la parroquia.

Al llegar se encontró con el mozo enviado por Carmen, que le relató la espantosa historia del crimen. . . .

—¿Quién cometió semejante atrocidad? preguntó el sacerdote azorado.

—Nada puedo decir, señor cura, porque nada sé.

—Vete por delante, que no tardaré en seguirte.

—Me dijo la niña que Vd. era el que más le importaba.

—¿No dices que están muertos?

—Y bien muertos, señor cura.

—Entonces no hago tanta falta. Vete, he dicho, que te sigo de cerca.

V

El cura llamó al enterrador y lo interrogó detenidamente.

Aquel hombre se estremeció al saber lo de los asesinatos de San Pedrito.

—Juro á Vd., padre, que no he tomado ninguna parte en ellos.

—¿Y tu compañero?

—No puedo decir nada de éste.

—Vamos á buscarlo.

El enterrador estaba poseído de un terror pánico y quería huir.

—Señor cura, decía, la confesión es sagrada, y Vd. no dirá nada.

—Yo callaré, aunque me cueste la vida, contestó el cura. Mas entiende que esto que hago es en obsequio tuyo, hijo mío. Vamos á ver á tu compañero.

Llegaron á casa del veterano.

Estaba tendido en un petate, envuelto en un cobertor, presa de una fiebre violenta.

Á su lado estaba una mujer que lo atendía con solícito cuidado.

En un rincón ardía una lamparilla de aceite ante una estampa de la virgen de Guadalupe.

—Buenos días, Francisca, dijo el cura á la india, que al verlo se levantó y le fué á besar la mano.

—Dios te bendiga. ¿Qué le pasa á José María?

—No sé, señor cura. Vino ayer, al dar la oración,

se envolvió en el zarape y se echó á dormir. Creí que estaba borracho, pero no era así.

—¿No salió en toda la noche?

—¡Qué había de salir! Ha estado todo el tiempo hablando solo, mentando á un muerto que revivió, y diciendo cosas que me daban miedo.

El cura se tranquilizó. Ninguno de los dos enterradores había cometido el crimen.

Entonces convenció á su penitente de que debía acompañarlo á la hacienda.

Se resistió al principio; mas la acción omnipotente que ejerce el cura sobre el pueblo, triunfó al fin.

—Es por tu bien. No tengas cuidado que nada hay que echarte en cara. Ahora necesito que me autorices á hacer uso de aquella parte de tu confesión que pudiera servir á la justicia para la averiguación del delito.

—¡Padre! . . .

—Callaré si así lo prefieres. Pero piensa en que se averiguará muy pronto, si es que no está averiguado ya, que Cenobio está vivo, que ustedes no lo enterraron, y entonces tu silencio te perjudicaría.

—Padre, lo que Vd. haga bien hecho está.

—Dios te lo premiará, hijo mío.

VI

El cura no tenía ni la más remota sospecha desfavorable á Cenobio, á quien consideraba como un justo.

Pero presumía vagamente que la resurrección de Ce-

nobio se relacionaba de alguna manera con aquel crimen, y llegó á temer que se encontrase cerca de la hacienda, dentro de alguna zanja, el cuerpo de su amigo, asesinado por los mismos forajidos que habían matado á Julián y á Paula.

—Esto es lo que sé, señor Juez, y Rosalío Pérez, el enterrador está ahí para confirmar lo dicho por mí.

El juez había escuchado con la boca abierta la relación del cura.

Éste calló lo de la profanación del supuesto cadáver, lo de la intención de robarle y cuanto más creyó prudente.

—¿Por qué abrieron la caja? preguntó el juez.

—No lo podré decir, contestó el cura. Figúrese Vd. que oyeron algún ruido. . . .

—Sí, eso debe ser. De modo, señor cura ¿que no cabe duda de que Cenobio no estaba muerto?

—Es evidente.

—¿De que al ir á ser enterrado recobró la vida, y . . . ? Está bien. Ruego á Vd. que pase á donde están los cadáveres y les rece sus oraciones, y espero me haga el favor de no hablar con nadie mientras yo no lo autorice. ¿Lo promete Vd.?

—Lo prometo, dijo el cura pasando á la pieza donde estaban Julián y Paula detenidos.

VII

El juez tomó su declaración al testigo Rosalío Pérez que confirmó punto por punto lo expuesto por el cura.

Rosalío quedó detenido una pieza inmediata.

El juez llamó al médico y lo interrogó.

—¿De qué enfermedad murió don Cenobio Rodríguez? le preguntó.

—Con franqueza, lo ignoro.

—¿Es posible?

—Podría inventar cualquiera enfermedad para salir del paso, señor juez. Pero acostumbro á decir verdad en toda ocasión y más delante de la justicia.

—¿No hubo durante la enfermedad algo que le llamase á Vd. la atención?

—Absolutamente. Aquella enfermedad empezó con síntomas comunes á muchas, á muchísimas otras. Fiebre, dolor de cabeza, etc. Pero ni la fiebre era muy alta, ni se presentó ningún síntoma alarmante, ni nada que pudiera servir para establecer un diagnóstico cierto. Parecía una indigestión más que otra cosa.

—¿Cómo murió?

—Repentinamente, y sin causa aparente. Entonces quise hacerle la autopsia, pero se negó la familia.

—Bien hizo.

—Ya ve Vd. que no, señor juez, salvo el respeto, pues que si se hubiera accedido, ahora podría yo dar noticias ciertas al juzgado.

—Es que si Vd. hubiese procedido á hacer esa autopsia, habría Vd. cometido un crimen.

—¿Cómo un crimen?

—Sí, porque don Cenobio no estaba muerto.

—¡No estaba muerto! exclamó el médico poniéndose de pie estupefacto.

—No, señor.

—¡Bien lo decía yo! Aquéllo no era posible. . . . ¿Un ataque de catalepsia, verdad?

—No sé, doctor. Y para eso lo llamo á Vd.

—¿Para qué?

—Para que me diga si existe ese estado realmente.

—¡Ya lo creo!

—Yo también lo creo, pero necesito el parecer de un perito.

—Yo lo daré.

Y el doctor dijo cuanto sabía sobre la muerte aparente.

—Bien. Ahora dígame Vd. ¿cuánto tiempo tarda el cataléptico en volver en sí?

—Eso depende. La mayor parte de las veces dentro de las primeras veinticuatro horas; pero hay casos en que la suspensión de la vida se prolonga semanas y meses enteros.

—Y al despertar del letargo ¿recobra el cataléptico inmediatamente sus fuerzas?

—También depende de las circunstancias. Vd. comprenderá que el que cae en catalepsia después de una enfermedad larga y penosa, que lo ha aniquilado, ó el que

yace por tiempo demasiado largo en ese estado, tiene que tardar en recuperar sus fuerzas.

—Concretándonos al caso de don Cenobio, ¿qué opina Vd. sobre el particular?

—Que don Cenobio era un Hércules; que su enfermedad fué corta é insignificante, y que, por lo tanto, á los pocos minutos de haber vuelto en sí, pudo encontrarse en la plenitud de sus fuerzas.

—¿*Pudo* ó *estuvo* en la plenitud de sus fuerzas?

—No puedo precisar, señor juez.

—¿Pero reconoce Vd. la posibilidad?

—Sí, señor, y algo más que la posibilidad.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Que es casi seguro que recobró sus fuerzas en breve tiempo.

—De modo que no sería inverosímil presumir que viniera por sus propios pies desde el cementerio hasta aquí?

—Es muy posible.

El escribano escribió la declaración del doctor con toda exactitud.

VIII

El juez hizo volver á Carmen á su presencia.

—¿Insiste Vd. en asegurar que don Cenobio mató á don Julián y doña Paula?

—Lo juro por ante Dios que me escucha.

—¿Insiste Vd. en haberlo visto?

—Lo afirmo una y mil veces.

—¿Sabe Vd. que don Cenobio no estuviese realmente muerto, y volviese en sí al ir á ser enterrado?

—¡Ah! ¡Ahora me lo explico todo! exclamó Carmen. ¡No estaba muerto! ¡Bien lo decía yo! . . .

—¿Lo sabía Vd.?

—Lo presumía, me lo decía el corazón. . . .

—¿Se quiere Vd. instituir parte?

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Hace Vd. acusación formal contra don Cenobio Rodríguez?

—No, señor. Yo no acuso á nadie. Dios y yo nos entendemos.

IX

El sumario arrojaba pruebas bastantes para presumir á Cenobio autor de los delitos que se averiguaban.

Su resurrección comprobada; las huellas de sus pasos, comprobadas también; el cuchillo que se encontró y que fué reconocido por el veterano y por Rosalío como de la propiedad del primero y que sirvió para desatornillar el féretro; la declaración de Carmen, aunque era testimonio singular, pero todos estos indicios vehementes, concordaban y se enlazaban de tal manera que llevaban al ánimo del juez la convicción jurídica.

La desaparición de Cenobio corroboraba más esa prueba.

Pero, por otro lado ¿qué interés podía tener aquel primo ejemplar, aquel marido modelo, en matar á una

esposa á quien adoraba, y á un primo, á quien miraba como hijo?

La objeción era fuerte.

¿Y qué hacían Julián y Paula en el huerto, cuando apenas acababan de sacar el cadáver de Cenobio?

Esta consideración fué más fuerte aún en el ánimo del juez.

Volvió á interrogar con mucha discreción á Carmen; pero no pudo sacar una palabra más de la joven.

Ya Carmen tenía la evidencia de que Cenobio vivía, no le quedaba la menor duda de que él era quien había matado á su novio y á su hermana.

Lo demás le importaba poco.

Allá el juez que desenredara la maraña como Dios le diera á entender.

Ella también pensó en qué podrían haber ido á hacer Julián y Paula al huerto á aquellas horas.

Y recordó algunas escenas que en otro tiempo le parecieron sin importancia y que entonces tomaron cuerpo y magnitud.

—¡Luego Paula y . . . Julián! exclamó con horror. ¡Miserables! . . . ¡Esta casa era un nido de criminales! . . .

Acabó por conceder á Cenobio derecho para castigar á los culpables.

Eran los celos los que la hacían opinar de aquella manera.

Mas cuando volvió á ver el cadáver de Julián, sintió renacer su amor por el bello joven.

Aquel amor tenía algo de pasión; era la obra de los sentidos, sin que Carmen pudiera darse cuenta de ello.

Miró con odio y envidia á Paula, con adoración á Julián.

—Hubiera querido ser ella en vida, y quisiera ser ella aún en la muerte, se dijo.

Y á los celos que le inspiró el cadáver de su hermana, sucedió un sentimiento de odio contra Cenobio y una sed de venganza que la empezó á devorar.

—Yo lo buscaré, lo encontraré y lo mataré, dijo tendiendo la mano sobre el cadáver de Julián, á guisa de juramento.

Y se lanzó frenética de amor á besar los labios fríos y sellados por la muerte, de su joven novio.

X

Hizo que enterrasen á Paula en Huamantla, y á Julián en Nopalucan.

No quería que los cubriese la misma capa de tierra.

—No han de tener ni el mismo tálamo ni la misma sábana.

Después, cuando la justicia queriendo hacer un escarmiento, puso á precio la cabeza de Cenobio, hizo prender fuego á San Pedrito, como una casa de maldición que no debía dar albergue á ningún cristiano; y desapareció.

CAPÍTULO TRIGÉSIMOTERCERO

EN LA MALINCHE

I

Cenobio había aceptado inconscientemente el cargo de segundo capitán de aquellos bandidos.

Sentía rebosar la hiel en su alma, y confundía en un mismo odio á toda la humanidad.

Aquel hombre inofensivo, honrado y generoso, que no esperaba que la desgracia llamara á su puerta, sino que le salía al encuentro, para favorecerla y consolarla, estaba dispuesto á convertirse en un azote de la sociedad que tan injusta había sido con él.

Así fué que cuando reflexionó con más frialdad sobre su situación, comprendió que no tenía más remedio que hacerse el hermano de los forajidos y luchar con ellos contra aquella sociedad que lo condenaba sin oirlo.

—Capitán dijo levantándose de pronto y dirigiéndose al "Vizcaíno," muchas gracias.

—¿Gracias de qué, segundo?

—De eso de haberme nombrado su segundo; ya verá Vd. como sé corresponder á su confianza.

—Así lo espero, segundo. Por lo demás bueno es que sepa que el que no cumple aquí con su deber, el que

no se sacrifica, llegado el caso, por salvar á los demás, apenas le queda tiempo para persignarse: lo matamos sin más acá ni más allá.

—Me gusta el sistema.

—Tocante al resto, sepa Vd. que aquí todo es de todos. El primero que necesita una cosa, la coge sin pedir permiso á nadie y sin dar luego cuenta á nadie tampoco.

—Esa es la mejor manera de vivir en paz, dijo Cenobio.

—¡Por supuesto!

—En cuanto á la gente, aquí está lo mejor de los muchachos. Este es el subteniente "Siete Cueros," el mejor tirador de rifle que hay en toda la República, es fronterizo. Este otro es Pedro de Urdimales, llamado así porque ha hecho más diabluras y tiene mas historias que su tocayo. Este otros es "El Tapatío," tan bueno para un barrido como para un fregado, gran bailador, y tocador de vihuela.

Y luego buscando por los rincones sacó á luz un personaje que hasta entonces no había visto Cenobio.

—Y este es "El Licenciado," especie de pájaro de mal agüero, tecolote que siempre busca los rincones más obscuros para esconderse. Tiene una araña en los sesos. Por lo demás escribe como un *evangelista*,* habla como un arzobispo y sabe más que Birján.

---

* *Evangelista.* Así llamaban en Méjico á unos individuos que se instalaban en los portales y escribían cartas y memoriales para el público, mediante una retribución.

—Gracias, capitán, dijo "El Licenciado."

—No tiene más defecto que abusar un poco del cuchillo, y todo abuso es malo. Soy de parecer que no debe matarse á nadie sino cuando llega el caso.

Y luego arrugando el ceño, con mirada feroz y voz bronca prosiguió:

—Eso sí, llegado ese caso, debe matarse y matarse, hasta que no quede nadie con vida.

—¡Sí, hasta que no quede nadie con vida! repitió Cenobio, con el mismo acento, recordando la matanza de la noche anterior y sintiendo renacer su odio.

II

En ese momento se oyó un chillido estridente, como el de la lechuza.

Todos los bandidos guardaron silencio y quedaron en actitud ansiosa.

Al poco tiempo se oyó de nuevo el mismo grito, pero más cercano y distinto, y á los pocos segundos otros dos gritos parecidos, que se conocían eran lanzados por otra persona.

—¿Quién será? preguntó "El Vizcaíno."

—Voy á averiguarlo, dijo Pedro de Urdimales, poniéndose de un salto en la boca de la cueva, y deslizándose después como una culebra, entre las rocas y los árboles.

Volvió á los pocos momentos, diciendo:

—Es "El Cojo."

—Creí que estaba en Méjico, contestó "El Vizcaíno" con extrañeza.

—Sí, capitán, estaba; pero lo que es ahora, mírelo Vd.

En aquel momento entraba un hombre en cuya fisonomía y en cuyo traje no se notaba nada de particular.

Parecía un ranchero de mediana posición.

Cenobio esperaba verlo cojear, pero se equivocó, pues "El Cojo" andaba perfectamente.

Le daban ese apodo porque su disfraz favorito era el de pordiosero baldado de una pierna, que tenía que ayudarse con muletas.

—¿Qué pasa, "Cojo?" preguntó "El Vizcaíno." Te hacía en Méjico.

—Allá estaba, capitán.

—¿Por qué has venido?

—Porque me mandó "El Valedor."

—¿Hay algo grave?

—Mucho, capitán.

—Habla.

"El Cojo" hizo señas, indicando á Cenobio.

—No tengas cuidado, es mi segundo, y se llama "El Muerto."

—¡Á la orden, mi segundo! dijo "El Cojo" saludando militarmente.

—Conque desembucha.

—Pues, capitán, que hay guerra.

—¿Y cuando faltan aquí?

—No, esta es diferente de las otras. La cosa va con gentes de *extrangis*.

—¿Cómo de *extrangis*?

—Así me lo dijo "El Valedor," y así lo repiten los papeles que he comprado para que los lea "El Licenciado." Toma, viejo.

Y "El Cojo" alargó un paquete de periódicos al "Licenciado."

—¿Y de dónde son esas gentes de *extrangis*?

—¿Pues de dónde han de ser? ¡De *extrangis*!

—Que bruto eres, "Cojo," no agraviando lo presente, dijo "El Tapatío."

—Pues que lo diga "El Licenciado," que tiene los papeles.

—Parece, contestó "El Licenciado" después de un rato, que Francia, Inglaterra y España vienen á intervenir en Méjico.

—Ya ves, bruto, dijo "El Vizcaíno" dirigiéndose al "Cojo;" vienen á intervenir y no á guerrear.

—¿Y que es eso de intervenir, capitán? preguntó "El Cojo" maliciosamente.

—Pues intervenir es una cosa que tú no sabes ni yo tampoco, y que nos va á explicar "El Licenciado."

—Es muy fácil de comprender, repuso éste. Figúrese Vd. que esta es nuestra casa, y que todo lo que hay aquí nos pertenece.

—¡Como que es la verdad!

—Bueno; y figúrese Vd. que ahora llegan otras gentes, que no conocemos, y que sin decir "con permiso,"

se ponen á hacer y deshacer, mandándonos á nosotros como si fueran los amos, y disponiendo de todo, so pretexto de que nosotros no sabemos manejar lo nuestro. Esa es la intervención.

—Luego es la guerra, insistió "El Cojo" con aire victorioso.

—Por supuesto, porque no nos hemos de dejar.

—¿Y qué es lo que dicen esos *gringos*? * preguntó "El Vizcaíno."

—Que aquí nadie se entiende.

—¿Y eso qué les importa?

—Que aquí no hay más ley que "el hacha y su santo filo."

—¿Y qué les importa? Acaso todo lo que hay en Méjico no es de los mejicanos? preguntó "El Tapatío."

—Sí, contestó "El Licenciado," menos lo que es de los extranjeros.

—¡Mueran los extranjeros! gritó "El Vizcaíno" con la mayor convicción.

—¡Mueran! gritaron los demás.

—Pero á nosotros ¿qué nos importa nada de eso? dijo "El Licenciado." Al contrario y en todo caso debemos alegrarnos de que se arme la bola, porque á río revuelto, ganancia de pescadores.

—Tienes razón, "Licenciado."

—Levantaremos bandera, y no veremos quien nos las hace, sino quien la paga.

---

* *Gringo.* Extranjero, principalmente inglés, francés ó norteamericano.

—Bien dicho.

—¡Viva la *bola*! gritó " El Vizcaíno " que estaba de buen humor.

III

—Vamos, ¿qué más dicen los papeles?

—Que ya llegaron á Veracruz muchos barcos de guerra.

—Esos me los *lambo* * yo, dijo " El Tapatío," lo que es á la Malinche no han de llegar. . . .

—Y que la cosa va á ser muy gorda y muy sonada.

—Pues bueno será que nos reunamos todos los amigos y veamos qué es lo que se ha de hacer, dijo " El Vizcaíno."

—Bien pensado, capitán.

—Pues vamos á almorzar, y en seguida cada correo por su rumbo, para que nos podamos juntar el domingo. ¿Han oído?

—Sí, capitán.

—Pues á lo que te truje vienes. Vamos á almorzar.

Y se acercaron á una especie de hogar donde chisporroteaba un buen fuego, asando un cabrito, mientras que algunos bandidos molían el maíz en los metates y echaban las tortillas, que se doraban en el comal.

Cada cual sacó su cuchillo y se sirvió, sin ceremonia ni miramiento, un buen trozo de asado, tomando del

---

* *Lambo.* Corrupción de lamo, del verbo lamer. La frase: "Esa me la *lambo yo,*" significa que se considera fácil una empresa.

montón algunas tortillas y sal. En el centro había una cazuela con salsa picante.

Una bota de aguardiente circulaba de mano en mano, recibiendo las amorosas caricias de los bandidos.

—Vd. perdonará, dijo "El Vizcaíno" dirigiéndose á Cenobio, si no le ofrecemos las comidas que acostumbraba saborear en San Pedrito, pero hay que hacerse á todo y aprender á montar en silla y á jinetear en pelo.

—De todo sé, contestó Cenobio, que no siempre fuí rico, y bastantes trabajos pasé cuando muchacho. ¡Ojalá no hubiese salido nunca de peón!

—Vamos, déjese de esas cosas y cate de la bota, que es de lo fino, le interrumpió el capitán.

—Gracias, capitán, nunca bebo.

—Pues aprenda.

—Ya lo haré, pero poco á poco, que no todo se ha de hacer en un día.

—Tiene razón. Vale más paso que dure, y no trote que canse.

Después de aquel almuerzo bastante fuerte y mejor remojado con el contenido de la bota, los bandidos se envolvieron en sus mantas, y cada uno se echó por donde mejor le plugo, para tomar un "pienso de sueño" como decía "El Vizcaíno," y salir en seguida á despachar las comisiones que les había confiado el capitán.

Cenobio imitó á sus compañeros.

Apenas puso la cabeza sobre una piedra que le sirvió de almohada, cuando empezó á roncar como un bienaventurado, muerto de fatiga y agobiado por las emociones.

CAPÍTULO TRIGÉSIMOCUARTO

JUNTA DE GAVILANES

I

Los emisarios del "Vizcaíno" se habían dispersado por todos los pueblos vecinos á la Malinche, llevando la orden del capitán para que se reunieran en día señalado en la hacienda de San Pedrito.

Cuando Cenobio oyó la orden, preguntó al capitán:

—¿No sería lo mismo que nos reuniésemos en otro lugar?

—Ninguno mejor que ese, segundo.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar desierto y nadie nos verá.

—¿Desierto? preguntó Cenobio con asombro.

—¿Qué, no lo sabía?

—Absolutamente.

—Pues hace ya tiempo que fué incendiada la casa grande.

—¡Incendiada!

—Y destruída de tal manera que no quedan más que las paredes.

—¿Quién hizo eso?

—No se sabe. La gente del pueblo dice que el de-

monio. Otros que un rayo; otros que los fantasmas que se ven rondar por allí todas las noches.

—¡Qué atrocidad!

—También han quemado los ranchos de los peones. En fin han devastado aquéllo como si hubiera pasado una manga de agua primero, y un huracán después.

—¿Y qué es de Carmen?

—¿Qué Carmen?

—Mi cuñada.

—Ni vista ni oída. Después que declaró ante el juez todo lo que sabía, ha desaparecido sin dejar huellas de su paso.

—¡Desgraciada!

—Tal vez esté en alguna otra de sus haciendas.

—Es lo más probable. Con que á San Pedrito.

II

El día designado empezaron á llegar á San Pedrito desde muy temprano, partidas de hombres á caballo.

Venían en grupos de quince á veinte, y algunos más numerosos aún, perfectamente montados, con lujosos arneses y armas de gran valor.

Sus sombreros de anchas alas estaban bordados ricamente y en las calzoneras ostentaban magníficas botonaduras de plata.

Iban envueltos en sus zarapes, tanto para abrigarse del frío, que no dejaba de ser molesto, como por recatar el rostro.

Eran los *plateados* dirigiéndose á donde los tenía citados su capitán, " El Vizcaíno."

Al decirse que eran *los* plateados, se dice mal, pues podría suponerse que eran todos.

Bajo esa denominación se comprendía, no una cuadrilla, sino una especie de bandidos, divididos en muchas compañías, cada una con su jefe, las que obraban mancomunadamente cuando llegaba el caso, y después volvía cada una á su terreno.

Aquellos hombres robaban á mano armada, pillaban las haciendas y aún las poblaciones, plagiaban á las gentes, exigiendo un fuerte rescate, mutilándolas ó matándolas en caso de no satisfacerlo.

Hábiles jinetes, grandes conocedores de las montañas, de las que nunca se alejaban mucho, valientes hasta la temeridad, fanáticos en el fondo y capaces, al mismo tiempo, de cometer los mayores sacrilegios.

" El Vizcaíno " era uno de los jefes más caracterizados de aquellos foragidos.

Bajo sus órdenes militaban unos doscientos jinetes, y algunas veces reunió hasta trescientos, para expediciones importantes.

Su nombre era una garantía para los bandoleros, que lo admiraban por su valor, su fuerza y su pericia y muy principalmente por su generosidad, llevada hasta el desinterés.

Cuando " El Vizcaíno " repartía el botín, derecho al que rara vez renunciaba, siempre sacaba primero la

parte que le correspondía como capitán, que era la de cuatro tantos, es decir lo que tocaba á cuatro hombres.

—El resto se repartía por igual.

Concluída la repartición, "El Vizcaíno" indagaba por las familias de los compañeros que habían sucumbido en esa expedición ó en las anteriores, y á ellas destinaba cuanto le correspondía.

Lo único que guardaba eran las armas, si tenían mérito, y el mejor caballo.

Nadie le había conocido ni siquiera un amorío. Veía á las mujeres con indiferencia, aunque no por eso las injuriaba ni consentía que nadie las maltratase en su presencia.

Profesaba adoración por los niños, hasta el punto de que repetidas ocasiones, al asaltar una diligencia, por rica que fuese la perspectiva del botín, si encontraba entre los viajeros un niño, bastaba eso para que la respetase y la hiciese respetar.

Era "un bandido sentimental" según decía "El Licenciado."

Pero á la hora de combatir era una fiera, según el testimonio de sus compañeros y de sus enemigos.

Su nombre solo bastaba á difundir el pánico entre los últimos.

III

Cuando Cenobio llegó al lugar en que pocas semanas antes se levantaba floreciente su hacienda, y acompaña-

ban á su familia el bienestar y la alegría, sintió oprimido el corazón.

Quiso retroceder; pero "El Licenciado," que lo acompañaba, le dijo:

—Déjese de eso, mi segundo. Es una emoción que sólo se siente la primera vez, y ya que estamos aquí acabe de acostumbrarse.

—¡Vd. no sabe lo que es eso!

—¡Bah! Peores las he hecho y ya me ve Vd. que fresco y que sano voy, como quien no ha quebrado un plato.

—¡Eran unos malvados! murmuró Cenobio contestando á la acusación de su propia conciencia.

—Siquiera tiene Vd. esa circunstancia atenuante, dijo "El Licenciado." Mientras que yo ni eso tengo. Los míos eran unos pedazos de pan.

Cuando Cenobio llegó al patio de la hacienda, fué grande su dolor al ver la ruina y la desolación por todos lados.

Cualquiera que hubiese pasado por allí, aunque ignorase el terrible drama que hacía poco se había desenlazado, sin vacilar hubiese dicho que aquel era un lugar maldito.

Y grande fué también el asombro de Cenobio al ver entre los bandidos que le rodeaban, muchas personas conocidas, como aquel su compadre de Nopalucan y otros con quienes había tenido frecuentes tratos, y considerara como gente honrada y de toda probidad.

IV

El último que llegó fué "El Vizcaíno," acompañado del "Tapatío" y del "Cojo," montados los tres en soberbios caballos.

"El Cojo" tenía una figura tan arrogante á caballo, como poco agradable á pie.

Al ver venir al "Vizcaíno," los bandidos se formaron en batalla.

El capitán llegó y les hizo un saludo con la mano, que contestaron los bandidos militarmente, llevándose la diestra al ala del sombrero.

Después pasó revista á su gente como lo hubiera hecho el jefe más celoso.

Inspeccionó los caballos, las sillas, las armas, todo.

Y quedó satisfecho de su inspección.

—Muchachos, dijo luego poniéndose en el centro, al frente del regimiento. Muchachos les doy á reconocer como mi segundo á don Cenobio Rodríguez, conocido por "El Muerto" que será el teniente. ¡Viva el segundo! ¡Viva el teniente!

—¡Viva! gritaron los bandidos.

—Ahora echen pie á tierra, amarren los caballos, pongan sus centinelas y vamos á lo que importa.

Pronto quedaron ejecutadas las órdenes del capitán, y se reunieron los bandidos en grupo, alrededor del "Vizcaíno" y de "El Muerto."

—Muchachos, dijo el capitán, ya saben ustedes que tenemos *bola* con gente de fuera.

—Sí, capitán.

—Y creo que habrá para todos como no arrebaten. Aquí "El Licenciado" que acaba de hacer unos viajes por Méjico y por otras partes, va á decirles lo que hay en Colima, además de los pericos.

"El Licenciado" dió dos pasos al frente, tosió como quien se prepara á hacer una larga peroración.

—Pues, señores, empezó, como dice muy bien el capitán, tenemos *bola*, y va á ser gorda, bien sonada y larga. En Méjico los "puros" se preparan para aguantar la estrepada, porque contra ellos es la gresca.

—¿Quiénes son los que la arman? preguntó uno.

Los gabachos, que son los que se quedan según aseguran en Veracruz. Los "mochos" andan haciéndose los melindrosos; pero la verdad es que están de acuerdo con los gabachos para traer un príncipe extranjero y hacer de la República un imperio.

—Y eso ¿qué nos importa? preguntó el compadre de Nopalucan.

—Nada, contestó "El Licenciado," porque haya emperador ó presidente lo mismo da para los que ejercen nuestra noble profesión. Pero no es de eso de lo que quiero ocuparme, que la política no es de nuestra incumbencia. Y como ya dije lo que tenía que decir, el capitán hará lo demás.

—Bien, "Licenciado," dijo "El Vizcaíno," por primera vez has hablado poco, bueno y, sobre todo, de manera que se te entienda. Ahora vamos á lo que importa. ¿Tomamos parte en la *bola*?

—¡Pues naturalmente! dijo uno.

—¿Están todos de acuerdo?

—Todos, capitán.

—De modo ¿que entramos en campaña?

—Cuando Vd. lo mande.

—Convenido. Ahora falta que decidamos con quien nos unimos.

—Con los juaristas que defienden la patria.

—¡Bah! ¡bah! dijo otro. Aquí no se trata de la patria. ¿Acaso se la van á llevar para Francia? La patria se queda.

—Y además, continuó "El Vizcaíno" ¿nos aceptarán los "puros"? Porque no hay que olvidar que estamos en guerra con ellos.

—¿Con ellos?

—Pues ¿no nos persigue el gobierno?

—Es verdad.

—Pues entonces, dijo "El Licenciado," la cosa no puede ser más fácil de resolver: hay dos caminos que tomar, el uno es imposible, pues el otro.

—¡Pues eso es! dijo "El Vizcaíno." Nos juntamos con Zuloaga.

—El valedor Cobos anda por estos rumbos, dijo "El Tapatío."

—Juntémonos con él, dijo "El Cojo," al fin ya es conocido y hemos andado muchas veces en su compañía.

—Los que quieran andar con Cobos que den un paso al frente, dijo "El Vizcaíno."

—¡Á formar!

Se formaron los bandidos otra vez en batalla.

—¡Los que estén por Cobos, que den un paso al frente! repitió el capitán.

Todos los bandidos, como gobernados por una misma voluntad, dieron el paso al frente, menos Cenobio.

"El Vizcaíno" se fijó en la abstención del "Muerto."

—¿Qué es eso, segundo? ¿No viene Vd. con nosotros?

—Sí, capitán.

—Es que aquí cada uno es libre de decir lo que piensa y de hacer lo que guste. Los que no quieran seguirnos, forman grupo aparte, á reserva de que volvamos á reunirnos cuando se crea conveniente. Creo que así es. . . .

—Capitán, respondió Cenobio, yo no he dicho ni que sí ni que no, porque todo me es igual, y estoy dispuesto á seguir á mis compañeros donde vayan.

—Bravo, segundo, eso es hablar como los hombres, dijo "El Cojo."

Y "El Vizcaíno" tendió la mano al "Muerto," diciéndole:

—Así me gusta, veo que los gavilanes no chillan.

—Ya tenemos nombre, exclamó "El Licenciado."

—¿Qué nombre?

—El que acaba de darnos el capitán, y que propongo que adoptemos.

—Pero ¿qué nombre es ese?

—¡El de Gavilanes!

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES.

—¡Vivan los Gavilanes!

—¡Vivan! . . .

V

Cenobio se quedó atrás, solo, mientras sus compañeros desfilaban.

Se cruzó de brazos, contempló las ruinas de su hacienda, secó una lágrima que le corrió por la mejilla, y suspiró hondamente.

En ese suspiro exhaló todo lo que quedaba en él del hombre honrado.

Y murmuró:

—Soy "El Muerto." . . . Pues bien, ¡á muerte!

Clavó las espuelas en los hijares de su caballo, y corrió á ponerse al frente de los bandidos, sus compañeros, el *Teniente de los Gavilanes.*

(1)

FIN

El Calígrafo Moderno de Appleton. (Seis Números.) Cuadernos de Escritura, letra Inglesa, arreglados por el Dr. JUAN GARCÍA PURÓN de acuerdo con su MÉTODO PRÁCTICO de aprender y enseñar á escribir con facilidad, soltura y gallardía. Grabados bajo su dirección por el calígrafo H. E. HAYES, y distribuída la materia de un modo gradual, progresivo y de acuerdo con los principios modernos más universalmente aceptados. Seis cuadernos de 24 páginas cada uno, impresos con esmero en excelente papel. La obra más moderna sobre la materia. El método más racional para la enseñanza de la escritura.

Dibujo. Por KRÜSI. Nuevo Sistema de Dibujo, en Tres Series:

SINTÉTICA, cuatro cuadernos con muestras.
Manual del Maestro.
ANALÍTICA, seis cuadernos con muestras.
Manual del Maestro.
PERSPECTIVA, cuatro cuadernos con muestras.
Manual del Maestro.
PERSPECTIVA (Curso Adelantado) y SOMBREADO, cuatro cuadernos con muestras.
Manual del Maestro.

Dibujo, Hojas Cuadriculadas (para) de Krüsi. Dispuestas para ejercicios elementales de dibujo y para acompañar las LECCIONES FÁCILES del mismo autor.

Dibujo, Lecciones Fáciles de. Por KRÜSI. Para la Escuelas Primarias y para el Kindergarten. SERIE I. SERIE II. SERIE III.

Cada una contiene 12 cartones y las instrucciones necesarias para maestros y padres de familia.

Dibujo Industrial de Krüsi. Por F. B. MORSE. Seis cuadernos.

Esta obra sólo exige el conocimiento de los principios más rudimentarios de la geometría, clara y completamente expuestos en las LECCIONES FÁCILES DE DIBUJO y el NUEVO SISTEMA DE DIBUJO en tres series por Krüsi, y se compone de seis cuadernos con sus correspondientes láminas y texto que se titulan respectivamente:

MANEJO DE INSTRUMENTOS Y COLORIDO . .	No. 1.
PROBLEMAS GEOMÉTRICOS Y SUS APLICACIONES .	No. 2.
PROYECCIONES	No. 3.
SOMBRAS	No. 4.
PERSPECTIVA, PARTE 1ª — RECTAS . . .	No. 5.
PERSPECTIVA, PARTE 2ª — CURVAS SOMBRAS .	No. 6.

La simple lectura de estos títulos basta para dar una idea de la importancia de la obra.

Geografía Superior Ilustrada de Appleton.

"*La mejor de cuantas se conocen hasta ahora en español.*"

Casi todos los textos de Geografía Universal en español, aun los más recientes son recopilaciones de obras antiguas ó reimpresiones con ligeros cambios.

La Geografía Superior Ilustrada de Appleton, ha sido escrita con un cariño imparcial y profundo por los países hispanoamericanos, á que está especialmente destinada y el texto redactado en vista de las exploraciones más recientes, de las últimas alteraciones de la Geografía Política y de los datos estadísticos de los Gobiernos, para que resulte, en cuanto la naturaleza del libro lo permite, una Geografía *nueva* y una Geografía *moderna.*

El texto en nuestra Geografía no es más que la mitad de la obra. Los magníficos grabados con que está ilustrada, son otro texto en sí, que á la par que alimenta en el espíritu del discípulo el amor á lo bello, completa con el mismo orden empleado en el libro, las enseñanzas de éste. Las ilustraciones de nuestra Geografía Superior han sido escogidas de modo que sean tratados breves de las ciencias con que la Geografía se relaciona más directamente; y contribuyan al espíritu de trabajo, orden y armonía que de todo el libro se desprende.

Por último, los mapas de la obra han sido expresamente proyectados para ella, de acuerdo con los últimos datos, y teniendo á la vista todas las cartas particulares de los países hispanoamericanos, construídas recientemente ó que merecen mayor crédito.

La Nueva Edición, que acaba de salir, contiene los últimos datos estadísticos y varias láminas nuevas.

Geografía Física Superior Ilustrada de Appleton. (Geografía Física Universal.) Arreglada para España y los países hispanoamericanos, según los últimos adelantos de la ciencia y los métodos modernos de enseñanza. Ilustrada con numerosos grabados, diagramas, perfiles, relieves, y mapas de colores. Forma un hermoso tomo de 120 grandes páginas.

La carencia de obras á propósito para el Estudio de la Geografía Física ha hecho que hasta hoy, no se hayan podido lograr los resultados prácticos que se derivan de sus enseñanzas útiles. Existen si, obras elementales de esta ciencia y algunas de ellas, muy buenas; pero nada que, traspasando los límites de meras definiciones asociadas á ejemplos breves y que desenvuelva ante la vista del joven estudiante, la idea completa del universo, desde el punto de vista físico-geográfico y de la utilidad que de este conocimiento aplicado á las necesidades de la vida diaria, saca el hombre según el medio en que vive. Se necesitaba algo más completo, algo más práctico, algo más de acuerdo con las necesidades de la época y con los métodos modernos de enseñanza; y eso es, lo que se ha logrado, al dar á luz el presente libro.

La Geografía Física, es una ciencia, como se ve por la sóla definición, que trata de asuntos varios relacionados con otras muchas ciencias; y cuando esos asuntos han de ser tratados *in extenso* y de una manera magistral, exigen una variedad de conocimientos, que casi ningún hombre sólo posee; y requiere que esos conocimientos, estén tratados por quienes están acostumbrados á enseñarlos en la clase. Para lograr ambos resultados, se distribuyó el trabajo, entre aquellos profesores de más renombre en el país, encomendando á cada uno de la materia especial á que está dedicado.

Mapas para Escuelas.

La serie que ofrecemos, consta de los ocho mapas cuya descripción damos á continuación.

I. Hemisferio Oriental cuyo tamaño es de 40 por 35 pulgadas.

II. Hemisferio Occidental, de tamaño y condiciones iguales á los del precedente.

Cada uno de estos mapas contiene, no solamente el dibujo principal, sino otros accesorios, colocados en los ángulos y espacios libres, cada cual completo en su género; entre ellos estarán los Hemisferios Norte y Sur, los de agua y tierra, los del Atlántico y del Pacífico y otros que determinen las corrientes del Océano, las cuencas de desagüe, vientos dominantes, temperaturas, productos principales, etc.

III. Europa—cuyo tamaño es de 40 por 40 pulgadas.

IV. Asia—de iguales dimensiones que al anterior.

V. África—de 40 por 35 pulgadas.

VI. América del Norte—de tamaño igual al del precedente.

VII. América del Sur—de idénticas dimensiones que los anteriores.

VIII. Mapa de la América Central—de las mismas dimensiones que los precedentes. $4.50 montado.

Cada uno de estos mapas de las grandes divisiones del mundo lleva perfiles que presentan las principales alturas de cada país, y otros hechos en analogía con la materia, todos ellos sobre la misma escala vertical para facilitar comparación.

Todos han sido artísticamente impresos en hermosas tintas y comprenden los últimos datos geográficos, políticos y topográficos. Encargada la ejecución á geógrafos entendidos y escrupulosos como los señores Colton, y la corrección á literatos españoles, podemos garantizar que la propiedad y ortografía de las palabras no dejará nada que desear entre las personas para cuyo uso está dispuesto nuestro trabajo, y que éste—lo esperamos así—llenará positivamente un vació en la enseñanza de la Geografía en las escuelas de España y del Nuevo Mundo.

Mapa de la Isla de Cuba. Arreglado expresamente para las escuelas, colegios y oficinas. Contiene los últimos datos geográficos, perfiles y altura de las cascadas y montañas, así como el mapa geológico de la isla.

Tiene 50 pulgadas de largo por 32 de ancho, artísticamente impreso y montado.

Mapa Mudo de la Isla de Cuba. El objeto de este mapa es acostumbrar á los jóvenes á conocer un lugar cualquiera y poderlo señalar en el mapa sin necesidad del nombre.

Á cada mapa acompaña una clave para uno del Profesor.

Mapa Ilustrado de Definiciones Geográficas. Preparado expresamente para las escuelas de Instrucción Primaria.

Resume la totalidad de las definiciones necesarias para el conocimiento completo de la Geografía, mediante un variado y pintoresco conjunto de ilustraciones de colores perfectamente adecuados al deseado objeto de facilitar su estudio con toda la amenidad posible para la mejor inteligencia de los niños.

Cartones Geográficos de Colton. Para uso de las escuelas de primera enseñanza. La serie se compone de seis números comprendidos en tres cartones ó cuadros murales, en los que se abarcan progresivamente todos los conocimientos relativos á la Geografía, expuestos por medio de dibujos pictóricos de varios colores, llenos de amenidad, sencillez y exactitud, con sus correspondientes definiciones en un lenguaje apropiado á la inteligencia de los niños.

La serie, por orden correlativo, abraza las siguientes descripciones:

No. 1. Isla.

No. 2. Península, Istmo, Cabo y Promontorio.

No. 3. Montaña, Colina, Volcán, Valle y Río.

No. 4. Lago y Laguna.

No. 5. Mar, Estrecho y Océano.

No. 6. Cartón mudo, ó sea recopilación de los cartones anteriores, sin definición escrita, para afirmar el conocimiento de las descripciones y asegurarse de que el niño aprendió lo enseñado.

Curso de Historia Natural. Por el Dr. Juan García Purón.

Consta de tres tomos ilustrados con numerosos grabados y elegantemente encuadernados con artísticas cubiertas.

Libro Primero de Mineralogía.
Libro Primero de Botánica.
Libro Primero de Zoología.

No creemos que exista obra alguna tan llena de interés, de amenidad, ni más apropósito para inspirar en los niños el amor al estudio.

Los capítulos abrazan la parte teórica y la práctica, las lecciones y los ejercicios; comenzando siempre por lo más fácil, siguiendo así el plan adoptado por el autor, esto es, *marchar de lo conocido á lo desconocido por medio de lo semejante*, y emplear para el estudio aquello que hiere nuestros sentidos, grabándose así mejor en el entendimiento.

El Reino Animal para Niños. Por el Dr. Juan García Purón. Instruir Deleitando. Serie de Libros Primarios de El Reino Animal para Niños. Arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, en las escuelas y en la familia.

La serie se compone de seis libros ó cuadernos:

No. 1.—Animales Domésticos.
No. 2.—Aves Mayores.
No. 3.—Animales de Caza.
No. 4.—Animales Salvajes.
No. 5.—Aves Menores.
No. 6.—Cuadrumanos y Pequeños Cuadrúpedos.

Cada cuaderno contiene 6 hermosas láminas de colores, yendo en cada una numeradas las figuras de los varios animales; y 8 páginas de lectura amena, variada y progresiva, con una cubierta iluminada.

En paquetes de una docena surtida (dos ejemplares de cada número).

Anatomía, Fisiología é Higiene de Appleton. Obra de texto para Institutos, Escuelas Normales y establecimientos de enseñanza secundaria y superior. Escrita de acuerdo con los últimos adelantos de la ciencia y distribuída la materia según las reglas de la pedagogía moderna, bajo la dirección del DOCTOR JUAN GARCÍA PURÓN, por el DOCTOR ANTONIO SOLER. Un hermoso tomo de más de 350 páginas, con láminas en color y numerosos grabados, que ilustran el texto, como ninguna otra obra publicada sobre la materia en ninguna otra lengua hasta hoy.

El plan fijo que se ha seguido en la preparación de este libro, desde el principio hasta el fin, ha sido: *tratar la materia de un modo rigurosamente científico, distribuirla metódicamente de acuerdo con las reglas de la moderna pedagogía y enseñar la aplicación práctica de las leyes que rigen la vida, para la conservación de la salud y la energía, y los medios de auxiliar á los demás en todos aquellos casos tan frecuentes de accidentes y males repentinos.*

Elementos de Fisiología é Higiene. Por el Dr. T. H. HUXLEY y el Dr. WILLIAM JAY YOUMANS.

Es el tratado de Fisiología é Higiene más completo que se conoce. No es un libro que contiene solamente las nociones de estas ciencias, sino los elementos más completos de ellas.

No solamente los jóvenes sino los hombres serios que deseen conocer multitud de cosas concernientes y útiles á ellos mismos, á la familia y á la sociedad, deben leer con interés una obra de tan incuestionable mérito como la presente.

Un tomo de cerca de 500 páginas, con numerosísimas láminas.

Nociones de Fisiología. Por el Dr. M. FOSTER, con láminas. Un tomo encartonado, uniforme con la serie de Nuevas CARTILLAS CIENTÍFICAS de la que forma parte.

Física, Experimental y Aplicada (Principios Elementales de Física), incluso la Meteorología y la Climatología, para el uso de los Colegios y Escuelas Superiores, conteniendo todos los últimos descubrimientos y aplicaciones recientes á la Industria, Artes, etc., y á los usos y objetos de vida común; y una numerosa colección de grabados explicativos é interesantes, intercalados en el texto. Por PEDRO P. ORTIZ.

Un tomo de 507 páginas y 366 grabados, en 12°.

Nociones de Física. Por el Profesor STEWART.

Un tomo en tela, uniforme con la serie de Nuevas CARTILLAS CIENTÍFICAS de las cuales forma parte.

Educación Intelectual, Moral, y Física. Por HERBERTO SPENCER. Aunque bien sabido es que existen en el mercado numerosas ediciones en español de esta obra, nos hemos decidido á llevar á cabo una edición nuestra, traducida directamente de la edición inglesa que el autor preparó exclusivamente para nuestra Casa. Las ediciones que se conocen, ó no son exactas, ó hechas del francés, han sufrido ya cambios y las pocas que existen hechas directamente del inglés, están basadas en la edición publicada en Inglaterra, que como es sabido no es completa, porque la *North British Review*, no permitió al autor reproducir en Inglaterra el artículo que apareció en aquella publicación. Nuestra edición es por lo tanto la más completa y la única autorizada por el famoso autor.

De la obra será excusado decir nada, puesto que es bien conocida; sólo sí consignaremos que actualmente está traducida á unas quince lenguas, y que las únicas ediciones completas son la americana, la japonesa y ahora la española.

El Niño y su Naturaleza. Exposición de las doctrinas de Fröebel sobre enseñanza. Por la Baronesa MARENHOLTZ-BÜLOW.

El primordial objeto de este libro, como obra de propaganda, es la exposición concisa y clara de las teorías sobre Educación y de los principios filosóficos en que Fröebel funda el sistema que lleva su nombre.

Lectura interesantísima para todos; guía de suma utilidad para las madres, nodrizas y ayas; texto para las jóvenes que se preparan para la dirección del Kindergarten, ó Jardines de la Infancia, y para las Escuelas Normales en general: tal es EL NIÑO Y SU NATURALEZA, de la Baronesa Marenholtz-Bülow, expositora y propagandista incansable de las teorías froebelianas de las que es á la vez su mejor interprete.

Encuadernado en tela é ilustrado con dibujos antiguos y rarísimos, ejecutados bajo la dirección del mismo Fröebel.

El Lector Moderno de Appleton. Por el Dr. JUAN GARCÍA PURÓN.

Hace ya mucho tiempo venía el autor de esta serie reuniendo materiales y estudiando detenida y cuidadosamente el asunto, desde diferentes puntos de vista, para la preparación del presente

CURSO GRADUADO Y METÓDICO DE LECTURA.

Durante los tres últimos años, se ha dedicado casi por completo á redactar la obra, de acuerdo con los modernísimos y mejor aceptados principios pedagógicos; haciéndolo con el vivísimo empeño que pone siempre en cuanto concierne á la enseñanza y contando á la vez con la cooperación de varios reputados educadores hispanoamericanos y españoles.

Pusimos á disposición del autor los mejores elementos del arte, para que los grabados, los tipos nuevos y aún especiales, la impresión esmerada, el papel y hasta la encuadernación estuvieran en armonía con la parte educativa de los libros, preparada con tan exquisito cuidado; á fin de que el todo fuera digno del importante objeto á qué está destinado y llenara de una manera completa las necesidades de la época; resultando el más perfecto de cuanto se conoce hasta la fecha y declarado por la mayoría de la prensa profesional y el magisterio COMO UN VERDADERO TRIUNFO PEDAGÓGICO. El Lector Moderno supera en todos sentidos á cuanto se ha publicado sobre la materia hasta los comienzos del siglo XX.

Forman el curso completo tres tomos con más de 300 grabados y láminas en color, encuadernados primorosamente, con papel impermeable y por lo tanto higiénico y duradero á la vez.

MAY 8 1902

Nuevo Libro de Moral

Hemos recibido de la casa APPLETON Y CÍA. (Nueva York), un hermosísimo libro del conocido autor doctor JUAN GARCÍA PURÓN, titulado **La Moral En Ejemplos Históricos**.

La enseñanza moral es la más difícil, la más importante, la más elevada, la más necesaria y la que menos práctica se da en las escuelas. Aun los textos tienen el principal defecto, según el mismo doctor García Purón, de "limitarse á enseñar el precepto."

Escrito con corrección y sencillez, se divide en nueve capítulos: el I trata de las definiciones de la moral: bien, mal, leyes, pecado, culpa, castigo, premio, conciencia, etc., etc.; el II de los deberes para con Dios; el III de los con para nosotros mismos; el IV para con nuestros semejantes; el V para con la Naturaleza (animales, cuadrúpedos, aves, peces, vegetales, minerales); el VI y VII, de las bellas cualidades; el VIII y IX de los defectos ó vicios.

Cada definición va seguida de una anécdota interesante siempre, con ilustraciones de láminas y retratos.

Casi cada país, cada raza, cada pueblo y cada época están representadas en el libro. El que sea rigurosamente histórico añade al ejemplo mayor autoridad, interés y naturalidad.

Dedicado á la juventud española é hispanoamericana, este libro aun como simple libro de lectura, siempre será interesante para grandes y pequeños.—"*La Escuela*," *Corrientes* (*Argentina*).

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES

POR ZAYAS ENRÍQUEZ

NUEVA YORK · D · APPLETON · y · Cía

La Niña Mimada.

Novela de la famosa autora inglesa Carlota M. Braemé, conocida también por Berta Clay, que ha hecho ambos nombres célebres con más de 60 novelas, de las que hemos publicado ya varias en esta serie, entre ellas **Dora,** que alcanzó gran reputación en castellano; **Azucena,** de interés palpitante y ahora, **La Niña Mimada;** traducida por don Alfredo Elías y Pujol, llena de escenas encantadoras y como todas las demás de nuestra serie, de lectura amena y sana para todos.

"Son tantas y tan malas las novelas que pululan por nuestros pueblos latinos, que constituyen una verdadera plaga para las familias en que no hay un exquisito cuidado de bien dirigir á la juventud, literariamente hablando. Las que edita la renombrada casa de los Sres. Appleton y Cía. constituyen, entre otras pocas, una excepción, porque reúnen condiciones de amenidad, interés dramático, moralidad y educación de las costumbres, circunstancias que las hacen recomendables á toda clase de personas. Entre esas novelas cuéntase "La Niña Mimada," en la que puede decirse, se esmeró la simpática autora de "Azucena," trazando un cuadro propio para ofrecer á la juventud femenina."—*La Escuela Primaria*, Mérida de Yucatán, Méjico.

El Sacrificio de Elisa.

Novela inglesa de la señorita Braddon; vertida al castellano por don Alfredo Elías y Pujol, traductor de La Niña Mimada, acabada de publicar por nosotros.

La señorita Braddon, autora de Lucía, que tanto ha encantado á los lectores españoles é hispanoamericanos, presenta en esta nueva novela tipos interesantísimos y escenas, alegres unas veces y conmovedoras otras, formando un conjunto que satisface el espíritu, entreteniéndolo y deleitándolo á la vez.

"**El Sacrificio de Elisa** es una novela de costumbres, de dramático argumento, de escenas tiernas y conmovedoras, que despierta el interés del lector desde el primer momento. En sus páginas abundan los rasgos felices de observación, y el relato está hecho de una manera sencilla y artística. Mérito principal en la novela es el exacto estudio de los caracteres de los personajes.

El libro está editado con el mejor gusto, y lleva una artística y original cubierta.

La traducción está hecha con esmero por D. Alfredo Elías y Pujol."
—*La Época*, Madrid.

Leonor.

Novela de la famosa novelista inglesa Carlota M. Braemé, conocida también por Berta Clay, traducida al castellano por D. Carlos Lobo.

En Leonor, el interés de los lectores no decae ni un instante en los bien trazados capítulos de este libro, por la admirable naturalidad con que se desarrolla la trama. Los tipos presentados por la autora arrancándolos de la vida real, proporcionan una lectura amena, moral é instructiva á la vez.

Hay ediciones en castellano, de la misma autora, que son muy inferiores en todos conceptos á las publicadas por nuestra casa. Mal traducidas unas y tergiversado el espíritu de la autora, en otras; por lo que aquéllos que deseen leer novelas de costumbres inglesas, bien traducidas y que se puedan y deban poner en manos de la juventud, con absoluta confianza, han de tener cuidado de que sean las publicadas por D. Appleton y Compañía.

Diana.

Preciosa novela inglesa de la célebre autora señora Forrester, vertida al español por M. G. del Rosal, que como todas las novelas de la serie que publica esta casa, contiene escenas del más vivo interés y un fondo de sana moral que la hacen altamente recomendable.

"Esta obra, compuesta de 337 páginas, vertida al idioma castellano esmeradamente, es la narración interesante de las virtudes y el sacrificio del verdadero amor, encarnado en sus protagonistas en situaciones elocuentes que rodean la aureola de la más acrisolada moralidad, haciendo amena y entretenida su lectura."—*El Economista Internacional*, Nueva York.

NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CÍA., Nueva York

1 MISTERIO * * * ..... Por H. CONWAY
2 LA CASA EN EL DESIERTO ..... Por MAYNE REID
3 LA ISLA DEL TESORO..... Por R. L. STEVENSON
4 LA CASA DEL PANTANO..... Por F. WARDEN
5 LAS MINAS DEL REY SALOMÓN..... Por H. R. HAGGARD
6 SU CARA MITAD..... Por F. BARRETT
7 EL ÍDOLO CAÍDO ..... Por F. ANSTEY
8 CUENTOS EN EL MAR..... Por VARIOS AUTORES FAMOSOS
9 LA NOVIA DEL MARINERO..... Por W. C. RUSSEL
10 JUANA EYRE..... Por CARLOTA BRONTË
11 DORA ..... Por CARLOTA M. BRAEME
12 PAN, QUESO Y BESOS..... Por E. L. FARMER
13 EL CABALLERO DON JUAN JALIFAX. Por DINAH MULOCK
14 AZABACHE ..... Por ANNA SEWELL
15 CONFUSIÓN..... Por H. CONWAY
16 MARGARITA DE LA Ó..... Por CARLOS READE
17 EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL. Por R. L. STEVENSON
18 LA VIDA DE UN PERILLÁN..... Por WILKIE COLLINS
19 EL GRAN LUCERO..... Por FRANK BARRETT
20 PEPITA JIMÉNEZ..... Por JUAN VALERA
21 MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO..... Por E. MÜHLBACH
22 LA GRAN MILOSIS..... Por H. R. HAGGARD
23 LA LETRA ESCARLATA..... Por N. HAWTHORNE
24 EL VICARIO DE WAKEFIELD..... Por O. GOLDSMITH
25 EL SECRETO ..... Por H. CONWAY
26 PLAGIADO..... Por R. L. STEVENSON
27 LA GUARDIA BLANCA ..... Por A. CONAN DOYLE
28 EL PRISIONERO DE ZENDA ..... Por ANTONIO HOPE
29 AZUCENA ..... Por CARLOTA M. BRAEME
30 EXPIACIÓN..... Por LA SRA. WOOD
31 LUCÍA..... Por LA SRTA. BRADDON
32 EL MORO..... Por J. M. MARROQUIN
33 MI TÍO BERNAC..... Por A. CONAN DOYLE
34 DIANA..... Por LA SRA. FORRESTER
35 LA NIÑA MIMADA..... Por CARLOTA M. BRAEME
36 EL SACRIFICIO DE ELISA..... Por LA SRTA. BRADDON
37 EL TENIENTE DE LOS GAVILANES ..... Por RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ
38 LEONOR..... Por CARLOTA M. BRAEME

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas

C 1

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Oct. 2008

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

THE LIBRARY OF CONGRESS

WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa
July — Aug 1986
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 024 272 260 7